

**Universidad de Chile**  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Ciencias Históricas

# **BALMACEDA: PRESIDENTE, TIRANO, REDENTOR**

**La construcción mítica de la figura presidencial en el  
Chile del siglo XIX**

Seminario de Grado "Mito, Religión y Cultura" para optar al grado de Licenciado en Historia  
Alumno:

**DIEGO ARTURO GONZÁLEZ DÍAZ**

Profesor guía: JAIME MORENO GARRIDO

**Santiago de Chile Diciembre de 2008**



<b>INTRODUCCIÓN . .</b>	<b>4</b>
<b>CAPÍTULO I. La construcción de la imagen presidencial: “Y el Estado se hizo hombre...”</b>	<b>13</b>
..	
Chile en tiempos de Balmaceda . .	14
Un nuevo Estado para un nuevo país. . .	17
La encarnación del Poder: El Hombre – Institución. . .	23
<b>CAPÍTULO II. La destrucción de la imagen presidencial: de Mesías a “Champudo” . .</b>	<b>36</b>
La Elite . .	36
Los grupos populares. . .	54
Artesanos y obreros calificados: . .	58
Obreros y trabajadores no calificados: . .	77
<b>CAPÍTULO III. La reconstrucción de la imagen presidencial: el Mártir de la Democracia . .</b>	<b>89</b>
El mundo en tinieblas . .	99
El Cristo Republicano . .	106
<b>EPÍLOGO . .</b>	<b>119</b>
<b>CONCLUSIONES . .</b>	<b>131</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA . .</b>	<b>133</b>
Colecciones de poesía popular . .	133
Periódicos . .	133
Bibliografía General . .	133
<b>ANEXOS . .</b>	<b>138</b>

# INTRODUCCIÓN

Desde las más inmemorables eras el ser humano se ha enfrentado a la inseguridad, al miedo, al sufrimiento y a la muerte. Ante este constante estado de neurosis (neurosis capaz de menoscabar la salud mental de cualquier sujeto), el hombre ha debido desarrollar una serie de mecanismos para arraigarse en el mundo, darle sentido al sin sentido y razón de ser a la vida. La primera de estas creaciones es el mito, el cual perseguirá reconstruir la integridad perdida, dando un lugar al hombre en el universo, asegurando la tranquilidad de que todo siempre ha sido y será igual. Los mitos formulan el modelo perfecto de todo ser en el mundo, siendo principio de realidad humana, prescribiendo los prototipos de conducta eficaz; «La historia, que es conocimiento del devenir, nos presenta un horizonte abierto, es decir, inquietante. Pero el hombre, por instinto, busca estructuras cerradas, que sean garantías contra los acontecimientos y amenazas. Gracias al mito lo insólito se convierte en habitual: ocurre siempre la misma cosa, es decir, no ocurre nada. En todo el sentido de la palabra, el mito es un principio de conservación para el grupo humano, que reduce toda la existencia posible a un gigantesco fenómeno ya visto».<sup>1</sup> El mito resuelve los dilemas antes de ser planteados, tendiendo a fijar la existencia; moviéndose en un tiempo original, eterno, inmutable y por ende, siempre actual. Esta es la tesis de Mircea Eliade en el libro *El mito del Eterno Retorno*: el “hombre arcaico” se opone por todos los medios a la “historia” con su interminable serie de calamidades, injusticias sociales, desastres militares y desgracias personales, «sufrimiento en cuanto acontecimiento, en cuanto hecho histórico, del padecimiento provocado por una catástrofe cósmica (sequía, inundación, tempestad...), o una invasión (incendio, esclavitud, humillación...), o las injusticias sociales, etc. Si tales padecimientos pudieron ser soportados fue precisamente porque no parecían gratuitos ni arbitrarios»<sup>2</sup> Los avatares de la dolorosa realidad humana carecen de valor ante la paz que otorga la completa seguridad en que la vida es un eterno retorno al orden cósmico primigenio.

El mito es antes que todo un «complejo de sentimientos, que corresponde a la busca de las satisfacciones exigidas por las necesidades humanas fundamentales»<sup>3</sup>. Para aquel que capta las concepciones míticas desde afuera de la sociedad en la cual se gestan, pareciera nada más que una narración de sucesos fantásticos; sólo encarnado es donde el mito cobra real valor: «Reencontrado en su contexto vivido, el mito se manifiesta, pues, como la forma espontánea del ser en el mundo. No ya como teoría o doctrina, sino como aprehensión de las cosas, de los seres y de sí, conductas y actitudes, como inserción del hombre en la realidad»<sup>4</sup>. El hombre extrañado, ajeno, dentro de un mundo hostil, concibe el mito para reintegrarse al universo; «el mito no se sitúa fuera de lo real, sino que se presenta como una forma de instalarse en lo real. Formula un conjunto de reglas precisas para el pensamiento y para la acción»<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> GUSDORF, GEORGES. *Mito y Metafísica*. Editorial Nova, Buenos Aires Pág. 33

<sup>2</sup> ELIADE, MIRCEA. *El Mito del Eterno retorno*. Alianza Editorial, Madrid, 2006. Pp. 95-96

<sup>3</sup> GUSDORF, GEORGES. *Op cit.*, Pág. 15

<sup>4</sup> *Ibid.* Pág. 19

<sup>5</sup> *Ibid.* Pág. 22

La “conciencia mítica” tenía por función mantener el *status quo* gracias al juego de la eterna repetición. No obstante, con el surgimiento de la “conciencia intelectual”, el hombre se encontró nuevamente en la penumbra de la incertidumbre, del caos total y la muerte ontológica. Es aquí cuando surge la Historia, retomando el papel estabilizador del Mito, sucediéndolo como principio de identificación. Por medio de constantes racionales la Historia asume la tarea de tornar inteligible el mundo del devenir. «El hombre de la historia, luego de haberse conquistado a sí mismo desprendiéndose de la ontología mítica, va a crear un universo a su imagen. La Historia le dará cuenta de su obra, le proporcionará la memoria de lo que los suyos han realizado a lo largo de los siglos para asegurar la conquista del mundo por el hombre»<sup>6</sup>.

La escritura de la Historia jamás ha sido ingenua, su poder radica en la capacidad de crear concepciones de la realidad, una visión última del mundo (pretensión secreta de toda Historia y Filosofía por lo demás) que expliquen la situación actual y justifiquen su mantención – en el caso de quienes se ven favorecidos – o su cambio. «Ante el poder de la sociedad sobre los individuos el interés de éstos se presenta dividido, según que lo ejerzan o lo sufran, o más precisamente, según que de él se beneficien unos o más que otros o unos sobre otros»<sup>7</sup>. La Historia organiza el pasado en función de los requerimientos del presente.

Es de esta manera que la Historia, aún en sus formas más elementales o arcaicas, siempre ha realizado una eminente labor comunitaria. Este “uso” es fácil de identificar en los orígenes de la memoria, principalmente como forma de justificar el orden establecido: «Nada puede parecer más objetivo que una genealogía; pero en las sociedades pastoriles las genealogías sirven para legitimar derechos sobre la tierra [...] También las representaciones figuradas en los monumentos públicos encierran objetivos semejantes. Los relieves del Egipto faraónico o las pinturas Mayas no sólo estaban destinados a perpetuar la memoria de los soberanos, sino a una función didáctica: la de recordar los fundamentos religiosos y profanos del sistema social vigente, tal como debían explicarlos verbalmente los sacerdotes. Las escenas de triunfos militares, en las que nunca falta la representación de los muertos y vencidos, servían de advertencia de que cualquier intento de subvertir el orden establecido sería reprimido duramente, tanto si procedía de enemigos de fuera como de disidentes de dentro [...] Los inicios de la historia escrita están ligados a la justificación del estado monárquico por el doble proceso de señalar su origen sagrado y de identificarlo con el pueblo»<sup>8</sup>.

Este carácter funcional de la Historia<sup>9</sup> se vuelve aún más crucial en un país como Chile donde el «Estado es la matriz de la nacionalidad: la nación no existiría sin el Estado, que la ha configurado a lo largo de los siglos XIX y XX»<sup>10</sup>. Para lograr lo anterior, el Estado

<sup>6</sup> *Ibid.* Pág. 101

<sup>7</sup> GILLY, ADOLFO. La Historia como crítica o como discurso de poder en PEREIRA, CARLOS et al. *Historia ¿Para qué?* Siglo Veintiuno Editores. Pág. 198

<sup>8</sup> FONTANA, JOSEPH. *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*. Editorial Crítica, Barcelona. pp.15-16

<sup>9</sup> Cuando utilizamos el término Historia no hacemos referencia a todos los sucesos acaecidos en el pasado, sino que a la escritura de dichos sucesos, lo que en un sentido estricto es historiografía.

<sup>10</sup> GÓNGORA, MARIO. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Ediciones La Ciudad, Santiago de Chile. Pág. 5

ha debido imponer a través de la educación formal una particular visión del pasado<sup>11</sup>, tratándola como si fuese la “única” concepción existente, exaltando ciertos valores patrios y determinadas actitudes por sobre otras. Algunos autores, han llegado a afirmar que «la memoria política de la nación está enferma. Que está saturada de héroes que, en estricto rigor histórico y cívico, no han sido ni son ejemplares. En ningún rincón de ella aparece el pueblo y/o masa ciudadana como el principal actor de su destino o el único héroe que debió y debe ser»<sup>12</sup> y que la «mistificación y heroificación de los personajes nombrados – refiriéndose al caso particular de Bernardo O’Higgins y Diego Portales – ¿ha respondido a una necesidad colectiva de todos los chilenos, o sólo a la necesidad particular de un grupo determinado? [...] ¿Es una interpretación historiográficamente probada y teóricamente consolidada, o fue y sólo es una oportunista construcción ideológica tendiente a justificar, tras la máscara encubridora de “la patria”, la imposición abusiva de los intereses y conveniencias de un grupo particular de chilenos a toda la nación?».<sup>13</sup> Esta construcción interesada por parte de un determinado grupo o clase social y su posterior ensalzamiento a nivel nacional es fácilmente verificable en el caso del “organizador de la República”, Diego Portales, tal como fue consignado en la obra *Portales: una falsificación histórica*<sup>14</sup>.

En estos momentos podría parecer que la Historia no es más que una imposición la cual responde a egoístas intereses de ciertas naciones, clases sociales, instituciones o grupos con el único fin de explotar de los demás. Un engaño, o lo que el marxismo ortodoxo llama una “falsa conciencia”, la cual sólo proporciona una visión tergiversada de la realidad, un consuelo vano que sirve para mantener la organización social, económica y política explotadora y opresora. Todo lo anterior podría ser perfectamente cierto, sin embargo no explica por qué las personas adhieren a dichas construcciones.

En este punto en imperiosa una aclaración; cuando al comienzo se afirmó que la “conciencia mítica” había sido superada por el hombre, nos referíamos al Cosmos Mítico, aquel espacio en el cual nada ocurre. «La posición ontológica de la repetición confiere un valor dogmático al orden establecido. El cambio es entonces imposible, conforme al sentido inmutable previsto para los ritmos del mito, principios de conservación dinámica que modulan la existencia individual o social [...] En el universo de la repetición mítica, donde todo es semejante, no podría haber ‘anales’ de los pueblos. El hombre moderno,

<sup>11</sup> Ver GALLARDO, MARÍA TERESA. *La trascendencia del mito en la enseñanza de la Historia de Chile*. Seminario para optar al grado de Licenciado en Historia. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile.

<sup>12</sup> SALAZAR VERGARA, GABRIEL. *Construcción de Estado en Chile (1760 – 1860)*. Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2005. Pág. 21

<sup>13</sup> *Ibid.* Pág. 24

<sup>14</sup> «La glorificación de Portales comenzó al día siguiente de su asesinato y fueron los círculos gubernativos y la aristocracia ligada al poder autoritario los que mantuvieron un culto sin réplica durante más de dos décadas. [...] En el fondo, era la necesidad oficial de legitimar el uso aristocrático del poder haciéndolo derivar de un personaje famoso y admirado, cuyo prestigio se cultivaba de manera constante para darle más relieve aún. El mismo sacrificio del ministro le engrandecía en el sentimiento común, entonces y también ahora, debido a la reacción natural frente a la muerte trágica de un estadista. Se tenía el mártir y con él se ennoblecía la causa. Las exequias del ministro fueron imponentes y se usaron todos los recursos anímicos para exaltar la atrocidad del asesinato. Un espíritu tan agudo como Carmen Arraigada captó el sentido de aquella parafernalia y en la carta a Mauricio Rugendas decía al pintor: “los señores mandones de Chile han deificado su ídolo. Traer el birlocho que tuvo la honra de cargar por tres días el sagrado personaje y exponer los grillos que oprimieron sus benditos pies. ¡Vaya!, ¡y por qué no guardan como reliquias las balas que partieron su corazón benévolo” [...] El gobierno de don Joaquín Prieto, después de la desaparición de su inspirador, y los de Manuel Bulnes y Manuel Montt, mantuvieron el culto de Portales y durante el último se inauguró su estatua en la plazuela situada frente a la Moneda» VILLALOBOS RIVERA, SERGIO. *Portales: una falsificación histórica*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1989. Pág. 14

apasionado por la novedad, y para quien la novedad misma es un valor en sí, vive de momentos históricos, entiende y recoge palabras históricas, se apretuja al paso de los personajes históricos. La historia aparece aquí como cierta actitud espiritual»<sup>15</sup>. El mundo conocido e inalterable, en el cual al hombre sólo le cabía una participación pasiva (era una partícula más del cosmos simbólico), dio paso a un universo manipulable, en que el ser humano tomaba conciencia de su individualidad y pretendía avasallar con todo, poner al mundo a sus pies. Sin embargo, el hombre jamás ha sido capaz de superar el “trauma” de sentirse extraño en el mundo, requiere de una justificación para su actuar, una legitimación a su obrar y una explicación para los actuales acontecimientos. Esta labor, como ya fue mencionado, la cumple la Historia, pero para realizarla debe contar con ciertos elementos básicos, que den satisfacción a anhelos profundamente arraigados en la humanidad. Para el psicólogo Carl Jung, los contenidos religiosos, la mitología, se presenta de forma casi idéntica en todas las poblaciones, en lo que él llama los “arquetipos”, los cuales serían la «designación con la que significo formas o imágenes de naturaleza colectiva, que se dan casi universalmente como constituyentes de los mitos y, al propio tiempo como productos individuales autóctonos de origen inconsciente. Los temas arquetípicos provienen, verosímilmente, de aquellas creaciones del espíritu humano transmisibles no sólo por la tradición y migración sino también por herencia»<sup>16</sup>. Los mitos y sus imágenes tendrían su origen en el inconsciente colectivo, serían la expresión de una necesidad intrínsecamente humana, por lo cual el hombre no ha podido desligarse de ellas. Si la historia ha pretendido suplir la función del mito, debe recurrir a la misma estructura mítica, estructura descrita por Mircea Eliade de la siguiente forma:

**«El mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los seres sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento [...] Es, pues, siempre el relato de una “creación”: se narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado a ser. El mito no habla de lo que ha sucedido realmente, de lo que se ha manifestado plenamente. Los personajes de los mitos son seres sobrenaturales. Se les conoce sobre todo por lo que han hecho en el tiempo prestigioso de los “comienzos”. Los mitos revelan pues, la actividad creadora y desvelan la sacralidad de sus obras»<sup>17</sup>.**

Las historias patrias siguen este mismo patrón, narran cómo hombres excepcionales fueron capaces de sobreponerse a las dificultades del momento, forjando nuevas realidades: “liberando” al país del yugo hispánico (en el caso de José Miguel Carrera, Manuel Rodríguez o Bernardo O’Higgins), organizando la “anarquizada” institucionalidad chilena (Diego Portales) o luchando por la Patria ante el “invasor extranjero” como es el caso de Arturo Prat. Para cualquier investigador crítico, la historia de los manuales escolares parece pueril, absurda, cuando no falaz o derechamente falsa. Las “historias patrias” parecen particularmente subjetivas, extrapolando los pensamientos y acciones de una pequeña elite – y hasta de un personaje en particular – en representación de toda una Nación. No obstante son las más difundidas y populares. ¿A qué se debe esto? Para Georges Gusdorf «el pasado viviente, el conjunto de las tradiciones que constituyen la idea de una nación o grupo social tiene de sí mismo, casi no es otra cosa que una amalgama de leyendas. La historia eficaz, la historia útil, no la de los eruditos, sino aquella que se formula en la ingenua estampería de los libros de escuela primaria, que reúne las figuras estilizadas de los héroes

<sup>15</sup> GUSDORF, GEORGES. *Op cit.*, Pág. 102

<sup>16</sup> JUNG, CARL. *Psicología y Religión*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1955. Pág. 83

<sup>17</sup> ELIADE, MIRCEA. *Mito y realidad*. Editorial Labor, Barcelona, 1992. Pp.12 - 13.

y los relatos novelados de los grandes acontecimientos del pasado [...] Es un hecho que si se intenta reducir las leyendas que la nutren, la historia pierde lo mejor de su colorido, y quizás su sentido más seguro. Incluso, una historia desmitizada correría el peligro de convertirse en peligrosa para la moral y para el orden social [...] nosotros esperamos de la historia que ella responda a ciertos arquetipos que llevamos en nosotros, a falta de los cuales, aunque históricamente verdadera, humanamente ella sería falsa»<sup>18</sup>. Y no sólo los personajes y acontecimientos indican la presencia de determinadas estructuras míticas arquetípicas, sino que el mismo cariz que adquieren los distintos sucesos; «entender la historia como llena de sentido o entenderla sencillamente, significa tanto como poder remitir los acontecimientos a algo, que es un orden de la historia vinculada a un fin, o bien a algo que, no siendo un *fin*, represente la vocación del hombre en la historia [...] El fin requiere en el sentido estricto del término de un propósito, es decir, de un proyecto conciente de una providencia pre-histórica. La presencia de la vocación o de la potencia, que reclama sus derechos y pone la existencia empírica en un movimiento que tiende a la convergencia de existencia y esencia, no necesita ningún proyecto de la providencia. Ella necesita, sin embargo, de una instancia mítica de vocación, que preceda y relativice toda historicidad»<sup>19</sup>.

El Estado y la estructura social existente se justifican por medio de la Historia, forjando un verdadero culto oficial, concibiendo una “religión nacional”. El término religión, en primera instancia puede sonar fuera de lugar, ya que cotidianamente la usamos para referirnos a doctrinas que evocan a fuerzas supra-humanas tales como el cristianismo o el Islam. Sin embargo, si nos limitamos a su definición etimológica, descubrimos que la palabra “Religión” emana del latín *religio* derivando en una serie de posibles etimologías tales como:

- Religio, de re-ligare (re-ligar este mundo con el otro)
- Religio, de re-eligere (re-elegir a Dios a quien por desidia hemos abandonado)
- Religio, de re-legere

Re-legere tiene dos posibilidades siendo la más funcional la segunda: «En **re-ligio**, el prefijo **re-** cumple la misma función reforzativa que en **re-spicio** (“observar”, “mirar con detención”), **re-vereor** (“temer reverencialmente”). **Religio** es, entonces, “tomar atentamente en consideración” [...] El uso coloquial de expresiones tales como “cumplir religiosamente con el horario”, “pagar religiosamente el arriendo” llega muy cerca del sentido etimológico de la palabra».<sup>20</sup> La religión es aquello que hay que abordar de manera cauta, con precaución, concienzudamente. De lo anterior se desprende que lo religioso implica un grado mayor de cuidado porque no solamente se está tratando con aspectos pedestres y cotidianos, sino que con “fuerzas” mayores. Existe una dicotomía entre los distintos aspectos de la realidad, lo cotidiano y aquello de “cuidado”; entre lo *sacro* y lo *profano*. Lo profano es todo aquello de lo que el hombre dispone porque tiene acceso a él, pertenece a este mundo; mientras que lo sacro representa una especie de área restringida, es cosa de seres “fuera de este mundo”. La Trascendencia, el Absoluto, el Misterio, todo aquello que escape a la aprehensión humana.

Para el sociólogo Emile Durkheim la religión antes que cualquier cosa es un fenómeno social: «las creencias propiamente religiosas son siempre comunes a una colectividad determinada que hace profesión de adherirse a ellas y de practicar ritos que le son

---

<sup>18</sup> GUSDORF, GEORGES. *Op cit.*, Pág. 249

<sup>19</sup> KOLKOWSKI, LESZEK. *La presencia del Mito*. Ediciones Cátedra S.A., Madrid, 1999. Pp. 38 - 39

<sup>20</sup> MORENO, JAIME. *La Noción de religión*. Universidad de Chile. Documento de Trabajo entregado el 2005 para la cátedra de Historia Antigua

solidarios. No están exclusivamente admitidas, a título individual por parte de todos los miembros de esta colectividad, sino que son el patrimonio de grupo cuya unidad forjan. Los individuos que forman parte de él se sienten unidos entre sí por el solo hecho de tener un fe común»<sup>21</sup>. La religión se define en torno a una comunidad, aún los cultos domésticos, que requieren de una familia o corporación humana mínima. Para el autor no hay sociedad sin religión – tanto la filosofía como la ciencia han nacido de la religión porque ésta empezó por hacer la labor de ambas – lo sacro tiende a la unión, a la creación de identidad, mientras que lo profano no. Es así como: «La religión es un sistema solidario de creencias y de prácticas relativas a las cosas sagradas, es decir separadas, interdictas, creencias y prácticas que unen en una misma comunidad moral, llamada Iglesia, a todos aquellos que se adhieren a ella [...] la religión debe ser algo eminentemente colectivo»<sup>22</sup>. El análisis de Durkheim es particularmente funcionalista; la religión es eficaz a la existencia de la Sociedad, su prerequisite y su elemento cohesionador, lo sagrado es lo que la Sociedad – o el Estado – dictamina como tal, siempre en aras de su supervivencia.

No obstante sigue vigente una pregunta ¿Por qué ciertos personajes y hechos logran arraigarse en la memoria popular, mientras que otros pasan inadvertidos a pesar de todos los esfuerzos de las autoridades y hagiógrafos por grabarlos a fuego en la memoria colectiva? Siguiendo con el ejemplo de Diego Portales, los distintos gobiernos han enaltecido su figura, su personalidad y su obra como ejemplo de patriotismo y estabilidad institucional. Por supuesto que existe un claro objetivo político detrás de estas concepciones, la legitimación del *orden en sí* o lo que el historiador Alberto Edwards llamó el “Estado en forma”. «El panteón de los héroes políticos chilenos está formado exclusivamente por aquellos individuos que inventaron, crearon o contribuyeron decisivamente a imponer, en distintas coyunturas históricas, el dicho ‘orden’. Reconózcase allí por ejemplo, en primer lugar, a don Diego Portales (el orden que él estableció, considerado un verdadero paradigma político, se extendió por casi un siglo: entre 1830 y 1925) [...] los arquitectos de Estado que se fueron agregando al modelador original (o sea: Alessandri, Ibáñez y Pinochet) han declarado, o terminó por entenderse así, que su intervención consistió en *restaurar* la clásica obra de Portales. Con esto, de un modo o de otro, los ciudadanos han debido enraizar su orgullo patriótico en otro sentimiento conexo: el de admiración perpetua por lo que hizo este triministro entre los años 1830 y 1837 [...] en Chile ha habido y hay un solo Estado, y un solo fundador no más. Alabado sea»<sup>23</sup>. Pero a pesar del empeño con el cual se recalca la trascendencia de Portales, jamás ha existido prueba alguna de fervor popular ante la memoria del fenecido ministro. Por supuesto que un personaje político no infunde las mismas pasiones que un guerrero, un estratega o un general victorioso, pero si existen pruebas de apoyo popular a otros personajes políticos. Tal es el caso de José Manuel Balmaceda, culto sobre el cual reza esta investigación.

Sin duda que uno de los acontecimientos más importantes dentro de la era republicana de nuestro país aconteció en el año 1891 en la Guerra Civil que enfrentó a las fuerzas del Congreso y la Armada contra el Presidente José Manuel Balmaceda. Dicha conflagración decantó en la inexorable derrota de las fuerzas leales al presidente, el suicidio del mismo y la instauración de un sistema político que la historiografía tradicional ha denominado Parlamentarismo, el cual se mantendrá hasta 1925.

<sup>21</sup> DURKHEIM, EMILE. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal Ediciones, Madrid, 1992. Pág. 39

<sup>22</sup> *Ibid.* Pág. 42

<sup>23</sup> SALAZAR VERGARA, GABRIEL. *Op cit.*, Pp. 15 - 16

A pesar de que autores como Hernán Ramírez Necochea afirman que los grupos obreros tenían sus apegos por el presidente, no lo apoyaron fervorosamente ya que «los trabajadores carecían de suficiente claridad y no estaban convenientemente organizados para decidir qué partido debían tomar. A pesar de sus simpatías por Balmaceda permanecieron en general indiferentes frente al conflicto»<sup>24</sup>. Es un hecho comprobado que Balmaceda no fue apoyado de manera masiva. Es más, el Ejército debió recurrir a la leva forzosa de campesinos y mineros para engrosar sus filas, haciendo aun más impopular la causa presidencialista; para la gran mayoría de la población fue un conflicto ajeno, entre “patrones”. Por lógica, los grupos populares debieron haber apoyado a Balmaceda: con su programa de Obras Públicas había propiciado el pleno empleo, además una vez comenzado el conflicto el gobierno se mostró abiertamente hostil a los ricos, por ende siguiendo la vieja fórmula “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” debían de haber pactado en contra de la explotadora elite. No obstante no aconteció así, ya sea por falta de “conciencia de clase” como arguye Ramírez Necochea u otra causa. Lo cierto es que «en todas las manifestaciones prácticas la clase trabajadora disto mucho de exhibir no tanto entusiasmo, sino incluso la más leve simpatía por la causa balmacedista»<sup>25</sup>. Luego de haber tomado el Norte, las fuerzas congresistas desembarcan en Quintero enfrentándose con los ejércitos presidencialistas en Concón el 21 de Agosto y en Placilla el 28 del mismo mes, resultando completamente destrozadas las tropas presidencialistas. Balmaceda entrega el mando y se asila en la Embajada de Argentina, donde el día 19 de septiembre, donde procede a dispararse en la sien. Era el fin de la fratricida “revolución” que había costado miles de vidas, más de cien millones de pesos y el comienzo de las represalias por parte de los vencedores en contra de todos aquellos militares, políticos y funcionarios públicos que hubiesen apoyado al suicida presidente.

Sin embargo, algo aconteció con José Manuel Balmaceda y su figura. A poco andar se transformó en un objeto de culto por parte de gran parte de la población minera, su imagen se encontraba al lado de las estampitas de la Virgen del Carmen y gran parte de la ciudadanía admitía con congoja y desazón lo mucho que se había perdido con la derrota presidencialista. Este hecho es de público conocimiento. Existen muchas obras que recogen este peculiar fenómeno; por ejemplo el historiador Francisco Antonio Encina que nos dice:

***«Entre todos los mandatarios chilenos, es el más admirado en el mismo pueblo que se mantuvo sordo a sus clamorosos llamados y en actitud casi hostil a su dictadura. El fenómeno desconcierta a los extranjeros que se interesan por la historia de Chile [...] Y el desconcierto aumenta cuando se repara en el hecho de que, mientras la personalidad de Balmaceda se ha adentrado en el corazón del pueblo chileno más que todas las grandes figuras de nuestra historia, las concepciones políticas por las cuales luchó y sucumbió, pisoteadas por sus propios partidarios al día siguiente de su sacrificio, no han logrado afianzarse como realidad, cuando en las vicisitudes de la vida política se las ha enarbolado como banderola. [...] El suicidio repercutió en algunos de sus más enconados enemigos como simple acto de soberbia; pero en la mayoría quitó de delante***

<sup>24</sup> RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*. LOM Ediciones, Santiago de Chile. Pág. 223

<sup>25</sup> ORTEGA, LUIS et al. *La Guerra Civil 1891 – 100 años hoy*. Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Pp. 109-110

***al dictador odiado y lo reemplazó por un romántico forjador de quimeras, que muchos envolvieron en un manto de suprema indulgencia.»<sup>26</sup>***

Sin embargo, esta reivindicación no es de forma alguna satisfactoria a la hora de explicar la revaloración de la figura de Balmaceda y menos su trascendencia hasta nuestros días. Para Mario Góngora el origen más probable de este contradictorio culto póstumo se debería al accionar proselitista de los militares dados de baja y los funcionarios públicos exonerados después de la victoria, lo que sumado a la decepción con el nuevo régimen habría desembocado en que «las clases medias pueden haber tomado más y más conciencia de haber sido derrotadas en 1891, y ese sentimiento pudo haber irradiado hacia abajo».<sup>27</sup> Dicha tesis puede ser fácilmente contrastada con la amplia literatura popular relativa a Balmaceda, la que demuestra que su sublimación fue un fenómeno inmediato y acorde a los propios valores del pueblo. Este postulado se origina en la subestimación del “bajo pueblo”, considerado siempre como un grupo permeable a los intereses y preceptos de “arriba”.

En la obra *Balmaceda y la poesía popular*, la investigadora Micaela Navarrete Araya procede a realizar una recolección de poesía popular que da cuenta de una amplia literatura en torno al fallecido mandatario. Por medio de estas fuentes logra establecer un ciclo de acercamientos y alejamientos hacia la figura de Balmaceda, activado por conductas y coyunturas específicas y por la lectura que de ellas iban haciendo los actores populares. Aunque esta obra explica a cabalidad la postura popular frente al presidente, la guerra que puso fin a su mandato y los sucesos que motivaron dichas actitudes, no sirve para comprender como es que la figura del presidente logró trascender a la coyuntura político-social-económica de finales del siglo XIX y mantenerse hasta la actualidad. Es cierto que a nivel masivo el culto al cual hago referencia está más bien extinto: el mártir de la Democracia José Manuel Balmaceda ha sido reemplazado por el mártir de la Democracia Salvador Allende, pero aún es posible constatar un verdadero aprecio a la figura de Balmaceda. Sólo basta con visitar su mausoleo y ver los escritos hechos por jóvenes en el último tiempo. Quizás (y es muy probable) muchos de estos estudiantes lo hagan más que motivados por una verdadera devoción, por una especie de costumbre pintoresca. Pero ya es bastante sintomático que hasta nuestros días perdure en el inconsciente popular colectivo la imagen de un Balmaceda amigo del pueblo. Escritos con plumón ordinario, he recogido mensajes como los siguientes:

***Sr. Balmaceda. Te quiero pedir que me cuides en mi camino, a mi familia y a todos los míos. Jocelyn de la Fuente 19/10/07 Por favor que mi hijito salga sanito y fuerte. Mane Sr. Balmaceda. Te pido por mi familia por que yo quiero que nunca peliemos también te pido que me valla bien en mis estudios. Adiós Don presi Balmaceda le ruego escuche mi suplica de encontrar trabajo y terminar excelente mi año. Amen. Gracias Balmaceda te pido porfavor que me balla bien en la PSU para así poder llegar a la Universidad. Gracias por todo. Walter 08/072008 Kuidame de todo mal ami y a mi familia y ayudame a que pueda estar siempre con la Marcela k es el amor de mi vida 23/04/2008 San Balmaceda ayuda a mi hermano***

Esta investigación se centrará en cómo se fue configurando este particular culto, qué coyunturas y/o fuerzas en pugna fueron capaces de construir esta imagen mítica. E intentará develar, en última instancia, cómo y por qué ciertos personajes logran adquirir

<sup>26</sup> ENCINA, FRANCISCO. *La presidencia de Balmaceda, Tomo II. Editorial Nacimiento, Santiago, 1952. Pág. 357*

<sup>27</sup> GÓNGORA, MARIO. *Op cit.*, Pág. 26

una connotación popular, formando parte de la memoria histórica colectiva y otros no. Para ello recurriré a lo que Gilbert Durant llama el *trayecto antropológico*, o sea el incesante intercambio que existe entre las pulsiones subjetivas y asimiladoras y las intimaciones objetivas que emanan del medio cósmico y social; «el imaginario no es nada más que ese trayecto en el cual la representación del objeto se deja asimilar y modelar por los imperativos pulsionales del sujeto»<sup>28</sup>. La construcción mítica de Balmaceda (en primera instancia diabólica, para en pocos años dar paso a una especie de Mesías republicano) tendría por origen este proceso de correspondencia entre los arquetipos más profundamente arraigados en el inconsciente colectivo, y el contexto socio-económico y político durante y posterior al gobierno de José Manuel Balmaceda y la Guerra Civil de 1891. El cuál habría maximizado en grado superlativo la necesidad intrínsecamente humana de enraizarse en el cosmos (función estabilizadora del mito) y explicar los sucesos del pasado, presente y futuro por medio de prototipos heroicos.

---

<sup>28</sup> DURAND, GILBERT. *Las estructuras antropológicas del imaginario*. Fondo de cultura económica, México DF., 1992. Pág. 44

# CAPÍTULO I. La construcción de la imagen presidencial: “Y el Estado se hizo hombre...”

El culto póstumo del que fue objeto la figura de José Manuel Balmaceda, jamás se hubiese producido sin las particulares condiciones del tiempo, la obra y el proceder del mismo presidente Balmaceda, hipótesis a evaluar en el presente capítulo.

La pasada afirmación, quizás suene un poco exagerada, sino hasta negligente. Mucho ha transcurrido en lo que respecta al saber histórico desde que el historiador y ensayista británico Thomas Carlyle (1795-1881), influido por el idealismo alemán, sostuviera que «la historia universal, la historia de lo que el hombre ha realizado en este mundo, es, en el fondo, la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí.»<sup>29</sup> Para tal autor, el progreso histórico es el resultado exclusivo del accionar de estos “grandes hombres”, los cuales son los únicos sujetos históricos; sus ideales permean al resto de la sociedad y sus actos determinan inexorablemente el desarrollo de las civilizaciones. Las distintas corrientes estructuralistas, en busca de las razones profundas a los fenómenos históricos, han enriquecido notablemente su estudio. En nuestros días parece irrisorio que el destino de millones de vidas este determinado única y exclusivamente por la genialidad o perversión de unos pocos hombres “excepcionales”, fuera de su tiempo, los que doblegarían el curso tradicional de los sucesos, cambiando – y por consiguiente haciendo – la Historia. El papel del personaje en el mejor de los casos sería el de afluente de los movimientos espirituales o racionales de una sociedad (o de una clase) los que se encarnarían en el sujeto político. Pero este no sería más que el resultado natural de las fuerzas de su tiempo. Es así como para el filósofo alemán Georg Wilhelm Hegel, Napoleón no era una singularidad de la historia, sino que el más perfecto fruto de ella, el triunfo de las ideas racionalistas del siglo XVIII, la Ilustración encarnada.

Georgi Pléjanov, sin negar el papel del individuo, afirma que son las condiciones económicas y las relaciones de producción las que en última instancia posibilitan o restringen la acción de los distintos sujetos históricos. « [...] ninguna otra particularidad probable garantiza a las personas aisladas el ejercicio de una influencia directa en el estado de las fuerzas productivas y, por consiguiente, en las relaciones sociales por ellas condicionadas, es decir, en las *relaciones económicas*. Cualesquiera que sean las particularidades de un determinado individuo, éste no puede eliminar unas determinadas relaciones económicas cuando éstas corresponden a un determinado estado de las fuerzas productivas. Pero las particularidades individuales de la personalidad la hacen más o menos apta para satisfacer las necesidades sociales que surgen en virtud de unas relaciones económicas determinadas o para oponerse a esta satisfacción.»<sup>30</sup> Por lo tanto, se subentiende que siempre van a existir personas más idóneas o talentosas para ciertas

<sup>29</sup> CARLYLE, THOMAS. *Heroes and Hero-Worship*. En HOOK, SIDNEY. *El héroe en la historia*. Ediciones Galatea – Nueva Visión, Buenos Aires, 1958. Pág. 18

<sup>30</sup> PLÉJANOV, GEORGI. *El papel del individuo en la Historia*. Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1946. Pág. 34

labores, pero ningún individuo va a tener la posibilidad de poner en manifiesto dicho talento sino cuando la sociedad le da la oportunidad para poder hacerlo. «Dos condiciones son necesarias para que el hombre dotado de cierto talento ejerza, gracias a él, una gran influencia sobre el curso de los acontecimientos. Es preciso, en primer término que su talento corresponda mejor que los demás a las necesidades sociales de una época determinada [...] En segundo término, el régimen social vigente no debe obstaculizar el camino al individuo dotado de un determinado talento, necesario y útil justamente en el momento de que se trate.»<sup>31</sup> Usando el ejemplo de Napoleón Bonaparte, y sin desmerecer sus grandes capacidades militares y estratégicas, establece que aunque éste hubiese sido muerto en alguna campaña previa, «las demás expediciones lo hubieran hecho otros generales. Estos quizá no habrían mostrado tanto talento como aquél, ni obtenido victorias tan brillantes. Pero, a pesar de eso, La República Francesa hubiera salido victoriosa en sus guerras de entonces, porque sus soldados eran incomparablemente mejores que todos los soldados europeos.»<sup>32</sup>

Sin lugar a dudas las obras del gobierno de Balmaceda y su forma de hacer política fue sumamente particular, sin parangón con los gobiernos anteriores, lo que habría decantado a la postre en su mistificación. Pero esta ruptura no se dio al azar, ni fue motivada por la iniciativa particular de José Manuel Balmaceda, sino que fue posibilitada por condiciones sociales y económicas imperantes en el Chile de finales del siglo XIX, condiciones esbozadas de forma más bien somera a continuación.

## Chile en tiempos de Balmaceda

El país que salía victorioso de la Guerra del Pacífico en el año 1883, ya no era el mismo que había ingresado cuatro años atrás. La victoria de Chile en aquella conflagración tuvo enormes repercusiones en todos los ámbitos de la vida nacional. La adquisición de las provincias de Antofagasta y Tarapacá implicó que de súbito el territorio nacional aumentara en más de un tercio (alrededor de 180.000 kilómetros cuadrados). Y, más trascendente aún, es que estos territorios eran sumamente ricos en lo que a recursos mineros corresponde: «Poseían en plena explotación los únicos yacimientos de salitre natural existentes en el mundo; tenían además, importantes minerales de plata, como los de Caracoles y Huantajaya y, en la costa, valiosos depósitos de guano. Existían también minerales de cobre, yacimientos de azufre, bórax y muchas otras sustancias, algunas de las cuales eran explotadas en forma incipiente desde antes de la Guerra. Por otro lado, se habían construido algunos caminos y vías férreas, funcionaban varias fundiciones y maestranzas y – en fin – disponían de una serie de otros elementos de apreciable valor e importancia económica. La población de ambas provincias superaba ligeramente los 100.000 habitantes hacia 1885; una gran parte de ella, alrededor del 40%, formaba una población activa enrolada en las distintas faenas que allí se desarrollaban. En pocas palabras, Chile incorporó fuerzas productivas enormes»<sup>33</sup>. El Estado de Chile, que se encontraba en una grave crisis

<sup>31</sup> *Ibíd.* Pág. 39

<sup>32</sup> *Ibíd.* Pág. 36

<sup>33</sup> RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. Balmaceda y la contrarrevolución de 1891. En *Obras escogidas Volumen I*. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2007. Pág. 31.

económica desde 1874 ante la escasez de moneda metálica<sup>34</sup> se vio de pronto sumamente próspero gracias a los impuestos por concepto de exportación del salitre.

Al inicio de la administración de Balmaceda, la situación económica fue particularmente favorable; la producción del principal producto de exportación, el salitre, aumentó de 9.790.000 quintales métricos en 1886 a 20.000.000 en 1889, aportando al Estado una entrada de alrededor de 16 millones de pesos. Es más, en el periodo comprendido entre 1886 y 1889 el peso chileno se valorizó tres puntos, de 24 a 27 peniques, fenómeno que no acontecía hacia más de una década.

Tabla 1: INGRESOS DEL ESTADO DE 1886 A 1890<sup>35</sup>

Año	Ingresos en pesos
1886	37.116.070,45
1887	45.888.954,07
1888	50.182.114,48
1889	54.807.929,91
1890	58.574.102,75

No obstante, no sólo consecuencias económicas produjo la incorporación de los nuevos territorios, sino que principalmente sociales. La expansión económica salitrera y las nuevas relaciones de producción que ésta originó, produjo una paulatina disminución de la población rural y su correspondiente desplazamiento hacia los distintos centros productivos:

**« [...] en Tarapacá y Antofagasta, se produjo una importante concentración proletaria; mientras en 1880 allí había nada más que 2.848 operarios enrolados en la producción del salitre, en 1890 esta cifra alcanzó a 13.060, es decir en diez años hubo un aumento del 370% aproximadamente. Agréguese a estas cifras las correspondientes a los obreros que trabajaban en los ferrocarriles, en las maestranzas y las fundiciones, en los puertos y actividades comerciales, en la explotación de huaneras, de minas de plata y cobre, etc. [...] Las grandes ciudades y centros urbanos aumentaron su población apreciablemente, de tal modo que el total de la población urbana que era del 27% en 1875, bordeaba el 38% más o menos en 1890. En ellas el proletariado también creció como resultado de la intensificación del comercio, del establecimiento de nuevas industrias y del desarrollo de las existentes, etc. Los ferrocarriles en funcionamiento y el movimiento portuario creciente, eran actividades que daban trabajo en todo el país a miles de obreros. Lo mismo sucedió en las minas de carbón, donde el personal ocupado experimentó aumentos del orden del 200% en pocos años. [...] Puede estimarse que, alrededor de 1890, la clase obrera chilena**

<sup>34</sup> El presidente Aníbal Pinto, el 20 de febrero de 1877, llegó a manifestar: “La situación del país es muy mala y la perspectiva es de empeoramiento, no de mejora. La cosecha ha sido pésima y el precio del cobre en Europa baja como nunca. Un año malo sobre una situación delicada ya no puede dejar de producir funestas consecuencias. Si algún descubrimiento minero o alguna otra novedad por el estilo no viene a mejorar la situación, la crisis que de años se está sintiendo se agravará mucho”. VITALE, LUIS. *Interpretación Marxista de la Historia de Chile*. Pág. 95

<sup>35</sup> PIZARRO, CRISÓSTOMO. *La revolución de 1891. La modernización*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso. Pág. 64

**«cubría a lo menos 150.000 individuos, es decir, había aumentado en un 50% más o menos desde el año 1879.»<sup>36</sup>**

Simultáneamente con el aumento del proletariado, surgieron incipientes grupos medios (aun no podríamos hablar de una clase media, ya que no poseían consistencia, ni homogeneidad, mucho menos conciencia de clase), grupos formados gracias a la expansión educacional, la llegada de inmigrantes extranjeros, la naciente necesidad de servicios intermedios y la ampliación de funciones por parte del Estado. Estos sectores estaban conformados principalmente por comerciantes al detalle, ciertos tipos de artesanos, empleados públicos<sup>37</sup> y particulares y los profesionales. Otro grupo de estas capas medias es el de los profesionales, tales como médicos, ingenieros, arquitectos y profesores; generalmente eran hijos de pequeños propietarios, comerciantes o artesanos acomodados que habían podido estudiar a algún liceo de la capital y luego en la Universidad de Chile. «En la formación de la clase media tuvo especial significado la labor educacional desplegada por el Estado a lo largo del siglo XIX. Fruto de la concepción liberal imperante, ésta vio en la cultura un elemento de liberación del hombre, transformando la educación en vehículo de movilización social que hizo posible el ascenso de sujetos modestos a la clase media.»<sup>38</sup> En sus orígenes, la gran mayoría de estos profesionales tendieron a emular a las clases más altas. El redactor del periódico satírico *El Padre Padilla*, Juan Rafael Allende, se mofa sardónicamente de esta tendencia en los siguientes términos: «[...] en esta nunca bien ponderada *República*, en que la clase médua, que se deja sobajar sin misericordia por los gandules de alcurnia, apenas llega a juntar unas cuantas chauchas, tira también para el monte, quiero decir que se mete a camisa de once varas, dándose unos aires de aristocracia que espeluznan.»<sup>39</sup>

Junto a la expansión hacia el norte, el estado también integró por la vía armada la totalidad de la zona al sur del río Bío – Bío. Dicho proceso ha sido denominado por la historiografía tradicional como la “Pacificación de la Araucanía”. La presión ante la sostenida demanda de productos agrícolas, principalmente desde el norte minero, decantó en la formación de un poderoso empresariado agrario, la cual se vio favorecida ante la política del Estado de rematar y arrendar las tierras expropiadas a los mapuches con el fin de obtener entradas inmediatas para el Estado. «La forma en que se produjo el reparto de las tierras dio lugar a una rápida concentración de la propiedad territorial. La nueva capa de latifundistas fue extendiendo sus haciendas mediante sucesivas compras a revendedores, especialmente a los militares a quienes el gobierno había cedido terrenos, cuya extensión variaba de acuerdo al grado [...] En 1873 se remataron 46.127 hectáreas que produjeron 346.937 pesos para el fisco y se arrendaron 56.117 hectáreas que rendían un canon apreciable. El total de tierras puestas en remate entre 1873 y 1900 alcanzó a 1.125.000

<sup>36</sup> RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Historia del Movimiento Obrero en Chile. Op cit., Pp. 410 - 411*

<sup>37</sup> «Los empleados y el personal de policía y fuerzas armadas constituían – con los comerciantes al detalle – el sector más significativo desde el punto de vista numérico. Los cargos más altos, como el de Gobernador, eran probablemente ejercidos por un terrateniente de la zona; sin embargo, el resto de los cargos eran ocupados por personas de condición social intermedia (o personas que llegaban a ese status a través del desempeño de un empleo fiscal). Tanto la administración pública como las fuerzas armadas – el Estado – fueron, desde esta perspectiva, factores de movilidad y modernización social.» SUBERCASEAUX, BERNARDO. *Fin de Siglo. La época de Balmaceda*. Editorial Aconcagua, Santiago, 1988. Pág. 89

<sup>38</sup> SAGREDO BAEZA, RAFAEL. *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 2001. Pág. 48

<sup>39</sup> *El Padre Padilla* del 20 de agosto de 1887.

hectáreas.»<sup>40</sup> Estos nuevos hacendados (a diferencia de los latifundistas del centro del país) constituyeron una especie de burguesía agrícola, impulsando cierta modernización en el ámbito agropecuario.

Junto al surgimiento de nuevos grupos sociales, la expansión económica originó un incipiente desarrollo tecnológico, modificando notablemente las relaciones entre la sociedad civil y el Estado. En el año 1877 el territorio nacional estaba cruzado por cerca de 5.500 kilómetros de alambre telegráfico público, las que conectaban a 61 oficinas desplegadas a lo largo del país. A fines de 1879, la Guerra del Pacífico obligó a prolongar dicha línea telegráfica de Copiapó hasta Iquique. «El aumento de las líneas telegráficas públicas y privadas, se materializó en un incremento de las comunicaciones a través del hilo eléctrico, las cuales, hacia fines de la década de 1880 alcanzaban a prácticamente la totalidad de la superficie nacional, cubriendo desde Tacna, por el norte, hasta Dalcahue, por el sur. Entonces, además de los 10.844 km de líneas fiscales de la Dirección General de Telégrafos, operaban otras once líneas [...] Al igual que el ferrocarril, la navegación a vapor y el servicio postal, el telégrafo fue un eficaz instrumento para integrar al país. A través de sus hilos la comunicación se hizo mucho más expedita, y sobre todo, y ésta era su gran ventaja respecto de otros medios de comunicación, casi instantánea.»<sup>41</sup> Esta simultaneidad del telégrafo, sumada a las facilidades de desplazamiento gracias a la amplia red de ferrocarriles, tuvo una decisiva influencia en los hábitos políticos al aproximar a los representantes gubernamentales a los grupos que dirigían o pretendían dirigir.

Los nuevos actores sociales propiciaron la proliferación de las más variadas organizaciones asociativas: sociedades de socorros mutuos, clubes políticos, logias masónicas, entre muchas otras. Por lo tanto, ahora el Gobierno debía lidiar con grupos sumamente organizados capaces de enarbolar peticiones a un Estado hasta entonces completamente desligado de función social alguna. A esto hay que sumar el explosivo aumento de diarios y periódicos de las más variadas tendencias, las que ampliaron el ámbito comunicativo existente y abrieron nuevos espacios para la discusión<sup>42</sup>.

En definitiva, la sociedad chilena se había complejizado en grado superlativo en unos pocos años. El país se había ampliado ostensiblemente desde el punto de vista geográfico y el Estado debía cobijar bajo su seno nuevos grupos sociales. Estos fenómenos, por supuesto, decantaron en la modificación de las prácticas políticas existentes hasta ese entonces.

## Un nuevo Estado para un nuevo país.

Una vez derrotadas las fuerzas liberales comandadas por Ramón Freire a manos de las tropas “peluconas” de José Joaquín Prieto en la batalla de Lircay, Diego Portales instauró un gobierno caracterizado en lo político por su exacerbado autoritarismo y centralismo, dotado de un poderoso Poder Ejecutivo el cual controlaba de forma incontrarrestable el poder electoral – manteniendo a raya a la oposición –, y en lo económico por el librecambismo y la total apertura hacia los mercados extranjeros en desmedro de los pequeños productores

<sup>40</sup> VITALE, LUIS. *Op cit.*, Pág. 114

<sup>41</sup> SAGREDO BAEZA, RAFAEL. *Op cit.*, Pp. 89 – 90

<sup>42</sup> «Hasta los pueblos más recónditos tenían un periódico político, comercial o literario. En Vichuquién, un lugar perdido de la costa de Curicó, hubo tres periódicos semanales para menos de 3.000 habitantes.» SUBERCASEAUX, BERNARDO. *Op cit.*, Pág. 56

locales. Debido a esto, el interés del Estado “portaliano” no se encontraba en el desarrollo de la sociedad en su conjunto, sino sólo en el impulso al comercio exterior y a la delimitación geopolítica de los territorios abarcados por las actividades productivas y comerciales.

Pese a lo anterior, las sucesivas crisis mineras (1873) y monetarias (1878) modificaron potencialmente el desempeño económico de la oligarquía al interior del gobierno: disminuyó considerablemente el sector exportador y se desnacionalizó la mayor parte del mercado financiero. A finales del siglo, la hegemonía del empresariado extranjero se extendió a todas las esferas de la Economía nacional, transformándose en el principal motor modernizador – aunque de manera muy desigual – del país. Ahora los millonarios excedentes de las exportaciones no eran absorbidas por la oligarquía, sino que por las empresas foráneas... y el Estado. Como ya se mencionó, el Estado había pasado en pocos años a ser un ente sumamente poderoso, y era el único capaz de invertir en el país. José Manuel Balmaceda estaba sumamente consciente de aquello, y su programa de gobierno poseía como eje central la transformación de los enormes caudales fiscales en *factores productivos* sustentables a lo largo del tiempo, asegurando la riqueza nacional aun después de la extinción de los recursos naturales que servían de base para la Economía del país:

**«El cuadro económico de los último años prueba que dentro del justo equilibrio de los gastos y las rentas, se puede y se debe emprender obras nacionales reproductivas, que alienten muy especialmente la instrucción pública y la industria nacional. Y puesto que hablo de la industria nacional, debo agregar que ella es débil e incierta por la desconfianza del capital y por nuestra común resistencia para abrir y utilizar sus corrientes benéficas. Si a ejemplo de Washington y de la gran república del norte, preferimos consumir la producción nacional, aunque no sea tan perfecta y acabada como la extranjera; si el agricultor, el minero y el fabricante construyen sus útiles o sus máquinas de posible construcción chilena en las maestranzas del país; si ensanchamos y hacemos más variada la producción de la materia prima, la elaboramos y transformamos en sustancias u objetos útiles para la vida o la comodidad personal; si ennoblecemos el trabajo industrial, aumentando los salarios en proporción a la mayor inteligencia de aplicación por la clase obrera; si el Estado, conservando el nivel de sus rentas y de sus gastos, dedica una porción de su riqueza a la protección de la industria nacional, sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas [...] una savia más fecunda circulará por el organismo industrial de la república, y un mayor grado de riqueza y de bienestar nos dará la posesión de este bien supremo de pueblo trabajador y honrado: vivir y vestirnos por nosotros mismos.»<sup>43</sup>**

Estas palabras, que se adelantan en décadas a los postulados keynesianos que darán origen a la política económica de la I.S.I. (Industrialización por Sustitución de Importaciones) y los principios esbozados por la CEPAL, develan que para el futuro presidente, el Estado poseía un rol fundamental en el desarrollo nacional. Este discurso ha generado muchas interpretaciones, llegando a hablarse de un claro antecedente para presentar a Balmaceda como un mandatario con «ideas claras sobre la intervención estatal en la economía y como un nacionalista económico que estaba decidido a recuperar el patrimonio enajenado bajo la

---

<sup>43</sup> Discurso emitido en la Gran Convención Liberal, Radical y Nacional que lo proclamó candidato a la presidencia de la República el 17 de enero de 1886. En SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía. Volumen III. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1992. Pág. 141

influencia reinante del *laissez – faire*.»<sup>44</sup> No obstante dicha interpretación no resiste mayores análisis, Balmaceda veía al Estado como un “estimulador” para el desarrollo nacional. La creación de industrias o la explotación agrícola y minera debía ser una tarea eminentemente privada, eso sí, protegida por el Estado. Tales postulados fueron explicitados con respecto a la industria salitrera el 9 de marzo de 1889 en Iquique de la siguiente manera:

**«Los problemas de la industria surgieron de dos fuentes: primero, el monopolio foráneo que pretendió elevar el precio del salitre limitando la producción, y segundo, el precio prohibitivo del flete de la Nitrate Railways Company que también tendió a detener las exportaciones salitreras. La importancia de la industria ha demandado la atención del legislador [...] La propiedad particular es casi toda de extranjeros y se encuentra activamente en individuos de una sola nacionalidad. Preferible sería que aquella propiedad fuese también de chilenos... pero si el capital chilenos es indolente i receloso, no debemos sorprendernos de que el capital extranjero llene con previsión e inteligencia el vacío que, en el progreso de esta comarca, hace incuria nuestros compatriotas [...] el monopolio del salitre no puede ser empresa del Estado, cuya misión fundamental es sólo garantizar la propiedad y la libertad. Tampoco debe ser obra de particulares, ya sean éstos nacionales o extranjeros, porque no aceptaremos jamás la tiranía económica de muchos ni de pocos. El Estado habrá de conservar la propiedad salitrera suficiente para resguardar, con su influencia, la producción y su venta y frustrar en toda eventualidad la dictadura industrial de Tarapacá.»**<sup>45</sup>

Como se puede ver, Balmaceda más que procurar una nacionalización de las principales áreas económicas del país, pretendía evitar la concentración en unas pocas manos (lo que inexorablemente produciría un enfrentamiento con los monopolios como los de Douglas North, quien podía manejar, de acuerdo a sus propios intereses, el precio del nitrato, perjudicando la principal entrada nacional); era un liberal abogando por una “competencia perfecta”, la que a la larga conllevaría al beneficio de todo el país, o al menos el aumento constante de las entradas fiscales.

Al Gobierno incumbía crear las condiciones adecuadas para que el desarrollo económico se gestara, realizando las labores que al empresariado no le interesaban o convenían; como la educación o las obras públicas principalmente:

**«La síntesis de todo mi programa de gobierno consiste en el ensanchamiento de la instrucción pública, en el fomento activo y resuelto de la industria, en la severa probidad pública y administrativa, y en la quietud de los espíritus para realizar, en la medida de lo posible y con el concurso de todos, la obra común de engrandecimiento de la república. [...] El Estado puede suministrar en gran**

<sup>44</sup> BLAKEMORE, HAROLD. *Gobierno chileno y salitre inglés 1886 – 1896: Balmaceda y North*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1977. Pág. 262

<sup>45</sup> *Empresa cuyo propietario era el especulador inglés John Douglas North, quien al ser el único poseedor de ferrocarriles desde la pampa salitrera al puerto de Iquique, cobraba «una tarifa tan elevada que incluso resultaba más conveniente hacer el transporte por medio de carretas. Hecho que de todas formas limitaba la producción y, por lo tanto, la exportación y las entradas fiscales».* SAGREDO BAEZA, RAFAEL. *La gira del presidente Balmaceda al norte. El inicio del “crudo y rígoroso invierno de su quinquenio”, (verano de 1889)*. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2001. Pp. 40 – 41.

<sup>46</sup> BLAKEMORE, HAROLD. *Op cit.*, Pág. 97

**parte los elementos en que las aptitudes individuales deben ejercer su acción directa y bienhechora, y por eso procuro que la riqueza fiscal se aplique a la construcción de liceos y escuelas y establecimientos de aplicación de todo género, que mejoren la capacidad intelectual de Chile; y por eso no cesaré de emprender la construcción de vías férreas, de camino, puentes, de muelles y puertos, que faciliten la producción, que estimulen el trabajo, que alienten a los débiles, y que aumenten la savia por donde circula la vitalidad económica de la nación. Ilustrar al pueblo y enriquecerlo, después de haberle asegurado sus libertades civiles y políticas, es la obra del momento, y bien podría decir que es confirmación anticipada y previsor de porvenir y grandeza de Chile.»<sup>47</sup>**

Y procuró muy bien de hacerlo; el gobierno de Balmaceda llevó a cabo el más ambicioso plan de obras públicas en toda la Historia de Chile. Su ministro, amigo personal y biógrafo por encargo, Julio Bañados Espinosa, afirmaba que «quien conozca un poco a Chile, no tiene más que comparar lo que existe en obras fiscales para convencerse de que Balmaceda en cinco años escasos hizo más por el progreso material de la República que los anteriores Presidentes desde 1810. La obra de engrandecimiento nacional de tan insigne estadista y patriota es superior a la de todos sus predecesores tomados en conjunto. En una palabra, realizó más mejoras materiales en cinco años que los otros gobernantes en setenta.»<sup>48</sup>

Tabla 2: GASTOS FISCALES DESTINADOS A OBRAS PÚBLICAS.<sup>49</sup>

Años	Gastos ordinarios y extraordinarios en obras públicas	Total de gastos fiscales ordinarios y extraordinarios	%
1886	12.036.796	46.092.535	26 %
1889	14.899.161	59.390.144	25 %
1890	26.196.417	75.063.376	35 %

Dentro de las distintas obras fiscales emprendidas durante el gobierno de Balmaceda, sin duda las que mayor énfasis tuvieron fue la construcción de ferrocarriles y caminos, para el presidente su existencia era indispensable para el sano desarrollo de la nación, llegando a aseverar en una oportunidad:

**«Todos los problemas económicos del porvenir de Chile están ligados a la construcción de nuevas líneas férreas. Las leyes de ocasión, los arbitrios de los banqueros y rentistas, las económicas dirigidas a limitar los trabajos públicos, no traerán a nuestro suelo el bienestar ni la circulación metálica. Cuando en la región salitrera comprendida entre Camarones y Chañaral haya ferrocarriles de libre competencia, con línea central y transversales, de modo que se abarate el porteo del salitre y se reduzca su precio y se estimule su consumo en los mercados del mundo [...] cuando este ferrocarril llegue a Llanquihue, y los**

<sup>47</sup> Discurso del Presidente de la República en el banquete que la ciudad de La Serena celebró en su honor el 22 de marzo de 1889. En SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. *Op cit.*, Pág. 200

<sup>48</sup> BAÑADOS ESPINOZA, JULIO. *Balmaceda, su gobierno y la revolución de 1891*. Tomo I. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005. Pág. 558

<sup>49</sup> RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Op cit.*, Pág. 137

**productos de los valles centrales puedan extraerse por Valparaíso, Rio Bueno, Imperial, Constitución y Llico, ya por la vía fluvial o por caminos de acero, y se aumente el valor de la propiedad, y se mejoren los salarios, y se eleve la producción, y se puedan implantar las industrias fabriles, aprovechando el poder de nuestras hulleras o las corrientes de nuestros ríos; cuando salgamos de la condición de país con producciones primitivas y principiemos la elaboración de las materias primas; cuando todo eso suceda, para lo cual bastan un poco de energía y unos pocos años, la moralidad penetrará más espontáneamente en nuestras clases sociales, la riqueza tendrá condiciones de vida y de acrecentamiento propio.»<sup>50</sup>**

En el año 1887, presentó al Congreso un proyecto de ley para solicitar financiamiento para construir una serie de vías férreas que unirían las siguientes ciudades: Victoria – Osorno (403 kilómetros), Coihue – Mulchén (43 kilómetros), Santiago – Melipilla (59 kilómetros), Calera – La Ligua (76 kilómetros), de Salamanca a Illapel y los Vilos (128 km.), Vallenar – Huasco (48 km.), y desde la estación del Mercado Central de Santiago a Barnechea. En total, se proyectaba la construcción de alrededor de 1.200 kilómetros, en circunstancias que la red existente ni siquiera superaba los 1.000. «Además, Balmaceda hizo públicos sus propósitos de construir el ferrocarril longitudinal norte que uniera la Zona Central con la provincia de Tarapacá, y varios tramos, para lo cual fueron consultados fondos en la ley de presupuestos de 1888 [...] Junto a las iniciativas realizadas por cuenta del Gobierno; se dio autorización a la firma Clark para construir un ferrocarril trasandino que uniera Los Andes con Mendoza, y a la firma Bustamante para que construyera otro, siguiendo los márgenes del río Laja y atravesando la cordillera por el paso Antuco [...] En diversas oportunidades, Balmaceda exteriorizó sus deseos de expropiar los ferrocarriles particulares. En el discurso que pronunció en Iquique el 9 de marzo de 1889 expresó: *Aspiro a que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que crucen su territorio. Los ferrocarriles particulares consultan necesariamente el interés particular, así como los ferrocarriles del Estado consultan, antes que todo, los intereses de la comunidad, tarifas bajas y alentadoras de la industria, fomentadoras del valor de la propiedad misma.*»<sup>51</sup>

Junto con las vías férreas y los más de mil kilómetros de caminos, se construyeron alrededor de trescientos puentes para vencer los obstáculos impuestos por el relieve y los ríos, siendo los principales el viaducto de Malleco y los puentes sobre los ríos Maule, Ñuble y Bío – Bío. Fueron habilitados diez puertos con muelles y malecones, además de la construcción del dique de Talcahuano, con el fin de que tanto los barcos nacionales como los extranjeros fuesen reparados; también se creó una treintena de faros, evidentemente, para proteger la navegación. Más de veinte ciudades fueron dotadas de agua potable y se mejoró la infraestructura de algunas de estas con obras tales como la canalización del río Mapocho, pavimentación de calles, apertura de nuevos hospitales, creación de numerosos edificios públicos y militares y dieciocho nuevos centros penales con celdas individuales, con el objetivo de humanizar el hacinado sistema carcelario.

El otro pilar del gobierno de Balmaceda era la educación; ya en su programa había explicitado su fundamental rol en el desarrollo nacional:

<sup>50</sup> *Discurso pronunciado en la inauguración del viaducto de Malleco el 26 de octubre de 1890. En SILVA VARGAS, FERNANDO. Pensamiento de Balmaceda. Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda., Santiago de Chile, 1974. Pp. 78 – 79.*

<sup>51</sup> RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891. Op cit.*, Pág. 138

**« [...] el medio más eficaz para consolidar la reforma es la difusión amplia y completa de la instrucción pública. Es la instrucción la luz del espíritu y la moral aplicada con discernimiento a las acciones de los hombres. Ella constituye el más seguro fundamento de los derechos individuales y la más seria garantía de la prosperidad general [...] En la organización completa del preceptorado, en la aplicación general de los métodos más adelantados de enseñanza, en la creación de nuevas escuelas, en la preparación de los medios prácticos que nos conduzcan a la enseñanza primaria y gratuita y obligatoria, en el ensanche y mejoramiento de los internados y externados de la instrucción secundaria, en la adopción de métodos y textos adecuados a los sistemas de enseñanza experimental y práctica, en la constitución del profesorado por la especialidad del profesor de cada ramo, en la fundación de escuelas especiales y propias para servir las industrias del país [...] Considero que para emprender con fruto esta interesante reforma, es necesario aplicar las fuerzas vivas del Estado, y desterrar de los recintos de la enseñanza todo espíritu de intolerancia o secta»<sup>52</sup>**

Entre 1887 y 1890 fueron creadas 300 escuelas primarias y diez liceos, aumentando el número de estos planteles a 31: Antofagasta, Quillota, Liceo de Niñas de Valparaíso (el primer liceo fiscal para niñas del país), Miguel Luis Amunátegui, Valentín Letelier e Internado Barros Arana (con capacidad para 800 alumnos). «Se dieron los reglamentos para las Escuelas Normales de Hombres y de Mujeres; se iniciaron las construcciones de tres, quedando concluidas dos de ellas; se creó el Instituto de Sordomudos, con su profesorado, reglamento y plan de estudio; se estudió el Instituto de Ciegos; se organizó la enseñanza manual, la Musical, la de Gimnástica y la Militar en los establecimientos matrices para generalizarlos en todo el país, y se promulgó un ley nueva de sueldos de de Instrucción Primaria para mejorar la condición de los preceptores.»<sup>53</sup> Con respecto a la Educación Superior: «La Facultad de Matemáticas fue modificada en sus sueldos, en su profesorado y en su Plan de Estudios, habiéndose fundado éste sobre la multiplicación de profesionales de Ingeniería [...] En Medicina se dio otro plan de Estudios más a la moderna: se inauguró la Escuela que es un gran monumento; se dio el reglamento para ella, se organizaron las enseñanzas de la Farmacia y de la Dentística; se abrió el primer Congreso Médico nacional y se echaron las bases para el instituto Fisiológico y el Internado de Hospitales. Para constituir el profesorado y las Humanidades Superiores se fundó el Instituto Pedagógico con su plan de Estudios, Programas y Reglamentos.»<sup>54</sup> El impulso dado a la educación es indudable; el norte de estas políticas se encontraba en formar profesionales con conocimientos acordes a las nuevas exigencias del país y de los recientes avances de la ciencia y la técnica. Para lograr todo lo anterior, se invirtieron importantes sumas del presupuesto nacional en Educación:

**Tabla 3: GASTOS FISCALES DESTINADOS A EDUCACIÓN PÚBLICA.<sup>55</sup>**

<sup>52</sup> *Discurso emitido en la Gran Convención Liberal, Radical y Nacional que lo proclamó candidato a la presidencia de la República el 17 de enero de 1886. En SAGREDO, RAFAEL y DEVÉS, EDUARDO. Op cit., Pp. 140 - 141*

<sup>53</sup> BAÑADOS ESPINOZA, JULIO. *Op cit.*, Pp. 553 – 554.

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Op cit.*, Pág. 172

1886	\$ 2.329.927
1887	\$ 3.395.847
1888	\$ 4.217.648
1889	\$ 6.170.148
1890	\$ 7.198.553

## La encarnación del Poder: El Hombre – Institución.

El ensayista Alberto Edwards, en su obra *La Fronda Aristocrática en Chile*, establece que la elite chilena – al igual que todas las aristocracias del mundo – siempre ha tendido a menoscabar la autoridad central, arrebatándole importantes cuotas de poder. No obstante en el caso particular de Chile, esto habría originado la “anarquía” de periodo posterior a la caída de O’Higgins. Esta acefalia a la larga hubiese decantado en el desquiciamiento del Gobierno, cosa que no ocurrió gracias a la intervención de Diego Portales. Éste, habría “resucitado” un viejo principio que desde la colonia fue la base del orden público; « [...] el hecho, era la existencia de un Poder fuerte y duradero, superior al prestigio de un caudillo o a la fuerza de una facción; el sentimiento, era el respeto tradicional por la autoridad en abstracto, por el Poder legítimamente establecido con independencia de quienes lo ejercían. Su idea era nueva de puro vieja: lo que hizo fué restaurar material y moralmente la monarquía, no es su principio dinástico, que ello habría sido ridículo e imposible, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones.»<sup>56</sup>

De aquí provendría el desprecio de Portales por las prácticas constitucionales<sup>57</sup>. Su interés estaba en la restauración de un Gobierno obedecido, fuerte, respetado y respetable, eterno e inmutable, superior a los partidos políticos y prestigios personales; «el país continuo obedeciendo maquinalmente con el alma y de hecho no a Prieto, ni a Bulnes, ni a Montt, sino a una entidad abstracta que no moría: “el Gobierno”. Del mismo modo había obedecido antes, no a Carlos III o a Carlos IV, sino al Rey.»<sup>58</sup> La aristocracia, ante el “caos” liberal aceptó a Portales a cambio de orden y tranquilidad para continuar con sus ganancias personales. Ante la consolidación del *Estado en forma*, la oligarquía habría vuelto a sus andanzas frondistas, sin embargo, ahora se topaban con un nuevo obstáculo: Balmaceda. «El nuevo Presidente era un hombre joven todavía, de arrogante y distinguida figura, de modales finos y seductores [...] Su inteligencia rápida, su imaginación ardiente, el brillo y la ampulosidad de su verbo, la fogosidad de su temperamento, hacían contraste con el carácter frío, opaco, taciturno y calculador de la alta clase social chilena: los “ingleses de la América del Sur” iban a ser dirigidos por un hombre del medio día.»<sup>59</sup>

<sup>56</sup> EDWARDS, ALBERTO. *La Fronda Aristocrática en Chile*. Imprenta Nacional, Santiago de Chile, 1928. Pp. 42 – 43.

<sup>57</sup> Desprecio expresado en una carta dirigida a Antonio Gafias el 6 de diciembre de 1834: « ¡Para qué carajo sirven las constituciones y papeles, si son incapaces de poner remedio a un mal que se sabe que existe! [...] ¡Maldita ley entonces si no deja al brazo del Gobierno proceder libremente en el momento oportuno! De mi sé decirle que con ley o sin ella, esa señora que llaman Constitución hay que violarla cuando las circunstancias son extremas.» El “organizador” de la República, tiene muy poco de republicano y mucho de golpista. En DE LA CRUZ, ERNESTO. Epistolario de Don Diego Portales. Edición impresa por acuerdo del Ministerio de Justicia con la ocasión del centenario de la muerte de Portales, Santiago de Chile, 1937. Pp. 378 – 379.

<sup>58</sup> EDWARDS, ALBERTO. *Op cit.*, Pág. 44

<sup>59</sup> *Ibid.* Pág. 167

En las palabras de Alberto Edwards (un fervoroso admirador de la obra de Diego Portales, y brazo derecho del General Carlos Ibáñez del Campo a quien veía como restaurador del “orden portaliano” en contraposición de la “anarquía” parlamentarista), existen dos aspectos gravitantes: en primer lugar el Presidente de la República poseía un aura semi-monárquica (y por ende semi-divina<sup>60</sup>), se respetaba no al hombre investido sino que a la investidura. Los conflictos intestinos, las luchas partidistas por alcanzar el cargo más alto de la Nación podían ser feroces, pero una vez nombrado el mandatario, todos debían acatar sus dictámenes; no era el líder de una pequeña facción, sino que el Presidente de todos los chilenos. Y, en segundo orden, el advenimiento de José Manuel Balmaceda representó una ruptura con esta tradición impersonal.

Rechazando de plano la simplista e infundamentada explicación de la incompatibilidad de caracteres entre el “romántico” y “apasionado” Balmaceda y la fría y calculadora oligarquía, existe un hecho innegable: José Manuel Balmaceda fue un mandatario sumamente singular, encarnó como nadie antes el rol de Presidente de la República, haciendo uso de su figura, de su cuerpo y actuar un paradigma del quehacer gubernamental. Y este accionar no habría respondido únicamente al carácter altanero y ególatra de Balmaceda o a sus ínfulas de poder, sino en gran parte, a las condiciones del momento. El Estado se había transformado en pieza activa del desarrollo nacional, y el Presidente se sentía llamado, como el jefe del Estado, a satisfacer los requerimientos de toda la población. Esta auto-representación como el Gran Benefactor se aprecia claramente en las siguientes palabras, esgrimidas en la ceremonia de inauguración de la vía férrea de Collipulli a Victoria el 27 de octubre de 1890, ya en medio de las turbulencias que originarán en unos pocos meses más la guerra civil más sangrienta que haya tenido Chile:

**«Los héroes de otra edad decían que era dulce morir por la patria. Yo agregaré que es dulce servirla, porque en medio de las asperezas y quebrantos que producen las injusticias políticas de los hombres, hay un buen sentido público que estimula al cumplimiento del deber, y nunca faltan corazones rectos en los cuales se descansa de las fatigas que producen la dirección y el gobierno del Estado. En Santiago, la opulenta capital, los círculos y las inevitables ambiciones de los caudillos, agitan los ámbitos de la gran ciudad y crean a los gobernantes situaciones en extremo azarosas y delicadas. Pero siempre que cruzó los límites de la capital y me acerco a los pueblos de provincia, encuentro en ellos amigos y hombres sin ambiciones personales y con todas las nobles ambiciones del progreso y de la felicidad nacional [...] Yo he procurado la descentralización política y administrativa; pero la descentralización que inicié como Ministro y he consumado como Presidente, es la descentralización de la riqueza nacional. Yo he derramado los tesoros de Chile en todo Chile [...] A este plan de justicia distributiva ha obedecido la construcción de diversas líneas férreas. Estas obras de vialidad y las construcciones de liceos, escuelas, cárceles, edificios de administración, de enseñanzas especiales, de caminos de puentes, hospitales, templos, de saneamientos y tantas otras, corresponden a un sistema de distribución de la riqueza pública, que todas las provincias de Chile sostendrán y defenderán, porque sosteniéndolo practican la justicia y defendiéndolo protegen sus más caros intereses [...] Descanso tranquilo en el testimonio de los hechos. He querido el bien y he gobernado sin odios ni**

---

<sup>60</sup> Ver BLOCH, MARC. *Los reyes taumaturgos*.

***pasiones. Los gobiernos que hacen el bien son superiores a las vicisitudes humanas. Las obras buenas son eternas.»<sup>61</sup>***

Claramente se puede apreciar el sentido del deber del presidente, el cual era plasmado en desperdigar las riquezas por todo el suelo de la nación, por medio de su bienhechora mano. En otra oportunidad declaró: «Soy hombre de mi tiempo y me debo a los legítimos anhelos de mis conciudadanos. Sus deseos pueden condensarse en dos palabras: la instrucción del pueblo y el fomento de la industria nacional [...] en este alto puesto de confianza nacional, aspiro al legítimo honor de ser el primero en el trabajo y el primero en el servicio de mis conciudadanos»<sup>62</sup>. Dichas expresiones igualmente descubren una personalidad sumamente comprometida con su labor y una alta estima personal. El poeta nicaragüense Rubén Darío, en su paso por Chile se hizo muy amigo de uno de los hijos de Balmaceda, y por su intermedio conoció al mandatario, describiéndolo en su autobiografía de la siguiente forma: «Era Balmaceda, a mi entender, el tipo del romántico – político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante – al mismo tiempo autoritaria y meliflua –. Había nacido para príncipe y para actor. Fue el rey de un instante, de su patria; y concluyó como un héroe de Shakespeare.»<sup>63</sup> Probablemente alguien más conciliador, y/o menos seguro de sí mismo no habría llevado a cabo tal magno programa de obras públicas, pero sin la evolución social y económica, jamás Balmaceda hubiese podido hacer algo. Como decía Pléjanov, el contexto posibilita – o restringe – al individuo el despliegue de sus talentos.

Y existe un elemento más que agregar. No sólo se habían forjados nuevas fuerzas sociales como los obreros y los distintos grupos de profesionales medios, sino que éstos tenían mayores cuotas de participación política, ya sea por el manejo de sus propias instituciones (como en el caso de los grupos de artesanos) o por los senderos abiertos por el sistema electoral (en el caso de las capas medias). Los movimientos populares urbanos habían desarrollado una serie de organizaciones tales como el mutualismo, el cooperativismo, las escuelas nocturnas para trabajadores, las Sociedades Filarmónicas para Obreros, entre otras muchas. Dichas instancias tuvieron un «fuerte desarrollo después de 1861, gracias al clima de mayor tolerancia y libertades públicas durante el ciclo de gobiernos liberales. Algunas cifras ilustran esta progresión de la idea mutualista: en 1861 existían sólo tres mutuales; hacia 1879 – 1880 treinta y nueve sociedades de socorros mutuos desarrollaban sus actividades y en 1890 se contaban setenta y seis mutuales en todo Chile, más una coordinación permanente de mutuales y sociedades populares: la Liga de Sociedades Obreras de Valparaíso, creada precisamente bajo el gobierno del presidente Balmaceda.»<sup>64</sup> Por otro lado, con la reforma electoral de 1874, el electorado se amplió notablemente hacia las capas sociales medias, y la mayoría de éstas, no se encontraba en Santiago, sino que en las distintas provincias del país. Por lo cual, cualquier político que aspirase a realizar importantes reformas, debía saber “encantar” a los nuevos grupos, asegurar sus votos e incitar sus apoyos en las distintas empresas llevadas a cabo por el Ejecutivo.

<sup>61</sup> SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. *Op cit.*, Pp. 227 – 228. *El destacado es mío.*

<sup>62</sup> Discurso del Presidente en la apertura de la Exposición Nacional de 1888. SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. *Op cit.*, Pág. 173

<sup>63</sup> DARÍO, RUBÉN. *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo.* Pág. 39

<sup>64</sup> GREZ, SERGIO. *Balmaceda y el Movimiento Popular.* En VILLALOBOS, SERGIO et al. *La época de Balmaceda.* Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1992. Pp.71 – 72

**« [...] entre 1870 y 1885 en las provincias que conformaban la región de la Araucanía, incluida Concepción vivía más del 13% de los ciudadanos calificados. Mientras que en las del norte, entre Tarapacá y Coquimbo, habitaba casi el 15% de los calificados a escala nacional en 1885, transformándose así en regiones atractivas desde el punto de vista de su peso electoral. Valoración que se agregó a su significado económico para el país.»<sup>65</sup>**

Si Balmaceda aspiraba a concebir un nuevo país, debía enterarse de la situación real de la nación y atraer a su proyecto las voluntades de los distintos actores de la sociedad. Para lograr aquello, planteó la necesidad de recorrer el país como jamás mandatario alguno lo había hecho antes<sup>66</sup>. «La urgencia por reconocer el territorio nacional e identificar sus riquezas, además de informarse sobre las dificultades y aspiraciones de las poblaciones para mejor resolverlas, fueron motivaciones esenciales de los desplazamientos gubernamentales de Balmaceda.»<sup>67</sup>

**Tabla 4: VIAJES DEL PRESIDENTE BALMACEDA Y SUS MOTIVOS (1886 – 1891).<sup>68</sup>**

<sup>65</sup> SAGREDO BAEZA, RAFAEL. *Vapor al norte, tren al...* Pp. 82 – 83

<sup>66</sup> Sólo Manuel Montt había realizado una gira presidencial anteriormente, en el año 1853 con el objetivo de reconciliar a su Gobierno Conservador con los sureños liberales que habían participado en la revuelta de 1851, capitaneados por José María de la Cruz. La salida de Santiago del primer mandatario generó miedos en la capital ante un eventual “vacío de poder”.

<sup>67</sup> SAGREDO BAEZA, RAFAEL. *La gira del presidente Balmaceda...* Pág. 26

<sup>68</sup> SAGREDO BAEZA, RAFAEL. *Vapor al norte, tren al...* Pág. 216

Año	Mes	Destino Principal	Causa del viaje
1886	Enero	Valparaíso	Convención política
1888	Abril	Llico	Estudio obras públicas
1888	Mayo	Valparaíso	Ceremonia patriótica
1888	Septiembre	Chillán	Ceremonia patriótica
1888	Octubre	Talca	Homenaje político
1889	Enero	Pelequén	Inauguración obra pública
1889	Enero	La Calera	Inauguración obra pública
1889	Enero/Febrero	Penco	Personal e inspección
1889	Marzo	Tarapacá	Variados objetivos
1889	Abril	Los Andes	Inauguración obras públicas
1889	Noviembre	Cauquenes	Personal
1890	Septiembre	Valparaíso	Inspección oficinas públicas
1890	Octubre	Collipulli	Inauguración obra pública
1890	Diciembre	Talcahuano	Inauguración obra pública
1891	Agosto	Montenegro	Revisión de tropas
1891	Agosto	Frente de Batalla	Información de combate

Es posible advertir dos grandes razones por las cuales viajó: 1) estudiar las riquezas, las necesidades, dificultades, realización e inauguración de obras y 2) Homenajes y ceremonias políticas. Sin lugar a dudas, la inspiración de todos éstos fue concitar los apoyos populares, con un claro objetivo propagandístico.

La visita gubernamental con motivo del conocimiento de las necesidades y patrimonios de las distintas provincias fue generalmente aplaudida por la prensa, hasta por los más enconados rivales políticos. Tal es el caso del *Estandarte Católico*, que con motivo del viaje presidencial a Iquique, editorializa:

**«El Exemo. señor Balmaceda está dando muestras de actividad fecunda i de encendido celo por la prosperidad material del país. Lo hemos visto en este último tiempo ocupado en visitar las principales ciudades de la República, para imponerse personalmente de sus necesidades, dar impulso a sus progresos i cerciorarse por si mismo del estado de los establecimientos fiscales. Ha solemnizado con su presencia i con su palabra el acto de inauguración de las nuevas líneas férreas del Estado, demostrando con esto el vivo interés que lo anima por estas grandes obras de progreso i prosperidad nacional. Los ferrocarriles son indudablemente su más grande preocupación en el orden de nuestro adelantamiento material; i si hemos de estarnos a lo que nos ha revelado en sus discursos inaugurales, sus anhelos en este punto no quedaran satisfechos con las obras que están en vías de ejecución, sino que**

***aspira a tejer a lo largo i a lo ancho de nuestro territorio una red compacta de caminos de hierro, que hagan fácil y espedita la comunicación i el acarreo de los variados productos de la industria, que acrecientan cada día en proporción que lleva camino a ser gigantescos. Vivamente interesados como chilenos en el engrandecimiento de este querido pedazo de tierra que se llama Chile, no podemos dejar de congratularnos de estos indiscutibles progresos i aplaudir el entusiasmo de nuestro primer mandatario que los promueve con su poderosa iniciativa i los impulsa con un celo patriótico que lo honra. I estos aplausos no han de parecer en nuestros labios dictados por la adulación, que no solicitamos ni esperamos los favores ni sonrisas del poder. A fuer de leales adversarios políticos, no debemos rehusar nuestras alabanzas a los actos que las reclaman en justicia; i como chilenos, nos cumple estimular con nuestros aplausos a los que por amor o por deber contribuyen con medidas proficuas a la prosperidad de la patria.»***<sup>69</sup>

Los diarios de provincias, por otro lado, agasajaban las excursiones del presidente Balmaceda ya que a través de estos podía enterarse por sus propios ojos de los problemas de la nación, dando pronta y satisfactoria solución a estos; soluciones que no llegaban antes, cuando las necesidades eran evaluadas por funcionarios menores. Se criticaba amargamente que los gobiernos anteriores hubiesen confiado «demasiado en los ojos y en las informaciones de sus agentes políticos, dejando perpetuarse abusos y corruptelas, por no salir del centro de Chile y evitarse las molestias de un viaje.»<sup>70</sup> En cada excursión, en cada visita, el mandatario se preocupaba personalmente de conocer todos los detalles demostrando el «celo paternal con que atiende el progreso y el bienestar del país.»<sup>71</sup>

Balmaceda poseía un personalidad enérgica y laboriosa, contemporáneos suyos lo definían como «un espíritu flexible e inquieto como los viajeros que necesitan siempre nuevos y variados horizontes.»<sup>72</sup> En cada viaje, estudiaba la situación de la comunidad en particular y tomaba las medidas que él consideraba pertinentes. Por ejemplo en su viaje a Iquique, el diario capitalino *El Ferrocarril* informa: «S. E. ha decretado, después de reconocimientos y estudios personales, la inmediata construcción de un malecón de quinientos metros de largo por sesenta y seis de ancho, y de dos grandes muelles que se internen ciento cincuenta metros. Los corresponsales que acompañan a Su Excelencia, todos los cuales son empleados públicos, transmiten la admiración que causó a los ingenieros la gran lucidez y perfectos conocimientos con que Su Excelencia discutía los planos de la bahía del puerto y el proyecto del malecón, hasta el punto de haber ideado medios para salvar algunas dificultades que ellos no habrían sabido encontrar [...] tomando de nuevo los planos, a presencia de Ministros, intendentes, ingenieros, jefes de muelles y de ferrocarriles, trazó con sus manos las líneas que debían servir para la construcción de los malecones»<sup>73</sup>. Los corresponsales del periódico agregan admirados; «Esto sería un raro caso en un simple mortal, es un fenómeno común a las inteligencias privilegiadas de los grandes soberanos. Los séquitos reales y los voceros de corte son siempre los

<sup>69</sup> «El discurso presidencial en Iquique». *El Estandarte Católico*. 13 de marzo de 1889. El subrayado es mío.

<sup>70</sup> «El viaje del Presidente al Norte». *El Heraldo*. 25 de febrero de 1889.

<sup>71</sup> *La tribuna*. 18 de marzo de 1889

<sup>72</sup> SAGREDO BAEZA, RAFAEL. *Vapor al norte, tren al...* Pág. 152

<sup>73</sup> *El Ferrocarril*. 16 de marzo de 1889.

encargados de pregonar las virtudes y de revelar a los vasallos las cualidades ignoradas de sus príncipes.»<sup>74</sup> Balmaceda no sólo es el dueño de las riquezas nacionales, sino que el único capaz de invertir las de manera sabia a favor de toda la comunidad, el Presidente ya no es un simple administrador del Estado, se constituye en el principal benefactor, en un protopadre perseverante, honesto e infalible, preocupado por el bienestar de sus, hasta entonces, huérfanos pupilos de un Estado embarcado exclusivamente en la consolidación geoestratégica en la región (Guerra contra la Confederación Perú–Boliviana y la Guerra del Pacífico) o en asuntos teológicos ajenos a los intereses y necesidades de la mayoría de la población.

Esta situación, la obnubilación generalizada ante las “excelsas” cualidades de tan “emprendedor” dignatario, sería comprensible con solo nombrar las innumerables obras que se emprendieron durante este periodo. No obstante existe un elemento anexo y capitalmente significativo: Balmaceda no solo se contentó con las magnificas obras realizadas (monumentos que en muchos casos se mantienen hasta nuestros días), sino que hacía uso político de ellas. Era común que en las inauguraciones de las distintas obras fuesen presididas por el mismo Balmaceda, pregonando por medio de ampulosos discursos<sup>75</sup> lo progresista de su gobierno. Caso emblemático de aquello es el emitido en la inauguración del Viaducto de Malleco, una de las obras de ingeniería más formidables del gobierno de Balmaceda<sup>76</sup>, el 26 de octubre de 1890:

**«No es por un sentimiento de vana satisfacción que trazo estos rumbos al esfuerzo común de los chilenos: cumplo apenas con el deber de dar a mis compatriotas el fruto de mi experiencia, el conocimiento cabal de la riqueza pública, y el juicio que después de tantos lustros me he formado de la potencia nacional, de sus recursos, de su virilidad y aptitudes [...] Tengo fe profunda en mis conciudadanos, a los cuales he consagrado todos mis esfuerzos para engrandecerlos, engrandeciendo a la República. Al inaugurar este monumento del saber y del trabajo, les doy a todos el abrazo del patriotismo. Este grandioso monumento marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendieron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento.»<sup>77</sup>**

Claramente Balmaceda está pensando en la Historia al momento de soñar y construir un nuevo país. Una nación más poderosa, que supo aprovechar sus riquezas naturales, proyectándolas en capital eterno. Los monumentos de Balmaceda fueron concebidos para perdurar a los embates del tiempo; y no sólo ellos, sino que el recuerdo de quien los imaginó

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> «Los discursos que pronunció están salpicados de polvo de oro, y despiden luz tan viva que es preciso leerlos con anteojos de color. Bajo la luminosa bóveda de su ancha frente bullía un mar de ideas, de imágenes y de variadas fosforescencias. El rico pincel de su fantasía revestía sus discursos con magníficos esmaltes. De aquí porque su frase semejaba más a un arco iris que una alborada.» BAÑADOS ESPINOZA, JULIO. *Op cit.*, Pág. 35

<sup>76</sup> El Viaducto del Malleco fue considerado en su época el puente ferroviario más alto del mundo. Es una de las mayores obras de ingeniería metálica en Chile aún en nuestro días, impresionando por su magnitud. Su longitud es de 347.5 metros, divididos en cinco tramos iguales de 69.5 metros. El puente descansa sobre sus dos estribos extremos y cuatro pilas intermedias, todas ellas de acero. La primera y cuarta pilas tienen 43.7 metros de alto, la segunda 67.7 y la tercera 75.7. Los rieles se encuentran a 102 metros de altura sobre el fondo de la quebrada.

<sup>77</sup> SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. *Op cit.*, Pág. 225

y llevó a cabo, o sea él mismo. La siguiente fotografía data de esa ceremonia, y en ella se percibe claramente la utilización política del suceso:



En ella advertimos a un Presidente gallardo y altivo, investido de la indumentaria propia del primer magistrado de la nación, con su banda presidencial orgullosamente ceñida al cuerpo (en nuestros días los presidentes no utilizan la banda en inauguraciones o giras). Y el mandatario se encuentra justo en medio de una muchedumbre, es el centro en torno al cual gira el resto de la sociedad. Gracias a su accionar, a su “experiencia”, por medio de sus “conocimientos cabales de la riqueza pública”, y de su inagotable labor pública, todos los hijos de esta tierra alcanzaran un destino más esplendoroso. Balmaceda, presidente hacendoso, padre amoroso... redentor de la nación.

Seria pecar de ingenuidad creer que dicha fotografía fue al azar; no hay que olvidar que Balmaceda no viajaba nunca solo, sino que lo acompañaba una numerosa comitiva – las cuales llegaban hasta 300 personas – la que incluía oficiales del Ejército, ministros de Estado, diputados y senadores y por supuesto periodistas de los principales periódicos nacionales. Además de las ceremonias y fotografías, otros elemento de difusión de la labor gubernamental eran las medallas conmemorativas, «se cuentan a lo menos seis conmemorativas de una obra pública, entre 1886 y 1891, en cinco de las cuales aparece inscrito en nombre del presidente Balmaceda.»<sup>78</sup>

Para Balmaceda el viaje era una gran oportunidad para hacer proselitismo político, ganar adeptos a sus más variadas empresas, y apoyo a su gestión una vez que la situación política en Santiago se volvió crítica para su administración. Con respecto al

<sup>78</sup> SAGREDO, RAFAEL. *La imagen del presidente de la República en el Chile finisecular*. En *Historia de las Mentalidades. Homenaje a Georges Duby*. Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, 2000. Pág. 285

viaje a Tarapacá, viaje que « [...] entre las visitas presidenciales a diversos puntos de nuestro territorio, ninguna nos ha parecido mas provechosa que la que actualmente está practicando el Presidente de la República» debido a que «la presencia del jefe de la nación en esos ricos territorios, fuente primera i principal de la riqueza pública, ha de servir de poderoso estímulo a los que velan allí por los intereses del Estado i a los industriales que se ocupan en la extracción, elaboración i exportación de la sustancia salitrera.»<sup>79</sup> Para el historiador inglés Harold Blackmore, dicho desplazamiento habría sido parte de una hábil estrategia formulada por parte de Balmaceda:

**« [...] en los últimos meses de 1888 la posición del gobierno de Balmaceda se había debilitado profundamente: el Presidente ya estaba desilusionado de su sueño de unidad liberal y, en Santiago, la opinión pública criticaba cada vez más sus métodos. Por otro lado, el programa de obras públicas con el cual estaba asociado el nombre de Balmaceda, evidentemente había traído un progreso visible a Chile y bien podía sacarle provecho a esto para fortalecer su posición a escala nacional, si no directamente con los partidos políticos. Ningún otro gesto de un Presidente de Chile serviría mejor para este objetivo que una visita hecha con mucha publicidad y preparada cuidadosamente, a la zona norte de la República, a los territorios adquiridos con sangre y dinero chilenos en una guerra victoriosa contra vecinos hostiles.»<sup>80</sup>**

La apelación a su labor y obra en regiones, por sobre los conflictos políticos de la capital, constituían un lugar común de los discursos de Balmaceda: por ejemplo en un brindis ofrecido por la comunidad de Victoria al Presidente (27 de octubre de 1890), este indica que «Cuando mis conciudadanos me elevaron a ocupar el primer puesto de la nación, para dirigir la nave del Estado por seguro camino, se presentaron caudillos políticos llenos de pretensiones, los que, en mi carácter de gobernante, he tenido que rechazar con toda la energía que me da la Constitución y la ley. ¡Primero la patria antes que las ambiciones bastardas!»<sup>81</sup>

El Presidente de la República, enclaustrado en sus labores en la Moneda era un ente abstracto, desconocido para casi la totalidad de la población. Un ser inasible, intocable, incorruptible. Balmaceda fue el primer líder en dejarse ver, tocar y escuchar por la población común, y no solo la santiaguina, sino que especialmente la de regiones. En comunidades pequeñas y sin mayores sobresaltos, la visita del presidente generaba un fervor popular nunca visto hasta entonces, como en Chillán donde «todos anhelaban conocer al distinguido ciudadano que hoy ocupa el puesto supremo de la nación y que también ha sabido encaminarla hasta aquí por la senda de la prosperidad y del progreso.»<sup>82</sup> Algo similar ocurría en oficinas salitreras como “Flor de Chile”: «El pueblo llenaba los alrededores de la estación, acompañando al Presidente. Fuimos después al teatro, donde tuvo lugar un banquete. La sala estaba espléndidamente arreglada. Había 250 cubiertos»<sup>83</sup> o en Talca en el cual los ciudadanos entusiasmados «vestían sus mejores galas y todo el pueblo se prestó a expresarle al señor Balmaceda la complacencia y regocijo que nos

<sup>79</sup> *El Estandarte Católico*. 13 de marzo de 1889.

<sup>80</sup> **BLAKEMORE, HAROLD. *Op cit.*, Pág. 93**

<sup>81</sup> SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. *Op cit.*, Pág. 229

<sup>82</sup> *El Ferrocarril*. 22 de enero de 1884.

<sup>83</sup> *El Ferrocarril*. 20 de marzo de 1889.

causa el tenerlo entre nosotros.»<sup>84</sup> El arribo del Presidente se transformaba en todo un acontecimiento en las distintas comunidades; «mañana estará cerrado todo el comercio, las oficinas públicas y particulares. Mañana es el día para todos los que tenemos la felicidad de vivir en Caupolicán. No hay rico ni pobre que no éste entusiasmado con la venida de S. E. el Presidente de la República.»<sup>85</sup> Todas se ataviaban solemne y espectacularmente para recibir al más ilustre de los ciudadanos: «Millares de banderas y faroles chinescos cubrían las plazas y las calles. El Presidente fué vivado y aclamado. No hemos visto manifestaciones mas populares y entusiastas. S. E. visitó la iglesia, prometiendo doce mil pesos para reedificarla, el cuartel de bomberos, el club de artesanos, que está muy bien organizado, las escuelas, que se harán nuevas, el hospital, al que se prometió una subvención extraordinaria para botica e instrumentos [...] El pueblo todo engalanado. En la plaza había mas de ocho mil luces y faroles. El pueblo con vivas y ovaciones acompañó al Presidente hasta el muelle, alumbrando el camino con numerosas antorchas. Muchas embarcaciones con luces de Bengala llegaron hasta el “Amazonas” que se puso en marcha a las doce con dirección a Chañaral.»<sup>86</sup> Aunque muchas de estas manifestaciones fueron concebidas de forma tan aparatosa y con tal parafernalia por las Municipalidades u otras autoridades dependientes del poder ejecutivo, también existían muestras espontáneas de afecto por parte distintas asociaciones independientes: «Formaron carrera hasta la casa de don Daniel Oliva, el cuerpo de bomberos, la sociedad de artesanos en número de mas de 200, muchos caballeros y el pueblo que llenaba las calles y plazas, observándose un órden admirable. – Vimos artísticos arcos erijidos por el cuerpo de bomberos, los artesanos, la colonia austriaca y la colonia italiana.»<sup>87</sup> Nadie deseaba quedar fuera de tan masiva y gloriosa fiesta. Junto con apoteósicas recepciones se realizan bailes y banquetes, en los cuales asistían autoridades locales y «varias personas honorables.»<sup>88</sup>

En la Introducción se señalaba la poderosa labor social y educativa que puede efectuar la historia, siendo utilizada como arma de legitimación por parte de un grupo, nación o Estado para justificar su existencia y razón de ser o, en su defecto, como herramienta de protesta (por quienes se ven desfavorecidos). El gobierno de José Manuel Balmaceda, también recurrió a eficaces iconos heroicos idolatrados por la gran mayoría de la población como utensilio para atraer hacia su propia figura y gobierno el sustentáculo de la comunidad. Las ceremonias más cargadas de elementos simbólicos, fueron aquellas encabezadas por Balmaceda para rendir homenaje a los héroes patrios. El 9 de septiembre de 1888, el presidente descubre un monumento erigido en Chillán a la memoria de Bernardo O’Higgins: «Conciudadanos: al descubrir el monumento que el pueblo de Chillán ha querido levantar a la memoria del capitán general don Bernardo O’Higgins, cumplo con el deber de tributar al mejor de los hijos de esta ciudad y al primero de los fundadores de la patria, el homenaje de admiración y gratitud debido a sus heroicos servicios [...] Pasó O’Higgins, y pasaremos nosotros y nuestros hijos, y este monumento permanecerá para glorificación del héroe que lo corona, para legítima satisfacción del pueblo de Chillán, y para honra perpetua de la República de Chile.»<sup>89</sup> Por supuesto, tales halagos no pasaron inadvertidos para los habitantes de Chillán, quienes coronaron el discurso con «la más ardiente, entusiasta y

<sup>84</sup> *El Heraldo*. 13 de octubre de 1888.

<sup>85</sup> *La Tribuna*. 7 de enero de 1889.

<sup>86</sup> *El Ferrocarril*. 20 de marzo de 1889.

<sup>87</sup> *Ibíd.*

<sup>88</sup> *Ibíd.* 24 de enero de 1889

<sup>89</sup> SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. *Op cit.*, Pág. 167

espléndida ovación.»<sup>90</sup> Balmaceda no sólo realizó dicho descubrimiento con el objetivo de ganar adeptos e incondicionales apelando al honor histórico de la ciudad, sino que aprovechó las circunstancias para hacer una apología de sí y de su obra:

**«Fue O’Higgins un astro de magnitud soberbia, que recorrió todo el horizonte del cielo tempestuoso de las revoluciones de la independencia nacional y de la Constitución del Estado, y que, al caer, brilló soberanamente con los resplandores del patriotismo y fue a confundirse en los arcanos del tiempo y de la historia. Señores: desde la abdicación de O’Higgins, la nación ha realizado muchos y muy útiles progresos. Ha crecido la población y en territorio y en riqueza. Vivimos en realidad en otra época, con nuevas y variadas exigencias. Cesó la hora de la organización y de la consolidación de las instituciones, y nos encontramos en la del trabajo industrial y fecundo; del perfeccionamiento moral por la difusión de los conocimientos humanos y la instrucción del pueblo; de la reforma civil cimentada en el derecho común y en la igualdad delante de Dios y de los hombres; y de la reforma política que asegura al pueblo el pleno ejercicio de sus derechos electorales y de su soberanía, y que al fin consagre el equilibrio legal y político de los poderes del Estado. Para esta ardua labor habré de tener la cooperación de la provincia de Ñuble.»<sup>91</sup>**



Esta imagen corresponde a otra ceremonia patriótica; la recepción de los restos de Arturo Prat en Valparaíso el 21 de mayo de 1888. Se puede apreciar claramente a Balmaceda al medio, tal rey sol, secundado por un séquito de personeros de gobierno. Las innumerables banderas de Chile, el cuerpo de bomberos disciplinadamente apostados y los varios barcos del fondo otorgan una conmovedora solemnidad al momento. Lo más probable es que una banda tocase el Himno Nacional. Más que los restos de los héroes de Iquique, el punto axial es el presidente. Mal que mal, él es el Estado.

<sup>90</sup> *El Mercurio*. 10 de septiembre de 1888.

<sup>91</sup> SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. *Op cit.*, Pág. 166

Indudablemente, no todos veían con buenos ojos tales muestras de parafernalia propagandística, el diario de oposición *El Independiente* describía de la siguiente forma los viajes balmacedistas:

**«El Presidente de la República ha emprendido el quinto o sexto – no llevamos la cuenta, – de esos sus grandes y fastuosos paseos al estilo oriental, que han sido realmente una de las mas soberbias novedades de su gobierno, i en los cuales de cuando en cuando se le ha visto alejarse de la capital de la República i del centro activo de los negocios del Estado, ni mas ni ménos que como una especie de Gran Sol de Persia, rodeado de una inmensa corte de eunucos políticos, de camareros de confianza ,de cortesanos de todos colores i de una brillante guardia, en fin de soldados i marineros que daría envidia a los sátrapas i monarcas de los países asiáticos [...] Pero, si todo, en esas réjias expediciones, habia indudablemente sido digno del Jefe Supremo, de su carácter técnico, de su posicion simbólica en el Estado i de su figura histórica ante la posteridad, debemos, sin embargo, confesar i decirlo de plano, que la última de estas orientales expediciones, ha eclipsado a todos los anteriores, en todos los sentidos i por cualquier aspecto que se le considere. Su Excelencia ha salido de Santiago en un lujoso tren gráti, seguido de una larguísima cola, mas larga que la del cometa de Biela, de todas especies de satélites de su persona, que parecían reflejar la luz sideral i esplendorosa que de su apolíneo rostros sobre los de los demás se irradiaba; luego ha cruzado a todo vapor i como llevado sobre las alas de algún mitológico monstruo, los feraces valles i abruptas cuestas del camino que conduce al vecino puerto, recibiendo en las diversas estaciones del tránsito toda clase de homenajes, de parte de sus súbditos, felices de verle pasar; en seguida ha llegado a Valparaíso i descendiendo a tierra firme en medio del ruido ensordecedor de las músicas marciales i de los vítores i exclamaciones desesperadamente entusiastas de miles de empleados públicos; por fin, acompañado de almirantes i mariscales i de toda clase de jente de paz i de guerra i en medio del rugir espantoso de la artillería de mar i de tierra, se ha embarcado quebrantando las orgullosas ondas con el peso de su soberbia omnipotencia.»<sup>92</sup>**

Y continua denostando de forma irónica la pomposidad de los viajes de Balmaceda, contraponiéndolos con la austeridad de los pasados mandatarios; «Digan lo que digan los testarudos que siempre andan criticando las cosas presentes para recordar la poesía de los tiempos pasados, nunca hasta ahora se había visto en Chile nada tan hermoso, tan brillante, tan deslumbrador i que manifieste de un modo mas espléndido el progreso, la cultura, el gusto refinado i esquisito que en materia de usos oficiales ha alcanzado el país durante los últimos años, es decir, el país encarnado en la persona del Excelentísimo Jefe Supremo. En otros tiempos, para vergüenza i humillación nuestra, los Presidente de Chile, cuando viajaban de un punto a otro de la República, aunque fuera recorriendo larguísimas distancias i en ocasiones las mas solemnes, lo hacían así no mas, de cualquier modo, con el aire mas vulgar i modesto, como suelen viajar de ordinario todos los que se santiguan i persignan en esta tierra tan humilde i mansa de corazón como ninguna lo fuera en toda la redondez del globo. Pero eso no debía continuar así, sobre todo ahora que tenemos un Presidente que, como ninguno de sus antecesores, comprende lo que son i lo que deben

<sup>92</sup> "Al estilo oriental" *El Independiente*. 16 de diciembre de 1890.

ser los deberes técnicos de su puesto.»<sup>93</sup> Este aspecto va a ser profundizado en el segundo capítulo de este trabajo.

---

<sup>93</sup> *Ibíd.*

## CAPÍTULO II. La destrucción de la imagen presidencial: de Mesías a “Champudo”

Sin duda el gobierno de José Manuel Balmaceda ha sido una de las administraciones más progresistas que ha tenido Chile en toda su Historia. Pese a lo anterior, su actuar muchas veces colisionó violentamente con intereses de otros grupos, lo que va a determinar el curso y resultado de la Guerra Civil de 1891 de forma inapelable.

### La Elite

Alberto Edwards ya nos decía que la oligarquía chilena se gestó producto de la confluencia de las familias de encomenderos y conquistadores venidos a menos y los grupos de mercaderes que en una o dos generaciones habían logrado amasar importantes fortunas, lo que habría fomentando un sentimiento de superioridad jerárquica. «Estos burgueses, grandes señores, cualquiera fuese el origen de su encumbramiento, eran además, dueños de la tierra, y nada desarrolla mejor el espíritu feudal que la gran propiedad agrícolas»<sup>94</sup> No existía en ellos nada de la pasión igualitaria tan propia de las burguesías europeas, ya que jamás habían sufrido desdén o humillación por parte de vanidosos hidalgos o cargas onerosas por parte de las autoridades monárquicas (es más, cuando las sufrieron, con la imposición de las reformas borbónicas a finales del siglo XVIII, se alzaron dando origen al proceso independentista). Debido a todo esto, nuestra elite se caracterizaría por su arrogancia y una inconmensurada ambición; «El ansia de poder y dominación, el orgullo independiente, el espíritu de fronda y rebeldía han sido siempre cualidades aristocráticas y feudales, que denuncian al amo de siervos, al orgulloso señor de la tierra. Un detalle racial contribuyó a acentuar estas características. En Chile, el problema político no se ha planteado nunca sobre la base de un antagonismo entre conquistadores y conquistados, como dicen ocurre en México. Desde 1700, los blancos dominaron aquí sin contrapeso.»<sup>95</sup>

Es difícil de comprobar si la tenencia de extensas propiedades agrícolas o el sentimiento de superioridad engendrado ante la omnipotencia de sentirse dueños de todo sin contrapeso político alguno (debido a la lejanía de la autoridad monárquica) configuraron la actitud de la oligarquía chilena. Sin embargo, si el origen de dicha actitud es poco aprensible, sus consecuencias son muy claras: la elite siempre ha abogado por una «forma de gobierno impersonal, de tipo patriarcal, de gran consejo familiar, si se quiere, de una sociedad cuyos intereses se encontraban tan vinculados por las alianzas de familia y por la

---

<sup>94</sup> EDWARDS, ALBERTO. *Op cit.*, Pág. 9

<sup>95</sup> *Ibid.* Pág. 10

comunidad de intereses económicos.»<sup>96</sup> O sea, un gobierno parlamentario con relaciones horizontales dadas entre parentescos familiares y lazos económicos; un gobierno exclusivo de ellos para ellos. No obstante, en momentos de peligro tiende a parapetarse detrás de algún caudillo capaz de proteger sus intereses; sólo una vez que la situación ha sido controlada y el “peso de la noche” re-establecido, vuelven sobre sus presunciones parlamentaristas. Tal fenómeno ha sido una constante en la historia de Chile<sup>97</sup>: el proceso de Independencia fue iniciado por una elite “criolla” molesta ante la hegemonización del poder político que hacían las autoridades peninsulares. Pero ante el miedo al caos traído por el impetuoso José Miguel Carrera y las represalias de la “Reconquista” optaron por quien más garantías de orden otorgaba: Bernardo O’Higgins. Cuando se sintieron seguros, con los hermanos Carrera ya muertos y las fuerzas hispánicas en franco retroceso, prescindieron de O’Higgins, tachándolo de dictador y alienándolo del poder. Éste había herido su conciencia frondista:

**« [...] lastimaba su orgullo de castas. Indicaban la extinción de los títulos de nobleza, la supresión de los escudos de armas, el intento fallido, es cierto, pero muy serio, de la abolición de los mayorazgos [...] Había otros agravios todavía. En la abolición total de la esclavitud, no se había respetado el derecho al valor de la especie humana del dueño que la había adquirido a título oneroso. La dirección de la enseñanza, por parte del Estado, parecía encaminada a substraerla o emanciparla de la tutela de la Iglesia. Profesores extranjeros la impartían, y algunos de ellos no eran fieles observantes y otros eran protestantes.»<sup>98</sup>**

Una vez «derribada la monarquía en 1810, y el cesarismo en 1823, el espíritu frondista de los grandes señores no hizo sino debilitarse ante el espectáculo del desorden y la ruina pública que fué su consecuencia. Los hombres de peso y respetabilidad, los grandes propietarios, los comerciantes, fueron poco a poco alejándose de una política cuyas bulliciosas alternativas se avenían mal con su temperamento y su rango. Hacia 1830, la aristocracia habría estado dispuesta a aceptar todo, en cambio de un poco de paz»<sup>99</sup>, paz entregada por Portales. Sin embargo ¿es tan diferente la noción política de Diego Portales con la de la elite, como nos dice el hagiógrafo del tri-ministro? Para nada. No es que la oligarquía haya aceptado la “genial” idea del “estadista”, sino que en sus más recónditos concepciones anhelaba un poder impersonal, vinculado a nadie y cuyos intereses fueran mantener el orden al interior del Estado y consolidar la posición estratégica en el ámbito internacional. O sea el gobierno sometido a los caprichos y necesidades de la elite, una herramienta nada más.

Como se pudo apreciar en el primer capítulo, Balmaceda distó mucho de esta visión elitista e impersonal de la política; sus discursos, sus viajes, todas sus acciones se encontraban encaminadas a auto-representarse como un mandatario activo, laborioso y benefactor y ganar los afectos populares a su gestión. Esta actitud proselitista fue

<sup>96</sup> FELIÚ CRUZ, GUILLERMO. *Durante la República*. En *Obras escogidas. Volumen III*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago de Chile, 2000. Pág. 15

<sup>97</sup> Lo mismo ha ocurrido con el apoyo otorgado a la administración Portales – Prieto (ante el temor a la “anarquía” liberal), a Arturo Alessandri Palma y Carlos Ibáñez del Campo (ante el temor al estallido social) y finalmente a Augusto Pinochet (ante el temor al marxismo estatista y expropiador).

<sup>98</sup> **FELIÚ CRUZ, GUILLERMO. *Durante la...*Pp. 32 – 33**

<sup>99</sup> EDWARDS, ALBERTO. *Op cit.*, Pág. 56

sumamente criticada por la elite, ya que la política no debía ser algo masivo, mucho menos asunto de “rotos”: «Mas que peligrosas, – sin que por eso estén excentas (sic) de peligros, – estas invasiones de la chusma son ignominiosas. Ningun partido sério debería emporcarse en ese fango.»<sup>100</sup> Para los principales diarios de la nación, reflejos de la opinión mayoritaria de la elite, el uso político que efectuaba Balmaceda de las masas ignorantes eran originadas por las pretensiones narcisistas de éste, quien amaba ser reverenciado y los únicos que se prestaban para tan vil labor eran hombres oscuros y pretenciosos, no la elite orgullosa y culta. Tal es la opinión expresada por el periódico (ligado a la familia Matte) *La Libertad Electoral*:

**«Desde luego, ha llamado particularmente la atención el ensañamiento sistemático con que el actual Presidente de la República ha perseguido a todos los hombres de temple superior que se han resistido a dejar absorber su personalidad; I esta persecución no ha sido motivada por razones políticas, nó porque ellos hayan contrariado la acción jeneral de su gobierno, nó porque se hayan negado a prestar su cooperación. Es sabido que, por el contrario, este gobierno ha tenido de parte de ellos ofrecimientos patrióticos de servicios i que con una arrogancia impropia de republicanos él los ha rechazado acusándolos irónicamente de estar aquejados por la nostalgia del poder [...] ha pensado el presidente de la República que podía prescindir impunemente de ellos, porque teniendo la facultad de hacer nombramientos i arrogándose la de hacer elecciones, creía tener también la de hacer grandes hombres para dar a su gobierno el lustre que le faltaba por la exclusión de los otros. Este error es lo que explica la arrogancia con que una i otra vez se ha deshecho de preciados e irremplazables elementos de gobierno; i él explica también el empeño que ha gastado durante toda su administración en fabricar artificialmente eximios estadistas, notables administradores públicos i hombres sobre manera ilustres. Nunca pudo comprender que un rufian será siempre un rufian aun cuando se le dé la investidura de diputado, i que un gandul será siempre un gandul aun cuando se le disfrace con un nombramiento de ministro de Estado. Meritísimos ciudadanos han sido así excluidos de las funciones políticas i administrativas porque no rendían homenaje de incondicional adhesión al presidente de la República. I hombres viles que los anteriores gobernantes habían empleado con repugnancia en calidad de simples instrumentos, ocupan ahora, en recompensa de servicios indecorosos, asientos respetables en el Congreso i elevados puestos en la administración, a la par que sirven de directores de la bandera presidencial i de consejeros áulicos del jefe supremo del Estado. Rodeado por gente de este jaez, un hombre que es tan rebelde al consejo i a la advertencia como dócil a la sujestión i al influjo, ha perdido a todos sus amigos i a todos los patriotas i se ha rodeado de favoritos i adulones; i convertido inconscientemente en instrumento de sus instrumentos, se ve hoy precisado para salvarse, a premiar con preciados galardones a malvados que avergüenzan a la República i que en justicia no merecerían ni aun la gracia del indulto.»<sup>101</sup>**

<sup>100</sup> *El Estandarte Católico*. 25 de mayo de 1890

<sup>101</sup> *La Libertad Electoral*. 23 de julio de 1890

“Ha perdido a todos sus amigos y se ha rodeado de adulones”. No hay que olvidar que Balmaceda era un poderoso terrateniente, heredero de una familia perteneciente a la más rancia aristocracia chilena, él era parte de la elite, siempre lo fue. No obstante, el gobernar con sujetos ajenos al mundo oligárquico era visto como una afrenta, sólo ellos tenían derecho a gobernar, sólo ellos poseían la cultura necesaria. Lo demás era masa siútica, ambiciosa e ignorante. Ejemplo de esto eran las constantes críticas al ministro y brazo derecho de Balmaceda, Julio Bañados Espinosa. Él no provenía de la elite y a pesar de ser un gran jurisconsulto y docente de Derecho Constitucional de la Universidad de Chile, siempre fue denostado por pertenecer a una emergente clase media de profesionales, un sujeto improvisado, sin pasado ni tradición: «en los gestos de Bañados, en sus conceptos, en su lenguaje, en sus ideas había vulgaridad, deseos de llamar la atención... de exhibirse, caminaba moviendo los brazos como aspas de molino.»<sup>102</sup> Y como si no pertenecer a la elite no fuese suficiente, Bañados Espinoza tenía otro gran defecto... era moreno. El periódico satírico *El Fígaro* se refería a él como un “potro mulato”<sup>103</sup>. Los ministros balmacedistas son continuamente mostrados como aduladores del “vanidoso” Balmaceda, tal como se puede apreciar en la siguiente caricatura, denominada “Las Camareras de la Reina”<sup>104</sup>:



Junta a esta iconografía reza el siguiente texto: «La escena pasa en la alcoba / De su Majestad la reina, / A quien sus damas de honor / Para dar audiencia, arreglan.»<sup>105</sup> Los ministros y distintos funcionarios públicos dependientes del Ejecutivo son continuamente representados como cortesanas o sumisos sirvientes («Con una humildad que encanta / I con toda sumisión, / Ahí tenéis a los que sirven / Al patrón»<sup>106</sup>) y cuyo único objetivo era

<sup>102</sup> ORREGO LUCO, LUIS. *Memorias de tiempo viejo*. Citado en SUBERCASEAUX, BERNARDO. *Op cit.*, Pág. 35

<sup>103</sup> *El Fígaro*. 9 de abril de 1890

<sup>104</sup> *El Fígaro*. 6 de septiembre de 1890.

<sup>105</sup> *Ibid.*

<sup>106</sup> “Servidumbre de palacio” *El Fígaro*. 4 de junio de 1890.

hacer usufructo de la ignorancia de Balmaceda, obnubilado por los halagos. El diario *El Independiente* describe de la siguiente forma un día “normal” cuando un periodista logra infiltrarse en la comitiva presidencial:

**«S. E. me creyó de los “suyos”: probablemente le dejó esa impresión mi traje de mañana, el descuido de mis uñas i cierta sonrisa de idiota que ensayé desde el momento en que llegué a la estación [...] No me falta cierta inventiva cuando se trata de llenar el estomago con viandas costeadas por el fisco: en esto soi presidencial mondo i lirondo ¿Cuántas bocas tengo? Una: lo siento: hubiera querido tener una docena para ponerme a la altura de lo que engullían el señor Copatos i el señor Blanlot ¡l lo que bebían!»<sup>107</sup>**

La distinción soberbia entre los “caballeros” y “la tropa de siúuticos” que agasajan a Balmaceda tiene uno de sus paroxismos en el siguiente artículo, sobre una ceremonia efectuada por el Presidente en la Filarmónica: «No podemos principiar nuestro articulo sin lamentar mui sinceramente que se haya proporcionado el salón de la Filarmónica – punto de reunión de la jente culta – a la tropa gobiernista que ofreció el viérnes un aparatoso banquete a los seis sinvergüenzas ex – secretarios de confianza de S. E. el Presidente de la República. Una manifestación ofrecida a aquellos hombres que han sido i son oi el asco de la opinión pública, no debió haberse verificado en un local que está destinado a las fiestas de **nuestra mejor sociedad**. Lo contrario es imponer un trabajo enorme al directorio de esa institución, que tiene el deber de **desinfectar** convenientemente sus salones ántes de que se reunan en aquel punto, señoras, señoritas, caballeros i jóvenes.»<sup>108</sup> El nivel de virulencia es inusitado.

En otra caricatura se muestra a “Balmasiúutico” atacado por una rara enfermedad, la “Sinvergüencitis”<sup>109</sup>. La denigración de los ministros era un constante; «La oratoria del ministro Bañados daba risa, la del ministro Sanfuentes cólera, la del ministro Mackenna lástima; la del diputado Concha solo daba sueño.»<sup>110</sup> Blancos preferidos de las burlas: «El *del Interior don Adolfo*, no usa calzoncillos. Estima que es un trabajo enteramente innecesario. No hai duda que en ciertas circunstancias apuradas se gana tiempo i se evita un catástrofe! El *de Relaciones Exteriores don Juan E.*, quiere a toda costa ser millonario. ¡Rara excentricidad! El *de Justicia Rodríguez Velasco* – Después del almuerzo lee indefectiblemente su comedia *orijinal “Por amor i Por dinero”*. El *de Hacienda don Pedro Nolasco*. – Ha ordenado que cuando esté durmiendo no le lleven el despacho para la firma. El *de Industria den José Miguel*. – Almuerza, come, duerme i firma el despacho en tren. Todo gratis, excepto la firma del despacho, por lo cual recibe el pobrecito, 10.000 anuales.»<sup>111</sup> Es más, *El Fígaro* (periódico redactado por Eduardo Phillips Huneeus y de circulación muy restringida y exclusiva) poseía una sección llamada “El Gran Circo Balmasiúutico” donde mostraba a los ministros como saltimbanquis de los caprichos del Presidente: «En pocos días mas comenzará a funcionar en el espléndido local de la Plazuela de la Moneda el “Gran Circo Americano Bal Mac – Eda”. La calidad personal que lo compone, como la magnificencia i fenomenalidad de las pruebas que ejecuta, colocan a esta compañía mui

<sup>107</sup> “A Jaranear” *El Independiente*. 14 de septiembre de 1890.

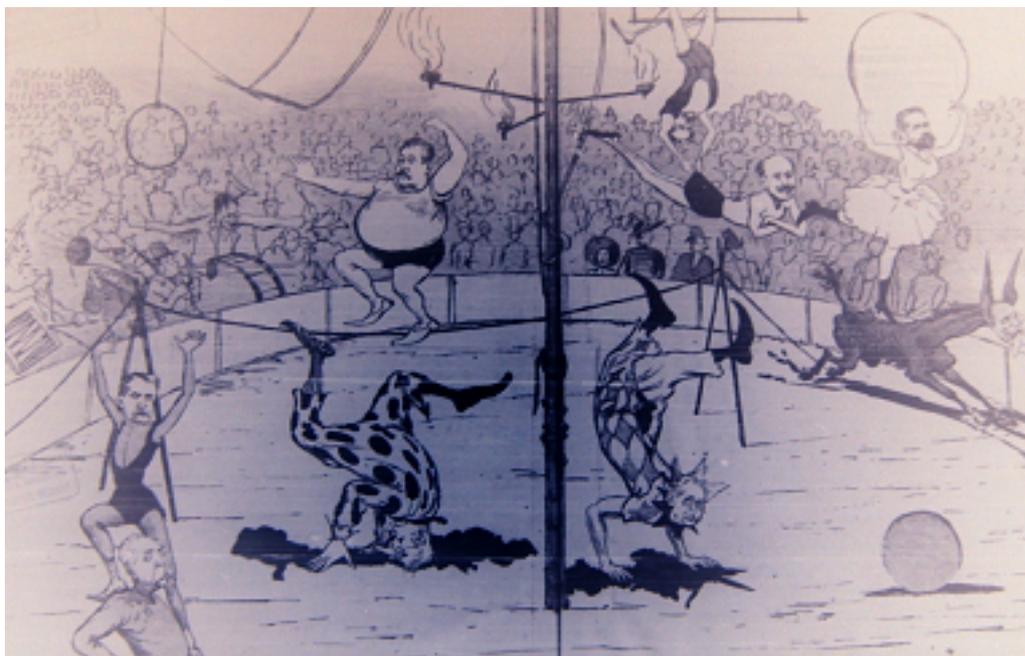
<sup>108</sup> *El Fígaro*. 23 de julio de 1890. El subrayado en mío.

<sup>109</sup> *El Fígaro*. 23 de agosto de 1890.

<sup>110</sup> *El Mercurio*. 9 de junio de 1890

<sup>111</sup> “Escentricidades de los ministros” *El Fígaro*. 20 de febrero de 1890

por encima de todas las que existen en el mundo. El elenco de la compañía es el siguiente.  
*Director:* El gran campeón i reputado prestidigitador Mr. J. M. Bal Mac – Eda...»<sup>112</sup>



El mandato de Balmaceda bien podría ser considerado como el primer intento de hacer una política de masas, populista, integrando a más grupos que los que tradicionalmente trabajaban en ella, claro está, manipulándolas a favor de sus propios intereses. Muestra de aquello fue los numerosos *meeting* realizados por las autoridades en apoyo del mandatario, práctica hondamente reprobada por la oligarquía quien veía en la política una cuestión eminentemente elitista:

**«Puede el gobierno o sus agentes convocar a un meeting que tenga ese objeto directo, o que de un modo indirecto produzca ese resultado provocando una adhesión a favor de la política que sustenta el personalismo presidencial. Puede el presidente de la República poner en juego todos los resortes que en sus manos colocan el presupuesto de setenta millones de pesos, la influencia sobre los empleados públicos, los numerosos contratos de provisión, i la atracción que ejerce el desempeño del mando supremo. Puede también continuar en la peligrosa pendiente de halagar los instintos de odio o aversión de las capas inferiores de la sociedad contra el bienestar, laboriosamente adquirido por el ahorro, por el trabajo o por afortunadas, pero lícitas, combinaciones. Puede todavía proseguir en el criminoso impulso que de sus labios ha partido a favor de cierta secreta animadversión, hábilmente explotada por algunos pillos, en contra del capital extranjero i de los frutos que aquí obtiene con provecho para éste i el país. Pero no podrá falsear la conciencia de los ciudadanos; i por mas que violentara todos los medios de presión, solo conseguiría palpar una vez mas el vacío que en el país se ha hecho la política presidencial, saliendo del**

<sup>112</sup> *El Figaro*. 4 de marzo de 1890

**reducido recinto de la Moneda, en cuyos salones solo se oye la lisonjera falacia del cortesano o el interesado aliento del aspirante.»<sup>113</sup>**

Para la aristocracia, ante la carencia absoluta de una base política – todos los partidos tradicionales eran críticos de la administración – y la falta de apoyo de la ciudadanía<sup>114</sup>; las autoridades se veían obligados a crear un apoyo falso popular, reclutando a los elementos más ruines de la sociedad, se utilizaban «bandas inconscientes y venales, reclutadas en la escoria de la población, como elemento político de combate»<sup>115</sup>, las que terminaban en «desórdenes y desacatos.»<sup>116</sup> Y esto era obvio por las mismas características del pueblo: «Los instigadores de semejantes revueltas no tienen derecho a ignorar que no hai, nada tan peligroso como exitar al pueblo animándolo a comente tropelías i poniéndolo en ocasión de derramar sangre hermana i dañar edificios públicos i particulares. El populacho se enciende i estalla como la pólvora al contacto de la chispa. Sus instintos le llevan al desórden i una vez en él, sigue i sigue, sin que puedan sujetarlo ni los mismos que hace poco lo instigaban. Enseñar al pueblo sus deberes, reunirlo en meetings públicos para recordarle sus deberes cívicos, son obras dignas de todo encomio, porque contribuyen eficazmente a levantar el nivel moral de la multitud i hacen del obrero un ciudadano; pero reunir turbas es un terreno mui fértil la fecunda semilla de la demagogia turbulenta i desenfrenada.»<sup>117</sup> Producto de un dictamen de la corte de Apelaciones a favor del Gobierno, se desarrollo una concentración popular en Valparaíso en mayo de 1890. Esta muestra de apoyo fue organizada por el Ministro Acario Cotapos a quien *El Fígaro* denominaba «jefe de pandillas inconscientes, de chusmas descamisadas [...] jamás habríamos podido imaginarnos que este ordinario choclonero se atreviera algún día a mezclarse con jente decente, ni que la jente decente lo aceptara a su lado. Aunque, ya se ve, ¿qué jente decente hai hoy día en el partido de gobierno?»<sup>118</sup> Resulta que en esta manifestación, según *El Mercurio*, Cotapos, asistido por la Guardia Municipal formó una «leva compuesta de algunos centenares de individuos entre jornaleros del gremio, celadores de cerros, peones de las obras públicas, carretoneros, *cuadrinos*, lecheros, etc., etc., de los cuales los primeros debían marchar a pié en la procesión proyectada y los últimos a caballo.»<sup>119</sup> Se invitó a los ministros de estado, llegando cuatro de ellos al Club Liberal para ser ovacionados. Sin embargo, por alguna extraña razón comenzaron a ser agredidos:

**« [...] se les había traído para recibir incienso y ovaciones y en vez de eso se les obsequiaba con silbidos y pedradas [...] La guerrilla de piedras entre el club y el**

<sup>113</sup> *La Liberta Electoral*. 15 de julio de 1890

<sup>114</sup> «Jamás se había visto aquí un oposición mas numerosa y unánime. El número de los gobiernistas es tan reducido que no se les ve ni se les oye por ninguna parte. Siempre todo gobierno ha contado por lo menos como partidarios a los empleados públicos. Pero el actual, ni siquiera tiene a estos a su favor. Y sobrado motivo hai para que los tenga, como que los ha ofendido de un modo afrentoso queriendo aterrorizarlos con el réjimen inicuo de las destituciones políticas. Es verdad que algunos mas de fuerza que de ganas se han visto obligados a ingresar en el gremio de los que figuran como miembros del club llamado por mal nombre de la Bola. Pero metidos ahí contra su voluntad son partidarios tibios, por no decir helados, que lejos de levantarse en cualquier ocasión a defender la política gobiernista, rehuyen toda discusión como avergonzados de verse impelidos a desempeñar un desagradable papel que detestan de todo corazón» *El Mercurio*. 2 de junio de 1890

<sup>115</sup> *El Ferrocarril*. 22 de mayo de 1890

<sup>116</sup> *Ibid.*

<sup>117</sup> *El Estandarte Católico*. 21 de mayo de 1890

<sup>118</sup> *El Fígaro*. 10 de mayo de 1890

<sup>119</sup> *El Mercurio*. 19 de mayo de 1890

**pueblo agredido tan alevemente se prolongó hasta después de las nueve, en que llegaron piquetes de tropa para restablecer el orden. Vimos llevar presos a varios individuos del pueblo que arrojaban piedras, pero a ninguno de los del club [...] Tal ha sido el éxito de la manifestación mandada organizar por el escelentísimo señor Balmaceda y sus ministros provisorios con el fin de darse apariencias de tener en su favor el aura popular. Se quiso tomar el nombre del viril y alentado pueblo de Valparaiso presentando una muchedumbre forzada por las influencias oficiales para aparentar ante la nación una popularidad que no tiene y que en balde se desespera por conseguir. Pero ese pueblo se ha levantado enérgico e invencible protestando contra la usurpación de su nombre. De tan varonil protesta podrán darle al señor Balmaceda fehaciente testimonio aquellos de sus ministros que vinieron con el propósito de recibir lauros y palmas y se les dio en cambio silbidos y pedradas, a aquellos de sus ministros que justamente en la hora en que se preparaban a recibir una espléndida ovación tuvieron que agazaparse en los últimos rincones de un choclon político.»<sup>120</sup>**

Esta era la prueba palpable de los peligros de emplear con fines políticos a la «chusma reclutada en los suburbios del puerto, en los chinchales donde no se respira otro aire que el de la degradación i el vicio; donde la atmósfera esta impregnada de podredumbre ; donde viven, en fin, los criminales que por unas cuantas monedas asesinan en la oscuridad de la noche, i por unas cuantas copas de vino i a la luz de hachones i cohetes de bengala, aplauden con la espontaneidad que no comprende a los que llevan en sus frente la señal del incendiario i la mancha de la baratería.»<sup>121</sup>. Peligros que el Ejecutivo, en un acto de desesperación había desatado, tal Pandora, y que en la huelga generalizada de julio de ese año eclosionarían.

Balmaceda es considerado como un traidor a su clase, un tipo presuntuoso y vanidoso, quien llevado por su ego es manipulado vilmente por sus siervos:

**«¡Pobre Champudo! Cómo estarás de ciego i de imbécil cuando no alcanzas a penetrarte de que cada uno de los seis mentecatos que te rodean no es mas que uno de esos personajes fatales a quienes los italianos mencionan con el calificativo de Jettatore! ¡Pobre Champudo! Tus “Mascotas” te llevarán, no lo dudes, al fondo del abismo!»<sup>122</sup>**

Esta sería la razón de fondo de todos los males que aquejan al país, la vanidad del mandatario: «Dotado de una cultura superior a la de los que le rodean i animado por cierto sentimiento de la responsabilidad que le afecta, se inclina de continuo a tomar el buen camino, en tanto que la debilidad de su carácter le hace seguir a los perversos consejeros que le llevan por el malo»<sup>123</sup> originando la principal característica de Balmaceda, «la versatilidad femenina de su política.»<sup>124</sup> Este constituye otro lugar común en las diatribas en contra del presidente, su carácter poco confiable y superficial, más preocupado de la

<sup>120</sup> *Ibíd.*

<sup>121</sup> *El Fígaro*. 21 de mayo de 1890

<sup>122</sup> *“La Mascota en Palacio” El Fígaro*. 28 de junio de 1890

<sup>123</sup> *La Libertad Electoral*. 23 de julio de 1890

<sup>124</sup> *Ibíd.*

pomposidad y de los halagos que de los problemas reales; Balmaceda se comporta tal como una mujer:

**«Ese hombre de apariencias delicadas, de cabellos rubios, de ojos azules i de facciones de mujerzuela, tiene, sin embargo, el alma grosera de un tirano i es capaz de todos los crímenes contra la República. I todavía agregábamos: si se estudia la galería ominosa de los hombres que en todos los tiempos fueron el azote i la vergüenza de su patria, se verá mui a menudo entre ellos a esos tipos de bailarines de circo i de tocadores de flauta, convertidos fácilmente en verdugos de hombres i de pueblos. Las apariencias de la pequenez i de la debilidad suelen ser las mas engañosas. Digánsenos, si no, ¿quién hace algunos años podría haber creído entre nosotros que ese simple charlador de sobremesa, que ese rimador inocente de frases exóticas, que ese político a la violeta, ocultaba, sin embargo, en su alma la insolente audacia de aspirar a ser nada ménos que el Jefe Supremo de la República? ¿quiénes, sino los hombres de poca fé, habrían pensado que, aun sin virtud, sin honradez i sin moralidad, sería capaz de soñar en la casalinaria empresa de destruir por sus cimientos el edificio de la Constitucion i sentarse en seguida sobre sus ruinas a repartir sus despojos entre los miserables cortesanos de su omnipotencia? Debemos de convenir forzosamente en que eso no puede hacerse sino por un nombre cuyo rostro no es sino la careta de su alma, cuyas facciones no son sino las engañosas de la mentira i de la perfidia, cuya exterior, en fin, no es sino el disfraz acabado i completo de otro personaje que va oculto dentro de él i que, retirado en sus solitarios pensamientos, nada tiene de común con los demás hombres para los cuales ha sido siempre un desconocido.»<sup>125</sup>**

El presidente era un sujeto atractivo, con una apariencia delicada e inofensiva, no obstante esta no es más que una pérfida careta, la que oculta su personalidad insidiosa y manipuladora, capaz de las más alevosas acciones como la traición a su clase. Es el prototipo de *femme fatale*, aquella mujer que utiliza sus encantos – sexuales – para seducir y engañar al desventurado héroe.

Él había hecho uso político de su persona, de su cuerpo; en cada viaje, en cada inauguración, en cada ceremonia y discurso se presentaba altivo, orgulloso, con los más representativos símbolos patrios. Su objetivo era claramente captar adhesiones. Y ¿cómo no lo iba a lograr si se presentaba de forma tan excelsa? Asoció tanto su persona, la de José Manuel Balmaceda, a la del Presidente de la República, que se volvió una, indisoluble y perfecta simbiosis. ¿Cómo menoscabar la autoridad – pretensión postrimera de la oligarquía – de quien se presentaba como la Autoridad en sí mismo? En primer lugar se debía destruir su imagen, su aura auto-impuesta de mandatario inefable y asociarlo a figuras que espontáneamente generen repulsión y miedo. Y si hay alguna imagen que genere más sentimientos de contradicción en el corazón de los hombres es la de la mujer, impredecible, insaciable... inaprehensible. Es sumamente común la utilización de rasgos femeninos para damnificar la imagen de alguien, dañar su credibilidad, y este recurso fue continuamente utilizado en contra de Balmaceda, no sólo por los diarios de la elite, sino

---

<sup>125</sup>

“Por la uña se conoce al León” *El Independiente*. 11 de diciembre de 1890

que especialmente por el diario satírico popular *El Padre Padilla*. Lo femenino pareciera intrínsecamente perverso, al mismo tiempo hermoso y peligroso, por ende, poco fiable.<sup>126</sup>

José Manuel Balmaceda tenía un particular interés en la imagen, tanto que se llegaron a retocar algunas de sus fotografías oficiales eliminando ciertas imperfecciones<sup>127</sup>, interés también demostrado en la fastuosidad de sus visitas y ceremonias. La trascendencia de la imagen pública y sus efectos en la población, también eran conocidas por la oposición política e hicieron uso de ella mermando la regia e incólume figura presidencial con el apodo del “Champudo”, haciendo referencia a la gran cabellera de Balmaceda. En una poesía dirigida a S. E. José Manuel Balmaceda es posible leer:

**«A esa grande humanidad La corona una cabeza, Que es melena la mitad I la otra mitad pavez... Sus piernas de junco son, Su cerebro de alcornoque, De almíbar su corazón, Su rostro un albaricoque, I nuez vana su razón. Son sus sueños, construcciones; Su vijilia, deslealtad, I afectuosos apretones Son su fuerte en la amistad»<sup>128</sup>**

El uso del cuerpo es evidente, así como el Presidente lo usó como herramienta, sus contrincantes la utilizan de arma. Al parecer la corporabilidad es un artefacto de doble filo. En una recopilación de poemas escritos por «la clase ilustrada de Chile, i especialmente en los nobles hijos de las Musas»<sup>129</sup> durante la Guerra Civil y con el explícito objeto de dar a conocer «los efectos de la Dictadura en el pueblo que fué víctima; i las poesías, en que se desahogaban los corazones, i que el pueblo chileno devoraba como el pan del consuelo i la esperanza, son testimonio elocuente de que no éramos un pueblo abyecto, que no besábamos sino que maldecíamos nuestras cadenas, las sacudíamos i rujíamos violentos, hasta conseguir troncarlas para siempre»<sup>130</sup> se hacen continuas referencias a la fisonomía del ya depuesto mandatario:

**Despierta, tiranuelo, sacude la melena, Que por sarcasmo llevas de majestuoso leon; Pues solo los instintos cobardes de la hiena Se anidan en tu infame, perverso corazon. No pienses que el amparo de rifles i cañones Te puedas siempre libre, canalla, sostener, Porque al furioso embate de ardientes corazones Aun las fortalezas se vieron decaer. Momentos mas, bien puedes pedir a tu demencia Consejos para el crimen, lecciones para el mal; Con eso solo llenas del pueblo la paciencia I apuras su justicia, que te será fatal. Si un dia Chile entero, por destroz ar cadenas, Alzóse altivo i grande, radiante de esplendor, Tambien en esta lucha la sangre de sus venas Derramará gustoso por conservar su honor! Imbécil, ¿no recuerdas que Chile, siempre noble,**

<sup>126</sup> «En el inconsciente del hombre, la mujer suscita la inquietud, no sólo porque ella es juez de su sexualidad, sino porque él la imagina insaciable, comparable al fuego que hay que alimentar sin cesar, devoradora como la mantis religiosa [...] de todos modos, el hombre no gana nunca en el duelo sexual. La mujer le resulta “fatal”. Ella le impide ser él mismo, realizar su espiritualidad, encontrar el camino de su salvación. Esposa o amante, es carcelera del hombre» DELUMEAU, JEAN. *El Miedo en Occidente*. Taurus, Madrid, 2002. Pág. 476

<sup>127</sup> Ver DEVÉS, EDUARDO. *La cara de Balmaceda: fotografía, psicología y mentalidad*. En VILLALOBOS, SERGIO et al. *La época de Balmaceda*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1992.

<sup>128</sup> *El Fígaro*. 13 de febrero de 1890

<sup>129</sup> QUEZADA E. y PORTALES, D. *La Dictadura y las Musas. Colección de todas las poesías publicadas con ocasión de la Dictadura*. Imprenta “Santiago”, Santiago de Chile, 1891. Pág. VII

<sup>130</sup> *Ibid.*

***Orgulloso de la América, al mundo mostró, I cual no vence nunca la tempestad al roble Jamas ante un tirano su frente doblego?*<sup>131</sup>**

Balmaceda era un presuntuoso, en búsqueda de la adoración y de la gloria personal. Las ostentosas salidas a terreno eran vistas desde este ángulo y no era extraño que fuese así. La principal características de los presidentes anteriores era la austeridad, el ascetismo propio de alguien ungido de un título impersonal. En cambio Balmaceda hacia exactamente lo contrario. Su personalismo para con el mandato, prontamente lo hizo asociar su actitud a la de un monarca absolutista.

**« [...] mientras en Estados Unidos la acción ejecutiva del presidente no le permite influencia alguna electoral o política con el personal y elementos de gobierno, lo que acontece del mismo modo a la reina de Inglaterra, que solo tiene un poder en mera representación en el Estado y al primer ministro que es el jefe verdadero del poder ejecutivo, el presidente de Chile, según la feliz espresion del actual presidente señor Balmaceda, “tiene en su mano a todos los funcionarios del poder administrativo, nombra a los del poder judicial, elije cámara con sus municipios, ejerce gran intervención en el gobierno de la Iglesia, manda sobre la tierra y el mar, el ejército y la armada y es un monarca sin púrpura, con atribuciones superiores a muchos soberanos, cuya acción llega a cuanto quiere, con el poder de una voluntad que puede imperar sola y sin contrapeso”. ¿Puede compararse este absolutismo del presidente de Chile con la ejemplar organización política de Estados Unidos o Inglaterra? ¿Puede acaso el presidente de Estados Unidos, la reina de Inglaterra o su primer ministro, llegar con su acción a todo cuanto quieren y hacer imperar su voluntad sola y sin contrapeso, como puede hacerlo el presidente de Chile?»<sup>132</sup>**

Este análisis es muy cierto, el Presidente de la República de Chile poseía enormes atribuciones en relación con otros mandatarios republicanos, incluso más que algunos monarcas absolutos, pero ¿por qué la “revolución” no se le realizó a otro mandatario? Estas atribuciones se remontan de 1833. Domingo Santa María fue mucho más soberbio<sup>133</sup> que su sucesor e hirió mayores sensibilidades con las reformas teológicas. José Manuel Balmaceda hizo grandes esfuerzos por ganarse los apoyos de los distintos partidos políticos y prueba de ello es la enorme rotativa ministerial que sufrió en los cinco años de su gobierno, con el objeto de complacer al Congreso. Al parecer, más que el fondo, aquello que irritaba era la forma en que Balmaceda se presentaba, su infatuación. La cual era apreciada como una pretensión regia, pretensión que debía ser combatida:

***Se sueña emperador. Locos ideales Halagan del traidor la mente vana;  
Con gloria sueña i cánticos triunfales; ¿I la patria vereis escarnecida Con  
ánimo glacial, indiferente? ¿I ante la lid emprendereis la huida? ¡Ah! nó,  
chilenos! Nunca vuestras frentes Se han bajo el yugo infame doblegado! ¡Sois***

<sup>131</sup> *Ibíd.* Pp. 6, 7 y 8

<sup>132</sup> *El Mercurio.* 24 de mayo de 1890

<sup>133</sup> El mismo Domingo Santa María afirmaba: «Se me ha llamado interventor. Lo soy. Pertenezco a la vieja escuela y si participo de la intervención es porque quiero un parlamento eficiente, disciplinado, que colabore en los afanes de bien público del gobierno. Tengo experiencia y sé a dónde voy. No puedo dejar a los teorizantes deshacer lo que hicieron Portales, Bulnes, Montt y Errázuriz. No quiero ser Pinto a quien le faltó carácter para imponerse a las barbaridades de un parlamento que yo sufrí en carne propia en las dos veces que fui ministro.» Citado en GÓNGORA, MARIO. *Op cit.*, Pág. 22

**ciudadanos, ¡sereis valientes! No es de viriles pueblos el destino, Jamas, la esclavitud. Al corpulento Roble solo derriba el torbellino Si tenemos un día la desgracia De ver alzarse un César altanero Luchemos por la santa Democracia ¡Un tirano! Jamás! Antes, primero Venga el alud que todo lo derrumba ¡Para mi patria un déspota no quiero! No puedo esclavo ser. Antes la tumba!!!<sup>134</sup>**

Estos anhelos “regios” eran una realidad para *El Fígaro*, quien editorializaba «Se susurra que si S. E. no consigue realizar sus intereses políticos con respecto de Sanfuentes, resolverá dar un golpe de Estado en toda forma para proclamarse Emperador vitalicio de Chile con el nombre de José Manuel I. En tal caso, habría necesidad de conceder un título de nobleza hereditaria a cada uno de los parientes cercanos de Su Majestad. El candidato Sanfuentes merecería una gran distinción, en vista del fracaso de sus pretensiones. Como si fuera un segundo Bismarck, le llamarían: “*El Príncipe Enrique Salvador. Gran canciller del Imperio i Presidente del Consejo de Ministros*”.»<sup>135</sup>



El ejercicio del poder de Balmaceda, su participación en ceremonias, bailes, fiestas y homenajes despertaron fuertes críticas ante toda la opinión pública, no solo la elite, sino que también por parte de periódicos que representaban intereses más populares:

**«Baile en Talca i en Chillan; Almuercito en Curicó; Luego, bailes le darán En Coquimbo i Copiapó Quilahueque i Quilapan. No lo pasan ni lo frailes Entre banquetes i bailes. Lo que es aquí en la Moneda, No queda día del mes, Ni gran personaje queda En que i al que no le des Un banquete ¡oh, Balmaceda! Mejor ni mas divertido Ni el mismo Neron pasábalo; En tus goces has vencido José Manuel, A Heliogábalo, Que fue Neron correjido.»<sup>136</sup>**

En la Moneda se vivía en un constante estado de carnaval, mientras a la sociedad la convulsionaban los más graves de las crisis:

<sup>134</sup> QUEZADA E. y PORTALES, D. *Op cit.*, Pág. 2 – 3

<sup>135</sup> *El Fígaro*. 7 de marzo de 1890

<sup>136</sup> “Entre banquetes y bailes” *El Padre Padilla*. 16 de octubre de 1888

**«Muchos se estarán imaginando que el Presidente Balmasiútico está mui preocupado i de mal humor en vista de la delicada i peligrosa situación política en que se encuentra colocado. Pues, señor, los que tal piensan se equivocan medio a medio. Tan léjos esta Balmasiútico de sentirse amilanado que el domingo en la noche asistió a la segunda representación de la Compañía Tomba. Su rostro rozagante, coquetón i placentero, indicaba que el hombre se siente feliz. I ¿por qué no ha de sentirse? ¿Acaso no tiene en su mano todo lo que desea? Algunos dicen: ¿pero, qué va a hacer Balmasiútico con la oposición que tiene en el Congreso? ¡Inocentes! ¡Parece que no conocieran el ñeque de nuestro gobernante! El hombre tiene su plan mui bien confeccionado: si las Cámaras no hacen lo que él quiere, dicta sencillamente un decreto disolviéndolas, ni mas ni ménos.»<sup>137</sup>**



Lo más terrible de todo esto, era que dicho despilfarro era con el dinero de la nación, por consiguiente de todos los chilenos: «Esas expediciones por tierra i por mar, nos preguntamos, en que el Jefe Supremo gasta los dineros del Estado en divertirse i en dar suntuosos saraos i banquetes i fiestas de otras especies a sus paniaguados i cortesanos, esas expediciones ¿no son acaso costeadas con el trabajo del pueblo, con el sudor del pueblo, con lo que el pueblo paga el Erario público a costa de todo jénero de fatigas i penalidades i trabajos? Luego, seguimos preguntándonos: ¿qué autoridad, qué Congreso, qué lei, es la que ha autorizado al Jefe de la Nacion para disponer así, en esa forma, de esos caudales i de esos dineros i entrando para ello a saco en las arcas del Estado, tomándolos con su mano zurda i arrojándolos en seguida a sus pinches i cocineros? [...] estamos olvidando que somos un pueblo de salvajes i que necesitamos ser civilizados a la fuerza por el excelentísimo i liberalísimo señor Balmaceda. El señor Balmaceda quiere indudablemente civilizarnos a la fuerza con estos brillantes espectáculos al estilo oriental, i bien se sabe que esto no puede hacerse sin dar de tarde en tarde alguna que otra manotada al tesoro de la Nacion. ¡Pueblo feliz i dichoso, trabaja i sufre i quita el pan de la boca de tus

<sup>137</sup> "El rei se divierte" *El Fígaro*. 14 de mayo de 1890

hijos para que tu señor se divierta en compañía de sus paniaguados i cortesanos!»<sup>138</sup> Las acusaciones de malversación de fondos y robos al erario nacional no se hicieron esperar, el empecinamiento con que Balmaceda realizaba grandes obras debía tener su origen en corrupto negocios clandestinos:

**«Busquemos gloria, renombre i provecho, ha dicho S. E. el presidente de la República, i desoyendo los consejos de la prensa i sin atender a las lecciones de honradez i dignidad que en breve espacio de tiempo le han dado varios distinguidos ingenieros, se ha embarcado resueltamente en la empresa de los nuevos ferrocarriles, la que, según se dice, con motivos mui fundados, jira bajo la razón social de Bernstein – Balmaceda i C. Conocida la historia de la actual negociación ferrocarrilera, no cabe duda de que S. E. no es extraño al fin pecuniario que ella persigue, i que éste se encuentra perfectamente escudado por el deseo manifiesto de S. E. de que su nombre pase a la historia de nuestro país, unido a las escuelas palacios que se levantan, a los puentes que se alzan i a la red de ferrocarriles que se construye. Pero ese deseo, que S. E. mismo se ha encargado de hacer circular, resguarda hoi solo aparentemente la honorabilidad del jefe del Estado, porque ya el país sabe que S. E. en pos del renombre i de la gloria, persigue el propio beneficio, que no aceptaron los señores Santa María, Vivanco i otros, los que están hoy, en concepto del país entero, a una altura, donde no se ve ni la sombra del señor Balmaceda.»**<sup>139</sup>

Ante la arrogancia del mandatario que no escuchaba a los congresistas “patriotas” y sus delirios de grandeza, sólo cabía una explicación plausible: el mandatario había perdido la razón. Las referencias a una probable locura del primer magistrado se volvieron cotidianas en todos los periódicos “serios”, si no ¿qué explicaría la obstinación con que continuaba aún, a pesar de encontrarse con la oposición de todos los “ciudadanos”, y de sus representante en el Parlamento? ¿Qué justificaría sus ademanes de popularidad cuando en cada visita era la policía la que debía reclutar gente porque en realidad nadie lo apoyaba? Con motivo de una visita del Presidente a Concepción, *El Diario del Sur* informa: «escoltarán al Rei cinco naves de la Armada Nacional. El batallón Esmeralda 7° de línea, el batallón Zapadores, la artillería de Talcahuano, los Carabineros de la frontera..... la policía de Concepción. Pero don José Manuel es mui popular, don José Manuel tiene la opinión del país. Don José Manuel no necesita tropa para venir al sur sin miedo. Don José Manuel..... es un demente.»<sup>140</sup>

La locura era la única posible razón para explicar tal alienación mental. Mientras tenía a toda el país en contra, el seguía realizando excursiones, como si nada. «Nuestros lectores habrán leído en la prensa *grande* que S. E. practicó hace pocos días una visita a la Casa de Orates. Por nuestra parte, nos vamos a permitir dar a conocer varios detalles interesantes de ella [...] Los locos, cuando vieron al Presidente, deben haberle visto una fisonomía mui especial, pues unánimemente pedían al señor Marcoleta que no lo dejara salir i que le destinara un lugarcito en el establecimiento. Por nuestra parte, sentimos profundamente que S. E. no se haya quedado dentro siquiera por unos quince días, pues, sin duda, mediante

<sup>138</sup> *La Libertad Electoral*. 16 de diciembre de 1890

<sup>139</sup> *El Fígaro*. 24 de febrero de 1890

<sup>140</sup> *El Diario del Sur*. 13 de diciembre de 1890

el tratamiento del doctor Sazie<sup>141</sup>, se le habrían afirmado los tornillos del cerebro.»<sup>142</sup> Con motivo de la Carta redactada por el presidente para informar a la Nación sobre su determinación de continuar con el presupuesto del año pasado, atribución exclusiva del Congreso, y que daba comienzo a la Dictadura de hecho, la mayoría de los diarios pusieron énfasis en la redacción de dicha carta, más que en su contenido, «¿Qué ganaríamos tampoco con poner de manifiesto las desvergonzadas adulteraciones de la verdad que contiene en casi todos sus líneas; con hacer notar que su lenguaje es el de un panfleto sin literatura, sin gramática y sin decencia; con señalar, en concepto donde aparecen dándose la mano la ignorancia mas crasa y la extravagancia mas enorme, las pruebas inequívocas de una perturbación mental, que tal vez sea del dominio de la ciencia médica mas bien, que de la jurisdicción de los tribunales de justicia.»<sup>143</sup> Para los periodistas del *Independiente*, «[...] escrito en un lenguaje tan vulgar y pedestre que verdaderamente no puede producir otro sentimiento que el de desprecio en cuantos lo lean.»<sup>144</sup>

Después de tal campaña de difamación y de ataques *ad hominem*, no es extraño que Balmaceda fuese visto como el mal en persona:

**«Te dio el poder tu patria en fatal día / el poder convertiste en tiranía: Hombre desleal, horrendo dictador, Tú te llamas ¡Traidor! Un día por mirarte acaudalado Hasta tu propia madre has deshonrado: Ya por tu nombre el mundo no te llame... Tú te llamas ¡Infame! Tu bolsa de judío has repletado Con el oro que a Chile le has robado: Presidente embustero, hombre felon, Tú te llamas ¡Ladron! Al noble Cumming pérfido mataste / cientos de soldados fusilaste, / un pantano de sangre es tu camino: Te llamas ¡Asesino! Arrastrado, pequeño, vil tirano, Infame hijo, infame ciudadano, Grande solo en aprobio i en delito: Tú te llamas ¡Maldito! De hoy mas para expresar con solo un nombre Cuanto de malo puede ser un hombre, Un nombre nuevo en el idioma queda: Tu nombre ¡Balmaceda!»**<sup>145</sup>

Para ilustrar los ribetes diabólicos que había adquirido la figura presidencial, bastará con exponer como se le hablaba del presidente a los niños. Y esta personal información es accesible gracias a que durante la Guerra Civil, muchos “caballeros” se fueron de la capital rumbo a Iquique (centro de operaciones de las fuerzas “constitucionalistas”), dejando a sus familias en Santiago. Sin embargo mantenían un contacto constante con ellas, dando cuenta de las razones de su partida, y lo sacrosanta de su cruzada: «Aquí hay mucho papás que como yo han tenido que dejar a sus hijitos para ayudar a castigar a esos hombres tan malos que tanto nos han hecho sufrir [...] Siempre que veo niñitos me acuerdo de Uds. hoy cuando me iba a bañar en el mar encontré a dos niñitos chiquitos que iban a caballo en un burrito sentados en una silla de dos asientos, Me acerqué a ellos y les hice cariños, acordándome de aquella vez que Uds. i sus dos amiguitos Llona llegaron en la yegua tordilla. ¿Han sabido de sus caballos? Cómo van a engordar y qué buenos van a estar

<sup>141</sup> Carlos Sazié Heredia (1852-1921). Segundo profesor de neurología y enfermedades mentales en Chile. Enseñó neuropsiquiatría en el hospital San Juan de Dios y luego en el nuevo Hospital San Vicente de Paul, hasta 1891 en que fue despedido de la Universidad por su apoyo a Balmaceda. Por esa misma razón, turbas incendiaron su Sanatorio Neuropsiquiátrico el 29 de agosto de 1891.

<sup>142</sup> *El Fígaro*. 9 de abril de 1890

<sup>143</sup> *El Mercurio*. 3 de enero de 1891

<sup>144</sup> *El Independiente*. 3 de enero de 1891

<sup>145</sup> QUEZADA E. y PORTALES, D. *Op cit.*, Pág. 70 - 71

para el verano. Entonces pasearemos por todas partes, porque ya no perseguirán a la gente buena el bribón de Balmaceda y los demás ladrones que lo acompañan.»<sup>146</sup> Balmaceda ya no sólo es el vanidoso mandatario sediento de poder, ni el corrompido abusador del dinero fiscal, ni el traidor a su casta... es el responsable de todos los males existentes, disgregando las bases de la sociedad, la familia. Si un padre era capaz de alejarse de los seres que más amaba con tal de acabar con dicho dictador, éste debía ser el peor de los tiranos que han pisado la tierra. «Uds. están muy chicos para que comprendan los motivos que me obligaron a venirme sin decirles adiós siquiera, pero deben saber que la culpa de todas las desgracias que estamos sufriendo y hasta de la muerte del pobre tío Enrique, la tiene Balmaceda, y por eso toda la gente honrada, todos los buenos chilenos han venido para juntarse aquí e ir después a castigar a ese bribón.»<sup>147</sup> Balmaceda, asesino, destructor de universos. Acabar con él se vuelve una obligación épica para todos los hombres buenos; el bien y el mal enfrentados cara a cara por la redención de Chile: «Todos los que aquí estamos y que hemos dejado a nuestros hijitos para venir, tenemos muchos deseos de volver a verlos, pero no iremos hasta que tengamos hartos batallones para pelear con los de Balmaceda y poder castigar a ese bribón que tanto daño nos ha hecho a todos. Un mal hombre que como ese es dañino en todas partes, y por eso es menester que todos los hombres honrados que quieren a sus hijos, se unan para matar o echar del país al malo, aunque para conseguirlo sea necesario hacer sacrificios como los hacemos nosotros.»<sup>148</sup>

Era casi imposible que esta construcción pérfida no permeara a toda la sociedad y más aún, cruzara las fronteras nacionales; el *Times* de Londres informa al respecto:

**«¿Es posible que se hunda más abajo la degradación? Todos los que escriben, están obligados a hacerlo bajo nombres supuestos o a valerse de mensajeros especiales. Fueron también los bancos declarados cómplices de la revolución; sus directores tuvieron que huir porque se dió orden de arrestarlos; i un interventor, nombrado por el Presidente, revisa todos sus libros i sin su permiso no puede pagarse ninguna cuenta ni efectuarse ninguna transacción. El Gobierno ha hecho clavar un herradura en la puerta del Banco Edwards de Valparaíso, i todos sus empleados han sido puestos en prisión. Está oculto don Agustín Edwards, jefe y propietario de este banco, millonario y uno de los directores de la Oposición; se le han robado sus haciendas, siendo muertos y comidos por las tropas sus ganados, importados principalmente de Inglaterra para modificar las razas del país i comprados a altos precios. En pocas palabras, la civilización, que significa moralidad, respeto a las mujeres i piedad a los desvalidos, correos que nos entreguen nuestras cartas, libertad de asociación, todo, todo ha desaparecido; tenemos un gobierno comunista, un déspota o varios déspotas, que bajo el falso nombre del poder ejecutivo, ha trastornado toda la paz, toda la prosperidad i toda la educación de los 80 años anteriores.»<sup>149</sup>**

La imagen de José Manuel Balmaceda en el extranjero era pésima, siendo considerado uno de los tiranos más sanguinarios de la historia, por lo cual la guerra civil atrajo la atención

<sup>146</sup> *Una Familia bajo la Dictadura*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1972. Pág. 28

<sup>147</sup> *Ibid.* Pág. 45

<sup>148</sup> *Ibid.* Pág. 50

<sup>149</sup> *The Times*. 26 de febrero de 1891. En VELASCO, FANOR. *La revolución de 1891. Memorias*. Sociedad “Imprenta y Litografía Universo”, Santiago de Chile, 1914. Pág. 421

de gran parte del mundo<sup>150</sup>. El periodista inglés del *Times*, Maurice Hervey, se sorprendió a llegar a Chile por el contraste entre la imagen diabólica proyectada por la oposición (y que llegaba a los oídos extranjeros) y la realidad efectiva:

**«Era fácil calificar a Balmaceda de tirano, de rufián y de asesino, pero necesitaba la evidencia de su tiranía, de sus malas artes y de sus muertes. Un caballero que pretendía ser inglés en viaje de negocios, y que si este libro llegara a caer en sus manos, podría reconocerse con la inicial X., intentó documentarme con abundancia de pruebas, y hasta me alegré pensando que dispondría con tanta facilidad de un sólido material de trabajo. Al dejarme, después de la entrevista, prometió sintetizar el asunto por escrito. Mientras tanto – continuó –, podrá Ud. ver por sí mismo en todas partes la abundancia de pruebas de la tiranía de Balmaceda. ¿Dónde? – pregunté sacando mi libro de notas. Bien, en primer lugar en Santiago, que ha sido declarado estado de sitio. Sí – dije –, así lo entiendo, pero la declaración no parece pesar mucho sobre los ciudadanos. Me imagino que un hombre sordo podría vivir aquí mucho tiempo sin percatarse de ello. Sí. Sí, las cosas aparentemente están tranquilas allí, pero esto da un poder enorme a la policía de Balmaceda, y así por ejemplo, en el departamento opuesto al suyo está confinado bajo palabra un dirigente de nuestro partido, y se ha destinado una cárcel especial para los prisioneros políticos, donde en este momento hay cuarenta prominentes bajo llave. ¿No es eso una tiranía? Indiscutiblemente – asentí –, esto es una tiranía, pero no bastante sensacional para mi trabajo. ¿Puede Ud., señor, indicarme un solo ejemplo de revolución antigua o moderna que no haya sido acompañada de tales encarcelaciones y de cosas aún peores? El arresto bajo palabra en un hotel de primera clase es una novedad absoluta.»<sup>151</sup>**

Posteriormente, en una conversación con el empresario minero Alfredo Ovalle, el corresponsal pudo comprobar que la gran mayoría de lo que se decía era falaz. Significativo resulta saber que Hervey terminó dándole la razón a Balmaceda, por lo que fue llamado a Londres de nuevo al no estar acorde a la línea editorial, ni a los intereses del periódico:

**«Habló muy severamente del Presidente, diciendo que era un hombre que aunque poseía gran habilidad, era totalmente responsable de la revolución a causa de su sensibilidad a la lisonja y de su buen natural que le impedía decir “no” a quien fuera su amigo. Pero señor – protesté –, cuando Ud. Habla del Presidente como extremado buen natural olvida que universalmente se lo considera como un tirano sanguinario y sin conciencia. Oh, sí, lo sé, pues los opositores se han afanado en arrojar tierra a los ojos de la prensa extranjera, que a su vez ha sido totalmente menospreciada por Balmaceda. Pero los tiranos sanguinarios derraman sangre y él ¿qué sangre ha derramado? Vea Ud., las dos terceras partes de los hombres que iniciaron esta revolución deben su existencia política al hombre a quien ahora quieren destrozar. Si hubiera fusilado a media docena de ellos, toda esta endiablada historia habría terminado de raíz. Vaya**

<sup>150</sup> Una muestra de la atención que generó el conflicto chileno en el mundo, es que al menos tres autores extranjeros escogieron la guerra civil para ambientar sus novelas de ficción: *The President's Scout* de Herbert Hayens, *The adventures of a boy* de Franck Cowper y *Liviana Saltern Santos. Ein chilenischer Roman* de la escritora alemán Helen von Mühlhah.

<sup>151</sup> HERVEY, MAURICE. *Días Oscuros en Chile*. Editorial Francisco de Aguirre S. A. Buenos aires, 1971. Pp. 57, 58 y 60

**y véalo Ud. Mismo, converse con él, vigílelo y juzgue si es el ogro que le han pintado.»<sup>152</sup>**

Para la oligarquía, toda la administración Balmaceda poseía un solo objetivo, exacerbar la infinita vanidad del mandatario, ya sea a través de la adoración de sus esbirros o por medio de las «magnas obras públicas – ferrocarriles, puertos militares, canalizaciones, construcciones de todo jénero – que perpetuasen su nombre a través de las futuras edades.»<sup>153</sup> Si bien es cierto que Balmaceda ansiaba utilizar las Obras Públicas como muestra de su gobierno (y en última instancia de su persona), sorprende ver en la prensa el reproche que se hace a la administración por sus gastos públicos. «En el puesto que ocupa, puede dejar su nombre ligado a sus obras; i nuestros hijos, al contemplar mañana esas escuelas palacios i esos famosos ferrocarriles, lo recordaran talvez, pero como se recuerda el nombre de Heróstrato, que para legarlo a la posteridad, sin atender a los medios, prendió fuego al magnífico i soberbio templo de Diana.»<sup>154</sup> Se asociaba su imagen de manera continua a la de un emperador o un rey enloquecido por el poder:

**«Las tendencias de estos tiempos están caracterizadas particularmente por el derroche insensato de nuestros caudales i la propagación de absurdas teorías políticas pregonadas desde el Gobierno por un ministro de relumbron i llevadas a la práctica por dóciles i serviles instrumentos de un mandatario inescrupuloso. Como Jacobo I, con el cual tiene muchos puntos de contacto nuestro presidente, se ha empeñado en propagar teorías absurdas y tiránicas; como aquel gasta inconsideradamente la fortuna del país en locas empresas i no se preocupa de la dignidad nacional en el exterior; como aquel ha sido desleal con sus partidarios, hipócrita i artero con sus amigos; como aquel, en fin, se ha visto privado de los dineros nacionales i reducido a un estrecho círculo de viles cortesanos. I como Jacobo I, su nombre será odioso a las jeneraciones futuras y figurará en nuestra historia como un baldón para el país.»<sup>155</sup>**

Y sin pretender realizar un panegírico de la obra de Balmaceda, sorprende aún más comprobar qué eran “gastos inútiles” para los adversarios políticos del gobierno:

**«Un millón doscientos mil pesos en edificios para escuelas, es algo que no puede ser, porque no nos hacen falta, y hacerlos de nuevo es enteramente lujo y despilfarro. Esas escuelas existen, si no tan espléndidas como el Gobierno quiere, bastante buenas para llenar su objeto [...] Segunda economía que puede y debe hacerse. Los demás edificios, que suman más de un millón de pesos. Entre ellos, aparece una Academia Militar, teniéndola en buen estado; una Escuela de Medicina, que también la tenemos; un internado de 400.000 pesos, que también lo tenemos: todo inútil. ¿Dónde se han educado o formado los actuales señores ministros? En el Instituto Nacional. Allí está perfectamente sano, capaz de vivir muchos años más para servir de cuna al liberalismo de los**

<sup>152</sup> *Ibíd.* Pág. 62 - 63

<sup>153</sup> *El Mercurio*. 9 de junio de 1890

<sup>154</sup> *El Fígaro*. 24 de febrero de 1890

<sup>155</sup> *La Libertad Electoral*. 5 de diciembre de 1890 *El subrayado es mío.*

***futuros tiempos; y sin embargo, se edifica uno nuevo... Parece que hay empeño en tirar los dineros a la calle»<sup>156</sup>***

Y estas críticas no son gratuitas, tienen una profunda razón de ser. Si la oligarquía se confabuló en contra de Balmaceda, fue más que por su tendencia espiritual al “frondismo” por una necesidad material muy concreta, la que hacía imperiosa la parlamentarización del Estado. Ya se sugirió que a mediados del siglo XIX habían colapsado los pilares fundamentales de la economía colonial (con la crisis en la exportación de trigo, cobre y plata) y que el Mercado se encontraba en manos de mercaderes extranjeros – principalmente ingleses – y del Estado. « [...] en la medida que la gestión empresarial y capitalista del salitre fue realizada de hecho por el conglomerado mercantil extranjero, la oligarquía chilena no tuvo otra cosa que hacer allí que asegurarse una *participación especulativa* [...] En la medida que el Estado terminó siendo el verdadero socio salitrero (como proveedor de privilegios, exenciones de impuestos y receptor de aranceles) de los capitalistas extranjeros del salitre, el ciclo salitrero, por esa vía, indujo a *la oligarquía a ser el gerente principal del aparato económico del Estado.*»<sup>157</sup> Finalmente eso fue la guerra civil, un “asalto” a al Estado; si el gobierno era el único agente nacional relevante en la Economía no se podía permitir que fuese hegemonizado por unos pocos (mucho menos por un solo hombre como Balmaceda, quien disponía a su antojo de los recursos del Estado, gastándolo en “barbaridades”). «La crisis política de 1891 (es exagerado llamarla “revolución” o “contra-revolución”) no fue, sin embargo, un estallido ‘vertical’ entre ese Estado y su ilegitimidad social, sino uno ‘horizontal’ entre facciones oligárquicas que luchaban por *homogeneizar* el control del Estado. Pues, para ellas, el Estado era su último ‘mercado’. Se trataba de perfeccionar su ‘distribución’, y para ello había que eliminar el poder autocrático enquistado en “los hombres del Presidente” (¿dominaban el Poder Electoral!). Había que ajustar el Estado al perfil de la decadencia elitaria. (¿No eran las elites las que provocaban la “crisis del concepto de Estado?”). El ajuste creó el parlamentarismo.»<sup>158</sup>

## Los grupos populares.

Los ataques y críticas anteriormente expuestas corresponden exclusivamente a la visión de la oligarquía. Eran ellos quienes se molestaban con la manera personalista con la cual el presidente gobernaba (hiriendo sus pretensiones parlamentaristas) y quienes veían espantados los “absurdos” gastos en los cuales incurría el Gobierno (dineros que bien podían terminar en sus fortunas personales). Por mera lógica historiográfica, un presidente progresista como Balmaceda, cuyo principal interés se encontraba en el desarrollo material y espiritual – a través de la educación – de la nación debía atraer necesariamente el apoyo popular. Dicho apoyo debió haber sido incondicional, si el mandatario se mostraba abiertamente hostil hacia la elite: «Estamos sufriendo una revolución antidemocrática iniciada por una clase social centralizada i poco numerosa i que se cree llamada por sus

<sup>156</sup> *Intervención del parlamentario conservador Carlos Walker Martínez en el Congreso Nacional el 17 de octubre de 1887.*

*En RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. Balmaceda y la contrarrevolución de 1891. Op cit., Pág. 135*

<sup>157</sup> SALAZAR VERGARA, GABRIEL. *Historia de la acumulación capitalista en Chile.* LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2004. Pp. 99 - 100

<sup>158</sup> SALAZAR, GABRIEL & PINTO, JULIO. *Historia contemporánea de Chile I: Estado, legitimidad, ciudadanía.* LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1999. Pp. 38 – 39

relaciones personales y su fortuna a ser agrupación directiva y predilecta en el Gobierno.»<sup>159</sup>  
Y la aristocracia – como es de suponer – no era apreciada por los grupos populares como un aliado, todo lo contrario:

**«No me cansaré de repetirlo: en Chile no hai más que dos partidos: el de los ricos, que viven a costillas del trabajo de los pobres, i el de los pobres, que trabajan para los ricos. Las demás subdivisiones político-religiosas no tienen razón de ser; no hai mas subdivisión posible que la económica social. Tratándose de sacarle al pobre otra gota de sangre con que amasar los manjares de los ricos, éstos estarán siempre de acuerdo, nada los separará, se darán el estrecho abrazo del mercader, formarán en línea de batalla i se irán a paso de calacuerda contra su mortal enemigo: el miserable!»<sup>160</sup>**

Si tanto Balmaceda como el pueblo, tenían por “enemigo” común a la elite, ¿no habría sido natural su alianza? Es más, ciertos sectores del balmacedismo, en plena guerra civil, intentaron darle a la conflagración un cariz social, tal como se puede leer en la Editorial del diario *La Nación* del 8 de mayo de 1891:

**« [...] Lo que en otras naciones ejecuta el pueblo, aplastado por el exceso de autoridad de sus gobernantes, ejecutan en Chile los aristócratas para aplastar a los representantes del pueblo i gobernarlos enseguida como a manadas de inquilinos [...] Han querido ellos, los aristócratas, no sólo tener parte en el Gobierno, mandar a los mandatarios i cabalgar al Presidente de la República, como manso corcel que debe correr sin reposo los accidentados campos de las mas locas ambiciones; i satisfacer el orgullo i la vanidad i lo anhelos de caudillos mas numerosos que los hijos de Jacob. Porque no se les entregó el dominio absoluto del gobierno, se asilaron en la venalidad de algunos advenedizos de la escuadra con pretensiones de aristócratas, emprendieron la revolución i conquista de Chile, hollando la Constitución i las leyes, i derramando sangre de los chilenos, e incendiando el emporio de nuestro comercio, i apoderándose de las rentas fiscales para pagar mercenarios que concluyan con el poder, con el prestigio i con la riqueza de Chile. Como la obra ha sido vergonzosa e infecunda, i como no han podido levantar al pueblo contra el pueblo, se han lanzado en el camino del asesinato vulgar, aleve, traidor i solo digno de los nuevos Pincheiras.»<sup>161</sup>**

A pesar de todo esto, un lugar común en la historiografía nacional dice relación con la nula participación – o participación pasiva en el mejor de los casos – de los distintos grupos populares en la fratricida conflagración de 1891, lo que resulta sumamente paradójico. Y más paradójico se vuelve aún, el constatar que fue en estas clases sociales donde surgió de manera espontánea el posterior culto a la figura de Balmaceda. ¿Qué puede explicar esta contradictoria situación?

Para los contemporáneos, esta actitud no era de extrañar debido a la propia naturaleza “legalista” (presidencialismo versus parlamentarismo) del conflicto. Esta visión

<sup>159</sup> Discurso del Presidente de la República. Citado en RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891. Op cit.*, Pág. 215

<sup>160</sup> “Caridad... con los ricos” *El Padre Padilla*. 25 de agosto de 1887

<sup>161</sup> Citado en VELASCO, FANOR. *La revolución de 1891. Memorias. Op cit.*, Pp. 335, 336 y 337

era compartida tanto por gobiernistas como por los “revolucionarios”. El ya citado Julio Bañados Espinosa afirmaba: «La metafísica constitucional respecto a las prerrogativas del Ejecutivo frente a las del Congreso [...] es materia de juristas, pero no comprometió a la mayoría del país, que no tenía educación política y que siempre permanecía fuera de las contiendas políticas y de los partidos oligárquicos que habían conducido el país hasta la fecha.»<sup>162</sup> Valentín Letelier, una de las principales figuras del Partido Radical y opositor al gobierno de Balmaceda, poseía una opinión muy similar a la de Bañados: «Todo eso (la revolución) era una disputa de los ricos, muy lejana de los intereses del pueblo. Se puede decir, tal vez, que el pueblo que no lee los periódicos, no se reúne en clubes, no publica, ni le importa un comino sus derechos políticos, no tenía razón alguna para levantar las armas contra el gobierno.»<sup>163</sup> El subsecretario de relaciones exteriores y culto de Balmaceda, don Fanor Velasco, relata en su diario de vida una conversación con otro funcionario, quien le dice lo siguiente: «¿Qué sabe el pueblo del conflicto de las facultades entre el Congreso y el Presidente? Estas son historias de futres, dicen los artesanos y los rotos...»<sup>164</sup>

El historiador Francisco A. Encina afirma que a pesar de las reiteradas invocaciones de un desesperado mandatario al pueblo, estas resultaron completamente infructuosas: «A última hora, Balmaceda, lo mismo que Alessandri en 1920, golpeó a las puertas de los elementos modestos y del pueblo. Los azuzó contra la *oligarquía* y halagó sus pasiones y sus concupiscencias. Pero el llamado quedó sin respuesta. Salvo los empleados públicos, el elemento modesto siguió a los aristócratas [...] El pueblo permaneció indiferente; y lo mismo que en 1810, se inclinó del lado del patrón o del cura. Los jornaleros de las salitreras y los mineros de Atacama, que no tenían patrones, pelearon del lado de la oposición, algo por espíritu de aventura y mucho como resultado de la intensa propaganda de los revolucionarios y de la influencia del ambiente.»<sup>165</sup> Para este autor, el pueblo no solo no apoyó la causa presidencialista, sino que principalmente se alineó con los elementos oligárquicos subversivos en contra del primer mandatario.

Al parecer, esta situación es innegable. Hasta los más acérrimos defensores de la administración de Balmaceda la han reconocido. Es así como para Alejandro Venegas, quien escribía bajo el seudónimo de Doctor Valdés Canje, la participación del pueblo fue eminentemente pasiva:

**« Los ejércitos de uno y otro bando se formaron con la carne de cañón de siempre, la plebe, el roto, que llenó los cuarteles, parte por la necesidad, a causa de la suspensión de las obras públicas y de la paralización de las industrias, y parte arrastrada por la fuerza. Por simpatías, casi nada; porque como tengo dicho, el pueblo permaneció indiferente: ni estimó a Balmaceda, a pesar de los beneficios que recibió de él, ni se dejó seducir por las lisonjas de la revolución. Nuestro pueblo dio pruebas entonces de una indolencia musulmana, hija de una ciega ignorancia que le impide comprender cuáles son sus verdaderos intereses. De aquí es que sus explotadores no sólo no lo toman en cuenta para nada, sino que hayan descuidado hasta las apariencias con que antes se cubrían. La revolución misma, que se presentaba como defensora del pueblo y de sus**

<sup>162</sup> Citado en PIZARRO, CRISÓSTOMO. *La revolución de 1891. La modernización*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso. Pág. 78

<sup>163</sup> *Ibid.* Pág. 79

<sup>164</sup> VELASCO, FANOR. *Op cit.*, Pág. 303

<sup>165</sup> ENCINA, FRANCISCO. *La presidencia de Balmaceda, Tomo I*. Editorial Nacimiento, Santiago, 1952. Pág. 246

***instituciones para atraérselo, olvidó a cada paso su papel, dejando traslucir su hilaza adinerada y linajuda.»*<sup>166</sup>**

Como heredero de esta tradición, Julio Cesar Jobet, nos dice que la revolución de 1891 «no se debió a un simple conflicto constitucional de carácter político» como lo presentó la gran mayoría de los mismos contemporáneos, sino que muy por el contrario su «causa esencial radica en los grandes proyectos económicos y sociales de Balmaceda, que afectaban hondamente a la clase terrateniente y plutocrática y a los consorcios imperialistas, lo que podían ser realizados en su gobierno o en el de su sucesor, elegido, sin duda, con la intervención del Ejecutivo.»<sup>167</sup> Pese a todo lo anterior, «ni Balmaceda ni los insurrectos tuvieron un respaldo popular, porque las masas no entendieron el significado de la revolución ni comprendieron la gran obra de Balmaceda a pesar de que iba en su beneficio. El pueblo, o sea, la inmensa mayoría de la nación, se mantuvo indiferente, no se convenció con las declamaciones parlamentarias de los insurrectos que se autodenominaban “constitucionales”, como ironía sangrienta, puesto que se habían levantado en contra de ella; ni comprendió lo que valía el Presidente ni lo que su valerosa actitud significaba al oponerse a los congresales.»<sup>168</sup> Por lo tanto, el pueblo no ayudó a Balmaceda a pesar de que éste solo intentaba beneficiarlos, dando muestras de una impericia que posteriormente pagaría con creces.

Hernán Ramírez Necochea, a diferencia de lo planteado por Encina, postula que el presidente si contaba con la admiración y simpatía del pueblo. Y si no fue respaldado por éste de forma directa, se debió a la falta de madurez política y organización por parte de los mismos trabajadores; el movimiento obrero se encontraba aún en un nivel embrionario, por lo cual no había adquirido conciencia de clase y no era capaz de velar por sus propios intereses. «Al estallar la guerra civil, los trabajadores carecían de suficiente claridad y no estaban convenientemente organizados para decidir qué partido debían tomar. A pesar de sus simpatías por Balmaceda permanecieron en general indiferentes frente al conflicto.»<sup>169</sup>

¿Cuál fue, finalmente, la posición del “bajo pueblo” frente a Balmaceda? Ninguno de los autores anteriormente mencionados utilizó fuentes de origen popular propiamente tal. Sólo en el último tiempo han surgido trabajos que recogen el sentir de los grupos no pertenecientes a la oligarquía. Particularmente significativa resulta la investigación de Micaela Navarrete en su obra *Balmaceda en la poesía popular 1886*, quien recurre a una veta hasta entonces inexplorada: la poesía popular<sup>170</sup>. Ésta era por excelencia la forma expresiva de mayor difusión entre las capas pobres urbanas. Si bien, las hojas de lira

<sup>166</sup> **JOBET, JULIO CESAR.** *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile.* Editorial universitaria S. A., Santiago de Chile, 1951. Pp. 90 – 91

<sup>167</sup> *Ibid.* Pág. 83

<sup>168</sup> *Ibid.* Pág. 90

<sup>169</sup> RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891.* *Op cit.*, Pág. 223

<sup>170</sup> «Con el nombre genérico de poesía popular – u hojas de poesía o lira popular, cuando estaban impresas – se pueden denominar las distintas formas poéticas vinculadas la tradición popular hispánica (la décima, el romance, la seguidilla, el corrido, el eco, las preguntas y respuestas, el coleo, el brindis, etc.), formas que han venido siendo apropiadas desde la Colonia en el país [...] Se suele hablar, entonces, de poesía popular para referirse a la forma de raigambre ibérica de mayor cultivo entre los pobres del campo y la ciudad: la décima. Con este nombre se designa en Chile una composición que consta de una cuarteta y cinco décimas. La cuarta inicial funciona como fundamento o como enunciación de lo que ha de venir, luego siguen cuatro décimas o estrofas de diez versos en que se glosan cada uno de los versos de la cuarteta inicial, y finalmente una quinta décima, la despedida, que viene a ser como un comentario, reiteración o resumen de los anterior.» SUBERCASEAUX, BERNARDO. *Op cit.*, Pág. 286

impresas o que se cantaban en las fondas de Santiago representaban el sentir popular, recurriendo a iconos sumamente representativos de la opinión popular campesina y urbana (si no hubiese sido de esta forma no habrían sido “consumidos” de manera tan masiva), no eran producto de entelequias abstractas o colectivas. Muy por el contrario, pertenecían a personas muy específicas lográndose identificar veintisiete poetas populares<sup>171</sup>. Esta obra describe el sentir popular frente a las distintas coyunturas acaecidas a lo largo del Gobierno de Balmaceda, estableciendo una serie de ciclos de apoyo y repudio de acuerdo a los distintos sucesos y como estos afectaban sus intereses o principios.

Aunque se ha avanzado bastante en el último tiempo sobre la relación entre el pueblo y el Presidente, aún no se ha logrado establecer de manera satisfactoria los motivos que llevaron a la gran mayoría de los habitantes del país a reaccionar de tal o cual forma frente a Balmaceda. La elite tenía una posición clara: anhelaba mayor participación política (participación limitada por la incontrarrestable influencia del Ejecutivo), para de esta forma, en última instancia, acceder a los enormes réditos que otorgaba el control del Estado. Y no sólo beneficios por el usufructo de las arcas fiscales, sino que también por la influencia y la capacidad de transar con los mercaderes extranjeros. En el primer capítulo se pudo apreciar cual era el anhelo del primer magistrado: el engrandecimiento material de la Patria por medio del desarrollo de infraestructura económicamente reproductiva y el progreso intelectual de la nación por medio de la educación. ¿Qué anhelaba el pueblo? Lo más probable, es que la “indolencia musulmana” de los grupos populares durante la guerra civil no se debió a la “torpeza” de los mismos (porque no lograron vislumbrar los beneficios que hubiese acarreado la destrucción de la oligarquía), sino a que simplemente el proyecto político de Balmaceda no se encontraba acorde con los intereses y necesidades del pueblo, distanciamiento que se profundizó aún más con un serie de hechos los cuales terminaron por sepultar el apoyo popular a la causa balmacedista.

Con todo, es necesario hacer una aclaración previa: cuando nos referimos a grupos populares vamos a considerar a dos grupos distintos. Por un lado los artesanos y obreros calificados capaces de ahorrar cierto capital y de organizarse en torno a mutuales u otra organizaciones propias, luchando por sus derechos y exigiendo a la autoridad solución a sus problemas, eso sí, siempre en el marco de respeto a la institucionalidad establecida. Y por otro lado, a la gran masa de trabajadores de escasa o nula preparación, sin especialidad y organización posible.

## Artesanos y obreros calificados:

Los primeros intentos de organización popular surgen de la mano de intelectuales tales como Santiago Arcos y Francisco Bilbao quienes en 1850 fundan la *Sociedad de la Igualdad*, proliferando una serie de entidades como *El Club de la Opinión de Valparaíso* (1858), la *Sociedad Escuela Republicana*, *Sociedad Unión Republicana del Pueblo* entre otras. Éstas pretendían la emancipación del pueblo a través de la educación y formar un frente de oposición común frente al conservadurismo pelucón en un espíritu de “regeneración social”. Se podría decir que el primer movimiento social efectivo fue el de

<sup>171</sup> «Los más conocidos fueron: Bernardino Guajardo, Daniel Meneses, Rómulo Larrañaga, Adolfo Reyes, Rosa Araneda, Nicasio García, Juan Bautista Peralta, José Hipólito Cordero, Francisco Tapia, Juan de Dios Romero, Ignacio Salazar, Desiderio Parra, José Arroyo, Javier Jerez, Luis A. Palma y Juan Rafael Allende.» NAVARRETE ARAYA, MICAELA. *Balmaceda en la poesía popular 1886 – 1896*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago de Chile, 1993. Pág. 20

los artesanos, quienes tenían un mayor nivel de calificación, regularidad en sus ingresos e independencia que el resto de los sectores populares<sup>172</sup>. Sin embargo, no se puede considerar clase media ya que carecían del arribismo y siutiquería de los primeros (quienes admiraban las supuestas virtudes públicas y privadas de la oligarquía) y se autodefinían «como clase “laboriosa y honrada”, se identificaron con sus organizaciones y símbolos (estandarte, bandera e himno), y con valores cívicos fundados en principios ilustrados de redención social, pero que emanaron de una “lectura popular” del liberalismo y no de una adscripción ciega a los ideales de la elite.»<sup>173</sup> Fueron los primeros en adquirir conciencia de clase y organizaciones propias. Tanto así que enarbolan su propio proyecto popular el cual en pocas palabras se resumía en «convertir el régimen político liberal en régimen político democrático, a través del reemplazo del sufragio censitario por el sufragio universal y mediante una serie de reformas tendientes a democratizar el aparato del Estado y distintos aspectos de la vida social y política nacional.»<sup>174</sup> Este movimiento estuvo representado en organizaciones como las sociedades filarmónicas de obreros, logias de temperancia, cooperativas, escuelas nocturnas de artesanos, periódicos populares y las mutuales. Las mutuales eran formaciones obreras cuyo fin era dar solución a los principales problemas económico-sociales que aquejaban a sus afiliados, por medio del esfuerzo común, el cual se concretizaba gracias al ahorro y socorro mutuo; también se preocupaban de la instrucción y recreación de sus miembros.

Para todas estas organizaciones, el trabajador era la base de la sociedad, su elemento más activo y valioso, por lo cual debía realizarse económicamente, cultural y moralmente y «esta elevación sería el fruto de la instrucción y de la moralización de la clase obrera [...] Cabe consignar una coincidencia entre los postulados de este incipiente movimiento de trabajadores con la ideología del progreso liberal. Esta fue la base del entendimiento y de la colaboración entre ambos sectores a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.»<sup>175</sup> Durante la elección presidencial de 1886, la gran mayoría de los dirigentes obreros apoyaron la candidatura de José Manuel Balmaceda. El temor a una reacción conservadora – aguijoneada durante la administración de Domingo Santa María con las leyes laicas – y el fundamental rol que tuvo el ministro en la creación de dichas leyes, terminaron por perfilar el apoyo de gran parte de los grupos populares al candidato liberal. Para el polifacético escritor Juan Rafael Allende, Balmaceda representaba un formidable rival para el bando clerical y el conservador, por lo cual necesariamente era el candidato de la “canalla”:

***¡La canalla! Así apellida A la jente honrada i buena Que por Chile da su vida Vanidosa y corrompida ¡La canalla!... ¡los beduinos! ¿Quiénes hacen la riqueza? ¡Los mineros e inquilinos, Esclavos de esa nobleza De ladrones y asesinos! ¡La canalla! El que paciente Ladra el suelo por un real Para vivir pobremente El apir inteligente Que estrae el rico mental Esos te alzan al poder; Esos buscan***

<sup>172</sup> Estos grupos de artesanos calificados estaban compuesto principalmente por tipógrafos, carpinteros, ebanistas, sastres, zapateros, carroceros y pintores. «El peonaje minero, agrícola y urbano, o sea la gran masa de trabajadores con escasa o nula calificación como los gañanes, peones, jornaleros, sirvientes domésticos e individuos sin oficio determinado, quedaba excluido de las sociedades de socorros mutuos. El mutualismo fue, pues, práctica de una *élite* de trabajadores urbanos.» GREZ, SERGIO. Balmaceda y el Movimiento Popular. *Op cit.*, Pág. 72

<sup>173</sup> SALAZAR, GABRIEL & PINTO, JULIO. *Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento*. LOM, Santiago, 1999. Pág. 110

<sup>174</sup> GREZ TOSO, SERGIO. El Proyecto Popular en el siglo XIX en LOYOLA, MANUEL & GREZ, SERGIO. *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*. Ediciones UCSH, Santiago, 2005. Pág. 107

<sup>175</sup> GREZ, SERGIO. Balmaceda y el Movimiento Popular. *Op cit.*, Pág. 73

*en tí gracia, I te imponen el deber De trabajar hasta hacer Que se hunda la aristocracia!*<sup>176</sup>



La imagen de Balmaceda como un acérrimo enemigo de la explotadora elite, y por lo tanto un defensor del oprimido pueblo, es un recurrente motivo en las liras populares, tal como se puede observar en la siguiente composición denominada *Viva Chile. Triunfo completo del liberalismo. Derrota de los conservadores*:

***Pueblo con tu voz de rei I con sana i justa idea, Haced que en Chile se vea La igualdad ante la lei Deja la inercia i no estei Yéndote solo al abismo; Mira, pues, que el servilismo ¡Abajo el conservador! ¡Arriba el liberal! Ya nuestros embaucadores, Según mi humilde entender, No subirán al poder Aunque inventen mil primores. A los pechoños, señores, Se les puso un sinapismo; Por ser tanto su cinismo Castigólos el Señor. ¡Abajo el conservador! ¡Arriba el liberalismo!***<sup>177</sup>

<sup>176</sup> "El candidato de la canalla" *El Padre Padilla*. 26 de junio de 1886

<sup>177</sup> Colección Amunátegui, 37. En NAVARRETE ARAYA, MICAELA. *Op cit.*, Pág. 28

El triunfo de Balmaceda (triunfo prácticamente asegurado gracias al descarado intervencionismo electoral) fue recibido con inusitado entusiasmo; su trayectoria lo erigió como la persona más idónea para llevar al país por un rumbo más próspero y justo:

***Al ver que el sol de la justicia alumbra Al César dando lo que al César toca,  
Pulso mi lira i con vehemencia loca Bendigo al pueblo que al poder te  
encumbra. Terciada miro ya sobre tu pecho Del Supremo Poder la hermosa  
banda; Ella es el premio que feliz acuerda A tus virtudes la querida Patria. I  
por eso, señor, llenos de júbilo Los amantes del bien ajitan palmas, I por eso,  
señor, de sur a norte Cual nuevo redentor Chile te aclama. Feliz el pueblo que  
el progreso busca I que por luz i libertad batalla, I que al mejor de sus hijos Le  
nombra timonel para su barca Sé que al vampiro de la cruel usura, Que al pueblo  
todo empecinado sangra, Sin escuchar los ayes de sus víctimas Con mano  
firme limarás las garras. Sé que te irrita del atraso el velo, Sé que detestas las  
doctrinas falsas; Por eso creo lanzarás bien pronto El fiat lux de la enseñanza  
laica. Mas, como suele por fatal misterio Cegar la altura con sus luces májicas,  
Temo se amengüe tu entereza al soplo De la embriagante brisa cortesana Mas,  
eso no ha de ser ¡Firme es tu brazo, I tu conciencia, vigorosa y santa. No porque  
doran junto al sol las plumas, Ciega el orgullo a las valientes águilas. Eres ya  
timonel, i hácia los puertos Del progreso i del bien con nobles ansias, Por más  
que ruja tempestad soberbia, De Chile debes conducir la barca Coronas mil para  
ceñir tu frente En esos puertos de la luz te aguardan Avanza, timonel, avanza i  
cumple De tus banderas el fel.***<sup>178</sup>

Pero a poco avanzar, la actitud conciliadora de Balmaceda comenzó a desilusionar. El acercamiento a los sectores más tradicionales – recomponiendo las relaciones diplomáticas con el Vaticano, relaciones deshechas en el gobierno de Santa María debido a la creación de las leyes laicas – le quitó el hábito de enemigo de los conservadores recalitrantes<sup>179</sup>. En los inicios de su gobierno, el Presidente conformó un gobierno con elementos pertenecientes no solo al Partido Liberal, sino que Radical y especialmente el Nacional<sup>180</sup>. Balmaceda estaba muy consciente de que para lograr su vasto proyecto político debía contar con el apoyo de la gran mayoría de los partidos políticos representados en el Congreso. Es así como en su gabinete figuraban los personajes más representativos de la elite minera, comercial, agraria y financiera: Agustín Edwards, Ramón Barros Luco, Augusto Matte, Demetrio Lastarria, Isidoro Errázuriz o Ismael Váldez Vergara. Julio Zegers, antes de convertirse en uno de los principales instigadores de la rebelión de la Escuadra había manifestado: «El programa político presidencial satisfacía tan ampliamente mis aspiraciones que no vacilé en aceptar el honor de tener parte en el ministerio.»<sup>181</sup> Esta

<sup>178</sup> “A don J. M. Balmaceda presidente electo de la República de Chile” *El Padre Padilla. 18 de septiembre de 1886. El subrayado es mío.*

<sup>179</sup> Esto no quiere decir que la gran mayoría del pueblo fuese ateo u hostil al cristianismo, nada más alejado de la realidad. Pero si existía una clara distinción entre la religión oficial eclesiástica (sumamente jerarquizada y de corte conservador) y una conciencia religiosa popular, la que era contraria a los grupos pudientes y veía en Cristo al redentor de los pobres y enemigo de los “judíos”, especuladores y ricos en general.

<sup>180</sup> Julio Bañados Espinosa llegó a afirmar que «el Partido Nacional acrecentaba su poder en condiciones que no había tenido jamás desde la caída del gobierno en 1961» BAÑADOS ESPINOZA, JULIO. *Op cit.* Pág. 138

<sup>181</sup> Citado en VITALE, LUIS. *Op cit.* Pág. 125

posición fue percibida como un agravio hacia los intereses populares, quienes habían depositado en él sus esperanzas:

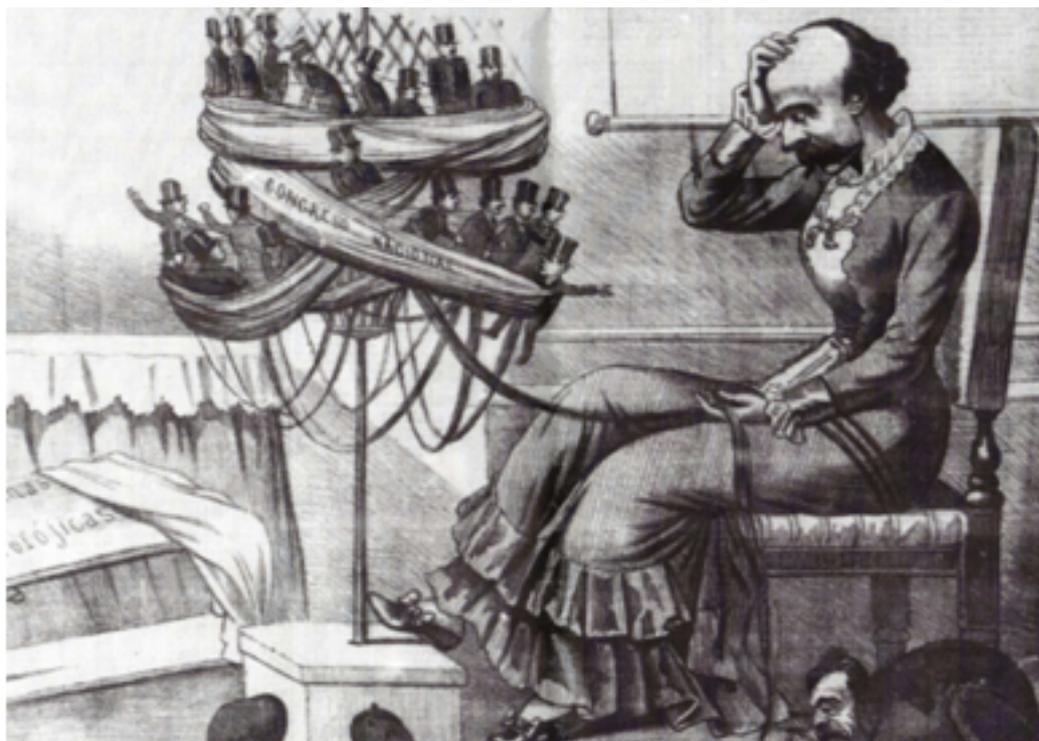
**Conciudadanos: En paz Estamos con todo el mundo; Sólo ese clero iracundo  
Se nos muestra centunaz: Aunque ya hasta el alcatraz Por él me dejo poner, I  
como débil mujer Le entrego mis pantalones, No desperdicia ocasiones Para  
minar mi poder.**<sup>182</sup>



Balmaceda fue percibido por autores como Juan Rafael Allende como un traidor a sus postulados iniciales, dando muestras de debilidad y “travestismo político”, tal como se muestra en la siguiente conversación con su antecesor:

---

<sup>182</sup> “Nada entre dos platos” *El Padre Padilla*. 4 de junio de 1887



**Balmaceda En los tiempos que corremos Querido Santa María Es difícil ¡a fé mia! Que a buen término lleguemos El partido liberal Hoy se ríe de mis planes: Nada pueden mis afanes, Me tienen por informal. Santa María Haces mui bien, hijo mio I yo tu conducta alabo Yo aunque soi un pobre viejo, De placeres retirado, Gran fama me he conquistado, I he espuesto hasta mi pellejo Por una mujer hermosa A mi Patria entregaría ¡Yo no sé hasta dónde iría Por una chica preciosa! Balmaceda Soi del mismo parecer Esclavo soi de las bellas! Santa María ¿Si en los amores descuellas, Por qué vistes de mujer? Balmaceda Siempre fue la hipocresía Mi ejida, mi compañera: Con la enagua i la pollera Toda la nación es mia Por medio de mi disfraz Sé lo que piensan los hombres, De lo dicho no te asombres Ni de cuánto soi capaz.<sup>183</sup>**

Nuevamente surge la imagen de Balmaceda asociada a la de una mujer. Pareciera que indiscutiblemente la figura femenina evoca desconfianza, inconstancia y traición. La mujer siempre ha presentado esta faceta en el imaginario masculino: desde la Eva bíblica, pasando por Pandora – quien fue creada por Zeus con el fin de fustigar al hombre, una “hermosa calamidad” – hasta las villanas de las películas de *Hollywood* o de los *comics* norteamericanos. No existe nada más perturbador para un hombre, que se jacta de su racionalidad y frialdad ante la vida, que los poderosísimos sentimientos de contradicción que genera una mujer: amada y odiada, deseada y rechazada, madre amorosa y amante proscrita. Esta relación neurótica se puede apreciar en los mismos símbolos utilizados por los distintos autores a través del tiempo y por Juan Rafael Allende en particular. Cuando se trata de desprestigiar la imagen pública del presidente, dando cuenta de sus inconsistencias y traiciones se asocia su actitud al de una mujer. Pero si se debe de representar a la Patria, se utiliza el mismo símbolo: una hermosa fémina. Objeto de repulsión y adoración, la mujer siempre será un abismo insalvable para el corazón del hombre.

<sup>183</sup> “La madeja se me enreda” *El Padre Padilla*. 7 de junio de 1888

***¡Pobre Josefa Manuela! Para ti hoi todo es aprobio: Te pusiste a buscar novio; Pero nadie te camela. I es que dicen ¡por mi abuela! No sirves para casada. “Pues de tu vida pasada Te quedan los borradores” I tus muchos jugadores Temen de ti una jugada. Haz causado mil quebrantos A tus diversos amantes, I que te quería hoi como ántes No hai una sola entre tántos ¡Ai! tendrás que vestir santos, Si no te das nuevas trazas I si no usas de añagazas Con el amor te demande.***<sup>184</sup>



La actitud palaciega del mandatario para con las elites plutocráticas y los grupos más conservadores, le significó a la figura de Balmaceda el repudio de Juan Rafael Allende, quien de adherente paso a enconado opositor:

***Don José Manuel está Mui tranquilo porque piensa Que la prensa sería ya No lo ha de poner en prensa. ¡Mi prensa lo aprensará! Pasado el primer tumulto En que hace oposición Gala de grosero insulto, Luego administración Va sacando libre el bulto. I vienen las transacciones Amistosas, los contratos Que tapan vientre i riñones, I liberales i beatos Derrítense en bendiciones. Terminada la función, Los artistas, que chopazos Reparten, amigo son. ¡Si vieras, lector, qué abrazos Se dan, caído el telon! Pero hoy que, dando el maná Dulce de la recompensa El buen Balmaceda está Si esta prensa no lo aprensa AMi prensa lo aprensará.***<sup>185</sup>

<sup>184</sup> “Calabaceada” El Padre Padilla. 1 de mayo de 1889

<sup>185</sup> “Mi prensa lo aprensará” El Padre Padilla. 18 de agosto de 1888



Particularmente significativa resulta la siguiente caricatura, donde Balmaceda es perseguido por el pueblo por falso Mesías. Se le reprocha sus promesas de redención para los más humildes durante su candidatura y sus variados discursos, promesas que quedaron constreñidas a eso, meras ilusiones. En cambio, gobierna con los más poderosos y adora la parafernalia y “la gloria barata”:



***¿Adónde vas, pueblo infiel, Lleno de rabia y furor? Detrás de José Manuel, Que de falso redentor Haciendo viene el papel ¿Qué es un redentor me dices? Él lo ha dicho por lo menos En mil tonos i matices; Juró a todos los chilenos Hacernos los mas felices ¿I no las cumplió? Ni por esas Primero se tomó el caldo, I de seguida las presas Pero ¿al pueblo.... Ni los huesos Le dejó al pueblo roer... Todo para sus sabuesos, A quien hoy como ayer Bota millones de pesos. A los pobres, a los chicos, A puntapiés sólo trata; Ama la gloria barata I gobierna con los ricos Que reciben honra y plata Si, nosotros apedreamos Al verdadero Anticristo!***<sup>186</sup>

Al inicio de este sub-capítulo se aseveraba que la «corriente liberal de raigambre popular se caracterizaba por su laicismo, por ser partidaria de la instrucción e ilustración del pueblo y de las reformas políticas liberales – como el sufragio universal –, materias en las que coincidía con los liberales de las clases superiores»<sup>187</sup>. Pero las reformas estipuladas por los artesanos organizados no se limitaban a éstas, sino que además alzaban «las banderas de la *justicia social* y las reivindicaciones propias de los trabajadores, en particular el proteccionismo a la industria nacional y la reforma del servicio de la Guardia Nacional en un sentido equitativo, para que no siguiera recayendo exclusivamente sobre los pobres.»<sup>188</sup> Estos últimos no eran en lo más mínimo compartidos por el Liberalismo imperante. Y estas diferencias se hicieron cada vez más colosales, los grupos obreros simplemente no se sentían representados – ni resguardados – de forma alguna.

En este contexto surge el 20 de noviembre de 1887 el Partido Democrático, de manos de Malaquías Concha. Este fue el primer partido reformista de Chile que planteó

<sup>186</sup> “Corriendo a Cristo” *El Padre Padilla*. 7 de abril de 1888

<sup>187</sup> GREZ, SERGIO. *Balmaceda y el Movimiento Popular*. *Op cit.*, Pág. 75

<sup>188</sup> *Ibid.*

conscientemente medidas de carácter social. Malaquías Concha y Avelino Contardo pertenecían inicialmente al Partido Radical y «libran verdaderas batallas en el sello de la Asamblea Radical para obtener que este partido acoja en sus filas al elemento obrero. El patriarca del radicalismo, don Enrique Mac-ver, se opone tenazmente a esta política diciendo que el obrero no tiene cultura ni preparación suficiente para comprender los problemas de gobierno y menos para tomar parte en él.»<sup>189</sup> Ambos deciden finalmente romper con esta colectividad y fundan el Partido Democrático, logrando de inmediato la incorporación de destacados miembros de las Sociedades Mutuales y otros dirigentes del artesanado. Este partido decide abandonar el terreno político-religioso en el que se había desarrollado la política nacional hasta ese entonces y consagrarse a cuestiones sociales, económicas y políticas. En la convención del 14 de julio de 1889 se establece entre otros principios que:

**«La emancipación social i económica es inseparable de la emancipación política; por consiguiente los obreros, artesanos, empleados i propietarios; en general todos los hombres que viven de su propio trabajo, que deseen mejorar de condición, alcanzar el bienestar de su familia i hacer práctica la igualdad de derechos que establece la Constitución, tienen el deber de ejercitar su soberanía so pena de abdicar de su personalidad, renegar de la libertad i someterse a la esclavitud i servidumbre de los mas audaces o de los ménos escrupulosos.»<sup>190</sup>**

Para lograr aquello, la «lei de elecciones debe garantizar al pueblo el ejercicio lejítimo del derecho de sufragio.»<sup>191</sup> Por lo tanto, los «fraudes electorales, los escamoteos de votos y falsificaciones de escrutinios, constituyen el más grave de los delitos, ya que atentan contra la soberanía nacional, i por lo tanto serán reprimidas con vigor; en uso del derecho de defensa que acuerdan la Constitución i las leyes de la República.»<sup>192</sup> Y para el Gobierno de Balmaceda, heredero de una tradición intervencionista de larga data, transparentar las elecciones no constituía de forma alguna una prioridad<sup>193</sup>.

Pero los postulados democráticos no sólo se limitaban a la crítica del sistema político, sino que principalmente enarbolaban ideas de corte proteccionista: «Que el bienestar del pueblo no se consigue favoreciendo la internacion de mercaderías de gran consumo sino por el contrario entrabando su importación a fin de que el país pueda producirlas por sí mismo.»<sup>194</sup> Y de profunda crítica al gobierno de Balmaceda: «la legislatura actual es

<sup>189</sup> DE PETRIS, HÉCTOR. *Historia del Partido Democrático*. Citado en VITALE, LUIS. *Op cit.*, Pág. 83

<sup>190</sup> **“Conclusiones acordadas por la convención del Partido Democrático” *Las Provincias*. 14 de julio de 1889**

<sup>191</sup> *Ibid.*

<sup>192</sup> *Ibid.*

<sup>193</sup> Con respecto al continuo fraude electoral por parte del Ejecutivo, poseemos el testimonio del Arzobispo Mariano Casanova quien da cuenta del ambiente preelectoral de 1888 en una carta a su amigo Carlos Antúnez, de la siguiente forma: «La intervención es terrible y las elecciones no tendrán ni apariencia de libertad. Con la inmensa red de empleados y con los cien proyectos de ferrocarriles poco necesita el gobierno para hacer cuanto le agrada, y si no hace más, si sale algún conservador será porque es generoso. Hablo con toda ingenuidad y por lo que he visto por los lugares donde voy pasando. Por otra parte, desde que los curas no se mueven, no hay grandes dificultades para vencer. Pero querido amigo, esto no puede durar; al fin y al cabo, algo se ha de hacer para conservar el prestigio de la democracia. Ningún despotismo trae felicidad de las naciones. Yo espero el remedio del exceso mismo del mal...» Citado en HEISE GONZÁLEZ, JULIO. *El periodo parlamentario 1861 – 1925. Tomo II*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1982. Pág. 90

<sup>194</sup> *Las provincias*. 14 de julio de 1889

impotente para solucionar la cuestión económica i que las medidas que se proponen llevar a cabo son ineficaces, contraproducentes i opuestas a los intereses de la gran mayoría del país.»<sup>195</sup> Y si hubo una política de Balmaceda ácidamente criticada de forma transversal en la sociedad, fue la inmigración de europeos inducida por agentes del Gobierno. Para José Manuel Balmaceda, el progreso espiritual y desarrollo material de la nación se encontraba íntimamente ligado al aporte de los trabajadores foráneos, quienes actuaban como instructores y modelos a seguir para los ciudadanos chilenos. Para él, «la idea de la industria nacional está asociada la de inmigración industrial.»<sup>196</sup> En un momento, como defensa de su política aseveró: «se ha dado principio a la inmigración libre e industrial, llamada a influir poderosamente en nuestro progreso y engrandecimiento. En algunos meses más se habrá comprobado la posibilidad de dotar a las industrias del país con los brazos necesarios para a su actividad y desarrollo.»<sup>197</sup> Y la inmigración fue enorme, tal como se puede apreciar en la siguiente tabla:

Tabla 5: INMIGRANTES EN CHILE 1882 – 1906<sup>198</sup>

Período	N° de migrantes
1882 – 1886	5.208
1887 – 1891	24.027
1892 – 1896	4.590
1897 – 1901	4.382
1902 – 1906	3.714

Dicha política migratoria fue duramente reprendida por los distintos órganos obreros que la consideraban inútil y sumamente perjudicial para la situación de los trabajadores chilenos. El periódico oficial del Partido Democrático, *Las provincias*, informaba al respecto:

**«Nuestro Gobierno, creyendo hacer un bien al país i después de haber hecho diversos ensayos, para traer europeos a la Araucanía, ideó últimamente la inmigración libre, sin contrato, pagando el Estado el costo del pasaje desde Europa hasta Chile a todas las personas que quisieran venir. Evidentemente, nuestro país necesita de hombres industriosos que vengan a elaborar las mil sustancias que nuestro suelo produce i que vengan también a implantar industrias que sean progreso para la Nación. Desgraciadamente no es esto lo que sucede. Nuestros agentes en Europa, al decir de los mismos inmigrantes, llenan las cubiertas de los vapores con jente recojida al acaso, no apta para el trabajo i con vicios i enfermedades desconocidas en el país. De cien individuos llegados el veinte por ciento es útil, el resto solo viene a aumentar el número de los zánganos de la colmena social.»**<sup>199</sup>

<sup>195</sup> *Ibid.*

<sup>196</sup> SILVA VARGAS, FERNANDO. *Op cit.*, Pág. 68

<sup>197</sup> SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía. Volumen II.* Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1992. Pág. 341

<sup>198</sup> ESTRADA, BALDOMERO. *La política migratoria del Gobierno de Balmaceda.* En ORTEGA, LUIS et al. *La Guerra Civil 1891 – 100 años hoy.* Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Pág. 77

<sup>199</sup> “La inmigración” *Las provincias*. 21 de octubre de 1889

Para este periódico, los trabajadores chilenos, que eran suficientes para los requerimientos industriales de la nación, se «ven desplazados, por los recién llegados, que son ocupados por los dueños de fábricas, porque contratan a los extranjeros por menos salario i dejan al hijo del país cruzado de brazos i sin hayar que rumbo tomar.» Esta nefasta política llevada a cabo por el Gobierno, significaba hacer «cruda guerra a nuestros nacionales i decirles casi claramente, vayan ustedes a otra parte, a la República Argentina, por ejemplo, a llevar sus conocimientos i contribuir a la riqueza i prosperidad de aquella nación [...] Se nos dirá que el obrero chileno es vicioso. Si, contestaremos, por lo jeneral lo es, como en todas partes. Pero el obrero de hoy está mil veces mas adelantado que el de ayer i se necesitaría cerrar los ojos para no ver el progreso que ha realizado. El trabajador chileno se asocia hoy para socorrerse i de ellos dan testimonio el sin número de sociedades de socorros mútuos que hai en el país.»<sup>200</sup> Para finalizar con esta perniciosa migración, el Partido Democrático realizó un *meeting* el día 17 de noviembre de 1889, el cual finalizó con un documento que fue entregado al mandatario. Si bien el Presidente no desistió en su política, dicha rogativa devela el reconocimiento a la labor del mandatario. Por supuesto que las alabanzas a la gestión de Balmaceda, puede ser una estrategia para ganar el afecto del presidente y conseguir sus objetivos – el cese de la migración – pero al menos demuestra que el progreso educativo y material llevada a cabo por el presidente no pasaba inadvertido<sup>201</sup>:

**«El país aprecia en todo su valor e importancia los constantes esfuerzos del Poder Ejecutivo por el adelanto material i educacional de la Nación. Sabe el pueblo que V. E. pone especial empeño en el mejoramiento de la situación económica de la República i que las dolencias sociales, no son indiferentes a los jenerosos sentimientos del majistrado i del patriota. Es por esto, que nos atrevemos a llamar la atención del primer mandatario de la República, hácia la deplorable situación creada a las clases trabajadoras del país, afectadas en sus intereses i expectativas de bienestar, con motivo de la inmigración artificial enviada por los agentes del Estado en el extranjero. No describiremos a V. E. el cuadro de miserias que presenta esta pobre jente, reclutada entre las mas ínfimas capas sociales europeas. No haremos caudal de su incapacidad para el trabajo, de su raquíca complexión i de las enfermedades que aficionan. Semejante descripción, sublevaría los sentimientos de conmiseración i de humanidad i bastaría por sí sola para que V. E. dispusiera el inmediato retiro de los agentes de inmigración.»<sup>202</sup>**

Sin duda alguna, quien criticó más que ningún otro esta política fue el periódico popular *El Ají*. En su primer número estipulaba los principios sobre los cuales se regiría su accionar: «El partido en que militaré *El Ají* será el de la razón, i su política, la justicia. Para bribones que traten de cualquier modo de urjir i esquilmar al ménos fuerte, ahí estará siempre *El Ají*, pronto a hacerlos entra en vereda a *calabozasos*. No respetará ni posición ni jerarquía, ni nobleza ni títulos por el estilo, porque para todos tendrá mayor o menor cantidad de ese de *Chincha*, que a mas de alguno lo hará estornudar con solo el olor. Con lo espuesto, el

<sup>200</sup> *Ibid.*

<sup>201</sup> Esto refuerza la tesis de que el nulo apoyo de los grupos populares organizados a Balmaceda se debió a la falta de coincidencia entre los proyectos de ambos. Balmaceda se encontraba absorto en su programa y sus ideales, mientras que el pueblo era aquejado por otros dilemas, dilemas que en parte eran provocados por el mismo accionar gubernamental.

<sup>202</sup> “Conclusiones que elevan a S. E. El Presidente de la República, los pueblos reunidos en comicio público el día 17 de Noviembre de 1889” *Las provincias. 18 de noviembre de 1889*

público puede darse ya por enterado de la misión que viene a cumplir *El Aji*; ¡ ¡ai! del que se burle de su programa, porque tarde que temprano tendrá que saborear la dosis de verdades mas picante, que mortal alguno le haya dado!»<sup>203</sup>

Para este periódico, los inmigración significaba una tragedia para los obreros chilenos, quienes se veían desplazados por obreros adventicios: «La situación de los trabajadores chilenos en general, se va haciendo de día en día más árdua e insostenible, i al paso como marchan las cosas, dia llegará, i no lo quiera el destino! en que no tendremos en Chile un solo trabajador competente, sino inmigrantes que ni en mucho ni en poco son comparables a los obreros chilenos.»<sup>204</sup> Y los extranjeros no sólo venian a arrebatar el trabajo a los obreros chilenos, peor aún, significaban una carga para los pobres trabajadores chilenos que debian mantenerlos por medio de las contribuciones<sup>205</sup>, y esto producto del deplorable estado de los recién llegados, quienes eran catalogados por el susodicho diario como «vichos vivientes: sin industria, sin oficio, sin porvenir ninguno; pero en cambio son individuos viejosos, errantes, judíos, jitanos, tan flacos i demacrados, que da fatiga verlos. Con tal inmigración, no será raro que dentro de poco nuestro bello Chile se convierta en un gran hospital u hospicio; porque estos mamarrachos están buenos para exhibirlos en una esposicion de animales raros convertidos en espantajos.»<sup>206</sup> Tan deplorable era el estado de los recién llegados que estaban trayendo nuevas enfermedades hasta entonces desconocidas, provocando enormes mortandades entre la población nativa:

**«La influenza ya ha hecho su aparición en casi todos los pueblos de la República. Esta nueva plaga se la debemos al feliz i dichoso monarca que nos gobierna, que no la habríamos tenido en nuestro suelo al no existir la funesta i detestable introducion de la brosa i escoria de los mas perjudicial i pernicioso de la vieja Europa, con el nombre de inmigracion. La enfermedad ésta, ataca tanto a los chicos como a los grandes; a los ricos como a los pobres, i no oiremos ahora a la prensa asalariada, palaciega i retrógrada echar en cara al pueblo que por los malos hábitos de éste i por sus malsanas costumbres<sup>207</sup>, se vea que la enfermedad cunda. Nada de esto dirán los cronistas farsantes i peruleros.»<sup>208</sup>**

<sup>203</sup> *El Aji*. 28 de agosto de 1889

<sup>204</sup> *El Aji*. 9 de septiembre de 1889

<sup>205</sup> «¿No comprende S. E. que miéntras mas extranjeros lleguen a nuestro país mas contribuciones tenemos que pagar, para que estos caballeros puedan en poco tiempo mas regresar a su patria con la *guatita* llena i el corazon contento?» *El Aji*. 16 de septiembre de 1889

<sup>206</sup> *El Aji*. 11 de noviembre de 1889

<sup>207</sup> ***Sin embargo la prensa asalariada no culpó al pueblo por sus malsanas costumbres, sino que también cargo la responsabilidad de las nuevas epidemias a los inmigrantes, tal como se puede apreciar en El Mercurio del 29 de mayo de 1890: «El doctor Froemci acaba de publicar un interesante estudio sobre el estado sanitario de los inmigrantes llegados a Chile. “Como médico del dispensario para enfermedades de la piel en el hospital de San Vicente de Paul, dice, me ha sorprendido el pésimo estado sanitario de los inmigrantes. He tenido algunas ocasiones para observar en inmigrantes afecciones crónicas de la piel, que imposibilitan al enfermo para ejecutar cualquier trabajo. Estos desgraciados constituirán así una carga para el Estado, una plaga para los hospitales. Creen encontrar un alivio para sus padecimiento en el alcohol, y como a consecuencia de sus males no pueden adquirir de una manera honrada los medios para procurarse este quita penas, se hacen vagabundos, mendigos y criminales.” “Todo esto sería soportable, agrega, pero nos amenaza un mal mucho mayor. Como la mayor parte de los inmigrantes procede de España o Italia, y como en***

Y estos neófitos habitantes, no solo transferían nuevas enfermedades. Como si fuera poco, llegaban delinquiendo: «Además de la incurable enfermedad de los ojos, la viruela, la lepra, el tifus, etc., etc., los inmigrantes han venido infestados de la plaga o epidemia que llamaremos *cuchillitis*, pues diga usted una palabra un tanto fuerte a uno de estos caballeros, ¡ ¡ ¡cuántos bandidos de Sierra Morena, del tradicional barrio de Avapiés ¡ ¡ ¡ y de cuánta guarida sirve de albergue al bandalaje español!!!»<sup>209</sup> Esta actitud delictiva no era de extrañar debido al origen mismo de los inmigrantes; «pena da decirlo; el Excmo. señor Balmaceda nos está trayendo esa peste de inmigrantes, escoria de las playas de España, matones de los garitos ¡ ¡ ¡ y burdeles, ¡ ¡ ¡ y quizá, ¡ ¡ ¡ ¡cuántos bandidos de Sierra Morena, del tradicional barrio de Avapiés ¡ ¡ ¡ y de cuánta guarida sirve de albergue al bandalaje español!!!»<sup>210</sup> Las informaciones sobre asaltos y asesinatos provocados por inmigrantes se transformaron en una constante al interior de la crónica policial de *El Ají*.

**«En Lautaro un inmigrante dio muerte alevosa a un trabajador chileno, porque éste debía a otro inmigrante cinco centavos, valor de un pan que había pedido fiado. El asesino dio tres tiros de revólver a la víctima. ¿Qué tal? A este paso no va a quedar chileno con vida; los inmigrantes no nos dan cuartel. Otra muerte que debe el señor Balmaceda.»<sup>211</sup> «Un inmigrante mató a un obrero chileno, dándole una puñalada. Deja mujer ¡ ¡ ¡ y tres hijos huérfanos. Otra muerte que debe Don José Manuel Balmaceda ¡ ¡ ¡ y que la irá a pagar al purgatorio.»<sup>212</sup> «Un inmigrante vachista que tiene un chinchel en la calle de este periódico, fue apuñalado y su mujer muerta por otro vachista de mas malos antecedentes que el mismo Satanás. ¡ ¡ ¡ Balmaceda sigue muy horondo trayendo la peste a nuestro país. ¡ ¡ ¡ Pobre hombre, qué malos fines se te esperan!»<sup>213</sup> «Los inmigrantes cada día dan pruebas de ser mal jente. Hai que andar con mucho cuidado con esa jente para no ser víctima de alguna mala jugada. Muchos de éstos andan por las calles de Santiago vendiendo alhajas falsificadas. Mucho ojo con estos desalmados de Balmaceda.»<sup>214</sup>**

Para *El Ají* se vivía un claro estado de descomposición social, y esta era responsabilidad única y exclusiva de José Manuel Balmaceda. Él era el responsable de las epidemias que asolaban nuestra tierra (durante 1887 y 1888 hubo una epidemia de viruela que dejó la exorbitante suma de 25.000 muertos), de la delincuencia, la falta de trabajo, del caos institucional y de todos los males que aquejaban al país. Y no podía ser de otra forma. Balmaceda siempre se había exhibido como el Estado en sí mismo, todas las obras de éste, eran en última instancia creaciones suyas. ¿Acaso en sus viajes no se mostraba como el gran diseñador, arquitecto y ejecutante de las enormes obras de infraestructura? Si todas

**algunas provincias de estos países reina la lepra de una manera endémica, temía cada día la presentación de algún caso de esta terrible enfermedad”.**

<sup>208</sup> *El Ají*. 27 de febrero de 1890

<sup>209</sup> *El Ají*. 16 de junio de 1890

<sup>210</sup> *El Ají*. 11 de noviembre de 1889

<sup>211</sup> *El Ají*. 7 de abril de 1890

<sup>212</sup> *El Ají*. 12 de mayo de 1890

<sup>213</sup> *El Ají*. 16 de junio de 1890

<sup>214</sup> *Ibíd.*

las acciones provechosas del Estado eran obra de Balmaceda, también debían serlo las perjudiciales; y era obvio que fuese así, era el mismo hombre el que se encontraba detrás.

**«¿Qué tal señor Presidente? ¿es esto lo que S. E. quería? Pues, si deseaba que los inmigrantes nos viniera a atacar en nuestro propio suelo, ya está viendo coronados sus esfuerzos [...] Falta nada mas que después que esos grajes nos injurien, apaleen i apuñalen en pleno día i en el centro de la población, nos quiten nuestros hogares i seduzcan a nuestras esposas e hijas i entonces, Excmo. señor, vuestra obra magna habrá llegado a la altura de vuestros sanos deseos. El período administrativo del señor Balmaceda ha sido uno de los mas funestos que haya tenido Chile desde su independencia. Jamás gobierno alguno ha abusado tanto en la inversión de los caudales públicos como el actual Presidente. Jamás gobierno alguno ha sido tan tirano i déspota como el actual. Que solo ha ocupado su período en mudanzas de ministerios i en derroches escandalosos de los fondos públicos, como ser la enorme cantidad de 751 pesos 25 centavos que invirtió en refacciones de los carruajes no há muchos llegados de Europa. Por otra parte, las peticiones del pueblo, de las sociedades, etc., jamás han encontrado eco en el corazon de S. E, i pero, si ocurre alguna fiesta, banquete o tertulia, el Exmo., gasta todo el diccionario en promesas i palabras de protección al pueblo. El odio profundo que el pueblo profesa al señor Balmaceda se está estendiendo con rapidez, i ¡quién sabe si ántes de concluir su período algún ofendido se haga justicia por su propia mano, como esta siendo moda en nuestro país!»<sup>215</sup>**

Balmaceda es el responsable de todos los males de la sociedad. En el libro *El chivo expiatorio*, René Girard postula que todas las narraciones acerca de la persecución colectiva de un grupo, en búsqueda de responsables ante momentos de crisis poseen casi la misma estructura: a) las violencias son reales, b) la crisis es real, c) no se elige a las víctimas en virtud de los crímenes que se les atribuyen sino de sus rasgos victimares, de todo lo que sugiere afinidad culpable con la crisis, y d) el sentido de la operación consiste en achacar a las víctimas de responsabilidad de esta crisis y actuar sobre ellas destruyéndolas o, por lo menos, expulsándolas de la comunidad que “contaminan”. El autor toma inicialmente el escrito del poeta francés Guillaume de Machaut titulado *Jugement du Roy de Navarre* donde se describe el colapso del universo, la destrucción de ciudades y la muerte de miles de personas a manos de la peste; y todo esto era producto de la maldad de los judíos. Ante un culpable tan evidente (evidente para Machaut) y una crisis de tales magnitudes apocalípticas, era una irresponsabilidad no cargar contra los judíos responsables. «La impresión más vivida es invariablemente la de una perdida radical de lo social, el fin de las reglas y de las ‘diferencias’ que definen los ordenes culturales [...] El hundimiento de las instituciones borra o enfrenta las diferencias jerárquicas y funcionales, y confiere a todas las cosas un aspecto simultáneamente monótono y monstruoso [...] Por consiguiente cabe hablar de un estereotipo de la crisis y hay que verlo, lógica y cronológicamente, como el primer estereotipo de la persecución. Al desaparecer las diferencias, lo que en cierto modo se eclipsa es lo cultural. Una vez entendido eso, se comprende mejor la coherencia del proceso persecutorio y el tipo de lógica que liga entre sí todos los estereotipos de que se compone.»<sup>216</sup>

<sup>215</sup> *El Aji. 11 de noviembre de 1889. El subrayado es mío*

<sup>216</sup> GIRARD, RENÉ. *El chivo expiatorio*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1986. Pp. 22, 23 y 24

Tanto para la elite como para el pueblo existía la percepción de caos social, de inversión de orden natural de las cosas (para la elite la inversión se daba con la intromisión de los “siúticos” y “rotos” en el poder; mientras que para los trabajadores era la expulsión de los chilenos de sus puestos de trabajos de manos de hombres oscuros, provenientes de lejanas tierras). Y el *chivo expiatorio* en este caso no resultaba arbitrario, era indiscutible que el responsable era quien encabezaba el Estado, su líder máximo, aquel que monopolizaba el poder gubernamental para acometer sus maquiavélicos planes. Las suntuosas expediciones también fueron vistas – al igual que para la oligarquía – como afanes regios por parte del mandatario:



**– De rodillas, que viene el Santísimo Sacramento! – Hombre, no seas jumento: Quien viene es José Manuel! – Cuánto hermoso rocin! Cuánta solemnidad!..... Tilín, tilín, tilín.... ¡Paso a Su Majestad! – Pero, hombre, si no es el Viático El que trae ese carruaje, Será un hombre de linaje, Un monarca aristocrático..... – Un pobre zarramplín Lleno de vanidad..... – Tilín, tilín, tilín..... ¡Paso a Su Majestad!<sup>217</sup>**

Las referencias al presidente como Monarca o César eran continuas en *El Aji*, tal como se puede observar en el siguiente párrafo, en relación a una serie de prácticas militares efectuadas en el actual Parque O’Higgins: «Para que nada falte a nuestro César en el goce que experimenta mandando lo que llama *su* país, ha inventado las grandes maniobras, o sea la policía montada que da, para robustecer sus músculos estrepitosas cargas de caballería en el Parque Cousiño como prólogo de la fantochada que representará el señor Balmaceda el 1° de junio.»<sup>218</sup> La constante movilización de tropas por parte del Gobierno Central, eran percibidas como maniobras del “pretencioso” Balmaceda para volverse dictador:

<sup>217</sup> “Paso a su majestad” *El Padre Padilla*. 7 de junio de 1889

<sup>218</sup> “Las grandes maniobras” *El Aji*. 15 de mayo de 1890

**«El payaso de Balmaceda quiere convertirse en dictador i al efecto reúne los cuerpos del ejército en Santiago. Se imagina el pobre diablo de que los soldados, que pertenecen al pueblo engañado, han de querer hacer fuego sobre sus hermanos o querer manchar sus glorias por un farsante vulgar; nó, el ejército dará vuelta la empanada i puede ya el señor Balmaceda irse cortando la melena operación que se hizo con Luis XVI, para aguantar el veredicto inapelable del pueblo soberano.»<sup>219</sup>**

Con motivo de otra movilización de tropas, se dijo: «Estamos en Berlin; el señor Balmaceda, con su *ñecudo* Ministerio, se ha creído un monarca, como el Emperador Guillermo, con la sola diferencia de que el soberano alemán se ocupa de remediar las necesidades del pueblo. La capital de Chile ha visto durante los días que van corridos del mes de junio extrañas payasadas. Soldados vestidos a la prusiana, con relucientes cascos de carton embetunado...»<sup>220</sup>

Así como los judíos en el poema de Guillaume de Machaut, Balmaceda era el gestor del caos reinante, y resultaba un imperativo – casi un deber sagrado – su alejamiento del poder. Las amenazas contra la autoridad se transformaron en una constante, tal como se puede apreciar en el siguiente dialogo ficticio entre *El Ají* y el Presidente:

**«Dice el pueblo que su Majestad es un hombre que no sirve para maldita la cosa; que el país está pasando por una de las situaciones mas difíciles que nunca se habia visto; está espuesto así como van las cosas a hundirse en un abismo profundo; que ha hecho cosas solamente de un loco, trayendo una inmigración perniciosa a la clase obrera; que si su Majestad sigue con sus caprichos tan tontos, el pueblo será una fiera para su Majestad i no le tendrá ninguna clase de consideracion i su cabeza será paseada por las calles para escarminento de los malos presidentes. Dicen esto con una firmeza de corazón que es mui fácil que lo lleven a cabo. Yo como lo estimo tanto le revelo todo esto para que se ponga en guardia i tome algunas medidas que lo salven i viva algunos meses mas.»<sup>221</sup>**

Sorprende ver las reiteradas invocaciones golpistas o subversivas, como por ejemplo: «Sí así marcha nuestro liberal Gobierno en esta sénda mal trazada que lleva, no vaya a suceder lo que en 1789 sucedió en un país que él no ignora, i que, si allá se levantó el pueblo para pedir pan, nuestros obreros se levantarían aquí para restituirlo; ¡estamos seguros que no nos faltarían un tío Billot o un Anjel Piton que se nos presentaran a la cabeza i nos gritasen: *A la Bastilla; A la Bastilla;* o lo que es lo mismo: *A la Moneda! A la Moneda!*»<sup>222</sup> O esta, «¡oh señor Gobierno, la hora de la espacion se acerca, i la silla de granito que le sirve de pedestal rodará junto con S. E. desde la altura en que ya convertidos en polvo por la violencia del golpe!»<sup>223</sup>

Es evidente que las enormes expectativas iniciales dieron paso al desencanto y al más amargo rechazo. No obstante, esto no quiere decir de forma alguna que los artesanos y obreros hayan adcritos a los preceptos de la oligarquía. Existía clara conciencia de que el

<sup>219</sup> “*Más tropas*” *El Ají*. 29 de mayo de 1890.

<sup>220</sup> “Los prusianos” *El Ají*. 16 de junio de 1890

<sup>221</sup> “*Una promesa*” *El Ají*. 17 de julio de 1890

<sup>222</sup> *El Ají*. 16 de septiembre de 1889

<sup>223</sup> *El Ají*. 11 de noviembre de 1889

conflicto entre el Ejecutivo y entre el Parlamento era una lucha intestina de la elite, y que ninguno de los dos bandos representaba los intereses del pueblo, el cuál no tenía acceso al poder:

**«Es cosa de reírse a desmandíbulas, hasta caérsele a uno la baba, cuando oye hablar de la República de Chile. ¡Famosa República! Es éste el país mas monárquico, mas oligárquico, mas aristocrático, mas autocrático, mas flemático, mas automatico i mas..... qué sé yo qué del mundo. Gobiernan a Chile unas cuantas familias de orgullosa estirpe. Para ellas, los honores, los puestos públicos, las consideraciones i la plata. Para los demás... chuparse el dedo. Fuera de esa inflada aristocracia, la mayor parte de nuevo cuño, todo lo demás es siutiquería, pijería i rotería.... Decididamente estamos en República i no es nada todavía lo del ojo, en República popular representativa. Este es otro huevo que ni los de avestruz. Popular! ¿I qué pitos toca el pueblo en esta República? ¿Cuál es la influencia en la dirección de los negocios públicos o de la política? ¿Cuántos hijos del pueblo van a sentarse en los bancos del Congreso, de las Municipalidades o siquiera de los Ministerios? Popular! Los Diputados, Senadores i Municipales que no son elejidos por el Gobierno, lo son por la aristocracia de los partidos, i san se acabó [...] ¡Virjen santa! El pueblo de Chile se mueve dentro de un círculo bien demarcado i estrecho: paga las contribuciones, acrecienta la fortuna de los ricos con el sudor de su frente, sufre todo el rigor de las leyes civiles i criminales, vota en las elecciones por candidatos que ni siquiera conoce, porque jamás salen de sus filas, i cada vez que se ofrece, derrama toda su sangre en la guerra. ¿Qué más quiere?»<sup>224</sup>**

El órgano oficial del Partido Democrático afirmaba al respecto: «[...] conservantismo, liberalismo, monttvarismo i radicalismo, son otras tantas ramificaciones de un mismo principio político, a saber: el gobierno de la República por una corta oligarquía de funcionarios, que se nombran así mismos i se perpetúan en el mando de la Nación.»<sup>225</sup> Y hacia un llamado a todos los adherentes democráticos a ser «simples espectadores.»<sup>226</sup> Para el naciente partido, el sistema político imperante, el presidencialismo por el cual abogaba Balmaceda, había «sido implantado por los conservadores i mantenido por los liberales que encuentran su provecho en el inmenso número de empleos i en la grandísimo influencia que proporciona. Al frente de estos dos partidos históricos viene organizándose el Partido Democrático, que combate el cesarismo i la burocracia i defiende i propaga el gobierno propio. Entre ser gobernados por una jerarquía de funcionarios, i gobernarnos por nosotros mismos, la elección no puede ser dudosa para el país.»<sup>227</sup>

Para *El Ají* esta lucha no correspondía al pueblo ya que era un conflicto entre la misma clase explotadora: «Los eternos chupadores del presupuesto, las treinta familias de sangre azul, que gobiernan a este país, están divididas.»<sup>228</sup> En otra ocasión, el mismo periódico expresó:

<sup>224</sup> “Viva la República” *El Padre Padilla*. 20 de agosto de 1887

<sup>225</sup> *Las provincias*. 9 de junio de 1890

<sup>226</sup> *Las provincias*. 3 de febrero de 1890

<sup>227</sup> *Las provincias*. 4 de noviembre de 1889

<sup>228</sup> “La Dictadura? – No. *El Ají*. 10 de abril de 1890

**«Nuestro país atraviesa en estos momentos por una situación que para los buenos hijos de Chile, no puede ser mas grave. Por un lado el Presidente de la República, con el corazón lijero i confiado en el apoyo del ejército que manda como Jefe Supremo, se ha declarado Dictador i ha violado la constitución i las leyes. Del otro, toda la oligarquía del dinero i de la política hacen contra el señor Balmaceda un fuego tremendo de injurias i de cargos, muchos de los cuales no son solo imputables al Presidente, sino a los mismos que se quejan, pues, como Ministros o congresales, prestaron eficaz concurso al funcionario atacado [...] Ya lo sabe, pues, el país; que los eternos explotadores del presupuesto se batan con ira i empleen un lenguaje, que no de verduleras, poco debe importarles: ellos no traerá mas consecuencia, que el gasto de papel i tinta i la pérdida de reputaciones que hasta ayer se estimaban limpias.»<sup>229</sup>**

Es más, la mayoría estaba muy consciente de que los enemigos declarados de Balmaceda eran los mismos enemigos del pueblo: «Es preciso que el país no se haga ilusiones. En la lucha que sostiene el Congreso con el Ejecutivo, éste está resuelto, a pasar por todo, hasta destruir la forma de república de gobierno. La opinión pública, sin embargo, se mantiene retraída, tanto porque **el cuadrilátero está formado en sus mayor parte por hombres mui conocidos como enemigos de la libertad i que jamás se han preocupado del pueblo**, cuanto que hoy mismo, cuando la lucha es mas cruenta, *La Libertad Electoral*, diario de los señores Matte, ha escrito en sus columnas de honor que el verdadero pueblo lo constituyen “los propietarios del suelo i que lo demás es jentuzá, plebe i canalla.” Sangrienta ha sido la injuria i si no fuera por no añadir nuevos males al país, habríamos arrancado la lengua al escritor de *La Libertad*. Bonito modo de ganar popularidad insultando al pueblo; no es de estrañar entónces, de que el señor Balmaceda se ria de un oposicion, que ha echado una muralla entre su nobleza i la plebeya sangre de los hombres de trabajo. Siguiendo ese camino los cuadriláteros, tendrán que decir a S. E. Salve César Imperator, *moriturum te salutan*. **El pueblo será espectador i no sentirá la muerte moral de los que tanto le odian**. Si son vencidos, la Dictadura habrá avanzado por culpa del vano orgullo de la oposicion.»<sup>230</sup> Si bien los grupos populares, hacían llamados a la no beligerancia en un conflicto donde sus principios no se encontraban en juego, ni sus importes representados; se tenía cabal conocimiento que un inminente conflicto afectaría irremediable – y dolorosamente – los intereses de toda la nación:

**«Presidenciales i parlamentarios, en su loco desvarío por conservar el poder o por asaltarlo han provocado la crisis política mas deplorable, i traído como necesaria consecuencia el malestar económico, la bancarrota, el hambre i la miseria mas insoportables. A las medidas arbitrarias del Ejecutivo para incubar una candidatura oficial hechura del Presidente de la República, contestan las Cámaras negando las contribuciones i los presupuestos, pretendiendo de este modo hacer inclinar la cerviz al terco mandatario que dirige los destinos de la Nación, sin importarles un ápice los males que estas medidas revolucionarias, anárquicas, sediciosas, puedan traer sobre el porvenir económico del país, sobre sus instituciones políticas i sociales. ¿Es esto justo? Tiene razon el Congreso para sumergir al país en un caos para llevar el hambre i la miseria a tantos hogar es que viven de las rentas que les dá el Estado? ¿Es medida de buen gobierno**

<sup>229</sup> *El Ají*. 13 de febrero de 1890

<sup>230</sup> “La Dictadura avanza” *El Ají*. 14 de julio de 1890. El subrayado es mío

***precipitar al país a la desorganización i a la ruina, cambiando bruscamente, en medio de conmociones espantosas el gobierno regular de las instituciones?»<sup>231</sup>***

## Obreros y trabajadores no calificados:

Resulta sumamente difícil rastrear la impresión y el pensamiento de la gran mayoría de la población chilena; todos aquellos obreros, mineros, trabajadores urbanos, inquilinos, peones y gañanes, quienes con lejos eran la generalidad del país – desde el punto de vista cuantitativo – y al mismo tiempo, lejos el grupo del que menos sabemos. Sus precarias condiciones laborales les impedían acumular algún capital y organizarse en torno a estructuras propias, como lo hacían los artesanos urbanos. Lo único con lo que contamos es con su propio accionar, el cual puede ser útil a la hora de develar ciertas actitudes frente al presidente Balmaceda y la Guerra Civil.

Como se afirmó al comienzo, la sociedad chilena había variado radicalmente en pocos años: los nuevos territorios anexados, forjaron nuevas relaciones productivas, las que a su vez decantaron en la formación de nuevas clases sociales. Caso paradigmático de lo anterior es la región salitrera. Tarapacá era fundamental para el buen estado del erario nacional (en 1890 las exportaciones salitreras representaban el 57% del total del país), y sin embargo se encontraba en una condición sumamente precaria, debido a que dependía completamente de los mercados externos:

***«Incapaz de satisfacer sus propias necesidades o de subsistir por sí sola, dedicada por entero a la comercialización de un solo producto, Tarapacá presentaba una estructura social absolutamente ligada a los mercantil [...] Era obvia la vulnerabilidad de la región ante cualquier alteración de un mecanismo exportador-importador que era de por sí bastante delicado. Los ciclos comerciales o las crisis de cualquier tipo en el país y en el mundo podían tener para Tarapacá consecuencias funestas. Crisis económica y cesantía eran para su población algo mucho más grave, y sobre todo mucho más frecuente, que para el grueso de la población chilena. Una pequeña baja en los precios europeos del salitre podía acarrear el cierre de numerosas oficinas, la desocupación de cientos de personas, y una temporada negra para el comercio, la industria y la administración de la región. Todo esto reforzaba la sensibilidad de la élite tarapaqueña frente a los acontecimientos externos, pero a la vez demostraba su permeabilidad al cambio. Allí nada era estático, ni las personas tenían tiempo para desarrollar conductas o instituciones que echaran raíces profundas.»<sup>232</sup>***

Los trabajadores de la región salitrera se encontraban particularmente desarraigados, la mayoría no había nacido en la región y a merced de los avatares del mercado mundial. Si toda la región laboraba en un área económica particular – la explotación del salitre – la baja en el valor de éste implicaba que simplemente no existían posibilidades de encontrar trabajo

<sup>231</sup> *Las provincias. 7 de julio de 1890*

<sup>232</sup> *PINTO VALLEJOS, JULIO. 1890: Un año de crisis en la sociedad del salitre. En Cuadernos de Historia N° 2.*

*Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile, 1982. Pág.*

en caso de crisis. Las relaciones comerciales eran de tipo “moderno”, basadas en el trato esporádico entre patrones y empleados y el impersonalismo. La precaria situación de las regiones norteñas se vio acrecentada con la especulación financiera de que fueron parte las oficinas salitreras a manos de aventureros accionistas londinenses. En 1890 esta situación eclosionó en una grave crisis económica de carácter especulativa, acrecentada por los vaivenes políticos entre el Presidente y el Congreso. Las compañías salitreras debían cerrar las oficinas o encontrar alguna forma de abaratar los costos de la mano de obra. Y la hallaron en el espurio sistema de *ficha salario*. «Al no pagar los jornales el dinero efectivo, y al controlar también las pulperías que eran la única fuente de abastecimiento dentro de las oficinas, el salario real del obrero podía ser alterado prácticamente a discreción.» Los trabajadores salitreros se veían sometidos a una serie de abusos tales como el «pago en fichas desvalorizadas, puestos que nunca se las canjeaba a la par; prohibición de hacer compras fuera de la pulpería o a vendedores ambulantes, cuyo paso a las oficinas estaba por lo demás estrictamente prohibido; despido sin indemnización; maltratos corporales a los operarios; no pago por trabajos realizados o la subvaluación de los mismos; una pésima atención médica, a pesar de que a todo trabajador se la hacía un descuento mensual por ese concepto [...]»<sup>233</sup>

Los obreros salitreros – y por extensión casi todos los trabajadores urbanos no calificados como estibadores, lancheros, fleteros entre otros – no poseían capacidad ahorrativa (ni siquiera se les pagaba en dinero) y no podían formar organizaciones de trabajadores para defenderse a sí mismos. Ante estas agobiantes condiciones, sólo existían dos opciones: podían desmoralizarse o podían rebelarse. Ante la catástrofe social; los trabajadores explotados y empobrecidos, confundidos y privados de las tradicionales instituciones y guías de conducta caían en el alcoholismo, la prostitución o el desequilibrio mental. «Todas estas formas de distorsión de la conducta social tenían algo de común entre ellas, e incidentalmente con la ayuda a “uno mismo”. Eran tentativas para escapar del destino de ser pobre hombre trabajador, o al menos para aceptar u olvidar la pobreza y la humillación. El creyente de la segunda venida, el borracho, el ladronzuelo, el lunático, el vagabundo o el pequeño negociante, desviaban sus ojos de la condición colectiva [...]»<sup>234</sup> La alternativa a la derrota o a la evasión era la rebelión.

Para el investigador inglés Eric Hobsbawm, la forma de rebelión urbana pre-política por excelencia era la “turba”, la cual se caracterizaba por ser un «movimiento de todas las clases urbanas pobres encaminado al logro de cambios políticos o económicos mediante la acción directa – es decir, por el motín o la rebelión –, pero un movimiento que todavía no estaba inspirado por ninguna ideología específica; o si es que encontraba la expresión de sus aspiraciones en algún modo, lo hacía en términos tradicionales y conservadores (la “muchedumbre de la Iglesia y del Rey”).»<sup>235</sup> Estas manifestaciones solían alzarse en «contra del desempleo o para rebajar el coste de las subsistencias.»<sup>236</sup> Ante la situación de absoluta carencia de resguardo por parte del obrero, cuando este se alzaba no podía hacerlo invocando al empresario, quien era el mismo que lo explotaba, sino que recurría al Estado y particularmente a la figura del Presidente de la República.

---

<sup>233</sup> *Ibid.* Pág. 81

<sup>234</sup> HOBBSAWM, ERIC. *La Era de la Revolución (1789 – 1848)*. Labor Universitaria Monografías, Barcelona, 1991. Pág. 188

<sup>235</sup> HOBBSAWM, ERIC. *Rebeldes Primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Editorial Ariel S. A, Barcelona, 1963. Pp. 167 – 168

<sup>236</sup> *Ibid.* Pág. 169

En el año 1890 aconteció una explosión huelguística en Tarapacá, Antofagasta y Valparaíso como jamás se había visto en el país. El 2 de julio de 1890 el gremio de los lancharos del puerto de Iquique se declaró en huelga, exigiendo un aumento en el valor de su trabajo (ante la depreciación del cambio y la carestía de la vida). En pocos días se sumaron a la huelga casi todos los gremios de la ciudad; los mineros de la pampa finalizaban sus faenas y bajaban al puerto. Lo que más llamaba la atención es que al momento de descender desde la pampa, los trabajadores «vivaban a las autoridades y lanzaban ¡mueras! Al comandante del gremio y al administrador de la aduana.»<sup>237</sup> Pronto «todos los trabajadores de las salitreras [...] exigen que las fichas sean convertibles a la par y libertad para comprar víveres fuera de las pulperías.»<sup>238</sup> Los comerciantes y banqueros, alarmados ante los ribetes generalizados que estaba tomando esta manifestación, enviaron el siguiente telegrama al Presidente:

**«A S. E. el Presidente de la República, Santiago. Huelga de trabajadores ha tomado proporciones alarmantes. Huelguistas han penetrado en establecimientos impidiendo por la fuerza que operarios se dediquen a sus labores. Comercio y bancos obligados a cerrar. Fuerza pública insuficiente para proteger a Iquique. Oficinas salitreras y distritos mineros en inminente peligro, sin que la autoridad tenga los elementos para dominar la situación y hacer respetar la vida y la propiedad. El comercio nacional y extranjero que suscribe pide a V. E. se digne tomar medidas que salven la situación y hagan respetar los cuantiosos capitales comprometidos en esta provincia bajo las garantías de la ley.»**<sup>239</sup>

El 5 de julio, el Presidente envió la siguiente respuesta: «Recibido telegrama, pido informe a Intendente. Deseo que Ud. diga cuáles son las exigencias de los huelguistas qué paso han dado Uds. Para una inteligencia razonable y equitativa con los trabajadores.»<sup>240</sup> La réplica de Balmaceda causó indignación entre los comerciantes y la elite en general, quienes culpaban al Ejecutivo de instigar estos desórdenes: «Hai en las desgraciadas espresiones de que se sirvió entonces el jefe del Estado un evidente estímulo a las *huelgas*, cuya justicia reconoce dando aliento a las pretensiones que les han servido de pretesto. No podía el presidente usar palabras de mas abierta y franca incitación ni dejar entrever mas claramente la promesa de mantenerse en una actitud de espectacion benévola y tranquila, si en cualquier parte análoga protestas provocaban los espantosos conflictos de una *huelga* [...] El telegrama del jefe del Estado era la promesa de una embozada y cobarde complicidad con el desórden, era un pacto de benevolencia y simpatía con la bandera que levantaba la revuelta.»<sup>241</sup> Los ¡Vivas! al Presidente de la República se multiplicaron por toda la región. Los trabajadores pampinos lo habían visto en su viaje desperdigando su benefactora mano por la región, y ahora se sentían amparados al contar con su beneplácito en contra de los abusadores “gringos”. Este apoyo por parte de los insurgentes obreros hacia la figura de Balmaceda, era una muestra clara para la oligarquía de que había sido el mismo Presidente quien las había incitado para establecer el caos y amedrentar al Congreso:

<sup>237</sup> “Los desordenes de Arica” *El Mercurio*. 21 de julio de 1890

<sup>238</sup> *El Mercurio*. 19 de julio de 1890

<sup>239</sup> “Presentación al presidente de la república” *El Mercurio*. 5 de julio de 1890

<sup>240</sup> “La huelga de Iquique. S. E. y el comercio de Iquique” *El Ferrocarril*. 6 de julio de 1890.

<sup>241</sup> *El Mercurio*. 23 de julio de 1890

**«Chile es, afortunadamente, un país donde no existen fuerzas anárquicas, ni cuestiones sociales, ni causas de miseria pública<sup>242</sup>, ni elementos organizados para perturbar el orden y sin embargo se encuentra en presencia de la anarquía, que se le ha aparecido bruscamente en la peor de sus formas [...] Son los centros mas populosos y mas ricos del país, los que sirven de asiento al comercio y a grandes intereses particulares los que han sido víctimas del pillaje de turbas desenfrenadas, que han cometido toda clase de atentados contra las vidas y propiedades de sus habitantes. ¿Quiere decir todo esto que la república ha entrado ya en aquel periodo de descomposición social que precede, en los pueblos de organización gastada, a la crisis de su recomposición? Nó; lo que esto quiere decir es, únicamente, que tenemos un gobierno cuya inhabilidad para el desempeño de su misión natural está quedando de manifiesto... los hombres que lo gobiernan con una política que nos lleva rápidamente al desquiciamiento de todo lo que en esta tierra era garantía de la libertad, del orden y de la tranquilidad pública. Las instituciones que habían dado a Chile una organización tan sólida que parecía inquebrantable, no funcionan ya regularmente porque el gobierno las ha desnaturalizado; y cuando los delicados resortes de la lei dejan de funcionar, el desórden general se produce inevitablemente. Todos estos antecedentes autorizan la sospecha de que hai influencias ocultas que están ajitando a las clases trabajadoras y lanzándolas a la calle a perturbar el órden público. Y no puede ser tampoco de otro modo. Como ya lo hemos dicho, estas que se ha dado en llamar huelga no tienen de tales sino el nombre, que es apenas un transparente disfraz de otros propósitos. ¿Se quejan de insuficiencia de salarios? Nó; y es de advertir que cuando existen esas causas conocidas de las huelgas, ellas obran lentamente y no producen un estallido sino después de larga preparación. En los casos de Iquique y de ese puerto el desórden ha surjido bruscamente, y esta sola circunstancia manifiesta que ha tenido causas estrañas al interés de los obreros [...] el Presidente les dijo que el Congreso era enemigo del pueblo porque, – éstas son sus propias palabras, – “la suspensión indefinida de las contribuciones implica la suspensión de obras fiscales que dan trabajo a millares de obreros”; porque “los actos estraordinarios de una de**

<sup>242</sup> Sorprende sobremanera la completa ignorancia de los periódicos importantes acerca de la situación de los trabajadores salitreros. Según ellos en Chile no existía desigualdad social, por ende si el pueblo se alzaba, necesariamente se debía al pérfido y maquiavélico influjo presidencial. El análisis del periódico del Partido Democrático es el único que escapa de esta burda y maniqueísta visión de los hechos: «En todos los tonos clama la prensa asalariada por el incendio de las salitreras. “Turbas inconcientes i brutales violan la propiedad i la incendian, bandas de forajidos comenten toda clase de depredaciones” es el mas alto diapasón que han dado al canto fúnebre, i no dicen que esos forajidos, esas turbas inconcientes eran hasta ayer jentes honradas que labraban la riqueza de muchos ajiotistas salitreros; hombres de bien a quienes la usura explotaba pagándole con fichas de caucho, que éstos se veían obligados a devolver a los patrones a cambio de un mal poncho con que cubrir su desnudez o de mugrientas i duras galletas para satisfacer el hambre. ¡Es así la condicion inhumana! El amo quiere ser siempre amo, el que explota no quiere soltar su presa; pero el que sirve, el que sufre las torturas del despotismo, del hambre i la miseria, procura levantarse i sacude cuando puede, esa atmósfera de plomo que lo aniquila. No les estrañe, pues, a los señoritos que los jornaleros, que los braceros, se hayan alzado.» Las provincias 7 de julio de 1890

**las ramas del poder legislativo, tienden a frustrar los dos fines capitales de esta administración: la instrucción del pueblo y el enriquecimiento de los chilenos,” porque finalmente “se pretende el predominio parlamentario, que en estos momentos traería el predominio de círculos políticos sin raíces en el corazón del pueblo” [...] Estas declaraciones demagógicas, nunca salidas de los labios de otro presidente de Chile, debían ser, – y los hechos han demostrado que fueron – semilla de rebelión. Antes de eso el mismo señor Balmaceda se había puesto del lado de los huelguistas de Iquique, amparando sus pretensiones con su alta autoridad y obedeciendo tal vez instintivamente al mismo rencor que ha guardado en su corazón contra las clases opulentas que no miraban con simpatía su candidatura presidencial. Así, ¿qué tiene de extraño que las turbas de Iquique y las de Valparaíso, en el día del pillaje, y los garroteros de la capital hayan gritado y griten uniformemente: “Viva el presidente de la república”.»<sup>243</sup>**

Sin embargo, si bien la actitud del mandatario descubría cierta simpatía a las reivindicaciones obreras, existían excesos que ni el balmacedismo estaba dispuesto a tolerar. Para evitar desordenes futuros y «como una manera de demostrar a los huelguistas los límites que no debían sobrepasar, por orden del propio Presidente de la República, el barco *La Esmeralda* de la Armada había llegado a Iquique llevando algunas tropas dos días después de iniciada la huelga de los lancheros.»<sup>244</sup> Cuando oficinas salitreras como San Donato, Ramírez, Tres Marías, Constancia, San José, Peña Chica, Zapiga, La Compañía, Rosario y Sacramento comenzaron a ser saqueadas e incendiadas por los huelguistas, el gobierno decidió actuar reprimiendo violentamente las manifestaciones. Los patronos, al sentirse seguros ante el continuo envío de tropas hicieron caso omiso de las peticiones obreras.

Una vez reprimidas las protestas de Iquique, el eje huelguístico se trasladó a Valparaíso: «El 21 de julio de 1890 marcará sin disputa la fecha más nefasta en los anales de esta laboriosa y tranquila ciudad. El día de ayer Valparaíso ha estado miserablemente entregado al saqueo de esas turbas ebrias de sangre y de pillaje a vista y paciencia de la autoridad obligada a garantizar las vidas y propiedades de sus moradores. La indignación que tan criminal indolencia ha producido es tan justificada como general. Solamente unos cuantos, que no juzgan los acontecimientos, por graves que sean, sino guiados por la pasión política, se atreven a disculpar, aunque, y de ello queremos dejar constancia, muy débilmente la actitud pasiva y hasta alentadora para la muchedumbre que desde el comienzo de la huelga primero y del pillaje en seguida observó el intendente de la provincia.»<sup>245</sup>

Esta protesta tuvo un patrón más o menos similar a la de Iquique; a las 7 de la mañana del lunes 21 de julio los fleteros y lancheros de la Compañía Sudamericana de Vapores se declararon en huelga y «se nombró una comisión compuesta del empleado de la aduana don Pedro Hildalgo otro joven y un jornalero. Esa comisión conferenció con el intendente y le pidió a nombre de los que hasta entonces solamente eran huelguistas que se suprimiese el descuento de 25% que el gremio de jornaleros abona por el uso del muelle fiscal y se les pagase en plata sus jornales. El intendente ofreció arreglarlo todo y les

<sup>243</sup> “En pleno desgobierno” *El Mercurio* 24 de julio de 1890

<sup>244</sup> GREZ TOSO, SERGIO. *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general*. Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago de Chile, 1997. Pág. 718

<sup>245</sup> *El Mercurio* 22 de julio de 1890

rogó se retirasen a sus casas los que no quisiesen trabajar. El jornalero le exigió entonces que lo acompañase a la plaza para hablar al pueblo, a lo cual el señor Sanchez accedió de buena gana, trepándose al efecto en un carro urbano. Ya se sabe que les repitió el ofrecimiento y les pidió se retirasen en orden. Se oyeron entonces vivas al intendente.»<sup>246</sup> Nuevamente se puede observar como los trabajadores en vez de tranzar directamente con los patrones, piden ayuda al Estado, para que actuase como intermediario. El Estado representaba una especie de padre protector y todopoderoso. Y nuevamente los diarios se lamentan que no se haya actuado con fuerza desde el principio: «Si entonces la autoridad que contaba en la misma plaza Sotomayor con fuerza suficiente para hacerse obedecer de jornaleros, lancharos, fleteros y demás jente trabajadora, hubiese exigido con enerjia que se retirasen a sus domicilios en pago del ofrecimiento hecho, no habriamos tenido ciertamente que lamentar las vergonzosas escenas que siguieron [...] ¡Noventa minutos de pillaje en Valparaiso sin que la fuerza pública lo impidiera! Por fin, y cuando ya quedaba mui poco que saquear, llegó la tropa y la muchedumbre se dispersó, o mejor dicho se dirijió a otro punto, donde hacia lo mismo.» Si las acusaciones iniciales hablaban de negligencia, posteriormente se paso a la franca y directa acusación:

**«Según se corre entre algunos empleados del ferrocarril, no son solo trabajadores porteños los que han tomado parte en los disturbios del vecino puerto. Por el contrario, éstos formarían la ínfima minoría de los manifestantes. La mayor parte de éstos son los carrilanos traídos del sur por los trenes, los cuales han sido llevados a Valparaiso para reforzar a los jornaleros y lancharos [...] La participación de la autoridad parece, pues, indudable en el asunto. ¡A qué tiempo hemos llegado! Por lo demás, cuanto conocen al pueblo porteño saben que es incapaz de cometer los salvajes desmanes ocurridos en Valparaíso. El réjimen del terror con que se pretende amedrentar al congreso no atemoriza a nadie. Por el contrario, todos convienen en la necesidad de hacer algo así como un escarmiento. Los ánimos están exaltados con los sucesos de Valparaíso.»<sup>247</sup>**

Aunque la represión no llegó en el momento en que la elite la solicitaba, finalmente llegó, dejando un inusitado número de muertos. El fervor popular ante el apoyo inicial de las autoridades y del Presidente de la República, dio paso al desengaño y al odio. Y probablemente no exista hiel más amarga que la emanada de la decepción. Francisco A. Encina decía que los jornaleros de las salitreras y los mineros de Atacama habían peleado del lado de la oposición, debido principalmente al espíritu de aventura; lo más probable es que en estas poblaciones haya existido enconado odio al mandatario que los había traicionado. Esto explicaría el accionar de los pampinos, quienes se alzaron en contra de Balmaceda mucho antes de que fuesen reclutados por los Congresistas: « [...] la sublevación de trabajadores de la industria salitrera, que se habían levantado en armas contra el Gobierno i que en la noche del 2 al 3 de febrero avanzaron en un tren Iquique en número que no bajaba de los dos mil.»<sup>248</sup>

Si los efectos de la represión generaron en profundo malestar en los grupos populares, para la oligarquía, estos desmanes representaban el caos total: «No hace muchos días que lamentábamos las escenas vandálicas de Iquique, Antofagasta i Pisagua

<sup>246</sup> *Ibid.*

<sup>247</sup> *Ibid.* El subrayado es mío

<sup>248</sup> ESTADO MAYOR JENERAL. *La Guerra Civil de 1891. Relación histórico – militar*. Talleres del Estado Mayor General, Santiago de Chile, 1917. Pág. 72

como manifestaciones inequívocas del apareamiento en Chile de la plaga asoladora del comunismo, que en otros países ha sacudido tan violentamente el orden social. Los espantosos sucesos de que acaba de ser teatro nuestro primer puerto, nos confirma esta tristísima verdad.»<sup>249</sup> No sólo se gastaba el presupuesto nacional en aparatosas expediciones reales, ya no interesaba que el poder estuviese tomado por los “rotos”, o que el presidente hubiese abandonado a sus amigos para dar paso a los aduladores; ahora estaba generando el completo desquiciamiento de la nación y esto sí que no podía ser tolerado, Balmaceda debía ser destruido:

**«Don Carlos Walker Martínez interrumpió con enérgico ademán y terrible voz al orador presidencial para decirle: – El gobierno es el único responsable de esos vergonzosos sucesos. Los agentes del ejecutivo, el intendente, algunos empleados de aduana, el administrador y comandante del gremio de jornaleros fueron autores de las perturbaciones. El presidente de la república es el cómplice de los robos, de los saqueos, de los incendios causados por las turbas movidas y amparadas por él. He sido testigo de los sucesos, y puedo afirmar lo que digo a la faz del país! Estas palabras llevaron a su colmo la exaltación de los ánimos. Algunos diputados presidenciales protestaron ruidosamente, pero el señor Walker, poniéndose de pié, repitió: – Si; el presidente de la república, los agentes del presidente de la república son los únicos autores y los únicos responsables de los robos, saqueos, asesinatos e incendios cometidos por la chusma en Valparaíso. – (Estruendosos aplausos y gritos de ¡si! ¡si! en los bancos de la mayoría.) El señor Walker Martínez (don Joaquín) poniéndose de pié: – Es preciso que los hombres procedan como hombres y que tengan siquiera el valor de sostener sus actos. Es preciso que el presidente de la república y sus amigos en vez de lamentarse como maricones (testual) respondan de la situación que ellos mismos han creado.»<sup>250</sup>**

Finalmente, existe un último aspecto que determinó inexorablemente el rechazo del pueblo a Balmaceda en plena Guerra Civil: los reclutamientos forzados y más que nada las torturas realizadas por fuerzas balmacedistas. La gran mayoría de las obras consultadas pasaron por alto estos hechos, lo que es comprensible debido al carácter efímero de ambas y que fueron principalmente acometidas al interior de los elementos modestos de la nación, quienes no tenían voz – o más bien dicho su voz no era atendida – para dar a conocer las vejaciones sufridas:

**«En cuanto a las simpatías populares, se produjo un cambio que se percibe con mucha viveza. Al principio, el pueblo no se interesó en la contienda; como ya dijimos, salvo los sirvientes domésticos y los empleados de los fundos, no era gobiernista ni opositor. Pero ya en junio de 1891 era contrario a Balmaceda, que no es lo mismo que decir revolucionario. Ni en Angol, ni en Concepción, ni en Chillan, ni en Talca conocimos pueblo opositor. En estas ciudades había odio a Balmaceda, sentimiento engendrado por los abusos, los atropellos de los hogares, el robo del caballo o de la vaca por el subdelegado o el inspector, y sobre todo, por las flagelaciones y la recluta. No recordamos en las provincias mencionadas una aldea o villorrio de los que recorrimos, donde no se relataran**

<sup>249</sup> El Ferrocarril 24 de julio de 1890

<sup>250</sup> El Mercurio 23 de julio de 1890. El subrayado es mío

**casos de flagelaciones, que los vecinos hacían suyas, obedeciendo a un sentimiento que nunca hemos podido captar con firmeza [...] La extensión del palo tradicional del cuartel al elemento civil, fué fatal para la causa del gobierno.»<sup>251</sup>**

Durante la guerra, las fuerzas “constitucionalistas” habían conformado un poderoso Ejército con los obreros salitreros. Las fuerzas balmacedistas debían igualar y/o superarlas de algún modo. Como la mayoría de la población se negaba a engancharse, se recurrió a la recluta forzosa. Las autoridades caían de improviso sobre los fieles que se encontraban en misa y se llevaban a todos los hombres que estuviesen en estado de cargar un arma. En otras ocasiones, un subdelegado, acompañado de un piquete, se presentaban en un matrimonio o un velorio y se llevaban todos los varones útiles. El intendente de Concepción hacía dar cincuenta palos al que rehusara servir al ejército y castigaba con pena de muerte la desertión. Al respecto resulta particularmente significativa la descripción que realiza el ingeniero belga Gustave Verniory, quien llegó a Chile para dirigir una de las tantas líneas férreas creadas por Balmaceda al sur, y que presencié cómo se tomaban “voluntarios” para el Ejército del Gobierno:

**«En tiempo de paz el efectivo del ejército es de 4.000 hombres; acaba de ser elevado bruscamente a 30.000. Aquí ninguna ley obliga al servicio militar. El ejército esta compuesto únicamente de voluntarios. Los caballeros entran en él como oficiales, y los soldados se toman entre los rotos, la plebe de aquí. Entonces ahora hay que reclutarlos, y el modo de hacerlo es de lo más original [...] En Lautaro han principiado por tomar a todos los hombres válidos en las calles, sin ocuparse de saber si estaban cargados de familia, si eran propietarios de una casita, y si sólo una pequeña cosecha les permitía vivir. Naturalmente, nadie se atrevía a salir; el que se mostraba en la calle era tomado inmediatamente. Como el procedimiento ya no rendía nada, los reclutadores comenzaron a entrar en las casas para reclutar a los hombres que pudieran encontrar. Los que escaparon huyeron a los bosques, de manera que en Lautaro, fuera de los notables, los extranjeros, mis mozos y los soldados, no se veía ni un representante del sexo fuerte [...] Mientras la ciudad se limpiaba así, las comisiones recorrían los campos aprendiendo a todo hombre que trabajara en las tierras. Naturalmente que las faenas o campamentos de obreros del ferrocarril no fueron perdonados. En el momento menos pensado, los soldados hacían irrupción llevándose a todos cuantos podían alcanzar [...] los obreros han discurrido tener siempre un centinela sobre una roca que domina el camino. En cuanto aparece una banda sospechosa, a la voz de alarma del centinela corren al bosque donde tienen un escondite preparado.»<sup>252</sup>**

Así reclutadas las fuerzas, no es extraño que en medio de las batallas, y al notar que las tropas balmacedistas se encontraban en desventaja numérica y tecnológica, los soldados se rindieran<sup>253</sup>. Esta diferencia entre las huestes de ambos bandos se puede apreciar de

<sup>251</sup> ENCINA, FRANCISCO. *La presidencia de Balmaceda, Tomo II. Editorial Nacimiento, Santiago, 1952. Pp. 193 – 194*

<sup>252</sup> VERNIORY, GUSTAVE. *Diez años en la Araucanía 1889 – 1899. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile. Pp. 167, 168 y 169*

<sup>253</sup> En un telegrama enviado por el Coronel Vargas a Balmaceda sobre el desastre de Placilla, se puede leer lo siguiente: «Me comunican que la derrota es completa; que los nuestros peleaban sin valor ni entusiasmo; que en lo más reñido del combate botaban

forma sumamente nítida en el siguiente contrapunto entre un soldado congresista y otro presidencialista:

**Minero Yo soy rotito Que vengo en la oposición, A peler aquí a Concón Como soldado guerrero. Dictatorial Yo, señor, soy de Colina, De allá á mi me trajeron, Como soldado me dieron Munición y carabina. Minero Ha de saber que he peleado Como un valiente artillero, Y también como lancero Y como un rico soldado Dictatorial Ha de saber usted, señor, Que yo no he sido soldado, Y si me halla aquí parado, Es culpa del Dictador.**<sup>254</sup>

Sin duda el punto más oscuro de la administración Balmaceda fueron las torturas ejecutadas contra los opositores. Y la gran mayoría de éstas no fueron hechas a los oligarcas que se habían confabulado contra el gobierno establecido (casi la totalidad había escapado hacia el norte), sino que contra sus sirvientes y empleados domésticos, con tal de que dieran cuenta del paradero de sus patrones. Autores como Alejandro Venegas o Julio Cesar Jobet no se pudieron explicar la razón que llevó al pueblo a no secundar a Balmaceda si se presentaba como abierto enemigo de la elite. Al parecer, en vez de agasajar a los grupos populares persiguiendo a sus naturales abusadores, el Gobierno se transformó en el ente explotador, que estaba dispuesto a todo por lograr la eliminación de la elite, incluso maltratar y flagelar a personas humildes. Balmaceda no fue visto como un libertador, sino como un déspota arbitrario y sanguinario.<sup>255</sup>

Una vez derrotadas las fuerzas presidencialistas y con la ascensión al poder de Jorge Montt se inició una acusación constitucional en la Cámara de Diputados contra el último Ministerio del Presidente José Manuel Balmaceda. «La acusación contra los ministros tenía el propósito de dejar establecidos los hechos y las circunstancias de atropello de la Constitución y la leyes de la República, realizadas por las autoridades del gobierno de Balmaceda. Según los acusadores, mediante la revisión de dichos atropellos y el establecimiento de la *verdad*, parecía posible impedir la impunidad jurídica y social en la que podrían quedar los actos de dichas autoridades antes y durante la guerra civil.»<sup>256</sup> Para reconstruir “la verdad” se procedió a escuchar a los mismos afectados, dando a conocer los abusos efectuados por los funcionarios gobiernistas. En el caso específico de las torturas, sorprende notar que la mayor parte fue realizada contra personas modestas, tal como es ratificado por el militar Juan Riquelme, declarante en dicha comisión: «La mayor parte de los flajelados, o mas bien dicho, la casi totalidad de ellos eran artesanos o individuos de posición mui modesta, a quienes por orden del Comandante se apresaba i se castigaba, como sospechosos de hacer oposición, i a éstos se les aplicaba azotes delante de todos [...] Advierte el declarante que en muchos casos a los flajelados, miéntras los estaban azotando, les preguntaban si querían servir en el Ejército como soldados, i si aceptaban, la

sus armas y se pasaban a engrosar las filas del enemigo» BAÑADOS ESPINOZA, JULIO. *Balmaceda, su gobierno y la revolución de 1891*. Tomo II. Pág. 587

<sup>254</sup> Colección Amunátegui 666

<sup>255</sup> Es necesario aclarar que las torturas fueron una práctica que sólo comenzó con la declaración de la Guerra Civil. Anteriormente se dijo que la imagen de un Balmaceda sanguinario y tiránico era una construcción de la elite, exportada a los medios de comunicación extranjeros. Y esta imagen era efectivamente ficticia hasta antes del 7 de enero de 1891.

<sup>256</sup> LOVEMAN, BRIAN & LIRA, ELIZABETH. *Acusación Constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda 1891 – 1893*. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2003. Pág. 7

ejecución se suspendía. Algunos aceptaban servir en el Ejército antes de que comenzasen a flajelarlos.»<sup>257</sup>

Las torturas se debían principalmente al encubrimiento por parte de los empleados de la ubicación de sus patrones:

**« [...] siendo él empleado en la casa de la señora Juana Ross de Edwards, en Valparaíso, lo tomaron preso a las cuatro de la mañana i lo condujeron al Cuartel de Policía; que allí lo interrogó el fiscal Pio del Fierro acerca del lugar donde se encontraba el señor don Agustín Edwards, i como el testigo le dijera que no lo sabía e insistiera en esa mismas respuesta cada vez que era preguntado sobre este mismo asunto, le dieron cincuenta palos de una sola vez; que de resultas de esta flajelacion quedó muy enfermo.»<sup>258</sup> « [...] Espuso, con este motivo, que el primero de marzo del noventa i uno fué aprehendido en Chuchunco i llevado al Cuartel de Policía de San Pablo; que llegado aquí lo interrogaron sobre el paradero de su patrón don Eduardo Mac – Clure; i como dijera que no sabía dónde estaba, lo llevaron a una pieza oscura i allí lo azotaron; que después de nueve días de prisión lo pusieron en libertad, habiéndolo azotado durante ese periodo cuatro veces.»<sup>259</sup> « [...] Cuando el teniente Gibsson allanó la casa de don Pedro Benavente, el declarante, aunque cuidador de ella, se hallaba accidentalmente en el edificio viejo del fundo, i ahí lo encontraron los soldados, lo amarraron i lo llevaron a la casa principal; le exigieron las llaves, las que entregó, i por último, bajo la amenaza de azotarlo, le ordenaron que dijese en qué parte se encontraba su patrón. Nada supo decir a este respecto porque ignoraba el paradero del señor Benavente, i entónces Gibsson lo hizo tender en el corredor i flagelar a su presencia. A cada tres o cuatro golpes se suspendía la ejecución para reiterar las mismas preguntas, i como era imposible satisfacerlas, la aplicación del tormento continuaba. No pudo el declarante indicar el número de golpes que recibió, porque el dolor que sufría y el sentimiento moral de ultraje lo privaron del conocimiento. Poco después se sometió a igual procedimiento al sirviente de la casa Leopoldo Fuentes, que es todavía un niño, también con el objeto de arrancarle por tormento la noticia del lugar en donde se encontraba oculto el señor Benavente; pero como el muchacho estaba a este respecto tan ignorante como el que declara, aquella crueldad no produjo el resultado que esperaba Gibsson.»<sup>260</sup> « [...] fué alcanzado por una partida de policía, la que le preguntó si había visto a unos caballeros que andaban buscando; i, como les contestara que no los había visto, lo llevaron al cuartel de policía que existía en una posada de don Agustín Rosas, le amarraron de piés i manos, le**

---

<sup>257</sup> “Declaración de Juan Riquelme” Acusación a los ex – ministros del despacho: señores Don Claudio Vicuña, Don Domingo Godoy, Don Ismael Perez Montt, Don José M. Valdes Carrera, Don José Francisco Gana y Don Guillermo Mackenna. Pruebas rendidas durante el juicio ante el Senado. Imprenta Nacional, calle de la Moneda 112, Santiago de Chile, 1893. Pág. 97

<sup>258</sup> “Declaración de José María Muñoz” Acusación a los ex – ministros del despacho: señores Don Claudio Vicuña, Don Domingo Godoy... Op cit., Pág. 89

<sup>259</sup> “Declaración de Juan Urrutía” Op cit., Pág. 90

<sup>260</sup> “Declaración de Alfredo Pozo” Op cit., Pág. 95

**retorcieron los brazos, introduciéndole un palo entre ellos i lo colgaron del techo. Estando en esa situacion, entró un capitán i le dió como cuarenta palos. Despues lo flajelaron nuevamente; i, solo por empeños de don Vicente Covarrúbias, lo pusieron en libertad después de haber sufrido tres días de prisión en las condiciones indicadas. Agregó que por la causa indicada i por algunos golpes que le dieron en la cabeza, quedó inhabilitado por tres meses para el trabajo.»<sup>261</sup>**

Otro tanto de torturas eran realizadas hacia los nuevos reclutas, quienes se mostraban poco aptos para las labores militares y se pretendía su corrección a través del tormento físico:

**« [...] el once de enero fué tomado el declarante en la hacienda denominada “Rios de Curanilahue”, juntamente con otros empleados i vivientes de dicha hacienda, i traído con ello por fuerza a Concepcion para enrolarlos en el ejército dictatorial. Una vez aquí, el día doce se presentó el Intendente don Salvador Sanfuentes al cuartel, i habiéndole suplicado algunos que los dispensase del servicio, ordenó inmediatamente que les dieran cincuenta palos a cada uno i los remitiesen a Santiago.»<sup>262</sup> « [...] después de haber enrolado por la fuerza a veinticinco treinta hombres de los traídos en Curanilahue, se procedió a la flajelacion de los restantes, sin mas antecedente, a juicio del declarante, que no querer servir en el Ejército o porque eran inútiles físicamente para el servicio. Entre ellos había dos ancianos de mas de sesenta años i un niño de doce, i los tres fueron también flajelados [...] El declarante pudo oír los gritos que daban las víctimas, i, como volvían a su propio calabozo, pudo en cada caso cerciorarse del estado en que quedaban, esto es, ensangrentados por el látigo del verdugo. Concluida la operación del estas flagelaciones, se les puso en libertad.»<sup>263</sup>**

Estas arbitrariedades por parte de los subordinados de Balmaceda le hicieron merecedor de un profundo aborrecimiento popular. Es natural que las atrocidades realizadas por las autoridades fuesen en última instancia imputadas al Presidente, había sido él quien los designó para tales puestos. Además, como ya se mencionó, Balmaceda siempre se había mostrado como el ejecutante directo de las distintas obras acometidas, todas las acciones del Estado eran en última instancia obras suyas ¿Por qué habría de ser diferente en el caso de las torturas? Aunque los mismos oficiales a cargo de las flagelaciones aseguraron que éstas no eran una política de Balmaceda, de hecho él las había censurado, tal como lo establece Tristán Stephan, unos de los principales torturadores, ante la Comisión Investigadora: « [...] tenía la mas íntima convicción de que si se había flajelado a alguien habría sido sin orden, ni la autorización o conocimiento del Presidente de la República i de los Ministros, i hecho solo por los empleados subalternos; que el mismo declarante recibió las mas terminantes instrucciones del Presidente de la República, del Jeneral Gana i del Director Jeneral del Ejército don Julio Bañados Espinosa, de tratar con las mayores consideraciones a las personas que hubiera necesidad de tomar.»<sup>264</sup> Con Balmaceda ya muerto, Stephan no tenía nada que proteger, por lo cual un supuesto encubrimiento no tendría sentido alguno. Lo más probable es que el mandatario efectivamente aborreciera

<sup>261</sup> “Declaración de Benjamín Gaete” Op cit., Pág. 83

<sup>262</sup> “Declaración de Lorenzo Neira” Op cit., Pág. 92

<sup>263</sup> “Declaración de José Díaz” Op cit., Pág. 95

<sup>264</sup> “Declaración de don Tristán Stephan” Op cit., Pág. 89

dichas prácticas.<sup>265</sup> Sin embargo, poseía un total conocimiento de ellas, él mismo lo afirma en su “testamento político”, último escrito antes de suicidarse:

**«Todos sabemos que hay momentos inevitables y azarosos en la guerra, en que se producen arrebatos singulares que la precipitan a extremidades que sus directores no aceptan o reprueban [...] Aunque nosotros no aceptamos jamás la aplicación de los azotes, se insiste en imputarnos los errores o las irregularidades de los subalternos, como si en el territorio que dominó la revolución no se hubieran producido desgraciadamente los mismos hechos.»**

A lo largo de toda su administración, Balmaceda trabajó afanosamente en mostrarse como un mandatario dinámico, al mando de un Estado que fuese verdadero garante del bienestar de toda la población. Sin embargo sus ideales no se encontraban acorde con los intereses de la elite, ni las necesidades inmediatas del pueblo. Esto explica el casi nulo apoyo con el cual contó la causa presidencialista; si hubo guerra civil fue debido a que el Ejército se mantuvo fiel a su principio de obediencia al poder establecido<sup>266</sup>. Por otro lado, la gran mayoría de la población conocía al Presidente de la República por vez primera en el cuerpo de José Manuel Balmaceda, él era el Estado. Al ser conocido, visto, escuchado y tocado, el presidente se volvió un hombre; un hombre admirado (como lo fue al principio de su mandato) pero también susceptible a ataques. Dejó el aura divina, sacra e intocable que poseían los presidentes anteriores, enclaustrados en la Moneda, para mostrarse como un ser humano, ya no era incorruptible ni infalible. Sus logros y triunfos serían celebrados por todos, pero sus fracasos y errores reprendidos severamente. Y si sus faltas eran monumentales, expulsarlo del poder o hasta eliminarlo se transformaba en un imperativo para todos.

<sup>265</sup> Al respecto, el mencionado anteriormente Fanor Velasco, relata en su diario de vida una conversación con Joaquín Fernández Blanco, quien le dice al respecto: «Esto de los azotes, me agrega, es la página negra de la administración: Montt no aplicó ninguno en ninguna de sus revoluciones; pero en la de Balmaceda, este tormento se ha repetido mucho [...] Me parece, en consecuencia, que el pobre Balmaceda, inocente como es de estas atrocidades, no morirá en su cama. Los azotes no deshonran sino al que se queda con ellos. Balmaceda se irá a Europa; pero entre los ofendidos hai hombres que lo seguirán poco después, i que no tendrán inconveniente para matarlo o cortarle una oreja en París... Esta es la página negra; lo demas, las violaciones de la Constitución, son simples pecados veniales que justifican la revuelta.» VELASCO, FANOR. *Op cit.*, Pág. 302

<sup>266</sup> Sobre dicha fidelidad, el *Mercurio* afirma: «No contando en su apoyo ni con el pueblo, ni con la clase ilustrada, ni con ningún partido político, no le quedaba otro arbitrio para llevar a efecto sus designios que apoyarse en la fuerza armada en el ejército. Por desgracia en su mayor parte la oficialidad de nuestro ejército se componía de individuos que necesitaban de su empleo reconociéndose incapaces para obtener de otra manera una renta igual a la que percibían como militares. Y así, ante el temor de perder el empleo no vacilaron en ponerse al servicio del tirano. Entre el sueldo y el honor, optaron por el sueldo. Esta triste mezquindad fué lo que Balmaceda a grandes voces llamó la “lealtad del ejército.” La llamó así pretendiendo engañar al país; pero no porque se engañara él mismo. La prueba palpable es que una de sus primeras providencias fué doblar el sueldo de los oficiales, lo cual traducido a su lenguaje equivalía doblar la lealtad. ¡Con tales oficiales y tales soldados se imaginó el usurpador en su demencia que podría doblegar al país! Sus espías, combatiendo en las tinieblas le dieron a saborear el placer de la venganza aprehendiendo, encarcelando, azotando y asesinando a muchos de sus enemigos; pero sus soldados no le hicieron paladear ningún dulce sabor, ningún triunfo, ninguna victoria. Vencidos en Pisagua, Pozo Almonte e Iquique; espantados y fujitivos en Antofagasta y Copiapó; derrotados en Concon y en Placilla: en ninguna parte le proporcionaron nada de bueno que gustar. Pero ellos, los “leales” si que gustaron, paladearon y se saborearon mientras duró la orjía de la dictadura. Bien pagados, bien comidos, bien bebidos, tuvieron oportunidad de engordar como cerdos cebados destinados al Matadero.» *El Mercurio* 2 de septiembre de 1891

# CAPÍTULO III. La reconstrucción de la imagen presidencial: el Mártir de la Democracia

Gran parte de la sociedad consideraba que todos los males que quejaban al país eran obra exclusiva de José Manuel Balmaceda, males que se habían acrecentado de forma inimaginable a lo largo de la Dictadura. Por lo tanto, la noticia de la total aniquilación de las fuerzas leales al presidente fue recibida con inusitado júbilo: «La patria chilena entona el himno sacrosanto de la victoria y todos los corazones dan rienda suelta al entusiasmo, al delirio que produce tan grande y tan fausto acontecimiento. Se siente el despertar gigantesco de un pueblo a la vida, después de la horrible pesadilla de una dictadura infame que ha agobiado los espíritus durante los largos ocho meses que acaban de transcurrir en el fango, en la sangre, en la ignominia mas vergonzosa, provocada y sostenida por el atentado mas criminal y demente que registra la república desde su nacimiento a la vida libre e independiente.»<sup>267</sup>

Cuando el Presidente Balmaceda fue informado de la derrota de sus tropas en la batalla de Placilla, decidió renunciar al mando supremo, entregar la jefatura del Estado al General Baquedano y asilarse en la Embajada de Argentina. Esto en el transcurso de la noche del 28 de agosto. En la mañana de día siguiente, cuando ya era por todos conocida la derrota del “Champudo”, la población se arrimó a las calles para vengar los abusos acometidos en el transcurso de los ocho meses de dictadura. La ira popular eclosionó como si hubiese estado contenida por eones, con la fuerza de un geiser. Se arrasó con todo lo que tuviese relación con el dictador, sin miramientos de alguna especie, sin remordimientos y sin perdón. Eliminar al tirano y sus viles secuaces<sup>268</sup> se transformó en un deber sacro:

**«Un momento después, la plazuela estaba totalmente invadida; afluían de todas partes a ella, convirtiéndose cada calle en inmenso río cuyas olas, en que empezaba a aparecer el poncho i en que ondeaba la chupalla, se iban a estrellar en los viejos bastiones de la Moneda. El grito mas soez de la canalla que empezaba a irrumpir del arrabal al centro, levantando trapos rojos, i que**

<sup>267</sup> *El Ferrocarril*. 30 de agosto de 1891

<sup>268</sup> «Balmaceda, el loco y perverso Balmaceda, es el primero de los culpables, pero no es el único culpable. Hubo espíritus del mal que lo tentaron al crimen, hubo esbirros que fueron sus agentes y cooperadores, y hubo almas envilecidas que por el lucro inmediato, por la sed del robo y por la carencia de sentimientos nobles y jenerosos, se hicieron los aplaudidores de tanta maldad y tanta infamia. Escitando la vanidad de ese malvado insensato, explotando todas sus bajas pasiones, lo lanzaron como fiera rabiosa en el camino de esta criminal empresa otros malvados que se llaman: Enrique S. Sanfuentes, Adolfo Ibañez, Domingo Godoi, Juan E. Mackenna. José Miguel Valdes Carrera, José Velásquez, Orozimbo Barbosa [...] La dictadura necesitaba de corchetes y esbirros, azotadores y verdugos de todas jerarquías y encontró en: Ramon Carvalho Orrego, Manuel Jesus Jarpa, Tristan Stephan, Ramon Valdes Calderon [...] Necesitó también aplaudidores; y atraídos éstos por el cebo de la ganancia, de los sueldos y prebendas, de los negocios y peculados, acudieron por centenares y formaron una falange compacta por la unidad y ruindad de las aspiraciones, insolentes y desvergonzadas que el país no podrá recordar sin execración. En ella figuraban: Julio Bañados Espinoza, Acario Cotapos, Anselmo Blanlot Holley, Ismael Perez Montt» *El Mercurio* 2 de septiembre de 1891

**roja divisa ponía a su harapos, confundía ya el nombre del caído i del vencedor, insultando al vencido i aclamando al victorioso. Despues de las siete de la mañana las fisonomías, conjestionadas ya, bañadas de sudor, gesticulaban, pidiendo a gritos la cabeza de “los dictatoriales” [...] Una turba gritó: ¡a la casa de Balmaceda! – Hai que ir por órden – dijo otro.– Primero a la imprenta de La Nacion. I la turba destrozó en un cuarto de hora la imprenta i el hogar del señor Oyarzun, su propietario [...] El primer impulso estaba dado: la chusma deseaba saqueo i sangre i lanza este grito, traducido por los balmacedistas en un ¡sálvese quien pueda!: “¡Acabar con los dictatoriales! ¡Muera Balmaceda! ¡Viva Montt! ¡Muera Vicuña! I como ningún balmacedista estaba en esos instantes para hacerse el incrédulo i dudar de que esos gritos se harian mui luego efectivos, empezaron al instante a colocar escaleras, a fin de poder subir, inmediatamente a los tejados. I así se esplica la tráji-cómica circunstancia de que muchos pudieran disfrutar del espectáculo del saqueo de sus casas desde sus propios tejados.»<sup>269</sup>**

En el transcurso del día fueron totalmente saqueadas y destruidas más de un centenar de residencias pertenecientes a funcionarios y amigos de Balmaceda: luego de arrasar con las imprentas gobiernistas y del Club Liberal se procedió a deruir los hogares de Adolfo Eastman, Eulogio Allendes, Juan E. Mackenna, Adolfo Ibáñez, Domingo Godoy, Julio Bañados Espinoza, entre muchos otros. Ni siquiera la anciana madre del depuesto mandatario, Encarnación Fernández de Balmaceda, se excusó de los abusos: «apenas alcanzó a huir semidesnuda, a sus años y con sus achaques, para buscar asilo en la Legación del Brasil.»<sup>270</sup> El senador por Chiloé Francisco Solano Astaburuaga salvó de ser linchado gracias a la intervención de su hija quien salió envuelta con la bandera nacional. «Al estruendo los esposos saltan de sus lechos i los niños son sacados de sus cunas. No hai tiempo para vestirse i se corre desnudo en demanda de una espuerta o de un albañal por donde escapar. ¡Los lechos están tibios aun e impresa en las almohadas la blanda huella del reposo i del descanso! Un pelotón enfurecido sale del palacio del señor Vicuña, golpeando una enorme lámpara morisca [...] Los dioses i diosas de mármol, son descendidos a empellones. Las estátuas de bronce se resisten. Entonces se las golpea con piedra.»<sup>271</sup> El piso de madera de la mansión de José Manuel Balmaceda fue totalmente destruido a hachazos, era un arrasamiento completamente irracional; el objetivo no era el simple robo, sino que la destrucción total<sup>272</sup>. Existía un verdadero odio detrás. No bastaba con que el Presidente renunciase, debía ser borrado de la faz de la Tierra para siempre, exterminadas todas sus pertenencias, sus amigos y su vida. Sólo así se restablecería el

<sup>269</sup> RODRIGUEZ MENDOZA, EMILIO. *Últimos días de la administración Balmaceda. Imprenta i librería del centro Editorial la Prensa, Santiago de Chile, 1899. Pp. 105, 106, 107 y 109*

<sup>270</sup> Citado en NÚÑEZ, JORGE. *1891 Crónica de la Guerra Civil*. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2003. Pág. 98

<sup>271</sup> RODRIGUEZ MENDOZA, EMILIO. *Op cit.*, Pág. 113

<sup>272</sup> «Las sillas finas, los sofás, los muebles de toda clase y naturaleza, volaban por el aire desarticulados en mil pedazos. Otro tanto ocurría con el piano, con los coches y arneses. Todo, todo se destruía con ferocidad, se lanzaban por montones los escombros destruidos al patio de la casa o al medio de la calle, para hacer disfrutar a los transeúntes de las delicias de aquel derrumbe. Se seguía después con las puertas y ventanas de riquísima y fina madera, talladas con primoroso lujo. Se las arrancaba de las paredes hasta con los marcos en que se sujetaban. Se desgarraban y destruían con palos u otros instrumentos las paredes, los cuadros y tapices, los pavimentos, los cielos, etc., etc. Nunca el demonio de la destrucción procedió con mayor furor y energía. Se destruía por destruir y sin ánimo ostensible de robar.» ALESSANDRI PALMA, ARTURO. *Revolución de 1891. Mi actuación*. Editorial Nacimiento, Santiago de Chile, 1950. Pp. 151 - 152

orden cósmico degenerado por la pérfida mano del presidente, tal como se puede percibir en la siguiente composición popular:

**Señores, el presidente Ayer se encontró en la buena: El pueblo lloró con pena Las lágrimas a torrente. Al fin, pretendió el indino Esclavizar todo el pueblo, Estableciendo un arreglo Que solo a él le convino. Dejando por su camino Los corazones heridos La comparsa de bandidos Por todas partes, de fijo La madre llora a su hijo Las esposas sus maridos. Al perverso mandatario Yo no quisiera nombrarlo Hasta que vea llevarlo A un banco patibulario. Pagará allí el temerario La muerte de tanta jente, I por más que se lamente De su desgraciada suerte Ha de pagar con la muerte, Señores, el presidente.**<sup>273</sup>

La poetisa popular Rosa Araneda se expresa en términos aún más violentos, exigiendo el desmembramiento y posterior exhibición del primer mandatario:

**A este presidente loco Bueno es que haga la justicia Aventarle la ceniza, Y esto todavía es poco. Estaba mui cocoroco Con cuarenta mil guerreros Soberanos i altaneros; Pero la hueste marcial Del partido clerical Traia hombres de acero. Cortar presa por presa Es bueno i como buen pago Por las calles de Santiago Le paseen la cabeza. Cuando él con tanta vileza Se quiso hacer invasor, Canalla, cruel, malhechor, Cumpliendo con su deber, El polvo le hizo morder El Partido Opositor.**<sup>274</sup>

Las turbas iracundas asedian la embajada de Estados Unidos<sup>275</sup> en busca del *chivo expiatorio*, amenazando con entrar y buscarlo ellos mismos. Ante el inminente peligro, el embajador norteamericano, Mr. Egan, salió y en un español no muy claro dijo: «Balmaceda no estar aquí. Si estuviera, no lo entregaría. Para entrar, tendrán que pasar sobre mi i ese día, crea, mira, ese día ya no haber mas Chile. Se acaba Chile.»<sup>276</sup> Ante tal elocuente amenaza – muy al estilo estadounidense por cierto – las masas debieron simplemente desistir.

Si bien es cierto que esta destrucción no fue espontánea, sino que conducida por “caballeros” que portaban listas con los nombres y las direcciones de los balmacedistas<sup>277</sup> (de otra forma, difícilmente las turbas hubiesen identificado que residencias correspondían a ministros, parlamentarios y amigos del Presidente y cuáles no), también es cierto que el carácter de la destrucción devela que las masas no actuaron como simples instrumentos del malestar de la elite; de haber sido así se habría limitado a robar, aprovechándose de las

<sup>273</sup> “La prosperidad del dictador y la salida de la Moneda a la Quinta” Colección Amunátegui 270

<sup>274</sup> “La sentencia del presidente y tres más de sus compañeros” Colección Amunátegui 283

<sup>275</sup> La gran mayoría de las naciones extranjeras se mostraron hostiles a la causa presidencialista. A excepción de Estados Unidos, quien veían una gran oportunidad para menoscabar la influencia británica en el país, posicionándose como el principal socio comercial de Chile. Por esto es natural que se pensase que el presidente se escondía en la embajada norteamericana, pero como ya se dijo, éste se encontraba en la morada del diplomático trasandino. No obstante, la esposa y los hijos de Balmaceda efectivamente se refugiaban en la residencia del embajador estadounidense.

<sup>276</sup> RODRIGUEZ MENDOZA, EMILIO. *Op cit.*, Pág. 117

<sup>277</sup> «Tristísima impresión produjo en nuestro ánimo, el hecho de que el populacho no obrase por sí, ejerciendo un acto de venganza propia, sino que fuese dirigido y arrastrado al crimen por individuos que llevaban listas de las personas y de las propiedades que debían ser maltratadas o saqueadas. Allí donde la multitud no veía la bandera nacional o la cinta roja, símbolo de la defensa constitucional, desplegada sus instintos de rapacidad, a despecho de la gente sensata y a pesar de la presencia de los hombres que resguardaban el orden.» Citado en NÚÑEZ, JORGE. *Op cit.*, Pág. 98

circunstancias. No, detrás de los hechos del 29 de agosto no había un afán racional, sino que ira desatada, y un incontrarrestable deseo de desagravio. La rabia contra Balmaceda explotó finalmente ese día, dando rienda suelta a las pulsiones más destructivas de la población, encauzadas hacia quien parecía ser el instigador de todos los males. *Thanatos* vuelto dios y patrono de una comunidad enloquecida por el cólera y la sed de venganza.

***El veintinueve en la tarde Fué el saqueo general Que se le hizo al gobiernista  
Por toda la capital. La acción ha sido mui buena Porque harto se entretuvieron  
Y los que prendas perdieron Casi se han muerto de pena. Yo con mi pluma  
serena Mas tarde daré la lista Como bella y memorista Voi diciendo a la lijera  
Mal de toditas manera Se le hizo al gobiernista. Con mi moralidad A decir  
verdad me obligo Solamente al enemigo Se ha saqueado en la ciudad. Tuvo el  
pueblo libertad Ese gran día inmortal Se sublevó en general Sin hallar ningún  
atajo Calle arriba, calle abajo Por toda la capital.***<sup>278</sup>



“La venganza de la Democracia”. Grabado popular Colección Amunátegui

<sup>278</sup> “El saqueo de las casas gobiernistas” Colección Amunátegui 283

Una vez que la población halló satisfacción a sus instintos de justicia y restablecimiento del orden previo a la llegada del “perverso” Balmaceda, las autoridades inician la persecución judicial de todos los artífices de la Dictadura. El objeto era poner fin definitivo a los odios intestinos y las represalias viscerales por medio de la armonía que sólo la “ecuánime” justicia puede otorgar (pretensión de todo Derecho, lograr la “paz”, la “reconciliación” y el “olvido” por fuerza de decreto):

**«Considerando que la vindicta pública exige que se proceda inmediatamente a hacer efectiva la responsabilidad de todas las personas que han tenido participación en los actos ejecutados por la dictadura de Balmaceda desde el 1° de enero del presente año, no solo para resarcir los prejuicios causados al Estado, sino también obtener el castigo de los delincuentes. Considerando que entre esas personas se encuentran el ex – Presidente de la República Don José Manuel Balmaceda, los Ministros y Consejeros de Estado, los que formaron parte de las corporaciones que se titularon Congreso Nacional y Municipalidades, los Intendentes de Provincia y Gobernadores de Departamentos, los empleados fiscales, los funcionarios judiciales que desempeñaron sus cargos en virtud de nombramientos de la Dictadura y demás empleados o particulares, entre los cuales haya mérito para proceder en ejercicio de la acción pública»<sup>279</sup>**

El Ministerio de Guerra emitió un decreto similar en el cual establecía que «Únicamente se reconocerán como individuos de la Armada y del Ejército de Chile, a los que hayan servido bajo las ordenes de la Junta de Gobierno y a los que en adelante sean dados de alta por no haber tenido responsabilidad en los actos de la Dictadura.»<sup>280</sup> Fueron llamados a retiro la totalidad de los oficiales que apoyaron la causa presidencialista y otros como el General José Velásquez – Ministro de Guerra de Balmaceda – fueron sentenciados a la pena de muerte. Los empleados públicos tampoco escaparon a esta persecución: Alrededor de 5.000 funcionarios, entre rectores, profesores y funcionarios varios fueron perseguidos y exonerados sin derecho a apelación alguna. El dirigente comunista Elías Laferte, en sus memorias relata el trato que sufrieron sus padres por su condición de adherentes a Balmaceda:

**«Mis padres eran balmacedistas. No tengo muchos antecedentes de sus actividades en este sentido, pero cuando terminó la guerra civil tanto mi madre como mi padre tuvieron que sufrir las consecuencias de haber apoyado al primer Presidente antiimperialista de Chile. Mi madre, como muchísimos otros profesores y funcionarios, fue barrida de su humilde cargo de la escuela. Mi padre tuvo que esconderse para escapar a la persecución, pero al cabo de un tiempo no puedo soportar la vida solitaria y llena de sobresaltos de la ilegalidad y reapareció en Salamanca. De inmediato lo tomaron preso y lo llevaron cargado de grillos a Illapel. Mi madre se fue a caballo hasta ese pueblo a tratar de conseguir la libertad de su marido, pero todo lo que obtuvo fue que le quitaran los grillos.»<sup>281</sup>**

Balmaceda, refugiado en la legación Argentina pudo observar personalmente los saqueos a los hogares de sus partidarios; puedo ver cómo eran hostigados y perseguidos por

<sup>279</sup> Citado en NÚÑEZ, JORGE. *Op cit.*, Pp. 105 – 106

<sup>280</sup> *Ibid.*

<sup>281</sup> LAFERTE, ELÍAS. *Vida de un comunista: páginas autobiográficas. Austral, Santiago de Chile, 1957.*

el sólo hecho de haberle sido fiel. Ante tan borrascoso panorama, comienza a meditar sobre su proceder futuro: «Viendo la terrible persecución de que éramos objeto incesante, formé la resolución de presentarme y someterme a la disposición de la Junta de Gobierno, esperando ser juzgado con arreglo a la Constitución y a las leyes, y defender, aunque fuera del fondo de una prisión, a mis correligionarios y amigos. Así lo anuncié al Señor Uriburu<sup>282</sup>, a quien expresé la forma de la presentación escrita que haría. Pero se han venido sucediendo nuevos hechos, hasta entregarse mis actos con abierta infracción constitucional, al juicio ordinario de los jueces de la Revolución. He debido detenerme. Estoy fatalmente entregado a la arbitrariedad o la benevolencia de mis enemigos, ya que no impera la Constitución y las leyes. Pero Uds. Saben que soy incapaz de implorar favor, ni siquiera benevolencia de hombres a quienes desestimo por sus ambiciones y falta de civismo.»<sup>283</sup>

El ya mencionado investigador René Girard en su obra *La violencia y lo sagrado*, establece que el sacrificio ritual posee un rol fundamental en la sociedad; «el sacrificio tiene la función de apaciguar las violencias intestinas, e impedir que estallen los conflictos.»<sup>284</sup> Las violencias domésticas decantan en nuevas venganzas y represalias, en una infinita espiral de violencia que puede llevar al colapso de la frágil sociedad. Es aquí donde el sacrificio ritual actúa polarizando las tendencias agresivas sobre las víctimas – sean reales o no – animadas o inanimadas, pero siempre susceptibles de no ser vengadas, «ofrece al apetito de violencia, al que la voluntad ascética no basta para consumirse, una solución parcial y temporal, ciertamente, pero indefinidamente renovable, y sobre cuya eficacia son demasiado numerosos los testimonios positivos como para que pueda ser ignorada. **El sacrificio impide que se desarrollen los gérmenes de violencia. Ayuda a los hombres a mantener alejada la venganza.**»<sup>285</sup> José Manuel Balmaceda, así como a lo largo del mandato convirtió su cuerpo en el Estado, en el símbolo del Gobierno, creyó ver en las persecuciones una venganza exclusiva a su persona, era miedo a su figura, rencor a su accionar. Y consideró que la única forma de proteger a sus amigos y colaboradores era inmolándose. Su muerte traería la paz y el fin de las venganzas y persecuciones, era él el responsable de todo. Tal pensamiento es explicitado en la carta que escribió a su amigo Julio Bañados Espinoza:

**«Estoi convencido que la persecución universal es en odio o en temor a mí. Producido el desquiciamiento general, i sin poder servir a mis amigos i correligionarios juzgo que mi sacrificio es el único que atenuará la persecución i los males, i lo único que dejará también aptos a los amigos para volver en época próxima a la vida del trabajo i de la actividad política [...] Con mi sacrificio, los amigos encontrarán en poco tiempo el camino de reparar los quebrantos sufridos. Siempre se necesita en las grandes crisis o dramas un protagonista o una gran víctima. Esta es la lei de las horas borrasca.»**<sup>286</sup>

O en la carta a sus hermanos:

<sup>282</sup> José Evaristo Uriburu era embajador de Argentina. Posteriormente asumirá la presidencia de la República de Argentina.

<sup>283</sup> Carta de José Manuel Balmaceda a los Sres. Claudio Vicuña y Julio Bañados Espinoza. 18 de septiembre de 1891.

<sup>284</sup> GIRARD, RENÉ. *La violencia y lo sagrado*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1983. Pág. 22

<sup>285</sup> *Ibid.* Pág. 25 El subrayado es mío.

<sup>286</sup> *Carta de José Manuel Balmaceda a Julio Bañados Espinoza, 18 de septiembre de 1891. El subrayado es mío*

**«Tengo, por fin, formado el convencimiento de que la implacable persecución emprendida contra todos los que me sirvieron i acompañaron, es en odio a mí i contra mí. No pudiendo prestar a mis amigos i correligionarios ningún servicio en este desquiciamiento general, solo puedo ofrecerles el sacrificio de mi persona, que será lo único que atenúe las desgracias de los que sufren por mí, i que evite a mi familia que su nombre sea arrastrado, sin defensa ni amparo, por la viacrucis que preparan mis furiosos enemigos [...] Estoy cierto de que con él los míos i ustedes tendrán situación mas exenta de ultrajes i de sufrimientos, i que los amigos se encontrarán menos perseguidos i humillados. Despues vendrá la justicia histórica.»<sup>287</sup>**

Balmaceda asume en su persona el rol de catalizador de todas las iras y venganzas de la sociedad. El día 18 de septiembre, justo el día en que finalizaba su periodo constitucional redacta una serie de cartas destinadas a explicar su accionar. Estuvo toda la noche ordenando la habitación de forma prolija, y se vistió de riguroso negro. Al despuntar el hermoso sol de primavera, Balmaceda procedió a recostarse sobre la cama, poner una almohada sobre su sien izquierda y dispararse sobre la derecha. Murió de forma instantánea. Su cuerpo fue rápidamente sacado de la embajada y enterrado de la forma más secreta posible. «El entierro del grande hombre tuvo lugar a las 7 ½ p.m., en forma y condiciones que arrojaron sombras sobre todos y cada uno de los que pudieron evitarlo. Fue llevado al cementerio en un coche público. El cuerpo del eminente estadista fue zangoloteando con el carruaje. Un piquete de soldados de caballería iba tras él por precaución de un desorden imposible, como que el pueblo de Chile es valiente y generoso para cebarse a sangre fría un cadáver. Los enemigos del gran hombre creyeron que, llevando la venganza hasta con sus restos mortales, conseguirían aplastar su memoria.»<sup>288</sup>

Conocida la noticia del suicidio, gran parte de la población lo consideró una confesión por parte de mandatario de su culpabilidad sobre todos los males que se le imputaban. Su conciencia no lo habría dejado en paz, por lo que decidió poner fin a su miseria:

**«El suicidio del dictador encierra una confesión de culpabilidad que vale por todas las demostraciones testimoniales y documentadas de sus delitos y le dan un valor inmenso las circunstancias en que se ha consumado. Si don José Manuel Balmaceda se hubiera dado la muerte al recibir la noticia de la derrota de su ejército, al sentirse irremediamente perdido y antes de salir prófugo del palacio donde había levantado un trono para la exhibición de su omnipotencia, se habría podido atribuir su suicidio a un arrebató de desesperación. Pero nó; cuando conoció su desastre tomó la fuga, se encerró en un lugar donde le amparaban los privilegios diplomáticos, y allí mismo no pensó todavía en que la muerte pudiera ser el desenlace del drama en que había figurado como actor principal. Fué solamente después de veintun días de meditaciones, durante las cuales pudo interrogar tranquilamente a su conciencia, contemplar su situación y medir la profundidad del abismo en que había caído, cuando se decidió a cancelar la cuenta de sus responsabilidades adoptando la resolución suprema de morir. Se juzgó y se condenó, y ese fallo será la base inconvencible del otro que los tribunales del país, primeramente, y la historia, mas tarde, habrán de**

<sup>287</sup> Carta de José Manuel Balmaceda a sus hermanos José María, Elías, Rafael y Daniel, 18 de septiembre de 1891.

<sup>288</sup> BAÑADOS ESPINOZA, JULIO. *Op cit.*, Pp. 637 – 638

**pronunciar condenando a la dictadura y entregándole a la execración de la mas remota posteridad.»<sup>289</sup>**

Los distintos poetas populares interpretaron el suicidio como un acto de remordimiento y miedo. «Remordimiento por los crímenes cometidos y miedo ante el castigo por ellos. Así la imagen de Balmaceda es la de un ser acosado por el recuerdo de los crímenes que cometió, ofuscado y confundido por ese recuerdo, incapaz de pedir perdón por ellos.»<sup>290</sup>



“El diablo acompaña a Balmaceda al momento de escribir su última carta”. Grabado popular Colección Amunátegui

**LA MUERTE DE BALMACEDA El hombre fué criminal I conoció su condena: Triste confuso i con pena Cumplió su vida fatal Balmaceda le pidió Al gobierno garantía Para asegurar su vida I así se le concedió; Pero el cuadro lo espantó De las terribles escena Que formaban la cadena De delitos cometidos... Se ofuscaron los sentidos I conoció su condena. En la mañana de ayer Sábado, se publicó: “Balmaceda se mató, Por no querer padecer.” El mismo se hizo un deber En confirmar su condena, Ya que la justicia plena Lo habia de castigar... No quiso eñ fallo esperar Triste, confuso i con pena.<sup>291</sup>**

La gran mayoría vió en dicho actuar un acto de cobardía por no afrontar la Justicia: **Pusisteis fin á tus dias Porque te faltó valor, No tuvisteis corazon Porque tu conciencia impia Claro es que te remordia Hasta las mismas entrañas. El suceso de Lo Cañas Se grabaría en tu mente, Por eso te distes muerte Vil miserable canalla<sup>292</sup>**

Y aunque algunos llegan a pedir que sus restos no sean sepultados en en suelo santo (por su patria maldecido / por su crimen inhumano; / no en cementerio cristiano / sepulten sus restos ¡no! / los martires que ultimó / no pueden estar con él<sup>293</sup>) casi todos se muestran

<sup>289</sup> “Juzgado por sí mismo” *El Mercurio* 21 de septiembre de 1891

<sup>290</sup> NAVARRETE ARAYA, MICAELA. *Op cit.*, Pág. 68

<sup>291</sup> *Colección Amunátegui* 680

<sup>292</sup> *Colección Amunátegui* 651

<sup>293</sup> *Colección Amunátegui* 826

benevolentes con él, se conmueven de su tormento y ruegan porque Dios se apiade de su pecadora alma:

***Al fin Dios Omnipotente Con humilde corazón Te pedimos en unión Perdones al delincuente Aquel que fué presidente, Que atrasó nuestra Nación Y puso en tribulación A toda la patria entera Te pedimos mui de veras Lo perdones, gran Señor.***<sup>294</sup>

Un agobiador sentimiento de culpa, la desesperación o el miedo a enfrentar las consecuencias de sus yerros parecían las causas más probables para acabar con su existencia. ¿Qué más que la desesperación podría llevar a persona alguna a autoeliminarse? Por muy mala que sea la propia existencia, al final es lo único seguro que poseemos. El autor existencialista Albert Camus en su obra *El mito de Sísifo* afirma que no existe más que un problema filosófico realmente serio: el suicidio. «Juzgar si la vida vale o no vale la pena vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía.» ¿Qué móvil puede ser lo suficientemente poderoso como para creer que la vida ya no tiene valor? El sociólogo francés Émile Durkheim dice que el suicidio puede ser efectuado por dos clases de personas: las que se encuentran ensimismadas en su propio ser, por lo cual cuando pierden algo que consideran fundamental para su existencia se destruyen. Y quienes se encuentran demasiado ligados a algo externo a sí mismos, a la sociedad en su conjunto. Este sujeto no se mata porque se arrogue el derecho de hacerlo, sino que cree que es su deber. «Puesto que hemos llamado *egoísmo*, al estado en que se encuentre el yo cuando vive una vida personal y no obedece más que a sí mismo, la palabra *altruismo* expresa bastante bien el estado contrario, aquél en que el yo no se pertenece, en que se confunde con otra cosa que no es él, en que el polo de su conducta está situado fuera de él, en uno de los grupos de que forma parte. Por eso llamamos *suicidio altruista*, al que resulta de un altruismo intenso. Pero puesto que además, presenta el carácter de ser llevado a cabo como un deber, importa que la terminología adoptada exprese esta particularidad. Parécenos, pues, el nombre de *suicidio altruista obligatorio* el que conviene al tipo así constituido.»<sup>295</sup> Claramente el caso de Balmaceda corresponde a este tipo de suicidio. Él no acabó con su existencia motivado por el miedo a la justicia, mucho menos por la culpa; lo hacía por un lado en defensa de sus camaradas, amigos y familiares, y por otro para evitar que su imagen fuese aún más vilipendiada: «Piensen que yo, que he ilustrado nuestro nombre, no puedo dejarlo arrastrar i envilecer por la canalla que nos persigue. Hai momentos en que el sacrificio es lo único que queda al honor del caballero. Lo arrostro con ánimo sereno.»<sup>296</sup> Balmaceda estaba pensando en la Historia al momento de redactar sus últimas cartas, explicando su fatal resolución. Ejemplo paradigmático de aquello fue lo dicho a Julio Bañados Espinoza: «Escriba, de la administración que juntos hemos hecho, la historia verdadera. Dejo dicho a Emilia que le suministre todos los recursos necesarios para una publicación abundante i completa. Le he encargado también que Ud. Escoja 2,000 volúmenes para sí de mi biblioteca. Con los Mensajes, las Memorias ministeriales, *El Diario Oficial* i *El Ferrocarril*, puede hacer la obra. No la demore ni la precipite. Hágala bien.»<sup>297</sup> Su vida ya importaba poco, su obra y actuar debía ser el que trascendiese para siempre:

<sup>294</sup> Colección Amunátegui 651

<sup>295</sup> DURKHEIM, EMILE. *El suicidio*. Versión online, www.cuantolibro.com, última revisión: 30 / 09 / 08

<sup>296</sup> Carta de José Manuel Balmaceda a sus hermanos José María, Elías, Rafael y Daniel, 18 de septiembre de 1891.

<sup>297</sup> Carta de José Manuel Balmaceda a Julio Bañados Espinoza, 18 de septiembre de 1891. A partir de este pedido, nace la monumental obra *Balmaceda y la Revolución de 1891*, obra riquísima en documentos inéditos, lo que la hace imprescindible a la hora de estudiar este periodo.

**«Si nuestra bandera, encarnación del Gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempo no lejano, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de la vida. Cuando Uds. y los amigos me recuerden, crean que mi espíritu, con todos sus más delicados afectos, estará en medio de Uds.»**

Este trabajo, sobre la construcción de la imagen presidencial de José Manuel Balmaceda, bien podría acabar acá. Se intentó exponer como en primera instancia él se concibió y construyó a sí mismo en su rol de Presidente, y como, posteriormente, lo construyeron los otros, los críticos a su gestión. Sin embargo, la imagen pública del Presidente prontamente comenzó a ser apreciada de otra forma por el pueblo; una comisión del gobierno para evaluar las condiciones sociales de la región salitrera informa que lo primero que se encontraba al entrar en una casa, era la imagen del fenecido mandatario: «Algo digno de atención es el verdadero “culto” que los trabajadores rinden al Presidente Balmaceda. En el norte a Balmaceda se le rinden un culto de afecto, simpatía y respeto como a ningún otro; es un santo venerado y una persona ilustre.»<sup>298</sup> En 1908, el periodista nacional Belisario Gálvez afirma:

**«¡Ironías crueles del destino! Allí en el foco donde se organizó la resistencia del finado Presidente; allí, en donde se improvisaron los bravos batallones constitucionales que derrocaron su gobierno y causaron por consiguiente muerte; allí tiene Balmaceda un culto de afecciones, simpatías y respetos como no lo recibe nadie más.»<sup>299</sup>**

La reconocida poetisa nacional Gabriela Mistral diría cuarenta años después de la Guerra Civil: «Su retrato estaba en todas las casas, con marco tallado en las grandes y en las pobres con la pura hojita volante del periódico popular *La Lira*; pero cada uno lo tenía visible como muestra de un ejemplar escogido de la raza, casi como un lebrél de lucir... En los talleres de artesanos se quedó mucho tiempo sin desclavarse y yo lo he visto en carpinterías, herrerías y talabarterías. Entre corte de suelas o de leños, el artesano daba su mirada a su nombre, y se sentía entonado como por un licor fino.»<sup>300</sup>

¿Qué ocurrió? ¿En qué momento el más “pérfido” de los presidentes, autor del gobierno más “funesto” y de las acciones más alevosas jamás vistas en esta angosta faja de tierra se transformó en objeto de devoción popular? Para intentar dar respuesta a tales interrogantes resulta imprescindible describir el contexto político, social y económico en el que se gestó dicha transformación, y como esta nueva construcción, la imagen sublimada de José Manuel Balmaceda, era funcional a dichas circunstancias.

---

<sup>298</sup> Citado en BLAKEMORE, HAROLD. *Op cit.*, Pág. 258

<sup>299</sup> Citado en PINTO VALLEJOS, JULIO. *El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891*. En ORTEGA, LUIS et al. *La Guerra Civil 1891 – 100 años hoy*. Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Pág. 126

<sup>300</sup> “El presidente Balmaceda” *El Mercurio* 24 de diciembre de 1932. Citado en SALINAS, MAXIMILIANO. *Los rotos, el humor y la guerra civil de 1891: Una mirada satírica y popular a la Historia de Chile*. Pág. 24

## El mundo en tinieblas

Las victorias de Concón y Placilla fueron percibidas como una liberación; el único obstáculo para la concreción de las aspiraciones de los distintos sectores era en última instancia el Presidente de la República. Con Balmaceda muerto, la libertad electoral, el fin de la inmigración y todos los males llevados a cabo hasta ese entonces por el Gobierno serían eliminados de una vez por todas. Las promesas de un mañana más justo y libre para todos habían permeado a toda la sociedad ¿cómo no participar en tan sagrada cruzada? La eliminación del “tirano” no era el simple derrocamiento de un gobierno más. No, era la oportunidad cierta de recrear el paraíso en la tierra. Pero a poco avanzar gran parte de la población pudo notar que las enormes aspiraciones quedarían relegadas a insulsos sueños, y que la victoria obtenida por todos, sería gozada sólo por unos pocos.

Como ya fue expuesto, la elite fue quien comenzó la revolución, concretando su vetusta ambición de un gobierno completamente conformado por ellos, sin depender de “caudillos” quienes defendiesen sus intereses, pero sin ellos. No obstante, este gobierno oligárquico no constituía un mero anhelo político llevado a cabo por unos cuantos deseosos de trascender del área mercantil, financiera o agrícola, a la política. Justamente necesitaban más que nunca formar un gobierno “horizontal” o parlamentario, debido al desplazamiento del sector económico de que fueron “víctimas” a manos de mercaderes extranjeros. Si ellos pretendían seguir disfrutando de los beneficios del librecambismo debían incurrir en exacciones al presupuesto fiscal, en una «ocupación económica del Estado [...] La Hacienda Pública, pues entró a jugar roles claves en la esfera de la ‘acumulación privada’. Lo que, por cierto, perjudicó su rol en el plano de la administración pública»<sup>301</sup>. Esta situación explicaría la formación de una “clase política”, que poseía el patrimonio sobre lo público, para su beneficio personal sin importar el resto de la sociedad y las consecuencias del intrincado desarrollo económico (y su consiguiente desarrollo social) del cual era objeto el país.

Este periodo ha sido denominado por la historiografía chilena como “Parlamentarismo” y casi la totalidad de los historiadores nacionales – independientemente de su postura ideológica – la han tachado como una de las épocas más inútiles de toda nuestra historia en el ámbito político. Es cierto que ha tenido defensores, tales como el investigador Julio Heise González quien afirmaba: «En el sistema parlamentario los partidos no corren el riesgo de que las conquistas que han alcanzado mientras estuvieron en el gobierno, sean drásticamente eliminadas. La minoría que como tal fue respetada observará con su adversario la misma conducta al llegar al gobierno. Entre 1891 y 1925 Chile vivió esta hermosa experiencia política de respeto a la opinión del adversario. La lucha entre grupos antagónicos – planteada incluso acaloradamente – nunca llegó al extremo de descartar la posibilidad de escuchar el parecer del adversario. La combinación mayoritaria aceptó siempre el debate y siempre reconoció que la opinión de la oposición merecían consideración.»<sup>302</sup> Pero ¿cómo iban a existir luchas acaloradas o cambios drásticos si a fin de cuentas quienes participaban en el espectro político eran miembros de un mismo grupo social con intereses comunes? Si existía respeto a la opinión del “adversario” político no se debió a un supuesto espíritu cívico, sino que en el fondo no existían mayores divergencias respecto al manejo del Estado. Todos los partidos, salvo mínimas e insustanciales divergencias doctrinarias, poseían un mismo proyecto político: la completa ausencia de proyecto político alguno: « [...] con sus suaves luchas de salón entre magnates

<sup>301</sup> SALAZAR, GABRIEL & PINTO, JULIO. *Historia contemporánea de Chile I: Estado, legitimidad, ciudadanía*. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1999. Pág. 41

<sup>302</sup> HEISE GONZÁLEZ, JULIO. *Op cit.*, Pág. 97

del mismo rango, no divididos ni por las ideas ni por intereses, y amigos o parientes en sociedad, *dilettantes* en política, que distraían los ocios de la opulencia en el juego de los partidos y de las crisis ministeriales»<sup>303</sup>.

Esta concepción produjo como «consecuencia un periodo de letargia política, tal como antes no lo había conocido la República. Por más de un cuarto de siglo, todo iba a permanecer inmutable.»<sup>304</sup> Para la oligarquía «la política se había transformado en un deporte más para amenizar la vida y distraer los ocios de algunos magnates opulentos. Cada tres o cuatro meses, daban cierto calor a las charlas amistosas del salón verde o del salón colorado del Club de la Unión, mientras los pretendientes y novedosos acudían en enjambre a los estrados de los caudillos de los jefes de círculo, de los expertos en las maniobras cortesanas, hasta que se organizaba un nuevo Gobierno, exactamente igual al anterior, salvo en los nombres, y a veces en el marbete.»<sup>305</sup> El inmenso poder electoral con que contaban los mandatarios hasta Balmaceda, fue puesto en las manos de los distintos partidos políticos representantes de la elite. Desde ese entonces los presidentes no serían más que esbirros de los omnipotentes designios de la oligarquía imperante en el Congreso, por eso se seleccionaban hombres *que no fueran una amenaza para nadie*.

Ante este panorama, el desencanto por las promesas hechas no tardó en llegar. Aún no se secaba la sangre de los miles muertos en el transcurso de la guerra, cuando *El Aji*, el mismo periódico que durante 1890 hacía llamados al magnicidio, afirmaba:

**«Se nos aseguraba que después del triunfo de la Constitución i las leyes, Chile sería una verdadera República de Jauja. Las aguas de nuestros ríos se constituirían en torrentes de leche, miel i vino, nuestras minas vomitarían el oro i la plata sellados, nuestros campos producirían sin cultivo, nuestros animales se matarían solos para proporcionarnos la nutritiva carne, nuestros guzanos de seda fabricarían vestidos de terciopelo i mantos chinos para nuestros elegantes... las astas, para los buenos caldos, nuestros espinos darían peras chirimoyas, nuestros erizos fabricarían guantes de cabritilla i, por último, que nuestros conductores i redentores andarían en dos pies. Triunfó la justicia, triunfó el derecho i nadie que yo sepa ha visto el oro i la plata, ni las del espino ni las del carnero a no ser aquellos que siempre están pegados a la teta del presupuesto. I mientras tanto el cambio declina, el pueblo contempla espantado la faz descarnada de la miseria i el vandalaje aumenta en una progresión que no lleva visos de terminar que amenaza hacerse epidémico como ciertos malos terribles que visitan de tiempo en tiempo a los pueblos i que como Atila debían llamarse el azote de Dios.»**<sup>306</sup>

Al vencer la aristocracia, y dominar el poder político de forma unilateral, impone sus principios: saqueo del Estado, paralización de las obras públicas, debilitamiento del poder central en desmedro del cacicazgo local, etcétera. Lo que generó que en términos objetivos la situación económica del pueblo empeorara ostensiblemente.

---

<sup>303</sup> EDWARDS, ALBERTO. *La fronda aristocrática*, obra citada en GÓNGORA, MARIO. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria, Santiago, 1986. pp. 107

<sup>304</sup> EDWARDS, ALBERTO. *La fronda... Op cit.*, Pág. 189

<sup>305</sup> *Ibid.* Pág. 199

<sup>306</sup> *“El Vandalaje” El Aji 18 de junio de 1892*

El presupuesto de obras públicas, que en 1890 fue de \$26.196.417 de 24 peniques representando el 35% del total de gastos fiscales, disminuyó de manera espectacular en 1892 a \$19.083.103 de 18 peniques. Y si la reducción no fue más drástica se debió simplemente porque era necesario culminar los trabajos iniciados durante la administración Balmaceda y dar cumplimiento a los contratos ya firmados. En 1893 el gasto decreció aun más a 18.340.153 pesos de un devaluado cambio de 15 peniques. El gasto en Educación – área de particular atención del gobierno balmacedista – también se vio fuertemente disminuido:

Tabla 6: PRESUPUESTO EDUCACIÓN<sup>307</sup>

Año	Presupuesto de gastos en el Ministerio de Educación	Tipo de cambio
1890	7.282.240	24 peniques
1892	4.932.639	18 peniques
1893	4.172.882	15 peniques
1894	4.620.379	12 peniques

La construcción de las centenares de obras públicas emprendidas afanosamente por la administración anterior se vieron súbitamente detenidas, dejando miles de cesantes: «Todo lo que los rotos sabían era que Balmaceda había hecho grandes cosas, que les había dado empleo en las obras públicas y que los trabajos se habían paralizado desde la sublevación de la flota.»<sup>308</sup> Ya era evidente que la «revolución se hizo a Balmaceda, i nó a un dictador; i se hizo nó en nombre de los intereses del pueblo chileno, sino en nombre de los de la oligarquía aristocrática de este país.»<sup>309</sup> La decepción también era evidente:

**«Se acerca el desenlace de la tragicomedia empesada el 7 de Enero del año pasado en la rada de Valparaiso. La mascarada política toca a su término natural. La confusa e infame amalgama de frailes, masones, beatas, Montt-varistas i algunos corrompidos liberales está a punto de disolverse i ya salen a la superficie los nauseabundos frutos de tan híbrido maridaje. Apenas se ha tratado de la repartición del botín, los conservadores han reclamado la parte del león en infame partija. Nosotros hemos hecho la revolución, han dicho por boca del jerente de la sociedad de saqueos. Los hombres de sotana a la menor sospecha de esclucion han sacado las zarpas i se han apercebido al combate contra sus amigos i aliados de ayer. I entretanto el pueblo muere de hambre. Las mil obras públicas emprendidas por la pasada administración no dá ya pan a los miles de hijos del pueblo, que, de ellos antes sirvieron honradamente.»<sup>310</sup>**

La misma Guerra Civil había provocado enormes sangrías en el presupuesto nacional: «1° Gasto de mas de cien millones de pesos, de los cuales una gruesa suma se invirtió en comprar armas, buques, vestuario y otros artículos de fabricación europea, que exigieron remesas de fondos al extranjero; 2° Emision de 20.000,000 de pesos en papel moneda, es decir duplicación de las emisiones existentes el 31 de Diciembre de 1890; 3° Muerte de 10,000 hombres útiles que hoy hacen falta en los trabajos agrícolas e industriales;

<sup>307</sup> RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Op cit.*, Pág. 235

<sup>308</sup> HERVEY, MAURICE. *Op cit.*, Pág. 94

<sup>309</sup> *Poncio Pilatos* 23 de septiembre de 1893

<sup>310</sup> *El Ají. 14 de marzo de 1892 El subrayado es mío*

4° Perturbacion grave del crédito del fisco y del comercio de Chile en los mercados europeos.»<sup>311</sup> Sin embargo la peor consecuencia de la revolución fue el «predominio en la dirección financiera de la república, de un grupo reducido de personas que representan grandes fortunas, cuyos intereses confunden con los intereses jenerales del país.»<sup>312</sup>

En 1878 la situación económica nacional se encontraba en franca crisis. El país estaba sufriendo una privación de moneda circulante debido al agotamiento de los minerales de plata, y lo poco que se extraía era exportado en condición de mercadería a Europa. En este contexto se dictó la ley de inconvertibilidad a moneda metálica de 10.100.000 de pesos en billetes de Bancos. Sin embargo sobrevino la Guerra del Pacifico, lo que produjo abundantes ganancias debido a los impuestos a la exportación del salitre. El país se transformó en poco tiempo de una nación pobrísima a una con enormes entradas fiscales. Como medida de guerra, Balmaceda realizó nuevas emisiones de papel moneda, aumentando el volumen del circulante y por ende depreciando el valor de éste (que bajó de 25 a 16 peniques en 2 años). Una vez que la aristocracia llegó al poder, dictó una ley para acabar con el “exceso” de dinero circulante. Ésta no tomaba en cuenta la dificultad para hacer el reemplazo de papel moneda por moneda metálica sin producir un trastorno por la falta de circulante, sino que se limitaba a arbitrar los recursos con que el fisco pagaría los billetes. El gobierno estaba tomado por los banqueros y especuladores, quienes promulgaron una ley *ad hoc* a sus necesidades, y que les acarrearía enormes réditos: se estableció que el 1 de julio de 1896 el papel moneda seria cambiado a una tasa fija de 24 peniques por peso, cuando el peso entonces equivalía a 11 ½ peniques, esto en 1892. Para cubrir tal diferencia, el Estado contrató en empréstito de £1.800,000. ¿Cuál fue la consecuencia de esta ley? Simple, si el Gobierno iba a comprar billetes a 24 peniques en cuatro años más, cuando estos valían mucho menos, el negocio perfecto que podía hacer un especulador era ocultar los billetes hasta la fecha de cambio: «En efecto, si cada billete de un peso vale 24 peniques pagaderos el 1 de julio de 1896, el mejor de los negocios, para los que quieran remesar fondos en el exterior (sic), consiste en realizar sus propiedades, en liquidar sus valores con cambio a 12 peniques, por ejemplo, y ocultar los billetes fiscales para cobrarlos al fisco de la fecha en dos años. La ocultación del billete basta para que 12 peniques se conviertan en 24. La escasez de circulante ha vuelto a manifestarse de un modo alarmante después de aquella reforma, puesto que no se ha destruido la razón que la produce. Los intereses han subido, los valores de propiedades, bonos, etc., han bajado, las cajas de los Bancos carecen de billetes fiscales, el crédito aun con las mejores garantías está suspendido y asi se encuentra el país, a dos años de distancia de la conversión.»<sup>313</sup> O sea, además de no haber trabajo debido a la completa paralización de obras públicas, comenzaba a haber escases de dinero. Era la estocada final a los trabajadores chilenos:

**«El pueblo, entiéndase bien, el pueblo que no ha tomado parte alguna en la pasada lucha, i que ha sido como siempre el pito de la boda está harto de sufrir resignado de atropellos de su soberanía que día a día han venido perpetuándose a su nombre, con la mas descarada i cínica imprudencia. Estagnado el progreso material del país por causa exclusiva de la revolución aristocrática, ha sufrido frecuentemente i ha visto reducido a ración de hambre, en muchos casos, su ántes abundante jornal. Las leyes financieras dictadas últimamente, verdaderas expatriaciones, verdadero saqueo por millones han venido a colmar la medida i a**

<sup>311</sup> VALDÉS VERGARA, FRANCISCO. *La situación económica y financiera de Chile*. Imprenta Germania, Valparaíso, 1894. Pág. 29

<sup>312</sup> *Ibid.*

<sup>313</sup> *Ibid.* Pág. 31

***llenar los bolsillos de los que en la hora suprema las dictaron. El hambre golpea ya a las puertas de millares de hijos del trabajo i esta situación lleva solo visos de empeorar. Entretanto los causantes de estos cuadros horripilantes, con una desvergüenza comparable tan solo a su refinada maldad, gritan con todos los tonos del diapazon: ¡El país progresa! ¡Tenemos libertad!»***<sup>314</sup>

Estas nefastas políticas significaban la perdición del pueblo, tal como es descrito por Juan Rafael Allende<sup>315</sup> en su periódico *Poncio Pilatos* y todo debido a su ignorancia e ingenuidad durante la Guerra Civil:

***«I mientras un niño muere porque no hai con qué pagar médico i botica; i otro va descalzo, sucio, desgredado i hambriento; i la madre llora sangre, i el padre traga sus lágrimas, que caen como plomo derretido sobre su corazon, en cien calles de Santiago i Valparaíso se edifican quinientos palacios, cuyas puertas i ventanas son otras tantas bocas acusadoras, que dicen a gritos a este pobre pueblo chileno: “Pueblo estúpido, nuestros dueños se rien de ti, carne de epidemias i revoluciones, aplaudidor de los vencedores el 29 de Agosto de 1891! Creíste que para ti se hacia la revolucion, i esperaste candido una lluvia de oro i maná i que ella pondría término a tus congojas i miserias. I ¿qué se te ha dado? En la Placilla i Concón, una zanja para los muertos i en toda la República, el cambio a 13 peniques, el hambre hoy i la muerte mañana!” I millonarios, monjas i frailes siguen febrilmente construyendo palacios i mas palacios, i la clase media sigue mandando victimas a los hospitales i a los cementerios. Hoy como ayer, los ricos rien i los pobres lloran.»***<sup>316</sup>

La Dictadura de Balmaceda dio paso a una tiranía plutocrática. Estos nuevos verdugos no azotaban, ni reclutaban a los pobres, sino que los mataban lentamente de inanición:

***Don Jorge Montt se sentó En la silla y dio aviso Y por el pobre nada hizo Al público digo yo. Quedó con melancolía El pueblo y el cristianismo Sumergido en el abismo Causa de la carestía Grande fue la tiranía Del ricacho impertinente.***<sup>317</sup>

¿Quién era el responsable de esta situación? ¿A quién apelar, pedir auxilio o por último maldecir amargamente? José Manuel Balmaceda representó en cuerpo y alma su Gobierno, las malas obras de éste le eran achacadas a él personalmente. Cuando los trabajadores que protagonizaron las huelgas de 1890 fueron amparados por los respectivos

<sup>314</sup> *El Ají. 21 de marzo de 1892*

<sup>315</sup> Juan Rafael Allende, fue un ácido crítico de la administración Balmaceda hasta el momento en que empezó la Guerra Civil. Allí comprendió que el enemigo del presidente era la oligarquía, por lo cual comenzó a escribir un periódico satírico llamado *El Recluta*, donde junto con burlarse mordazmente de la elite, daba consejos prácticos a los soldados presidencialistas, en la misma línea editorial que caracterizó *El Padre Padilla*. Con la derrota balmacedista, su imprenta fue saqueada, él fue hecho preso y condenado a ser ahorcado en la Plaza de Armas. Sin embargo logró librarse de la sentencia debido a los reproches de las distintas comunidades de influyentes extranjeros, que no veían con buenos ojos el linchamiento de periodistas opositores. Vivió unos años en el exilio en distintas naciones latinoamericanas para volver en 1893 y comenzar a publicar con mayor saña en contra de la oligarquía. El parlamentario conservador Carlos Walker Martínez, blanco constante de las burlas, expresó en algún momento: “Nunca podremos arrepentirnos lo bastante de no haber fusilado a Juan Rafael Allende”.

<sup>316</sup> *“Unos riendo y otros llorando” Poncio Pilatos. 5 de diciembre de 1893*

<sup>317</sup> *Colección Amunátegui, 525. En NAVARRETE ARAYA, MICAELA. Op cit., Pág. 85*

Intendentes los ¡Vivas! eran al Presidente. Cuando se construía un nuevo liceo o una línea férrea los méritos eran exclusivos de Balmaceda, así como cuando la traída de competencia extranjera era política de Estado la responsabilidad de tan penosa decisión era del mandatario. Los azotes también era culpa de él. Balmaceda no sólo era el rostro visible del gobierno, era la mente detrás, su espíritu. En primera instancia, se apeló al nuevo líder de la nación, Jorge Montt, para que acogiera las peticiones populares, tal como se puede ver en la siguiente creación popular denominada *Quejas de los obreros*:

***Esto que vamos a hablar Disculpenos señor Montt A usted como presidente Damos quejas con razón Pues hablamos por primero Entre los mas principales Porque las arcas fiscales Se niegan para el obrero. I por falta de dinero Debemos de reclamar, Sentimos incomodar Pero todo es evidente Creimos mui conveniente Esto que vamos a hablar. La pobreza nos apura De hablar con palabras sérias I se ven dobles miserias Con esta gobernatura. El mandatario no jura De mejorar al viviente, Señor Montt tenga presente Del gran triunfo de Placilla Todos nombramos la silla A usted como presidente. Encontramos mui distinto El reglamento del día Ni cuando Santa María Ménos cuando Aníbal Pinto Balmaceda en su recinto Nos dio buena ilustración, Plata corrió por millón Pero se fué de este averno Ahora a nuestro Gobierno Damos quejas con razón.***<sup>318</sup>

Pese a esto, pronto fue indudable que Jorge Montt no era más que la careta del Gobierno, que si fue elegido presidente fue debido a su personalidad dócil y manipulable, impotente de acción alguna. El verdadero poder lo tenía la oligarquía:

***«El sistema de gobierno llamado parlamentario, traído de Inglaterra a Chile no hace mucho tiempo por algunos aristócratas millonarios que han viajado por Europa, implantado el 91 en esta República Sud-Americana por la razon de la fuerza, está produciendo sabrosísimos frutos. Desde luego, vivimos en plena República de Venecia, con su Dux i su temido Consejo. El Presidente o jefe del Poder Ejecutivo ha sido reducido a un guarismo que se parece mucho a cero. Bajo el réjimen parlamentario, no se producen crisis ministeriales por el rechazo en el Congreso de una mocion del jefe del Gabinete, sino que, al día siguiente se retira la carta jugada, i a la que perdió el Ministro, i se juega otra mui diversa para reparar el descalabro [...] El sistema parlamentario, que en las monarquías absolutas sirve de contra peso a la corona, i que en las repúblicas tiene que ser moderado por la facultad del Poder Ejecutivo para clausurar el Parlamento cuando lo estime necesario, en Chile no es sino una planta exótica, de conservatorio, cuyos amargos frutos paladaremos mui breve con la mas completa desorganización de los partidos políticos, con la avasalladora intromisión del clero en la cosa pública, con la ruina del comercio i de la industria nacional i con el entronizamiento en el Poder del funesto bando conservador. En cambio, ¿qué ha ganado el pueblo con el nuevo réjimen de gobierno i qué brillantes expectativas tiene para el provenir? Nada más que el hambre, la miseria, el hospital i la fosa comun! I todo eso se merece un pueblo que aplaudió a dos manos el triunfo de la revolucion, celebrándolo con incendios, saqueos i asesinatos en los hogares i personas de los que por ese***

<sup>318</sup> Colección Amunátegui 725 El subrayado es mío

**pueblo abogaban! Ahora, a los ignorantes i fanáticos hijos del pueblo no les queda ni el triste derecho de quejarse, sino el derecho de esclavo que bendice la mano del mayoral que lo vapula AVE, CESAR IMPERATOR, MORITUTI TE SALUDANT.»<sup>319</sup>**

Según *El Ají*, los sujetos «que gobiernan hoy día la Nación usurpadores del poder i que gozan con descaro de las arcas fiscales no son hombres ilustres como sus antecesores, sino que son almas ruines que han hecho de nuestra patria un vasto campo de negros sinsabores.»<sup>320</sup> Este periódico se burla continuamente de Jorge Montt a quien considera un presidente improvisado y torpe, quien fue designado como primer magistrado debido a su sandez:

**«Cada día conozco mas a los grandes pillos en política. Han dicho que Balmaceda fúe un dictador i sin embargo yo lo soi mas que él porque Balmaceda cumplió siempre con las leyes i yo ni las conozco. Estuve gobernando un mes sin presupuestos, lo que Balmaceda no gobernó nunca sin ellos. Tengo más suerte que aquel que se cayó de la horca. ¡¡Presidente de Chile yo!!»<sup>321</sup>**

Por otro lado, si bien es cierto que las represalias en contra de los balmacedistas no se prolongaron mucho a lo largo del tiempo (ya en 1893 se dicta la primera amnistía, la cual posibilita el retorno de los exiliados), en sus primeros momentos implicaron la conformación de un sistema de espionaje y dolorosas persecuciones políticas, llegando incluso al asesinato del ex – Intendente por Concepción, Salvador Sanfuentes, en Mendoza, a manos de dos oficiales del Ejército Constitucional. Para Juan Rafael Allende, los espías eran principalmente «jóvenes de la juventud dorada, empleados públicos, militares de alta graduación. Ministros de la religión del Crucificado, damas de la aristocracia, beatas trajinantes y nuevos Judas del balmacedismo se entregan á tan innoble tarea, éstos por odio á los caídos, aquéllos de miedo á perder sus destinos, quiénes por fanatismo religioso, y todos inspirados por una conciencia criminal, que está viendo severos jueces entonos los seres que encuentra en su camino. ¡Tristes consecuencias del triunfo de una revolución que nunca tuvo base popular! El espía, para conservar su prestigio y su sueldo necesita encontrar víctimas ó inventadas; de ahí esa interminable calle de Amargura que se hace recorrer á los vencidos. Sin ellos, sacrificados en el altar del odio conservador, muchos espías quedarían sin pan ó sin una sonrisa del supremo dispensador de favores y empleos públicos.»<sup>322</sup> Existen algunos poemas populares que dan cuenta de cierta solidaridad para con las víctimas de agresiones, persecuciones y destierros a manos de los vencedores de Placilla:

**Hoy me veo perseguido Por aquellas opiniones, I por no sufrir prisiones He estado mui escondido. Lo mucho que yo he sufrido Lo está diciendo mi espejo, Pues a los treinta soi viejo, I para colmo de daño, Al irme a país estraño De mi querida me alejo.<sup>323</sup>**

Existe un transversal sentimiento de indefensión e impotencia. La población no sólo se ve acosada por la pobreza y el hambre, sino que no tiene a quien apelar. La Política se

<sup>319</sup> “Sistema por fuerza” *Poncio Pilatos* 28 de noviembre de 1893

<sup>320</sup> “La oligarquía imperante” *El Ají* 13 de marzo de 1893

<sup>321</sup> *El Ají* 6 de febrero de 1893

<sup>322</sup> “A la penitenciaria” *Poncio Pilatos* 4 de abril de 1893

<sup>323</sup> *Colección Amunátegui*, 713. En NAVARRETE ARAYA, MICAELA. *Op cit.*, Pág. 95

encuentra completamente fuera de sus esferas y la Economía se muestra esclava de una minoría en desmedro del resto de la nación. La oligarquía ni siquiera tiene rostro a quien escupir. Se rememora con nostalgia los tiempos pasados, donde si existía preocupación por la educación y el trabajo por parte del Estado, donde existía un ser a quien acudir. Un padre protector, un salvador.

## El Cristo Republicano

En la introducción se estableció que el mito cumple un rol esencial en las distintas sociedades ya que tiene estrecha relación con el conocimiento que el hombre adquiere de sí mismo y de su entorno. A través de ellos damos fundamento de la existencia humana, explicando el pasado, concibiendo el presente y proyectando el futuro a partir de arquetipos más o menos universales.<sup>324</sup>

El mito no es en ningún caso una construcción caprichosa, si existe es porque es funcional a algo, cubre una necesidad en particular. Para Sigmund Freud, ésta tiene una razón muy precisa para existir, es la gran neurosis del mundo. Al estudiar el culto monoteísta en la religión judía llega a la conclusión de que en las primeras eras de la historia hebrea, los judíos acometieron el impío asesinato de su caudillo Moisés. Siguiendo el mismo patrón de consecuenciales síntomas que una psicopatológica infantil generada por un trauma, el pueblo "elegido" pasó por un periodo de *Trauma Inicial* (luego del crimen), después por un periodo de *Defensa*, *Latencia*, estallido de la *Neurosis* y finalmente un retorno parcial a lo *Reprimido*. He aquí el origen de Dios, es el progenitor sublimado, el proto-padre ideal concebido por la culpa. Basándose en las investigaciones de Darwin desarrolla la siguiente hipótesis sobre el origen de la sociedad: «El macho fuerte era amo y padre de la horda entera, ilimitado en su poder, que usaba con violencia. Todas las hembras eran propiedad suya: mujeres e hijas de la horda propia [...] El destino de los hijos varones era duro; cuando excitaban los celos del padre eran muertos, o castrados, o expulsados [...] El siguiente paso decisivo para el cambio de esta primitiva variedad de organización 'social' debe de haber sido que los hermanos expulsados, que vivían en comunidad se conjuraron, avasallaron al padre y, según la costumbre de aquellos tiempos, se lo comiesen crudo.»<sup>325</sup> Una vez asesinado, se inicio un largo periodo de luchas entre los distintos hermanos por tomar posesión del puesto del padre, pero al ver el desgaste e inutilidad de tal disputa se unieron para formar el primer pacto social. «Nació la primera forma de organización social con renuncia de lo pulsional, reconociendo obligaciones mutuas, erección de ciertas instituciones que se declararon inviolables (sagradas); vale decir; los comienzos de la moral y del derecho. Cada quien renunciaba al ideal de conquistar para sí la posición del padre, y la posesión de la madre y hermanas.»<sup>326</sup> Al padre asesinado le son restituidos sus derechos histórico-vivenciales, pero potenciados, transformándose en un Dios-Padre único, el cual gobierna sin limitación alguna.

<sup>324</sup> Si estos arquetipos son genéticos o no, como plantea Carl Jung es difícil de establecer. Lo más probable es que su universalidad se debe más al éxito que poseen dichas construcciones al satisfacer determinadas necesidades humanas, que a su transmisión hereditaria.

<sup>325</sup> FREUD, SIGMUND. *Obras Completas XXIII, Moisés y la religión monoteísta*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001.

Pág. 78

<sup>326</sup> *Ibid.* Pág. 79

Por supuesto que este relato es sumamente simplista y de casi nula rigurosidad histórica, no es más que mera especulación. También es cierto que el psicoanálisis parte de la base de la existencia de la neurosis y su posterior tratamiento. La religión al igual que la neurosis se caracteriza por la persistencia del pensamiento mágico, de sentimientos y representaciones infantiles en un individuo que no ha accedido a la madurez post-edípica; ambos creen en la omnipotencia de las ideas y son presas de un patológico narcisismo infantil. Es por todo lo anterior que para Freud la religión necesariamente tendría a perecer en la medida que el hombre madure, dejando de lado la vana esperanza. Pero es igualmente cierto, que a pesar de la desdeñosa imagen que posee Freud de la religión como un falso consuelo al incrédulo, le confiere una importante labor. No es gratuita; es una necesidad propia del hombre traumatado, enfermo; es su válvula de escape, la respuesta instintiva a un malestar muy concreto.

La situación posterior a la Guerra Civil era percibida como notoriamente peor que a lo largo del gobierno de Balmaceda. Objetivamente no existía trabajo, el dinero perdía cada día más su valor y comenzaba a escasear. Pero probablemente, fue a nivel anímico lo que provocó los mayores efectos nocivos. Se les había prometido «al pueblo una lluvia de maná y otra lluvia de oro.»<sup>327</sup> Y la situación no sólo no mejoró, sino que empeoró en todo los sentidos:

**«Quien tenga espíritu de observación, verá con no poca pena lo que pasa en Chile desde hace 3 años. Ni una obra de arte ni una obra literaria que revelen el trabajo de nuestros artistas i literatos. En música, tenemos las tandas, grandes corruptoras del gusto estético. En pintura, las oleografías al por mayor. En escultura, los yesos que callejean algunos comerciantes italianos [...] En el comercio la postración más absoluta con motivo de la baja del cambio y su inestabilidad. En el pueblo, la carestía, i un descontento rayano de la desesperación. En la política, la desconfianza, la inseguridad, las tinieblas, el caos. En el Congreso, las transacciones vergonzosas, la lucha franca i enérgica de unos pocos i la mansedumbre maquiavélica i oportunista de unos muchos. Y en la Curia, el contento, la satisfacción, un presente halagador i un porvenir color de rosa! ¿I para que los chilenos llegáramos a ser todo esto se hizo la revolución de 1891? I esto por hoy ¿I mañana?»<sup>328</sup>**

La sociedad chilena se vio sumida en las sombras; la política se encontraba completamente corrompida en una “anarquía de partidos” lo que a su vez repercutía en la situación económica, la que cada día se hacía más precaria. El sentimiento de desamparo era extraordinario. El regocijo inicial al conocerse la caída de Balmaceda dio paso a un profundo sentimiento de culpa, pecado que removía la conciencia de todos:

**Al dictador derrocamos Por castigar sus horrores I hoy hasta tres dictadores Humildes reverenciamos. De ese dictador impío, Ya no quedan ni señales: ¡Se acabaron nuestros males; I ya no hai tuyo ni mio!... La Dictadura atrevida Quiso confiscar los bienes; Mas hoi ¡oh pueblo! ya tienes Que se confisca la vida!**

<sup>327</sup> “El cambio y el pueblo” Poncio Pilatos. 23 de noviembre de 1893

<sup>328</sup> “La situación” Poncio Pilatos. 24 de agosto de 1893

***Seis Ministros a porfia Vigilando nuestra suerte Firman sentencias de muerte I aprisionan noche i dia.***<sup>329</sup>

¿Qué podía explicar este brusco y fatal giro en la situación del país? Resultaba obvio que la caída de Balmaceda se había transformado en un punto de inflexión, a partir de ésta todo cambió y para peor. ¿Pero cómo era posible aquello? ¿Cómo la caída de un solo hombre, aunque fuera el Presidente de la República, iba a modificar todo? Por supuesto que los procesos históricos, políticos, sociales y económicos son mucho más complejos. En el primer capítulo se intentó exponer que el advenimiento del Gobierno de José Manuel Balmaceda no fue fruto de su exclusivo accionar personal, sino que las condiciones estaban dadas para aquello. Ahora ocurría lo mismo. Pero a nivel de percepción popular, lo que apreciaba la mayoría de la población es que la caída del Presidente generó una hecatombe social<sup>330</sup>. Se comienza a idealizar el pasado, y más que nada se comienza a idealizar al rostro visible, al protagonista del Gobierno anterior. Balmaceda es comparado de manera reiterativa con Cristo; ambos son martirizados a pesar de anhelar sólo el bienestar de su pueblo, siendo perseguidos por los judíos (ricos y banqueros) y sacrificados por un pueblo ignorante, desconocedor de sus verdaderas necesidades:



<sup>329</sup> FIGUEROA, VIRJILIO. *Parnaso Balmacedista. Recopilación completa de todas las poesías que se han escrito en homenaje a la memoria del Exmo. Señor Balmaceda desde el día de su sacrificio, 19 de septiembre de 1891, hasta el día de su apoteosis, 29 de noviembre de 1896. Santiago de Chile, Imprenta de "La nueva república", 1897. Pág. 21*

<sup>330</sup> Dramático resulta el *mea culpa* realizado por Francisco Valdés Vergara, quien con indisimulada amargura decía: «Doloroso es confesarlo, pero es lo cierto que con las mejores intenciones de servir al país, de impulsar su progreso, de purificar su política, los hombres que hicieron la revolución y los que fuimos servidores de ella, hemos causado a Chile daños mayores que los bienes prometidos. Nunca pudo aplicarse con más verdad que a la presente situación de Chile que aquella frase tan amarga de Bolívar, al contemplar, en su agonía, el desquiciamiento político de la República de Colombia: "Los que hemos luchado por la independencia de América hemos arado en el mar". Sí, en el mar hemos arado también los que servimos de buena fe a la revolución de 1891. Estérilmente fueron sacrificados los chilenos muertos durante la guerra civil.» Citado en RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. *Op cit.*, Pág. 220

*Pilatos ¿De qué acusa el Pueblo a este hombre? Un mercader En las prédicas que entabla. Este hombre, señor juez, habla De la Democracia en nombre Y dice que quiere ver A su pueblo sin cadenas Pilatos Sus intenciones son buenas... El mercader Y dejarlo en el Poder Pilatos ¡Eso es distinto ¡canarios! Un hombre del Pueblo El pillo de siete suelas Quiere construirnos escuelas Y obsequiarnos silabarios! Un banquero Oh! qué crimen tan horrendo! ¡Provocar nuestros enojos! ¡Al Pueblo abrirle los ojos, Que pasa tan bien durmiendo! ¡Vaya un pícaro! Juzgado, Señor Juez, severamente Ese hombre es un delincuente! Pueblo Si, si, si! crucificadlo! Un roto Gastando está muchos miles Y acaso muchos millones Construyendo Liceos, ferrocarriles, Muelles, puentes y canales, Para con esos dineros Dar trabajo á los obreros, Que hoy no ganan cuatro reales: Y para nuestra desdicha Otras mil obras contrata En vez de darnos la plata Para malgastarla en chicha. Es un bribón! Condenadlo, Señor juez, como á ladrón: ¡Quiere nuestra redención! Pueblo Si, si, si! crucificadlo! Pilatos Pues que el Pueblo con rigor Quiere que á ese hombre condene, Que la desfachatez tiene De llamarse Redentor; Pues que el Pueblo al fin y al cabo, Que vive hoy á duras penas, Tiene amor a sus cadenas Y sólo ser quiere esclavo, Por falta de un arcabuz Con que ultimarle quisiera, Condeno á ese hombre á que muera Enclavado en una cruz El Redentor Y yo os perdono, insensatos, Vuestra supina ignorancia Pueblo Viva el juez de última instancia! ¡Viva don Poncio Pilatos! Pilatos (¡Qué rotos tan inhumanos! ¡Condenar á un inocente!) Judas, pásame esa fuente Para lavarme las manos<sup>331</sup>*

Esta analogía alcanza su paroxismo en la siguiente iconografía, cuyo texto reza:

<sup>331</sup> “Crucificadlo! Crucificadlo! Poncio Pilatos. 27 de marzo de 1893



***Su pecado (¡i no es pequeño Para la jente aristocratica!) Fué soñar con ser demócrata I ver cumplidos sus sueños. La nobleza tomó empeño Castigar al temerario Que los fondos del Erario Gastaba en dar pan i luz A este pueblo, que una Cruz Le preparó i un Calvario! I este pueblo tan fanático, Tan rezador i ladrón, Le coloca esta inscripción: "Presidente Democrático". Le da por único viático La hiel de la ingratitud, I desde el norte hasta el sur Mientras que nobleza i clero Le inflinge tormento fiero, Aplaude la multitud! El fanatismo feroz I la usura salitrera Decretan que el justo muera En el patíbulo atroz. El pueblo escucha la voz Del tribunal iracundo, Que arrastra en su ódio profundo Al Mártir, i los Neronos Lo ultiman entre ladrones Como al Redentor del mundo. La Patria, en tanto, llorosa, Junto al Ejército fiel, Le da a la hiel Que de su pecho rebosa. I el pueblo, sobre la losa De su augusto redentor, Con fanático furor Grita: "¡Qué muera el tirano!" I corre a besar la mano De su tirano mayor!!<sup>332</sup>***

<sup>332</sup> "Por redentor del pueblo chileno" Poncio Pilatos. 30 de marzo de 1893

Esta imagen resulta particularmente ilustrativa a la hora de mostrar la evolución de la imagen del presidente Balmaceda. Aquí se muestra al “Mesías” crucificado por enseñar el verdadero camino al pueblo. Pero éste, ignorante, se deja llevar por el *canto de sirenas* de sus explotadores y aplauden la crucifixión de su redentor. A sus pies llora desconsolada una joven y hermosa mujer, la República y, al igual que Cristo, esta crucificado junto a dos ladrones: Julio Zegers y Walter Martínez. Cuatro años antes, el 18 de abril de 1889, el mismo autor de esta obra, Juan Rafael Allende, representa un motivo similar, sin embargo quien está al centro es la República y los dos ladrones que la acompañan son Thomas Douglas North y José Manuel Balmaceda:



***¡República desgraciada! En tu cuerpo hacen destrozos I entre esos dos... buenos mozos Te tienen crucificado! ¿Por qué en tales condiciones Te han puesto esos calaveras? ¡Porque tienes salitreras I en caja muchos millones! I para escarnio más cruel Crucificada ahí estás Entre el gringo Juan Tomás I el loco José Manuel.***<sup>333</sup>

Esta “conversión” también es incuestionable en otro cáustico periódico popular, *El Aji*, quien en noviembre de 1889 aseveraba que «El período administrativo del señor Balmaceda ha sido uno de los mas funestos que haya tenido Chile desde su independencia.»<sup>334</sup> Y en 1892 afirmaba:

***«Ochenta i dos años llevamos de vida independiente del yugo español, que para el obrero han sido siempre ochenta i dos años de esclavitud i despotismo. Ha habido hombres jenerosos que a semejanza de Jesus han pretendido sacar de la ignorancia i servilismo al pueblo, pero la oligarquía, siempre temerosa de que con la ilustración se le escapara la presa sabrosa que roen sin cesar, han***

<sup>333</sup> “Cuál será el mejor ladrón” *El Padre Padilla*. 18 de abril de 1889

<sup>334</sup> *El Aji*. 11 de noviembre de 1889.

***inmolado con sangrienta ironía a esos redentores, nunca olvidados por los hijos del pueblo: Francisco Bilbao, Antonio Poupin, Avelino Contardo<sup>335</sup> i el dictador Balmaceda ansiosos de mejorar la situación del obrero.»<sup>336</sup>***

El suicidio del mandatario, el cual inicialmente fue visto como un acto de cobardía y remordimiento, paso a ser un gallardo gesto de amor y consecuencia (y en un ambiente en donde la política estaba saturada de “amiguismos” la consecuencia era un bien sumamente escaso). Balmaceda murió por su Patria: « [...] en el suicidio de Balmaceda había algo mas: se trataba de un Presidente de Chile, que después de luchar contra una coalición de partidos antagónicos, que no tenían propiamente un programa político estable, se arrancaba violentamente la vida, declarando, en la hora suprema de la muerte, que se sacrificaba en aras de la libertad de sus conciudadanos i en bien de la patria, a la cual habia amado “sobre todas las cosas de la tierra” [...] Balmaceda quiso realizar una vasta empresa que no cabia dentro del estrecho marco de su época. Ha sido el primer innovador social que ha conseguido, siquiera en parte, llevar a la práctica sus avanzadas i nobles teorías. Demócrata de convicción, aunque noble de cuna, se esforzó por hacer de su país una Esparta de America. Por eso desde el primer día que asumió el cargo de Presidente de Chile, dictó leyes en que propendia al fomento de la instrucción; a la subdivisión de la propiedad territorial; al desarrollo de las industrias, de las artes, de la agricultura, de la minería, del comercio; al nivelamiento de las clases sociales; a la multiplicidad de las fuentes de producción; al reparto equitativo i proporcional de la riqueza pública; a la estincion o limitacion del proletariado; i todo aquello, en fin, que condujera a la consecuencia de los ideales que sirven de norte a la democracia. Su plan era atrevido i gigantesco. Nuevo Jesús, pretendió convertir a Chile en una comunidad de hermanos, revestidos de idénticos derechos i de unas mismas facultades civiles i sociales.»<sup>337</sup> Pero esta muerte no fue en vano, al igual que la de Cristo, era el paso necesario para la inmortalidad:

***Construiste escuelas donde el pueblo aprenda, I libre vuela la razon esclava,  
Venciendo a la ignorancia en leal contienda; - ¡Aprender es luchar! lucha que  
lava La negra mancha de ignominia horrenda; Por eso aleve tu enemigo clava  
En tu pecho el puñal, ántes que estienda Sus dominios la luz, que al vicio acaba.  
¡Oh Patria mia! Tu copioso llanto, I tanta sangre por tu bien vertida, Ha de ser,  
no lo dudes, riego santo Con que renazca la razon caida, I esclamemos después  
de llorar tanto: “¡Balmaceda, al morir, te dio la vida!”<sup>338</sup>***

En un contexto de indefensión e imposibilidad de la mayoría de los actores de alzarse en contra de la tiranía – ¿en contra de quién? Del *títtere* de Montt evidentemente no – surge la imagen sublimada de Balmaceda. Siguiendo el mismo patrón neurótico expuesto por Sigmund Freud para explicar el origen de Dios, la sociedad chilena asesinó a su Padre, exigiendo mayores retribuciones. La situación socioeconómica era apta para formular expectativas y buscar satisfacción a éstas. Sin embargo la muerte de dicho protector

<sup>335</sup> *Avelino Contardo y Antonio Poupin eran miembros fundadores del Partido Democrático. Éste último fue un acérrimo opositor a Balmaceda, al punto de ser una de las víctimas de la Matanza de lo Cañas, cuando con otros jóvenes se aprestaban a atacar contra las vías férreas y telegráficas que servían de nexo entre el Ejército presidencialista y la Moneda.*

<sup>336</sup> *El Aji. 31 de octubre de 1892*

<sup>337</sup> FIGUEROA, VIRJILIO. *Op cit.*, Pp. 6, 8 y 9

<sup>338</sup> *Ibid. Pág. 20*

originó mayores males, caos institucional y descomposición social en todos los niveles<sup>339</sup>. Al parecer su poder, su necesidad, era mayor de la presupuestada. Sus cualidades son exaltadas y su regreso, anhelado. Si existe algo que sorprende, es ver como muchos creían que Balmaceda no había muerto, sino que «viaja de incógnito y sólo se le verá cuando el pueblo chileno reclame su presencia y castigue a sus malos hijos»<sup>340</sup>; restableciendo el orden cósmico deshecho:

**Mas me creo que no ha muerto Balmaceda el presidente, Yo soi capaz de apostar Que está vivo en el oriente. Unos dicen de que está En la nacion Argentina, Preparando la bolina, Mas no sé si esto es verdad; Me creo que es falsedad Que lo hayan visto en el puerto, Lo prueban de que es cierto Que se embarcó de marino Como es hombre tan ladino Mas me creo que no ha muerto. Otros dicen que se fué Para el norte en un vapor, I se halla en el Ecuador Eso yo tambien lo sé; Pero no aseguraré Por no engañar a la jente, El cuento es algo ocurrente, Por eso pregunto ya Que me digan dónde está Balmaceda el presidente. Otros dicen que lo vieron Embarcarse en Talcahuano, Con un traje a cuyano Pero no lo conocieron; Porque allí no lo aprehendieron Es todo lo que se siente, Antes de que se presente Debemos ir creyendo Porque se ha estado diciendo Que está vivo en el oriente. Al fin si esto fuera así, Lo que yo en mi verso escribo Si se presentara vivo Me darian crédito a mí. Muerto, lector, no lo ví. Te digo la verdad pura Todo el mundo lo asegura Que talvez seria brujo Porque no aparece el sujo En ninguna sepultura.**<sup>341</sup>

La construcción mítica de Balmaceda da explicación al angustioso presente, orden a un mundo confuso, y hasta esperanza de que dicha confusión sea nuevamente superada con el regreso del Mesías. Este Balmaceda es quien se recuerda, el que se idolatra. El Presidente preocupado del bienestar del pueblo, recuerdo que perdura hasta nuestros días ya que la gran mayoría de los escritos en su Mausoleo ubicado en el Cementerio General están relacionados con la educación o la protección. Parafraseando a Karl Marx, esta construcción sería expresión de la miseria real y al mismo tiempo la protesta contra ella, el suspiro de la criatura agobiada y el alma de un mundo desalmado. «Las necesidades que mueven a los hombres a autorelativizarse en los mitos, se oponen con seguridad y en cierta medida a la libertad. El deseo de enraizamiento en el mundo organizado por el mito, tiende a la autodeterminación del orden de valores, transmitiendo y experimentando carismáticamente; se trata del deseo de trascender en el orden, que significa tratarme como

<sup>339</sup> «Balmaceda gobernó quizás con demasiada firmeza, desde el punto de vista de alguno. Fue derrocado y este fue un deseo infantil cumplido. Lo hijos, excediendo en número a su padre, lo depusieron y condujeron al suicidio, y luego, orgullosamente se hicieron cargo de la familia y la protección de sus hermanos menores y su Patria. Pero la revolución de los pequeños fracasó. Más interesados en la repartición del botín que en la defensa de la Patria y sus hijos, lucharon entre ellos y no enfrentaron su problema común. Permitieron al extranjero abusar de la Patria, dejando escapar sus recursos naturales. La entregaron a la esclavitud económica cargándola de grandes deudas externas [...] Los hijos no la pasaron mejor en las manos de sus hermanos mayores. Engañados en sus salarios por la inflación, se encontraban mal alimentados, mal alojados, mal vestidos, cruelmente explotados y sólo se les ofrecía el solaz alcohol. Tal como un adulto agobiado por sus problemas mira su pasado como una época de seguridad y tranquilidad, el pueblo chileno miró hacia su pasado colectivo para encontrar paz y un padre.» SATER, WILLIAM FREDERICK. *Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena*. En GODOY URZUA, HERNÁN. *Estructura social de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1971. Pp. 340 – 341

<sup>340</sup> *El Tamaya* 30 de julio de 1892 NAVARRETE ARAYA, MICAELA. *Op cit.*, Pág. 106

<sup>341</sup> “La resurrección de Balmaceda según las opiniones de la jente” Colección Amunátegui 288

un objeto con un ámbito fijado de propiedades, como una cosa que llena una posición dentro de una construcción dispuesta ya con anterioridad a mí, aunque fuese virtualmente. Disponiendo de una conciencia mítica, no puedo considerar la existencia propia en cada momento como comienzo absoluto; me encuentro entonces con la reducción de la propia libertad e intento adoptar un punto de vista, desde el que yo mismo sea completamente visible.»<sup>342</sup> El mundo que me rodea, sobre el cual parezco no tener injerencia, caótico e incierto se vuelve conocido, aprehensible y seguro. Nada resulta al azar, si la situación actual es deficiente se debe a la caída de Balmaceda, sin él el mundo desfallece. La libertad genera necesariamente angustia, no se sabe cómo proceder en un ambiente hostil, desconocido. En cambio el mito concibe el mundo de manera clara y segura.

Lo anterior no quiere decir que con el inexorable avance de la crítica racional y de las técnicas científicas, se eliminen para siempre los mitos de la faz de la Tierra, como lo postulaba Sigmund Freud o Karl Marx. El mito “vivifica” la imaginación histórica y estructura las concepciones propias de la historia. «En todas las épocas e incidentes históricos se ven enfrentados los grandes regimenes antinómicos de la imagen [...] la historia no explica el contenido mental arquetípico, ya que la propia historia es del dominio de lo imaginario. Y sobre todo en cada fase histórica la imaginación está presente por completo, en una doble y antagónica motivación: pedagogía de la imitación, del imperialismo de las imágenes y arquetipos tolerados por el ambiente social, pero también fantasías adversas de la rebelión debidas a la representación de tal o cual régimen de la imagen por el medio y el momento históricos.»<sup>343</sup>

La figura de Balmaceda, la que en primera instancia era concebida como diabólica, traicionera, vanidosa y sedienta de poder (imagen funcional a los objetivos de sus críticos y opositores) dio paso a una figura gallarda, consecuente y heroica. Para que el mito sea significativo, debe responder a modelos eficaces a la hora de dar satisfacción a las necesidades más elementales del ser humano, a arquetipos del inconsciente colectivo. Y según el investigador Carl Jung, uno de los principales arquetipos es la del héroe. «Los héroes tienen en común el hecho de ser transgresores, de encaminar sus acciones a traspasar el umbral de lo prohibido, de ir más allá de los límites impuestos por la sociedad; participan también de la circunstancia promisorio de estar regidos por la ilusión – por lo general de naturaleza utópica – de querer ordenar un mundo desarmónico y lanzarse para ello – en todos los casos de manera absolutamente convencida – a una aventura que en el fondo constituye un viaje hacia lo ignoto.»<sup>344</sup> Balmaceda claramente corresponde a este perfil:

***Cual la religión tiene sus héroes Que inmortaliza con su fé sublime, Así, víctima ilustre, Altivo redentor del pueblo en Chile, La Democracia fuerte Tu veneranda imájen hoy saluda! A tí, ¡oh gran chileno! Que tuviste un Calvario como Cristo Porque arrojaste, como aquél del templo, Del seno del Gobierno a los banqueros, Odiados oligarcas i usureros; A tí, gran estadista, Que liberales***

---

<sup>342</sup> KOLKOWSKI, LESZEK. *La presencia del Mito*. Ediciones Cátedra S.A., Madrid, 1999. Pág. 29

<sup>343</sup> DURAND, GILBERT. *Las estructuras antropológicas del imaginario*. Fondo de cultura económica, México DF., 1992. Pág. 398

<sup>344</sup> BAUZÁ, HUGO FRANCISCO. *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 1998. Pág. 5

***leyes nos legaste, Hoy el pueblo oprimido te reclama I gran benefactor hoy te proclama.***<sup>345</sup>

Joseph Campbell en su obra *El héroe de las mil caras*, establece que éste simboliza nuestra habilidad para controlar al animal irracional, el hombre que se ha vencido a sí mismo, sometiendo las pulsiones instintivas y egoístas; «El héroe, por lo tanto, es el hombre o la mujer que ha sido capaz de combatir y triunfar sobre sus limitaciones históricas personales y locales y ha alcanzado las formas humanas generales, válidas y normales. De esta manera las visiones, las ideas y las inspiraciones surgen prístinas de las fuentes primarias de la vida y del pensamiento humano. De aquí su elocuencia, no de la sociedad y de la psique presentes y en estado de desintegración, sino de la fuente inagotable a través de la cual la sociedad ha de renacer.»<sup>346</sup> Una vez liberto interiormente, se pone al servicio de los demás, llegando incluso a inmolarse, «un héroe es alguien que ha dado su vida por algo más grande que él mismo.»<sup>347</sup>

***Mártir sublime de una causa santa, Ante tu fosa, triste peregrino, Transido de dolor, la frente inclino I prorrumpo en jendidos mi garganta. En el mustio ciprés el ave canta Por ti implorando al Hacedor Divino, Quien te impuso al nacer tan cruel destino, Que al hombre débil recordarlo espanta. Impávido aceptaste el sacrificio I en aras de la Patria te inmolaste Defendiendo sus fueros y derechos. De tu virtud probada triunfo el vicio... Saqueados, perseguidos nos dejaste; Mas, viva tu fé en los ardientes pechos.***<sup>348</sup>

Para que el héroe perviva en el imaginario popular es preciso que sea trasgresor, pretendiendo sobrepasar los límites del marco socio-cultural en el que la historia trata de encasillarlo, debe luchar; un héroe es quien sabe decir que no. Esta constante oposición lo lleva al inexorable fracaso y a la muerte de forma prematura; «antes de que el tiempo haya podido desdibujar su fisonomía y sin que su fuerza haya podido marchitarse. Incluso cabe referir que cuanto más trágica y dolorosa es su muerte, más se agiganta su perfil heroico. Al morir joven el héroe se marcha de este mundo, sin que hayan podido opacarse sus ideales que, por otra parte, son también los de sus seguidores, admiradores y acólitos.»<sup>349</sup> Una vez muerto Balmaceda, persiguiendo su ideal, sus admiradores se lanzan a la tarea de predicar su palabra y limpiar su imagen:

***«Los bardos avanzan después, i, adoptando el lenguaje de los profetas, vaticinan la vida eterna de que ha de gozar la memoria del Cristo chileno. Sus trovadores se complacen entónces en invocar a los númenes que presiden los destinos de ultra – tumba. La inmortalidad está ya conseguida. Falta la reivindicación histórica i moral: es decir, falta llevar a la conciencia pública el convencimiento de que Balmaceda no fué un tirano, ni un verdugo, ni un loco, ni un sér que pretendió anteponer su personalidad a la suerte del pueblo i patria. En esta parte se fustiga con acento airado la maldad de los que llevaron su furor i su impotencia hasta los límites mas extremos de la calumnia i de la diatriba. Esa***

<sup>345</sup> FIGUEROA, VIRJILIO. *Op cit.*, Pág. 37

<sup>346</sup> CAMPBELL, JOSEPH. *El héroe de las mil caras*. Fondo de cultura económica, México, 1972. Pág. 26

<sup>347</sup> *Ibid.* Pág. 179

<sup>348</sup> *Poncio Pilatos 19 de septiembre de 1893*

<sup>349</sup> BAUZÁ, HUGO FRANCISCO. *Op cit.*, Pág. 171

*parte refleja un período de batalla incesante, de propaganda heroica. Tiene ciertas analogías con la época de fierro porque tuvieron que atravesar los apóstoles del cristianismo para poder pasear por todas partes el lábaro del Evangelio. Cada acento, cada palabra, cada estrofa, es ahí un ariete demolidor de la ciudadela en que se guarecieron los victimarios del Gran Estadista Chileno, después de haber consumado su obra nefanda.»<sup>350</sup>*



Esta “lucha por la memoria” logró su mayor victoria el día 29 de noviembre de 1896, cuando los restos del malogrado mandatario fueron trasladados desde la tumba anónima en que fue sepultado en día de su suicidio hasta una Mausoleo en el Cementerio General:

**«El pueblo ha rendido ayer tributo de admiración i de gloria al apóstol sublime que interpretó sus ideales, que luchó por su grandeza i se sacrificó por su libertad. La manifestación de ayer es uno de los hechos culminantes en la historia de los pueblos, uno de esos hechos que resume una época i que encierra en sí todas las conquistas, todos los progresos, todas las múltiples enerjías de una jeneracion. Aquello fué un vértigo patriótico, una esplosion gigantesca del sentimiento popular, una verdadera i augusta glorificación pública. Santiago no había presenciado jamás una manifestación social como la tributada en homenaje a la memoria del mejor i mas grande de los Presidentes de Chile. Esa grandiosa demostración de civismo chileno, no es ostentación ni el despliegue de fuerzas de una partido determinado, sino que constituye las preliminares de la apoteosis que se hace a un majistrado que ofrendó su vida en aras de la mas noble de las causas: la causa del pueblo. En esa obra de reparación histórica han tomado parte todos los ciudadanos, sean nacionales o extranjeros que han**

<sup>350</sup> FIGUEROA, VIRJILIO. *Op cit.*, Pp. 8 – 9

***alcanzado a comprender la obra de redención i de democracia legada a la patria i a la humanidad por el mas audaz i profundo reformador de nuestros tiempos. La ingratitud, tan fecunda en el corazón de algunos países, no ha conseguido en esta ocasión avasallar las voluntades. Hombres i mujeres, jóvenes i viejos, pobres i ricos, paisanos i militares, santiaguinos i provincianos, chilenos e hijos de otras naciones, todos movidos por un esfuerzo común, se han asociado i reunido en íntimo consorcio para demostrar su gratitud a es espíritu inmortal “que con todos sus mejores afectos está siempre al lado de los suyos”.***<sup>351</sup>

Según los testimonios de la época, la imagen de Santiago era impresionante. Desde distintas comunas de la capital los balmacedistas se volcaron para participar en el desfile que reunió a miles de personas. Los directores del Partido Liberal Democrático hicieron un llamado a participar en la ceremonia a todos quienes compartieran el ideal del Presidente Mártir<sup>352</sup>. «La organización incluía una convocatoria a las diez comunas urbanas de Santiago, desde donde marcharían al cementerio. En el tránsito por la Alameda las delegaciones eran encabezados por miembros del antiguo Ejército, de la Armada y de la Guardia Nacional, obviamente los que habían permanecido leales a Balmaceda en 1891 [...] Junto a ellos desfilaban tres bandas de músicos que alentaban a los presentes y tocaban piezas alusivas al acto.»<sup>353</sup> El centro de la ceremonia se encontraba en la carroza mortuoria que trasladaba los restos del mártir hasta el mausoleo familiar, proceso de tardo dos horas. Posteriormente comenzaron los discursos, los cuales fueron pronunciados entre otros por Julio Bañados Espinosa, Enrique Salvador Sanfuentes y Adolfo Eastman. El enorme apoyo popular demostrado en esta manifestación demostraba el enorme afecto que generaba la figura de Balmaceda. El Presidente suicida había logrado su acometido, la inmortalidad.

<sup>351</sup> *Balmaceda, su apoteosis. Corona Fúnebre. Santiago de Chile, Imprenta i encuadernación Barcelona, 1896. Pp. 59 – 60*

<sup>352</sup> «I hai que tener en cuenta que la manifestación fué eminentemente popular. Su esplendor material se debe a erogaciones voluntarias del pueblo, así de Santiago como de provincias. El oficialismo, sordo a las exigencias de la opinión, no prestó su concurso para solemnizar la parada. I a la verdad que no se necesitaba: ¡Balmaceda no quiere mas que el homenaje de sus correligionarios! El pueblo se basta para la deificación de sus héroes. Acaso ningún otro país de la América latina pueda enorgullecerse de haber improvisado, en tan corto espacio de tiempo, un ejército popular como el que desfiló ante el sarcófago del gran ciudadano. No todas las nacionalidades tienen la generosidad de cubrir con lápida de oro el nombre de los mártires, redentores i jenios de su historia. Esa fortuna está reservada a los pueblos que conservan incólume la vitalidad de su patriotismo o las energías titánicas de su orjén.» *Ibid.* Pp. 61 – 62

<sup>353</sup> SAN FRANCISCO, ALEJANDRO. *La Apoteosis de Balmaceda. Desde la tumba solitaria a la Gloria.* En McEVOY, CARMEN. *Funerales republicanos en América del sur: Tradición, ritual y nación 1832 – 1896.* Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2006. Pág. 198



**LA BALMACEDISTA (ZAMACUECA) I Son tus ojos dos estrellas Que relucen en el cielo I en tu sonrisa de cristal En que mi dicha yo creo. Balmaceda no ha muerto, Yo te lo digo, Prenda del alma mía, Que está mui vivo. Que está mui vivo, sí, Quien lo creyera, Que ha de volver triunfante Con su bandera. II Los que hoi oprimen al pueblo Son tiranos i mandones, Que quieren enriquecerse Sacando contribuciones. El pobre i el obrero Con su trabajo, Engordan a los ricos I a otros bellacos I a otros bellacos, sí. I es muy ciertito, Mal que le pese a Montes I a Condorito.<sup>354</sup> III El pueblo se muere de hambre Pues no tiene que comer, I a ellos no le importa Ver al pobre perecer. Con leyes y decretos, Quieren ahogarlo Pasar por el aro, I estrangularlo. I estrangularlo, sí, I es la verdad, Que encadenada jime La libertad. IV De los que ayer fueron libres Se titulan redentores, I con la punta del pié Contestan a sus clamores. Ellos a Balmaceda Lllaman tirano, Porque dijo a los pobres “Sois mis hermanos”. Sois mis hermanos, sí, Sin distinción, Aunque cueste mi vida Tu redención.<sup>355</sup>**

<sup>354</sup> Apodo del liberal antibalmacedista y canciller del gobierno revolucionario de 1891 Isidoro Errázuriz. El tal Montes no ha podido ser identificado.

<sup>355</sup> FIGUEROA, VIRJILIO. Op cit., Pp. 88 – 89

# EPÍLOGO

La figura de José Manuel Balmaceda fue rápidamente incorporada al imaginario colectivo como un héroe popular: su ardua labor en aras del progreso material y educativo del país, la traición de la que fue parte a manos de la Armada y el Congreso<sup>356</sup>, y su trágico final, llevado a cabo por su propia mano en un acto de suprema consecuencia y amorosa entrega en favor de la República, le dieron un inusitado cariz mítico. Tal como es posible apreciar en la siguiente cueca, registrada por el folclorista Rolando Alarcón en un matrimonio de mineros al interior de la región de Coquimbo:

***Mi vida, gloria eter..., gloria eterna al gran patriota, mi vida, víctima, víctima de una traición. Mi vida, y al ilú..., y al ilustre Balmaceda, mi vida, por su no..., por su noble corazón. Mi vida, gloria eter..., gloria eterna al gran patriota. Es imposible que haya, mi vida, alguien que pueda igualar en sus hechos, mi vida, a Balmaceda. A Balmaceda, ay sí, mi vida, siempre la historia recordará sus hechos, mi vida, y su memoria. Seré mientras yo exista, mi vida, balmacedista.***

La incesante preocupación por parte de su Gobierno por el bienestar de la población, en contraposición con los gobiernos posteriores, pronunció aun más la imagen del mandatario. Sin él la sociedad se sumía en el caos, el desconsuelo y la muerte. Lo que en última instancia demostraba su necesidad, trascendencia y poder. El estado de decepción ante las promesas incumplidas y la apremiante situación de carestía, tuvieron un poderoso efecto, borrando de la memoria colectiva los abusos y faltas que habían conducido a la sociedad a alzarse en contra de Balmaceda. El hambre y la impotencia sepultaron el recuerdo de los “pecados” efectuados por su Gobierno (la inmigración, la leva forzosa y los azotes). En un primer momento, este culto era completamente extra-sistémico, contrario a los preceptos “oficiales”, quienes aún se regocijaban de su triunfo, tal como lo demuestra la siguiente medalla conmemorativa:

<sup>356</sup> En la conciencia ético-religiosa popular, la traición constituye uno de los pecados más alevosos que pueden haber. Traicionar la confianza de un ser querido es un evidente signo de conducta “diabólica”, propia del Anticristo y de los judíos y específicamente de Judas Iscariote.



Cómo ya fue expuesto con anterioridad, las construcciones imaginarias pueden poseer dos motivaciones, una opresiva, y otra que, «por el contrario, bosqueje una rebelión, una oposición dialéctica que, en el seno del totalitarismo de un régimen imaginario concreto, suscita los símbolos antagónicos.»<sup>357</sup> El culto a la figura de José Manuel Balmaceda surge como crítica ante el estado de indefensión, es un clamor por esperanza y protección. La imagen presidencial de éste – tan cultivada durante su mandato – se transforma en un poderoso icono. Un icono que evoca una red de complejos sentimientos, fruto de la inseguridad y la de desprotección, lo que a su vez genera la necesidad de resguardo. Si bien el amparo ofrecido por José Manuel Balmaceda era una protección gubernamental, una preocupación por parte de Estado en ofrecer trabajo y educación, al ser sublimada la imagen del mandatario, se transforma en un protector para todas las aéreas de la existencia. Esto explica los rayados en su tumba. Joaquín Edwards Bello, en su libro "Crónicas", dice al respecto: «Personas de diversas categorías, generalmente humildes, le piden favores. Siempre está cubierta de peticiones o mandas. Un estudiante le suplica que le ayude a salir bien en los exámenes. Otro le solicita ayuda para que lo quiera una chiquilla llamada Estela. La obrera María S. le pide que libre a su marido del alcoholismo. La tumba de Balmaceda se parece a las 'animitas' de extramuros»<sup>358</sup>. Los estudiantes acuden en romería cada año para escribir con lápiz sobre las lozas sus distintas rogativas y a pesar de que la administración del Cementerio General cada año borra los escritos, cada año aparecen nuevos pedidos (Ver anexo):

***San Balmaceda ¡Haz que me vaya bien en los exámenes! Pedro Pascual González, del II año medio. San Balmaceda, luz de Chile: ¡Por favor! Que no me rajen en inglés ni en matemáticas. Ana María Astudillo, tu servidora de siempre. Quiero ser médico, San Balmaceda, y sé que voy a serlo gracias a ti. Es lo que llena de gratitud mi corazón. Miguel Henríquez Morales. Precioso San Balmaceda, que estás en los cielos: ¡Sólo te pido que mi marido deje el trago! Elena del***

<sup>357</sup> DURAND, GILBERT. *Op cit.*, Pág. 395

<sup>358</sup> Citado en MÜLLER, KAREN. *Muertos ilustres en el corazón del pueblo*. En <http://www.oresteplath.cl/antologia/animita6.html#nota>, última revisión: 06 / 12 / 08

**Carmen Espinoza. Balmaceda lindo: el Manuel se fue con otra como yo. ¡Sácalo de allí, San Balmaceda, por la salvación de mi alma! Es mejor que se case con una mujer honesta, como lo merece.**

“San Balmaceda” representa la necesidad de protección, el refugio ante la incertidumbre. A fin de cuentas, ese es el origen de los símbolos: «La misión del símbolo no es “impedir” que una idea alcance la conciencia clara, sino que más bien resulta de la imposibilidad de la conciencia semiológica, del signo, de expresar la parte de felicidad o angustia experimentada por la conciencia total frente a la ineluctable instancia de la temporalidad».<sup>359</sup> La imagen de Balmaceda como mito popular trasciende con creces al Balmaceda histórico, su figura gallarda y soberbia, no representa un presidente entre otros, simboliza mucho más. Un símbolo se define como «un signo cuyo significado es cierto es cierto signo de otra serie o de otro lenguaje [...] La más habitual idea del símbolo está ligada a la idea de cierto contenido que, a su vez, sirve de plano de expresión para otro contenido, por lo regular más valioso culturalmente.»<sup>360</sup>

Claramente la devoción popular de la cual era objeto su cuerpo, su recuerdo, alcanzó tales proporciones que en un espacio más bien breve de tiempo pasó de ser un culto subversivo (ubicado en la periferia del universo simbólico) a uno oficialmente aceptado; pasando a formar parte del panteón de héroes nacionales. Balmaceda se había transformado en más que un presidente, era un icono, un símbolo. Y si hay algo que identifica a los símbolos es su «carácter indefinido en la relación entre el texto-expresión y el texto-contenido.»<sup>361</sup> El rostro de Balmaceda, su figura presidencial, evocaba demasiados sentimientos en la población, tantos que su figura podía ser “utilizado” por distintos grupos, como medio de legitimación de su accionar.

Un caso emblemático de aquello es la formación del Partido Liberal – Democrático o balmacedista. Los liberales vencidos en la Revolución de 1891, luego del exilio, se organizaron en la ciudad de Talca en noviembre el año 1893, formando un nuevo partido que pretendía interpretar el credo presidencialista de José Manuel Balmaceda. Así lo aclaraban en su programa político:

**«El sistema parlamentario, en la condición excepcional y extraña en que se ha implantado y funciona actualmente, no cabe dentro de ninguna de las formas de Gobierno aceptadas por el derecho público moderno y es absolutamente incompatible con el régimen republicano consagrado en nuestra Carta Fundamental. Así, pues, debe propenderse a la implantación del sistema representativo presidencial, que es el ideal republicano, en tanto cuanto lo permitan nuestros hábitos y condiciones peculiares.»<sup>362</sup>**

Durante la apoteosis de Balmaceda, el Partido – quien fue el organizador de dicha ceremonia – pudo comprobar el enorme apoyo popular con que contaba el presidente, apoyo que también recaía sobre ellos como herederos del ideario balmacedista. Esto transformó al Liberal Democrático en el partido mayoritario y durante casi treinta años ejercieron decisiva influencia en la vida política. Si bien en sus inicios se intentó hacer realidad el proyecto político de Balmaceda, al poco tiempo terminaron por asimilarse al

<sup>359</sup> DURAND, GILBERT. *Op cit.*, Pp. 400 – 401

<sup>360</sup> LOTMAN, IURI. *La Semioesfera. Semiótica de la cultura y del texto*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1996. Pp. 143 – 144

<sup>361</sup> *Ibid.* 146

<sup>362</sup> *Gran Convención del Partido Liberal Democrático. Imprenta Franco-Chilena, Santiago de Chile, 1894. Pág. 67*

sistema parlamentario. El partido balmacedista es quien mejor expresa las fuerzas políticas de la época; sin ninguna orientación política más que permanecer en el poder mediante complejas coaliciones ya fuese con los conservadores o hasta los demócratas según las circunstancias lo impusieran:

**«En un comienzo los integrantes del partido eran, en su mayoría, elementos burocráticos que pertenecían a la baja y mediana burguesía; pero al poco tiempo el partido se aristocratizaba completamente y bajo la dirección de Juan Luis Sanfuentes no acusa diferencia social alguna con los conservadores o con los liberales. Igual como estos grupos políticos representa a la alta burguesía y a los matices del liberalismo individualista que derrotó a Balmaceda en Concón y Placilla. Habían desaparecido absolutamente todas las diferencias entre liberales y liberales democráticos. Las ideas presidencialistas pasaron a tener a los ojos de todos los liberales democráticos el valor de un símbolo más que de una meta política concreta. Nadie creía en la bondad de este régimen [...] Al presidente del balmacedismo no le preocupaban los principios, ni los medios. Esencialmente realista, se movía con gran destreza en distintas direcciones para concretar la combinación política que le indicaban las circunstancias y su interés personal.»<sup>363</sup>**

La única diferencia que existía entre los balmacedistas y el resto de los partidos políticos – diferencia que los convirtió en el principal partido del parlamentarismo – fue que los primeros estuvieron en el gobierno de Balmaceda, lo apoyaron y sufrieron persecución y exilio por ello. No importaba haber traicionado el proyecto político de Balmaceda, lo fundamental era su apoyo “moral” y constante cuidado de su recuerdo, con monumentos u otros símbolos que trajesen a la memoria al presidente mártir. La utilización política de Balmaceda, como elemento de legitimación por parte de los liberales democráticos demuestra el peso que tenía la figura del mandatario. Su imagen, su recuerdo era mucho más poderoso que su traicionado proyecto político.

El sistema político impuesto posterior a la caída de Balmaceda colapsó en la segunda década del siglo XX con el estallido de lo que se ha llamado comúnmente “la cuestión social”. La cuestión social surge en Chile alrededor de la década de 1880, acrecentándose profundamente en las cuatro décadas siguientes. Ésta se refiere, en primera instancia, a todas las consecuencias sociales, laborales e ideológicas de la incipiente urbanización e industrialización de la cual fue parte un importante sector del país. Esto implica el surgimiento de una nueva fuerza de trabajo dependiente de salarios, la aparición de problemas cada vez más complejos y cuya solución era imperiosa como la situación de la vivienda obrera, la atención médica, la educación y salubridad pública, legislación laboral, entre muchas otras; lo anterior, ante la inoperancia del Gobierno decantó en la conformación de organizaciones destinadas a defender los intereses de las nuevas clases trabajadoras. No obstante, en un sentido más amplio, el concepto de “cuestión social” (que no es original de Chile, sino que como concepción se origina entre los intelectuales y reformistas europeos) posee una connotación histórica primordial, como un periodo de particular tensión social, protesta obrera y efervescencia intelectual.

La actitud tomada por el gobierno parlamentario fue de negación de tal crisis, la miró con indiferencia y por ende no legisló al respecto; diversos grupos ciudadanos se

---

<sup>363</sup> HEISE GONZÁLEZ, JULIO. *Op cit.*, Pp. 333 – 334

movilizaron «para ‘regenerar’ la política desde la propia base civil»<sup>364</sup>. Esto fue lo que propugnó la Liga de Acción Cívica encabezada por Roberto Huneeus, la Federación Obrera guiada por Luis Emilio Recabarren, las Ligas de Arrendatarios (formada por los conventilleros), las asociaciones de profesores, los grupos anarquistas pertenecientes a la IWW (por supuesto que ellos más que reformular el Estado pretendían acabar con él), los ingenieros del Departamento de Obras Públicas del Estado, industriales y agricultores pertenecientes a la SOFOFA, diversos grupos de profesionales de clase media, los estudiantes universitarios (por medio de la FECH y su revista *Claridad*), la oficialidad joven del Ejército, entre otros grupos. Esta movilización ciudadana pretendía reemplazar a la oligarquía, la cual se había dedicado a usufructuar descaradamente del Estado a costa del resto de la población y replantear las bases y la labor del Gobierno. «Las protestas nacionales (las ‘marchas del hambre’) desnudaron la ‘crisis de representación’ de la clase política, y la ‘crisis de legitimidad’ del Estado. De hecho, esas marchas inauguraron una nueva coyuntura constituyente. Una nueva fase de construcción estatal.»<sup>365</sup>

Representantes de esta crítica al sistema parlamentario, y por ende a la oligarquía que la sustentaba, fueron los dos principales caudillos de la década del 20': Arturo Alessandri Palma y Carlos Ibáñez del Campo. Y ambos, recurrieron a un poderoso símbolo arraigado profundamente en el alma del pueblo chileno: José Manuel Balmaceda. Esta utilización no resultaba arbitraria, Balmaceda había sido derrotado por una confabulación de la elite, la cual impuso un espurio sistema político que no se preocupaba por las necesidades de la gran masa de ciudadanos.

El caso de Alessandri resulta particularmente paradójico, ya que a pesar de su corta edad actuó como un ferviente opositor al gobierno de Balmaceda, escribiendo para un periódico clandestino llamado *La Justicia*. Cuando fue sorprendido repartiendo éstos, fue apresado y llevado a la cárcel para ser torturado, tortura de la cual se eximió gracias a la intervención de Julio Bañados Espinosa, quien personalmente fue a liberarlo. Reflexiones posteriores, le condujeron a arrepentirse de su accionar y ensalzar la figura del presidente suicida<sup>366</sup>: «Después del sacrificio pensé también con mucha tristeza en las bondades y atenciones que aquel hombre me había dispensado en sus horas de grandeza y que yo había olvidado, momentáneamente extraviado y vencido por la pasión del ambiente. Germinó y cada día adquirió en mí mayor fuerza el convencimiento que era indispensable borrar los desgarramientos producidos en la familia chilena por la revolución del 91. Pensando, estudiando, meditando con tranquilidad los antecedentes que la produjeron, me convencí que, como ya dije y lo repito, la revolución contra Balmaceda fue injusta y lo hizo víctima de una evolución histórica que hizo crisis. Por esta razón fui uno de los primeros en iniciar la reacción reparadora a favor del mártir que ofrendó su vida en holocausto a sus grandes ideales de bien público, como él los entendió y comprendió.»<sup>367</sup> No sólo fue injusta, para peor, la revolución no produjo ningún beneficio al país, todo lo contrario:

**«Los triunfadores no supieron reglamentar la victoria. El parlamentarismo que sirvió de bandera degeneró en una verdadera bacanal que llevó la desorganización absoluta a todos los servicios públicos. El voto de censura, que tomó carta de ciudadanía, sin ninguna regla ni medida restrictiva; la falta**

<sup>364</sup> SALAZAR, GABRIEL & PINTO, JULIO. *Historia contemporánea de Chile I: Estado...* Op cit., Pág. 40

<sup>365</sup> *Ibid.* Pág. 41

<sup>366</sup> «Balmaceda tenía mucho talento, un gran corazón; y era bondadoso, conciliador» ALESSANDRI, ARTURO. *Revolución de 1891. Mi actuación*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1950. Pág. 35

<sup>367</sup> *Ibid.* Pp. 166 – 167

**de clausura de los debates; la impotencia del ejecutivo para exigir resoluciones o pronunciamientos sobre sus proyectos o leyes necesarias para conocer la voluntad de la mayoría, base del régimen democrático, entronizaron la más absoluta y despótica dictadura del Congreso. La responsabilidad legal del Presidente de la República existía; pero, en el hecho, se convirtió en un simple esclavo del Congreso, ante quien tenía que ceder urgido por la necesidad de gobernar, ya que si no obedecía sus órdenes caía en las garras de la censura y quedaba sin ministros [...] Hay que sumar también a ella los diez mil muertos, los cien millones de pesos gastados, la paralización de muchas obras públicas y detención del progreso material en que el país se encontraba empeñado. En resumen, aquella inmensa catástrofe social produjo grandes daños al país; ninguna ventaja apreciable y que no hubiera podido alcanzarse por otro camino menos doloroso. Fué una fatalidad histórica, cuyos efectos desastrosos gravitan todavía y pesan sobre el país.»<sup>368</sup>**

El General Carlos Ibáñez del Campo, pertenecía a la oficialidad joven del Ejército, la que se encontraba sumamente descontenta con el régimen parlamentario ante el descuido de éste de dotarlos de mejores sueldos y los continuos retrasos en su pago. Además reclamaban una ley de retiros y ascensos clara, ya que normalmente era sumamente rígida, pero cuando intervenía un político se volvía intensamente flexible. Para él, el origen de todos los problemas de la nación era la elite y su forma de gobierno:

**« [...] el parlamentarismo en Chile, como sistema de gobierno, resultó estéril. Se reducía a interminables discursos sobre asuntos partidistas. Faltaba el propósito de abordar problemas que significaran progreso nacional, que es lo que hace que un país marche. Además, no se guardaban siquiera las formas, lo que causaba desmoralización en el ambiente. Los parlamentarios intervenían en negocios y realizaban gestiones totalmente incompatibles con la representación que investían. Y cuando los Ministros no atendían sus influencias, los amenazaban con votos de censura. Siempre he considerado inmoral, que intervengan en política los abogados o representantes de intereses extranjeros. No pueden tener independencia. La clase media, formada por profesionales y gente de trabajo, no tenía acceso al poder, porque todos los Ministros procedían de un restringido círculo social.»<sup>369</sup>**

Ibáñez del Campo consideraba que la única forma de lograr el desarrollo nacional era por medio del progreso material, por lo que se consideraba así mismo el continuador natural de la obra de José Manuel Balmaceda: «siempre he tenido un espíritu progresista. Me agrada lo nuevo. Sostengo que, dentro del orden, puede lograrse mejor el avance social. A mi juicio, la Derecha tiene un gran pecado. En general, se opone a reducir las diferencias de clases. Quiere detener la evolución. Ud. sabe lo que ocurrió a Balmaceda. Yo lo considero como uno de los más grandes gobernantes del país. ¿O no piensa Ud. así? Admiro su obra. ¡Qué espíritu de progreso! Pero los intereses económicos frustraron su acción. ¡Y de qué manera se le combatió! En su caída, fueron personajes con apellidos tradicionales, “gente de buena familia”, los que señalaban las casas de los balmacedistas

<sup>368</sup> *Ibíd.* Pp. 175, 176 y 177

<sup>369</sup> CORREA PRIETO, LUIS. *El Presidente Ibáñez. La política y los políticos.* Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1962. Pág.

a las turbas.»<sup>370</sup> Cuando Carlos Ibáñez del Campo asumió la presidencia en el año 1927, fue investido por uno de los hijos de Balmaceda, Enrique, con la banda presidencial que usó su padre en la propia toma del mando. «Balmaceda se la había confiado a su hijo para que éste se la entregara al futuro mandatario de Chile “que mereciera usarla como continuador de su programa y regenerador del gran plan que él veía para el futuro...”<sup>371</sup> Ibáñez concibió un vasto plan de obras públicas; realización de caminos, alcantarillas, agua potable, pavimentación, etc. En palabras del mismo, su primer gobierno fue «sin duda un salto adelante, pero dentro del orden. Quedaron para el país muchas realizaciones sociales y efectivo progreso material. En aquel periodo se ajustó la máquina administrativa. Sí. Un avance social sin agitación callejera inútil. Sin duda que la preocupación principal del Gobierno durante el periodo comprendido entre los años 1927 y 1931 fue la defensa de las ideas políticas y sociales renovadoras de la revolución militar. La asistencia social sería función preferente del Estado. Además, por supuesto, la consolidación del régimen presidencial establecido en la Constitución de 1925. Trabajamos lealmente por la obra de D. Arturo Alessandri, defendiéndola de sus propios ataques.»<sup>372</sup> Ibáñez también consideraba que su derrocamiento se había producido, por un lado por los perjudiciales efectos de la gran crisis económica de 1929 y por otro por la influencia de «los grupos tradicionales no se conformaron jamás con perder su influencia. Buscaban la restauración del “buen Gobierno”. Así lo llaman ellos cuando el mando público está en manos de gente conocida, de apellidos históricos.»<sup>373</sup> O sea los mismos enemigos de Presidente mártir. Durante su segunda administración (1952 – 1958) se inaugura el mayor monumento a Balmaceda existente, una colosal estatua diseñada por Samuel Román en 1955, a cuyos pies reza la siguiente leyenda: “La Patria a Balmaceda. Porque la amó sobre todas las cosas de la vida”. (Ver anexo)

La caída del malogrado mandatario constituye un punto crucial en la interpretación del pasado histórico de Chile; la guerra civil y el derrocamiento de Balmaceda explican todos los fenómenos posteriores. Los problemas se acentúan con el suicidio del presidente; el mito de Balmaceda sirve como explicación cabal del presente. La función del mito como «conocimiento que el hombre adquiere de sí mismo y de su entorno»<sup>374</sup> es clarísima en este caso. Pero, así como el mito no sólo explica, sino que su rol primordial es formular «el modelo perfecto de todo ser en el mundo. De tal suerte, la tarea del hombre consiste en volver a representar el comportamiento ejemplar de los héroes míticos»<sup>375</sup>, Balmaceda – o su ausencia – se transforma no sólo en la razón del presente caos social, político e institucional; sino que en un paradigma a seguir, un modelo para enfrentar el porvenir.

A partir del triunfo del Frente Popular de la mano de Pedro Aguirre Cerda, el Estado modifica potencialmente su rol económico. Se parte de la premisa de que el subdesarrollo en el cual se ve sumido el país se debe a la dependencia de manufacturas de las naciones del primer mundo de que somos objeto, lo que producía una enorme fuga de divisas. Si

<sup>370</sup> *Ibid.* Pp. 65 – 66

<sup>371</sup> BLAKEMORE, HAROLD. *Op cit.*, Pág. 260

<sup>372</sup> CORREA PRIETO, LUIS. *Op cit.*, Pp. 149 – 150

<sup>373</sup> *Ibid.* Pág. 152

<sup>374</sup> GUSDORF, GEORGES. *Op cit.*, Pág. 13

<sup>375</sup> *Ibid.* Pág. 29

Chile aspiraba a ser una nación desarrollada debía necesariamente industrializarse<sup>376</sup>. El aumento de la demanda agregada por medio de la mayor impresión de dinero, demanda que debía estimular la producción industrial sólo provocó inflación. Era evidente que algo no estaba saliendo bien. En la década de los 60's se llegó a la conclusión de que la postergación en el desarrollo nacional se debía a que las principales riquezas naturales seguían siendo explotadas por naciones imperialistas, principalmente el cobre. Nuevamente surge la figura de Balmaceda como un ejemplo a imitar, su "lucha" en contra del imperialismo británico (imperialismo representado por el especulador Douglas North) había mostrado el camino a seguir<sup>377</sup>.

***Mr. North ha llegado de Londres. Es un magnate del nitrato. Antes trabajó en la pampa, De jornalero, algún tiempo, Pero se dio cuenta y se fue. Ahora vuelve envuelto en libras. Trae dos caballitos árabes Y una pequeña locomotora Toda de oro. Son regalos Para el Presidente, un tal José Manuel Balmaceda. "You are very clever, Mr. North" El Presidente regresó hace poco Del desolado Norte salitroso, Allí dijo: "Esta tierra, esta riqueza Será de Chile, esta materia blanca Convertiré en escuelas, en caminos, En pan para mi pueblo". Su noble rostro no sonríe. La cabeza, de pálida apostura, Tiene la antigua calidad de un muerto, De un viejo antepasado de la patria. Todo su ser es examen solemne. Algo inquieta como una racha fría, Su paz, su movimiento pensativo. Rechazó los caballos, la maquinita de oro De Mr. North. Los alejó sin verlos Hacia su dueño, el poderoso gringo. Movié apenas la desdeñosa mano. "Ahora. Mr. North, no puedo Entregarle estas concesiones, No puedo amarrar a mi patria A los misterios de la City". Mr. North se instala en el Club. Cien whiskies van para su mesa, Cien comidas para abogados, Para el Parlamento, champaña Para los tradicionalistas. Corren agentes hacia el Norte, Las hebras van, vienen y vuelven. Las suaves libras esterlinas Tejen como arañas doradas Una tela inglesa, legítima, Para mi pueblo, un traje sastre De sangre, pólvora y miseria. "You are very clever, Mr. North"<sup>378</sup>***

Como bien se sabe, el primer intento por capitalizar las enormes ganancias cupríferas fue llevado a cabo por el gobierno del demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva, quien "chilenizó"<sup>379</sup> el cobre. Frei era un admirador de la obra de Balmaceda, como queda consignado en el siguiente escrito: «la posición adoptada por Balmaceda y el rechazo a las proposiciones de Mr. North, representante de poderosos consorcios ingleses, debían granjearle una enconada enemidad que se tradujo en una activa propaganda de los

<sup>376</sup> Sin embargo, esta industrialización no obtuvo los resultados deseados debido a que se limitó a la producción de manufacturas (principalmente factorías privadas) y de producción de energía (industrias del Estado como CAP, ENDESA, ENAP, etc.) Pero no de maquinarias, ni de técnica, por lo que se seguía siendo dependiente de los distintos conglomerados internacionales.

<sup>377</sup> Poco importa si José Manuel Balmaceda realmente fue un líder nacionalista y estatista en el sentido que las interpretaciones marxistas o socialdemócratas se referían a él. En el primer capítulo quedo expuesto que no era así, sin embargo su influencia como símbolo era muchísimo más fuerte.

<sup>378</sup> **NERUDA, PABLO. *Canto General. Fundación Biblioteca Ayacuch, 1981. Pp. 109, 110 y 111***

<sup>379</sup> La chilenezación consistió en la adquisición por parte del estado de Chile de un porcentaje de acciones de las grandes compañías mineras norteamericanas a través de lo que se llamó "contratos ley" y luego la "nacionalización pactada" (1969) que fue el proceso ideado y encabezado por el Ministro de Minería de Frei Montalva y que culminó con la compra de la mayoría de las compañías y su control por el Estado de Chile.

medios financieros internacionales en contra de Balmaceda [...] Con el triunfo de los revolucionarios, Mr. North, que llegó a ser llamado algunos años después ‘El Rey del Salitre’, pudo dominar en nuestra industria y adquirir una inmensa fortuna.»<sup>380</sup>

No obstante, quien más recurrió al recuerdo de José Manuel Balmaceda fue Salvador Allende Gossens. Uno de los puntos centrales del programa de la Unidad Popular era la nacionalización de todas las riquezas básicas, especialmente el cobre, hecho que se consumó exitosamente con la Ley 17.450, dictada el 11 de julio de 1971. Allende solía mostrarse como un admirador de la patriótica obra de Balmaceda, tal como se puede apreciar en el discurso del 5 de diciembre de 1970 en el Estadio Nacional:

**«Venceremos, y vencimos. Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien más vence hoy con nosotros. Están aquí Lautaro y Caupolicán, hermanados en la distancia de Cuauhtémoc y Tupac Amaru. Hoy, aquí con nosotros, vence O’Higgins, que nos dio la independencia política, celebrando el paso hacia la independencia económica. Hoy, aquí con nosotros, vence Manuel Rodríguez, víctima de los que anteponen sus egoísmos de clase al progreso de la comunidad. Hoy, aquí con nosotros, vence Balmaceda, combatiente en la tarea patriótica de recuperar nuestras riquezas del capital extranjero. Hoy, aquí con nosotros, también vence Recabarren con los trabajadores organizados tras años de sacrificios.»**<sup>381</sup>

El 30 de agosto de 1971, en el Congreso de Colombia, Salvador Allende dijo lo siguiente:

**«Desde un ángulo distinto en esta lucha emancipadora, un hombre de mi tierra – que pagó con su vida el amarla tanto –, el presidente José Manuel Balmaceda, en el año 1888 planteaba ante la conciencia nacional la necesidad impostergable de preservar para Chile las riquezas básicas que estaban siendo atrapadas por el capital foráneo. Decía Balmaceda: “... porque el crédito y el capital que juegan a las especulaciones de todo género en los recintos brillantes de las grandes ciudades, se retraen y dejan al extranjero fundar bancos en Iquique; en donde la fragua del trabajo humano hace brotar una riqueza que deslumbra y abandona a los extraños la explotación de la salitrera de Tarapacá, de donde emana la savia que vivifica al mundo envejecido; y para conducirlo, para lo cual van y vienen escuadras mercantiles que no cesan de llegar y partir jamás. Y el extranjero, explota estas riquezas y toma el beneficio del valor nativo, para que vayan a dar a otros pueblos y a personas desconocidas los bienes de esta tierra, nuestros propios bienes y las riquezas que nosotros necesitamos.” Necesitamos continuar esa lucha y señalar las estructuras de poder en América Latina. Debemos luchar contra un sistema interno y externo, que limita nuestro desarrollo. Somos países**

<sup>380</sup> FREI MONTALVA, EDUARDO. *Historia de los Partidos Políticos Chilenos*. Citado en PORTALES, FELIPE. *Los Mitos de la Democracia Chilena*. Catalonia, Santiago de Chile, 2004. Pág. 126 Este fragmento contiene numerosas inexactitudes históricas, para una interpretación distinta de las relaciones Balmaceda – North ver BLAKEMORE, HAROLD. *Op cit.*,

<sup>381</sup> *Discurso de Salvador Allende en el Estadio Nacional (5 de noviembre de 1970) En <http://es.wikisource.org> última revisión: 08 / 12 / 08 Nuevamente se ve la utilización política de las figuras “heroicas” del pasado como elemento legitimador del accionar presente. Balmaceda hizo exactamente lo mismo con las de O’Higgins y Prat.*

***dependientes, con una economía retrasada y la realidad de nuestros pueblos la confrontamos dramáticamente después de más de 150 años.»***<sup>382</sup>

Allende siempre se mostró como un gran defensor de la administración Balmaceda, como en lo expone en la siguiente intervención en el Senado de la República el 4 de julio de 18956: «Soy socialista; y debo declarar, que jamás nosotros, ni siquiera en los momentos más apasionados de nuestros debates, hemos desconocido que, en el proceso y en la evolución social de Chile, intervinieron diversas fuerzas y partidos de los cuales nos separa una gran distancia en la concepción de los hechos económicos y sociales, pero que reconocemos que trabajaron por engrandecer la patria. Negar que los llamados "viejos partidos", en su época y hora, contribuyeron al progreso de Chile, es absurdo. Y pedir a los hombres de esa época y de esa hora que tuvieran una mentalidad como la nuestra sería también absurdo. Todos sabemos que, cuando se generaliza, se cae en tremendos errores. Hubo hombres del Partido Liberal que, indiscutiblemente, lucharon con un gran sentido de progreso que nosotros apreciamos. Y dentro de esos grupos políticos ha habido ciudadanos a quienes el ancho y generoso corazón del pueblo recuerda y recordará. Uno de ellos es el Presidente Balmaceda. Sin embargo, pocos hombres, a lo largo de nuestra historia pública, han sido más vilipendiados, combatidos y más deshonestamente atacados que Balmaceda. ¿Y por quiénes? ¿Y por gente de Izquierda? No, señor Presidente. ¡Por personeros de la Derecha! ¡Por los que defendían sus privilegios; por quienes, con un sentido pequeño de nuestro destino económico, estaban entregados al imperialismo inglés y defendían las granjerías del salitre; es decir, por los capataces de ese imperialismo! Y nada los detuvo, absolutamente nada; ni el ataque artero ni la calumnia soez, que alcanzaba a lo íntimo de una vida digna en su propio origen. **Por eso nosotros hemos reivindicado a Balmaceda, por su estatura de gobernante que con visión de futuro, miró por sobre las fronteras de la patria, más allá de lo transitorio y lo pequeño, para calar hondo en nuestras perspectivas. Entendió que éramos capaces de ser los artífices de nuestro futuro, en función precisamente de defender para Chile las fuentes básicas de nuestras riquezas naturales.»**

No obstante, Balmaceda no sólo era para Salvador Allende un precedente en la lucha en contra del imperialismo, sino que era un ejemplo de consecuencia. Un referente a seguir, concluyendo exitosamente lo que él había iniciado: «Y miles y miles de chilenos, sin saberlo quizás, están viviendo horas parecidas a las que la patria viviera hace 80 años cuando Balmaceda, con hondo, profundo y heroico sentido patriótico, reclamara para Chile el salitre, y quisiera para Chile la dignidad de ser un país dueño de sus riquezas. Balmaceda, acorralado y perseguido por los grupos oligárquicos, vio al país sumergido en una guerra fratricida, y puso fin a su existencia legando a los chilenos un ejemplo profundo y hondo de sentido nacional y de responsabilidad. Ochenta años no pasan en vano en ningún país. No se va a repetir lo de ayer. No habrá aquí una guerra fratricida, porque la vamos a impedir, y no habrá un Presidente que tenga que suicidarse porque no lo haré. No habrá un Presidente arrastrado al suicidio, porque el pueblo sabrá responder y tampoco habrá una guerra fratricida porque el Gobierno y el pueblo lo impedirán.»<sup>383</sup>

Karl Marx en su obra *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, analizando el surgimiento de la figura de Napoleón III, sobrino de Napoleón Bonaparte, afirma: «Hegel

<sup>382</sup> *Discurso de Salvador Allende en el congreso colombiano (30 de agosto de 1971) En <http://es.wikisource.org> última revisión: 08 / 12 / 08*

<sup>383</sup> ALLENDE, SALVADOR. *Obras Escogidas*. En PORTALES, FELIPE. *Los Mitos de la Democracia Chilena*. Catalonia, Santiago de Chile, 2004. Pp. 126 – 127

dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia

y la otra como farsa.»<sup>384</sup> En la historia reciente de Chile, este “principio” jamás se ha cumplido y si los acontecimientos han parecido repetirse, han sido para volverse más trágicos aún:

**«Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende. Es curioso que los dos provinieran del mismo medio, de la burguesía adinerada, que aquí se hace llamar aristocracia. Como hombres de principios, empeñados en engrandecer un país empequeñecido por la mediocre oligarquía, los dos fueron conducidos a la muerte de la misma manera. Balmaceda fue llevado al suicidio por resistirse a entregar la riqueza salitrera a las compañías extranjeras. Allende fue asesinado por haber nacionalizado la otra riqueza del subsuelo chileno, el cobre. En ambos casos la oligarquía chilena organizó revoluciones sangrientas. En ambos casos los militares hicieron jauría. Las compañías inglesas en la ocasión de Balmaceda, las norteamericanas en la ocasión de Allende, fomentaron y sufragaron estos movimientos militares. En ambos casos las casas de los presidentes fueron desvalijadas por órdenes de nuestros distinguidos aristócratas. Los salones de Balmaceda fueron destruidos a hachazos. La casa de Allende, gracias al progreso del mundo, fue bombardeada desde el aire por nuestros heroicos aviadores. Sin embargo, estos dos hombres fueron muy diferentes. Balmaceda fue un orador cautivante. Tenía una complexión imperiosa que lo acercaba más al mando unipersonal. Estaba seguro de la elevación de sus propósitos. En todo instante se vió rodeado de enemigos. Su superioridad sobre el medio en que vivía era tan grande, y tan grande su soledad, que concluyó por reconcentrarse en sí mismo. El pueblo que debía ayudarlo no existía como fuerza, es decir, no estaba organizado. Aquel presidente estaba condenado a conducirse como iluminado, como un soñador: un sueño de grandeza se quedó en sueño. Después de su asesinato, los rapaces mercaderes extranjeros y los parlamentarios criollos entraron en posesión del salitre: para los extranjeros, la propiedad y las concesiones; para los criollos las coimas. Recibidos los treinta dineros todo volvió a su normalidad. La sangre de unos cuantos miles de hombres del pueblo se secó pronto en los campos de batalla. Los obreros más explotados del mundo, los de las regiones del norte de Chile, no cesaron de producir inmensas cantidades de libras esterlinas para la City de Londres. Allende nunca fue un gran orador. Y como estadista era un gobernante que consultaba todas sus medidas. Fue el antidictador, el demócrata principista hasta en los menores detalles. Le tocó un país que ya no era el pueblo bisoño de Balmaceda; encontró una clase obrera poderosa que sabía de qué se trataba. Allende era dirigente colectivo; un hombre que, sin salir de las clases populares, era un producto de la lucha de esas clases contra el estancamiento y la corrupción de sus explotadores. Por tales causas y razones, la obra de que realizó en tan corto**

<sup>384</sup> MARX, CARLOS. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú, 1941. Pág. 4

*tiempo es superior a la de Balmaceda; más aun, es la más importante en la historia de Chile. Sólo la nacionalización del cobre fue una empresa titánica, y muchos objetivos más se cumplieron bajo su gobierno de esencia colectiva.»<sup>385</sup>*

---

<sup>385</sup> *NERUDA, PABLO. Confieso que he vivido. Pehuén Editores Limitada, 1974. Pp. 469, 470 y 471.*

# CONCLUSIONES

Sin lugar a dudas las construcciones míticas constituyen un elemento capital a la hora de comprender el pasado histórico. Los distintos fenómenos sociales, políticos y económicos se presentan tan intrincados y complejos que no pueden ser aprehendidos en su conjunto. Si estos fenómenos no son explicados, si no tienen un origen comprensible para los distintos elementos de la sociedad se cae inexorablemente en la desesperación y en la angustia. Angustia por no conocer el pasado, la razón de ser de mi existencia y el lugar que ocupó en el universo. Y quien no conoce su pasado, si se desconoce el origen y los sucesos que han debido ser sobrepasados para llegar al presente, difícilmente alguien podrá proyectarse hacia el futuro. Es debido a esto que los mitos no serán jamás eliminados, están arraigados profundamente en la afectividad humana, ya que los propios instintos de conservación tienden a enraizarnos en el universo. El hombre es efectivamente un ser religioso, porque es un ente emocional, necesita creer en algo, lo que sea para no caer en la desesperación y alcanzar su fin como Humanidad. Los complejos fenómenos son simplificados en símbolos, los cuales son entendidos por todos al interior de un contexto simbólico en particular. Los símbolos míticos surgen como formas de representar los sentimientos más profundos de los seres humanos, sentimientos que no pueden ser expresados por medio de simples signos, sin perder parte importante de su fuerza y trascendencia. La construcción imaginaria del Presidente Balmaceda como un monstruo o un santo, responde a las distintas necesidades de la población de tener a quien responsabilizar o recurrir cuando el medio se muestra hostil.

El mito restablece esta armonía deshecha, da fundamento a la existencia, explica el pasado y proyecta el porvenir. Otorga la tan anhelada paz; el universo se muestra comprensible, y sujeto a cambios. Si la realidad parece ajena, incomprensible, no existen posibilidades de modificación de ninguna especie (¿cómo alterar aquello que no conozco ni entiendo?). A diferencia de lo que se podría creer, los mitos no tienen porque tender a la inercia, es más, pueden ser poderosos medios para lograr cambios, concitar voluntades y modificar el régimen imperante, por uno más justo y acorde a los intereses de la mayoría. «El mito no es, pues el fin de la razón, sino más bien su comienzo. Y la razón concreta no debe anunciar la agonía de la mitología, sino consagrarse a la tarea de volver a los mitos, legitimarlos y discriminarlos. Los mitos enuncian la materia de realidad humana, los valores en estado salvaje, y por eso significan, indistintivamente, lo mejor y lo peor. A los mitos de ascensión a las cumbres, se oponen los mitos del descenso a los infiernos [...] el mito es del orden de la naturaleza humana. El papel de la razón crítica será entonces un papel de purificación. Ella debe hacer pasar al hombre, por la autenticación de los valores, de la naturaleza a la cultura, es decir, a la moral»<sup>386</sup>

He aquí el meollo del asunto, los mitos no son malos *per se*, el dilema surge cuando una minoría intenta hegemonizar el dominio de los distintos símbolos en aras de su propio interés, imponiendo ciertos mitos a toda la población y obligando a asimilarlos como si fueran propios. Nuestra historia oficial está plagada de estos “héroes” cuyos valores no son para nada representativos, sino que impuestos desde las altas esferas del poder con claros objetivos políticos. U otros que si nacen de forma espontánea entre la población, terminan por ser institucionalizados, modificando su simbolismo primigenio por uno más

<sup>386</sup> GUSDORF, GEORGES. *Op cit.* Pág. 285

acorde a las necesidades de la elite política, económica o social del momento. El caso de José Manuel Balmaceda es bastante ilustrativo al respecto; su figura se volvió tan poderosa, generaban tantos sentimientos favorables por parte del pueblo chileno, que solo bastaba con “utilizar” su imagen para justificar los distintos proyectos políticos. Ya sean los liberal – democráticos, los movimientos antioligárquicos o antiimperialistas recurrieron a la figura de Balmaceda, otorgándole connotaciones que muchas veces no poseía. Algo muy similar está ocurriendo actualmente con la figura de Salvador Allende; es innegable que su personalidad cada vez está acarreado más simpatías, especialmente entre los más jóvenes, tal como se pudo apreciar – a pesar de las críticas por parte de los elementos más conservadores del país – en el concurso televisivo *Los Grandes Chilenos de nuestra Historia* (2008). La Concertación de Partidos por la Democracia, la cual gobierna el país desde el fin de la dictadura de Augusto Pinochet ha recurrido reiteradamente a la figura de Allende, realizando ceremonias, inaugurando estatuas, realizando conciertos y muestras culturales sobre la vida y obra del ex – presidente. Sin embargo, en la práctica, nada del proyecto político allendista ha sido llevado a cabo por parte de los gobiernos “socialistas” de Ricardo Lagos Escobar o Michelle Bachelet Jeria. Es más, desde el punto de vista jurídico y económico han sido proyecciones del legado del régimen militar. La sociedad no debe adscribir ciegamente a los distintos símbolos, sino que ser capaces de evaluar y criticar si lo que se representa son los verdaderos valores que el pueblo admira y aprecia, o sólo un burdo y maquiavélico recursos para mantenerse en el poder. Los mitos deben ser eso, símbolos de las esperanzas y anhelos de toda la sociedad, representar los sueños de un mundo más justo, libre y humanitario para todos los hijos de esta tierra. Y dichos símbolos no deben quedar constreñidos a meras ilusiones, sino que ser un estímulo para lograr esos anhelos. A fin de cuentas, «el sueño es el mito personalizado, el mito es el sueño despersonalizado; tanto el mito como el sueño son simbólicos del mismo modo general que la dinámica de la psique. Pero en el sueño las formas son distorsionadas por las dificultades peculiares al que sueña, mientras que en el mito los problemas y las soluciones mostrados son directamente válidos para toda la humanidad.»<sup>387</sup>

---

<sup>387</sup> CAMPBELL, JOSEPH. *Op cit.* Pp. 25 – 26

---

# BIBLIOGRAFÍA

## Colecciones de poesía popular

Colección Raúl Amunátegui, Biblioteca Nacional.

## Periódicos

El Ají  
El Estandarte Católico  
El Ferrocarril  
El Fígaro  
El Heraldito  
El Independiente  
El Mercurio  
El Padre Padilla  
El Recluta  
La Libertad Electoral  
La Tribuna  
Las Provincias  
Poncio Pilatos

## Bibliografía General

Acusación a los ex – ministros del despacho: señores Don Claudio Vicuña, Don Domingo Godoy, Don Ismael Perez Montt, Don José M. Valdes Carrera, Don José Francisco Gana y Don Guillermo Mackenna. Pruebas rendidas durante el juicio ante el Senado. Imprenta Nacional, calle de la Moneda 112, Santiago de Chile, 1893.

ALESSANDRI PALMA, ARTURO. Revolución de 1891. Mi actuación. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1950.

BAÑADOS ESPINOZA, JULIO. Balmaceda, su gobierno y la revolución de 1891. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005.

- BAUZÁ, HUGO FRANCISCO. El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica. Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 1998.
- BLAKEMORE, HAROLD. Gobierno chileno y salitre inglés 1886 – 1896: Balmaceda y North. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1977.
- CAMPBELL, JOSEPH. El héroe de las mil caras. Fondo de cultura económica, México, 1972.
- CORREA PRIETO, LUIS. El Presidente Ibáñez. La política y los políticos. Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1962.
- DE LA CRUZ, ERNESTO. Epistolario de Don Diego Portales. Edición impresa por acuerdo del Ministerio de Justicia con la ocasión del centenario de la muerte de Portales, Santiago de Chile, 1937.
- DELUMEAU, JEAN. El Miedo en Occidente. Taurus, Madrid, 2002.
- DURAND, GILBERT. Las estructuras antropológicas del imaginario. Fondo de cultura económica, México DF., 1992.
- DURKHEIM, EMILE. Las formas elementales de la vida religiosa. Akal Ediciones, Madrid, 1992.
- EDWARDS, ALBERTO. La Fronda Aristocrática en Chile. Imprenta Nacional, Santiago de Chile, 1928.
- ELIADE, MIRCEA. El Mito del Eterno retorno. Alianza Editorial, Madrid, 2006.
- ELIADE, MIRCEA. Mito y realidad. Editorial Labor, Barcelona, 1992.
- ENCINA, FRANCISCO. La presidencia de Balmaceda. Editorial Nacimiento, Santiago, 1952.
- ESTADO MAYOR JENERAL. La Guerra Civil de 1891. Relación histórico – militar. Talleres del Estado Mayor General, Santiago de Chile, 1917.
- FELIÚ CRUZ, GUILLERMO. Durante la República. En Obras escogidas. Volumen III. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago de Chile, 2000.
- FIGUEROA, VIRJILIO. Parnaso Balmacedista. Recopilación completa de todas las poesías que se han escrito en homenaje a la memoria del Exmo. Señor Balmaceda desde el día de su sacrificio, 19 de septiembre de 1891, hasta el día de su apoteosis, 29 de noviembre de 1896. Santiago de Chile, Imprenta de “La nueva república”, 1897.
- FONTANA, JOSEPH. Historia: Análisis del pasado y proyecto social. Editorial Crítica, Barcelona.
- FREUD, SIGMUND. Obras Completas XXIII, Moisés y la religión monoteísta. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001.
- GALLARDO, MARÍA TERESA. La trascendencia del mito en la enseñanza de la Historia de Chile. Seminario para optar al grado de Licenciado en Historia. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile.
- GIRARD, RENÉ. El chivo expiatorio. Editorial Anagrama, Barcelona, 1986.
- GIRARD, RENÉ. La violencia y lo sagrado. Editorial Anagrama, Barcelona, 1983.

- GODOY URZUA, HERNÁN. Estructura social de Chile. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1971
- GÓNGORA, MARIO. Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX. Ediciones La Ciudad, Santiago de Chile.
- Gran Convención del Partido Liberal Democrático. Imprenta Franco-Chilena, Santiago de Chile, 1894.
- GREZ TOSO, SERGIO. De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago de Chile, 1997.
- GUSDORF, GEORGES. Mito y Metafísica. Editorial Nova, Buenos Aires.
- HEISE GONZÁLEZ, JULIO. El periodo parlamentario 1861 – 1925. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1982.
- HERVEY, MAURICE. Días Oscuros en Chile. Editorial Francisco de Aguirre S. A. Buenos aires, 1971.
- HOBBSAWM, ERIC. La Era de la Revolución (1789 – 1848). Labor Universitaria Monografías, Barcelona, 1991.
- HOBBSAWM, ERIC. Rebeldes Primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX. Editorial Ariel S. A, Barcelona, 1963.
- HOOK, SIDNEY. El héroe en la historia. Ediciones Galatea – Nueva Visión, Buenos Aires, 1958.
- JOBET, JULIO CESAR. Ensayo critico del desarrollo económico-social de Chile. Editorial universitaria S. A., Santiago de Chile, 1951.
- JUNG, CARL. Psicología y Religión. Editorial Paidos, Buenos Aires, 1955.
- KOLKOWSKI, LESZEK. La presencia del Mito. Ediciones Cátedra S.A., Madrid, 1999.
- LAFERTTE, ELÍAS. Vida de un comunista: páginas autobiográficas. Austral, Santiago de Chile, 1957.
- LOTMAN, IURI. La Semioesfera. Semiótica de la cultura y del texto. Ediciones Cátedra, Madrid, 1996.
- LOVEMAN, BRIAN & LIRA, ELIZABETH. Acusación Constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda 1891 – 1893. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2003.
- LOYOLA, MANUEL & GREZ, SERGIO. Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX. Ediciones UCSH, Santiago, 2005.
- MARX, CARLOS. El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú, 1941.
- McEVOY, CARMEN. Funerales republicanos en América del sur: Tradición, ritual y nación 1832 – 1896. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2006.
- MORENO, JAIME. La Noción de religión. Universidad de Chile. Documento de Trabajo entregado el 2005 para la cátedra de Historia Antigua
- NAVARRETE ARAYA, MICAELA. Balmaceda en la poesía popular 1886 – 1896. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago de Chile, 1993.

- NERUDA, PABLO. Canto General. Fundación Biblioteca Ayacuch, 1981.
- NERUDA, PABLO. Confieso que he vivido. Pehuén Editores Limitada, 1974.
- NÚÑEZ, JORGE. 1891 Crónica de la Guerra Civil. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2003.
- ORTEGA, LUIS et al. La Guerra Civil 1891 – 100 años hoy. Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile.
- PEREIRA, CARLOS et al. Historia ¿Para qué? Siglo Veintiuno Editores.
- PINTO VALLEJOS, JULIO. 1890: Un año de crisis en la sociedad del salitre. En Cuadernos de Historia N° 2. Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile, 1982.
- PIZARRO, CRISÓSTOMO. La revolución de 1891. La modernización. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso.
- PLÉJANOV, GEORGI. El papel del individuo en la Historia. Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1946.
- PORTALES, FELIPE. Los Mitos de la Democracia Chilena. Catalonia, Santiago de Chile, 2004.
- QUEZADA E. & PORTALES, D. La Dictadura y las Musas. Colección de todas las poesías publicadas con ocasión de la Dictadura. Imprenta “Santiago”, Santiago de Chile, 1891.
- RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. Balmaceda y la contrarrevolución de 1891. En Obras escogidas Volumen I. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2007.
- RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN. Historia del Movimiento Obrero en Chile. En Obras escogidas Volumen I. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2007.
- RODRIGUEZ MENDOZA, EMILIO. Últimos días de la administración Balmaceda. Imprenta i librería del centro Editorial la Prensa, Santiago de Chile, 1899.
- SAGREDO BAEZA, RAFAEL. La gira del presidente Balmaceda al norte. El inicio del “crudo y riguroso invierno de su quinquenio”, (verano de 1889). LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2001.
- SAGREDO, RAFAEL. La imagen del presidente de la República en el Chile finisecular. En Historia de las Mentalidades. Homenaje a Georges Duby. Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, 2000.
- SAGREDO BAEZA, RAFAEL. Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 2001.
- SAGREDO, RAFAEL & DEVÉS, EDUARDO. Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1992.
- SALAZAR VERGARA, GABRIEL. Construcción de Estado en Chile (1760 – 1860). Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2005.
- SALAZAR VERGARA, GABRIEL. Historia de la acumulación capitalista en Chile. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2004.

- 
- SALAZAR, GABRIEL & PINTO, JULIO. Historia contemporánea de Chile I: Estado, legitimidad, ciudadanía. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1999.
- SALAZAR, GABRIEL & PINTO, JULIO. Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento. LOM, Santiago, 1999.
- SALINAS, MAXIMILANO et al ¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2005.
- SILVA CASTRO, RAUL. Prensa y Periodismo en Chile (1812 – 1956). Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1958.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO. Fin de Siglo. La época de Balmaceda. Editorial Aconcagua, Santiago, 1988.
- Una Familia bajo la Dictadura. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1972.
- VALDÉS VERGARA, FRANCISCO. La situación económica y financiera de Chile. Imprenta Germania, Valparaíso, 1894.
- VARGAS, FERNANDO. Pensamiento de Balmaceda. Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda., Santiago de Chile, 1974.
- VELASCO, FANOR. La revolución de 1891. Memorias. Sociedad “Imprenta y Litografía Universo”, Santiago de Chile, 1914.
- VERNIORY, GUSTAVE. Diez años en la Araucanía 1889 – 1899. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- VILLALOBOS RIVERA, SERGIO et al. La época de Balmaceda. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1992.
- VILLALOBOS RIVERA, SERGIO. Portales: una falsificación histórica. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1989.
- VITALE, LUIS. Interpretación Marxista de la Historia de Chile. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1993.

## ANEXOS



*Imagen 1: Monumento a Balmaceda por Samuel Román, 1955*



Imagen 2: Mausoleo de la Familia Balmaceda, Cementerio General de Santiago

